



**ALICE  
MUNRO**

**Odio,  
amistad,  
noviazgo,  
amor,  
matrimonio**

se

Alice Munro nos invita a participar en un juego cuyas reglas pronto se conocen gracias a dos niñas del Ontario de los años cuarenta: escribe tu nombre y el del chico que te gusta, tacha todas las letras que se repiten y cuenta el resto recitando: «odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio». Cuando llegues al final averiguarás qué os depara el futuro. Tras este juego infantil e inocente se esconden preguntas de gran profundidad: ¿Cómo nacen las relaciones? ¿Son fruto de la casualidad o del destino? ¿Son de la misma naturaleza las que escogemos de las que no? En los nueve relatos recogidos en este libro, la literatura se vuelve itinerante como la memoria misma, y crea personajes tan contradictorios como cualquier persona de carne y hueso.



Alice Munro

**Odio, amistad, noviazgo, amor,  
matrimonio**

ePub r1.1  
Titivillus 27.09.18

Título original: *Hateship, Friendship, Courtship, Loveship, Marriage*

Alice Munro, 2001

Traducción: Marcelo Cohén

Diseño de cubierta: Anne Siems

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





más libros, más libres



ANIVERSARIO



epublicre



se

*A Sarah Skinner, con gratitud*

# Índice

Odio, amistad, noviazgo, amor y matrimonio

Puente flotante

Los muebles de la familia

Consuelo

Ortigas

Poste y viga

Lo que se recuerda

Queenie

Ver las orejas al lobo

## Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio

Hace años, antes de que dejaran de pasar trenes por tantos ramales, una mujer de alta frente pecosa y flequillo rubicundo entró en la estación de ferrocarril a averiguar qué había que hacer para despachar muebles.

El encargado de la estación solía aventurar a las mujeres algún piropo, sobre todo a las feúchas que parecían apreciarlos.

—¿Muebles? —dijo, como si la idea nunca se le hubiera ocurrido a nadie—. Bien. A ver. ¿De qué tipo de muebles estamos hablando?

—Una mesa de comedor y seis sillas. Un juego de dormitorio, un sofá, una mesita de té, rinconeras, una lámpara de pie. También un armario chino y un aparador.

—Caramba. Eso es una casa entera.

—Yo no diría tanto —repuso ella—. No hay nada de cocina y es sólo una habitación.

Los dientes de la mujer se agolpaban delante de la boca como dispuestos a discutir.

—Necesitará un camión —dijo él.

—No. Quiero mandarlos por tren. Tienen que ir al oeste, a Saskatchewan.

La mujer le hablaba en voz muy alta, como si él fuera sordo o estúpido, y algo no encajaba en su forma de pronunciación. Un acento. Pensó que tal vez fuera holandés —últimamente se establecían muchos holandeses por allí—, pero la mujer no tenía el aplomo de las holandesas, ni la tersa piel rosada ni el pelo rubio. Debía de estar por debajo de los cuarenta, pero ¿qué importaba? No era una reina de la belleza, que se dijera.

Fue directo a los negocios.

—Primero tendrá que traerlos desde donde sea hasta aquí en camión. Y ojalá se trate de un lugar de Saskatchewan por donde pase el tren. Si no, tendrá que arreglar que se los recojan, pongamos, en Regina.

—Es en Gdynia —dijo ella—. El tren pasa por allí.

El cogió una guía grasienta que colgaba de un clavo y le pidió que le deletreara la palabra. Ella cogió el lápiz, que también estaba sujeto a un cordel y, sacando un papelito del monedero, escribió: G D Y N I A.

—¿Y eso de qué nacionalidad es?

Ella dijo que no sabía.

El recuperó el lápiz para recorrer las líneas.

—Por ahí hay montones de lugares llenos de checos, húngaros y ucranianos —aclaró. Mientras lo decía se le ocurrió que tal vez ella fuese algo de eso. Pero y qué; era un mero hecho—. Aquí lo



tengo. Es cierto. Está en la línea.

—Sí —dijo ella—. Quiero enviarlos el viernes. ¿Podrán?

—Podemos despacharlos. Lo que no puedo es prometerle que lleguen al día siguiente. Depende de las prioridades. ¿Habrá alguien atento cuando llegan?

—Sí.

—El del viernes es un tren mixto. Sale a las dos y dieciocho de la tarde. El camión se los recoge el viernes por la mañana. ¿Vive usted en el pueblo?

Asintiendo, ella escribió la dirección: 106 Exhibition Road.

Hacía muy poco que habían numerado las casas y, aunque conocía Exhibition Road, él no logró representarse el lugar. Si en aquel momento ella hubiera dicho el apellido McCauley, se habría interesado más y las cosas habrían tomado otro rumbo. Por allí había casas nuevas, construidas después de la guerra, aunque las llamaban «casas de la guerra». Supuso que debía de ser una de esas.

—Se paga al despachar —le dijo.

—También quiero un billete para el mismo tren. El del viernes por la tarde.

—¿Mismo destino?

—Sí.

—Puede ir en el tren hasta Toronto, pero luego tiene que esperar el Transcontinental, que parte a las diez treinta de la noche. ¿Quiere cabina o vagón? En la cabina hay literas; en el vagón va sentada.

Ella dijo que viajaría sentada.

—En Sudbury tendrá que esperar el tren de Montreal, pero no hace falta que se baje: un simple empujoncillo y les enganchan los vagones. Luego pasan por Port Arthur y van hasta Kenora. Usted no se baja hasta Regina; allí coge el de cercanías.

Ella asintió, para que él acabara y le diera el billete.

Con más lentitud, él añadió:

—Pero no le prometo que los muebles lleguen con usted. Yo diría que va a tenerlos un par de días más tarde. Todo depende de las prioridades. ¿Habrá alguien esperándola?

—Sí.

—Mejor. Porque la estación no debe de ser gran cosa. Por allá, los pueblos no se parecen a los nuestros. La mayoría son bastante rudimentarios.

De un rollo que llevaba en el monedero, envuelto en un saquito de tela, ella separó los billetes para pagar el pasaje.

Como una anciana. Además contó el cambio. Pero no como lo hubiera contado una anciana: lo sostuvo en la mano y le echó un vistazo, aunque era evidente que no se le escapaba un penique. Luego, groseramente, dio media vuelta sin despedirse.

—Hasta el viernes —dijo él.

Aunque era un día cálido de septiembre, la mujer llevaba un largo abrigo desvaído, ruidosos zapatos de lazo y calcetines.

Él se estaba sirviendo un café del termo cuando ella volvió a entrar y dio unos golpecitos en la rejilla.

—Los muebles que voy a trasladar —dijo— son muebles muy buenos. Están como nuevos. No quiero que los rayen, los golpeen ni les hagan ningún daño. Y tampoco quiero que huelan a

ganado.

—Pues claro —concedió él—. El ferrocarril tiene mucha experiencia en transporte. Y los muebles no viajan en los mismos vagones que los cerdos.

—A mí sólo me importa que lleguen en el mismo estado en que salen.

—Vaya. Pues, ¿sabe?, usted los muebles los compra en la tienda, ¿de acuerdo? Pero ¿alguna vez se puso a pensar cómo llegan allí? Porque en la tienda no los hacen, ¿no? No. Los hacen en una fábrica que está en otro lugar, y luego los transportan hasta la tienda, y muy posiblemente el transporte se hace por tren. Siendo así, ¿no le parece razonable confiar en que el ferrocarril sepa cuidarlos?

Ella siguió mirándolo sin la menor sonrisa ni aceptación de que eran bobadas de mujer.

—Eso espero —dijo ella—. Eso espero.

Sin pensarlo mucho, el encargado de la estación habría dicho que en el pueblo él conocía a todo el mundo. Lo cual significaba que conocía a la mitad. Y la mayor parte de los que conocía eran el cogollo, los verdaderamente «del pueblo», en el sentido de que no habían llegado el día anterior ni planeaban irse a otra parte. A la mujer que iba a marcharse a Saskatchewan no la había visto nunca porque no iba a la misma iglesia que él, ni daba clases a sus hijos en la escuela ni trabajaba en ningún comercio ni restaurante ni oficina adonde él fuera. Tampoco estaba casada con nadie que él conociera de los Alces, la logia de los Oddfellows, el club de Leones o la Legión. Una mirada a la mano izquierda mientras ella sacaba el dinero le había dicho —y no le sorprendió— que no estaba casada. Con aquellos zapatos, calcetines en vez de medias y sin sombrero ni guantes en plena tarde, bien podía ser una granjera. Pero le faltaba la indecisión característica, la incomodidad. Le faltaban los modales campesinos; de hecho le faltaban modales. Lo había tratado como si él fuera una máquina de informar. Además, había escrito una dirección del pueblo: Exhibition Road. Si a alguien le recordaba en realidad era a una monja con ropa de calle que había visto en la televisión hablando del trabajo misionero que hacía en una selva; probablemente, esas mujeres se desembarazaban de los hábitos para moverse con más facilidad. De vez en cuando, la monja sonreía para mostrar que la religión hacía feliz a la gente, se suponía, pero en general miraba al público como si creyera que los demás estaban en el mundo sobre todo para obedecerla.

Había algo más que Johanna pensaba hacer pero venía postergando. Tenía que ir a la tienda de ropa *Milady's* y comprarse un traje. No había entrado nunca en ese local; cuando necesitaba calcetines, por ejemplo, iba a Callaghans, Indumentaria para Hombres, Mujeres y Niños. Había heredado montones de ropa de la señora Willets, cosas como ese abrigo que no se gastaba nunca. Y a Sabitha —la niña a la cual cuidaba en la casa del señor McCauley— le llovían prendas caras heredadas de sus primos.

En el escaparate de *Milady's* había dos maniqués con traje de falda muy corta y chaqueta recta. Uno era de un color herrumbroso y el otro, de un suave verde oscuro. Dispersas alrededor de los maniqués, había grandes hojas de arce de papel chillón, algunas pegadas al cristal. En una época del año en que casi todos se preocupaban por rastrillar hojas y quemarlas, allí las hojas

eran lo más exquisito. Pegado en diagonal sobre el escaparate, había un cartel escrito con ondulantes letras negras. Decía: *Elegancia sencilla, la moda de este otoño*.

Johanna abrió la puerta y entró.

Justo enfrente de ella, un espejo de cuerpo entero la reflejaba con el fino pero amorfo abrigo de la señora Willets, mostrando unos centímetros de abultadas piernas desnudas por encima de los calcetines.

Lo hacían adrede, por supuesto. Colocaban el espejo allí para que una se hiciera una idea clara de sus deficiencias, sin más vueltas, y acto seguido —esperaban— concluyera precipitadamente que debía comprar algo para enmendar la imagen. Una artimaña tan transparente que, si no hubiera entrado bien decidida, sabiendo qué necesitaba, la habría impulsado a largarse.

A lo largo de una pared había un perchero con vestidos de noche de tafetán, encajes y colores de ensueño aptos para reinas del baile. Y detrás de ellos, en una caja de cristal para que no los alcanzaran dedos profanos, media docena de trajes de boda de gasa blanquísima, satén vainilla o encaje marfil, recamados de cuentas de cristal o de aljófares. Corpiños estrechos, escotes festoneados, faldas fastuosas. Ni de joven había contemplado tanto derroche, no sólo en cuestión de dinero sino también de ambición, en la ridícula esperanza de transformación y de dicha.

Pasaron dos o tres minutos antes de que apareciera alguien. A lo mejor la estaban espiando por una mirilla, pensando que no daba el tipo de cliente, y esperaban que se fuera. No iba a irse. Había pasado del linóleo cercano a la puerta a la alfombra mullida y dejado atrás el espejo, cuando, al fondo, se abrió una cortina y de la trastienda surgió *milady* en persona, vestida con un traje negro con botones resplandecientes. Tacones altos, tobillos finos, falda tan ceñida que las medias de nailon siseaban, pelo dorado estirado hacia atrás, la cara maquillada.

—Se me ocurrió que podía probarme el traje del escaparate —dijo Johanna con voz ensayada—. El verde.

—Ah, es un traje precioso —asintió la mujer—. El caso es que el del escaparate es una talla diez. Ahora, se diría que usted es una... ¿catorce, quizá?

Siseando, condujo a Johanna al fondo de la tienda, donde colgaba la ropa corriente, los trajes y vestidos de diario.

—Está de suerte. Aquí tenemos una catorce.

Lo primero que hizo Johanna fue mirar la etiqueta del precio. Más del doble de lo que había esperado, y no iba a fingir otra cosa.

—Qué caro.

—Es lana de primera. —La mujer estuvo tanteando hasta que dio con la etiqueta. Luego leyó una descripción del material que Johanna no oyó porque había tomado el ruedo para examinar la confección—. Es un paño ligero como la seda pero más resistente que el hierro. Ya ve que está totalmente forrado con un rayón de seda fabuloso. Esto no va a ceder en el fondillo ni a deformarse como los trajes baratos. Fíjese en el cuello y los puños de terciopelo. También son de terciopelo los botoncitos de la manga.

—Ya los veo.

—Es el tipo de detalles que marcan la diferencia. Si una los quiere tiene que pagarlos. Me encanta el tacto del terciopelo. Sólo lo lleva el verde, ¿sabe?; el melocotón no, aunque cuestan exactamente lo mismo.

Sin duda eran el cuello y los puños de terciopelo los que, a ojos de Johanna, daban al traje un

sutil aire lujoso y le despertaban el deseo de comprarlo. Pero no iba a decirlo.

—Quizá me anime y me lo pruebe.

Al fin y al cabo para eso se había preparado. Ropa interior limpia y polvos de talco en las axilas.

La mujer tuvo el buen juicio de dejarla sola en el cubículo brillante. Johanna evitó el espejo como si fuera veneno, hasta que la falda estuvo derecha y la chaqueta bien abotonada.

Al principio miró sólo el traje. Estaba muy bien. Había dado con la talla; cierto que la falda era demasiado corta para lo que solía llevar, pero lo que ella solía llevar no era lo que se usaba. Con el traje no había ningún problema. El problema era lo que asomaba. El cuello y la cara de Johanna, el pelo y las manos grandes y las piernas gruesas.

—¿Qué tal va eso? ¿Le molesta si espío un poquito?

Espía todo lo que quieras, pensó Johanna. Ya verás lo que es una cerda.

—Desde luego tendrá que llevarlo con medias y tacones altos. ¿Cómo le sienta? ¿Cómodo?

—El traje me sienta bien —dijo Johanna—. El traje no es el problema.

En el espejo, la cara de la mujer se transformó. Dejó de sonreír. Parecía decepcionada y cansada, pero más amable.

—A veces es así. Una nunca sabe de verdad cómo le sentará algo hasta que se lo prueba. La cuestión... —dijo, con la voz imbuida de una convicción nueva y más moderada—, la cuestión es que usted tiene una buena figura, pero es una figura fuerte. Pero, bueno, ¿qué importa si tiene los huesos grandes? Esos botoncitos de terciopelo tan monos no son lo que le va. No vale la pena que se moleste. Quíteselo y ya está.

Johanna estaba en ropa interior cuando se oyó un golpecito y por la cortina asomó una mano.

—Póngase esto, qué diablos.

Era un vestido de lana marrón, forrado, con falda amplia graciosamente plisada, mangas tres cuartos y un simple cuello redondo. Salvo por el angosto cinturón dorado, era muy sencillo. Aunque no tanto como el traje, de todos modos parecía muy caro para lo que era.

Al menos, la falda era de un largo más decente y la tela ondulaba con nobleza alrededor de las piernas. Johanna se armó de valor para mirarse al espejo.

Esta vez no se vio embutida en unas ropas de comedia.

La mujer entró, se puso a su lado y rió, pero con alivio.

—Es del mismo color que sus ojos. Usted no necesita usar terciopelo. Lleva terciopelo en la mirada.

Era el tipo de zalamerías que en Johanna habría provocado un gruñido, salvo que en ese momento parecía verdad. No tenía ojos grandes, y si le hubieran pedido que describiera el color, habría dicho: «Supongo que son castaños». Pero ahora los veía realmente de un marrón oscuro, suave y brillante.

No era que de golpe se creyera guapa ni nada. Sólo que tenía unos ojos de un color muy bonito, si se los miraba como un retazo de tela.

—Apuesto a que no suele usar vestidos —aventuró la mujer—. Pero si se pusiera medias y un mínimo tacón... Y apuesto a que nunca usa joyas, y bien que hace, y además con ese cinturón no las necesita.

Para cortar la perorata comercial, Johanna dijo:

—Bien, iré quitándomelo para que lo envuelva.

Le dio pena desprenderse del leve peso de la falda y el discreto cinturón dorado. Nunca antes en su vida había tenido la sensación tonta de que una prenda la favorecía.

—Espero que sea para una ocasión especial —dijo la mujer, mientras Johanna se apresuraba a ponerse la insulsa ropa de siempre.

—Es muy posible que lo lleve en mi boda.

La sorprendió que se le hubiera escapado aquello. No era un error grave: la mujer no sabía quién era ella y probablemente no hablaría con nadie que lo supiera. Sin embargo había pensado en guardar silencio absoluto. Tal vez había sentido que le debía algo a esa mujer, que habían vivido juntas el desastre del traje verde y el descubrimiento del vestido marrón, y que eso creaba un vínculo. Lo cual era un disparate. El negocio de la mujer era vender ropa y había tenido éxito.

—¡Vaya! —exclamó la mujer—. Vaya, qué maravilla.

Bueno, quizá, pensó Johanna, o quizá no. Podía casarse con cualquiera. Un granjero miserable que necesitaba una yegua de carga o un viejo exhausto y medio tullido en busca de una enfermera. Esa mujer no tenía idea de qué clase de hombre se había agenciado, y de todos modos no era asunto de ella.

—Seguro que es una historia de amor —dijo la mujer, como si le hubiera leído los contrariados pensamientos—. Por eso en el espejo le brillaban los ojos. Se lo he envuelto en papel de seda; no tiene más que colgarlo y la tela se alisará sola. Si quiere, dele una planchadita ligera, pero creo que ni eso va a necesitar.

Luego vino el trámite del dinero. Las dos fingieron no fijarse mucho, pero las dos se fijaron.

—Merece la pena —dijo la mujer—. Una se casa sólo una vez. Bueno, no es rigurosamente así...

—En mi caso será así —puntualizó Johanna.

Tenía la cara arrebatada porque, de hecho, de matrimonio no se había hablado nunca, ni siquiera en la última carta. Le había revelado a esa mujer algo que ella suponía, y tal vez no hubiera sido muy atinado.

—¿Dónde lo conoció? —preguntó la mujer, todavía en un tono de alegría nostálgica—. ¿Cómo fue la primera cita?

—A través de unos parientes —mintió Johanna. Tenía intención de irse sin decir nada más—. En la Feria de Occidente. En Londres.

—La Feria de Occidente —repitió la mujer—. En Londres.

Lo mismo habría podido decir «El Baile del Palacio».

—Teníamos en casa a la hija de él y a su novio —dijo Johanna, pensando que en cierto modo habría sido más exacto decir que él, Sabitha y Edith la tenían a ella, Johanna, en su casa.

—Bien, hoy cabe afirmar que he aprovechado el día. He provisto de vestido de bodas a una novia feliz. Suficiente para justificar mi existencia.

La mujer ató el paquete con una cinta rosa, hizo un gran lazo innecesario y le dio un tijeretazo malévolo.

Me paso aquí toda la jornada —dijo— y a veces me pregunto qué estaré haciendo. ¿Qué piensas que haces aquí?, me digo. Cambio la decoración del escaparate y hago tal y cual cosa para atraer a la gente, pero hay días..., *hay días*..., en que por esa puerta no entra ni un alma. Ya lo sé..., la gente piensa que esta ropa es demasiado cara... Pero es *buena*. Es buena ropa. La calidad hay que pagarla.

—Seguro que entran cuando necesitan uno de éstos —dijo Johanna mirando los vestidos de noche—. ¿Adonde van a ir, si no?

—He ahí el problema. Es que no vienen. Van a la ciudad; van todas allá. Conducen cien, ciento cincuenta kilómetros sin fijarse en la gasolina, y se hacen el cuento de que así consiguen mejor género que el mío. Y no. No hay mejor calidad ni mejor selección. Nada. Lo único cierto es que les da vergüenza decir que se han comprado el traje de bodas en el pueblo. Alguna viene, se prueba algo y dice que lo va a pensar. Eso significa que intentará conseguir una cosita más barata en Londres o en Kitchener; y aunque no sea más barata, después de haber hecho el viaje, y harta como está de mirar, se la compra de todos modos. No lo sé —confesó—. Tal vez sería distinto si yo fuera de aquí. Este pueblo es muy cerrado. Usted no es de aquí, ¿no?

Johanna dijo:

—No.

—¿No le parece cerrado?

Cerrado.

—Quiero decir que al de fuera le cuesta relacionarse.

—Yo me he acostumbrado a arreglármelas sola.

—Pero encontró a alguien. Ya no tendrá que arreglárselas sola. ¿Y no es fantástico? A veces pienso qué grandioso sería estar casada y quedarme en casa. Claro que he estado casada y trabajaba de todos modos. En fin. ¡A lo mejor de repente entra alguien caído del cielo, se enamora de mí y se arregla todo!

Johanna tuvo que darse prisa; la necesidad de conversar de la mujer la había retrasado. Tenía que llegar a la casa y esconder la compra antes de que Sabitha volviera de la escuela.

Entonces se acordó de que Sabitha no estaba. La prima de su madre, la tía Roxanne, se la había llevado el fin de semana a Toronto para vivir como una auténtica niña rica e ir a un colegio de niños ricos. No obstante siguió andando deprisa, tan deprisa que un listillo que estaba sosteniendo la pared del *drugstore* le gritó «¿Dónde es el incendio?» y, para no llamar la atención, ella aflojó el paso.

La caja del vestido era un estorbo. ¿Cómo habría podido saber que la tienda tenía sus propias cajas de cartón rosa con *Milady's* escrito en letras púrpuras? Eso la delataría.

Se sentía una tonta por haber hablado de la boda, cuando él no había dicho una palabra y ella habría debido recordarlo. Tantas cosas se habían dicho —o escrito—, tanto afecto y anhelo se habían expresado, que daba la impresión de que el matrimonio en sí se había pasado por alto. Un poco como cuando una hablaba de la mañana siguiente sin mencionar el desayuno, aunque sin duda pensara desayunar.

Como fuera, habría debido callarse.

Vio al señor McCauley caminando en dirección contraria por la otra acera. No había problema; él no habría reparado en la caja ni aunque se hubiera encontrado con ella frente a frente. Se habría llevado un dedo al ala del sombrero y seguido su camino, presumiblemente dándose cuenta de que era su ama de llaves, aunque quizá no. Otras cosas le ocupaban la cabeza, y hasta donde sabían todos, bien habría podido estar mirando otro pueblo que el que veían ellos. Cada día laborable —y a veces, desmemoriadamente, los domingos o los festivos— se ponía uno

de sus tres trajes con chaleco, el abrigo ligero o el abrigo grueso, el sombrero de fieltro gris y los zapatos bien lustrados y subía por Exhibition Road hasta el despacho que conservaba encima de lo que había sido la tienda de arreos y equipajes. Se consideraba aquel despacho como una agencia de seguros, aunque hacía muchísimo tiempo que el señor McCauley no vendía seguros activamente. A veces, algunos subían la escalera para verlo, tal vez para hacerle una pregunta sobre pólizas o más probablemente sobre límites de terrenos, sobre la historia de una propiedad en el pueblo o una granja en el campo. El despacho estaba lleno de mapas viejos y nuevos, y a él nada le gustaba tanto como desplegarlos y sumirse en discusiones que desbordaban con mucho la pregunta. Tres o cuatro veces al día salía a dar un paseo, como ahora. Durante la guerra había montado su Buick McLaughlin sobre bloques, en el granero, y para dar ejemplo iba a todas partes andando. Quince años más tarde era como si todavía estuviera dando ejemplo. Con las manos enlazadas detrás de la espalda, parecía un hacendado benévolo de inspección por sus propiedades o un predicador feliz de observar a su rebaño. Desde luego, la mitad de los que se cruzaban con él no tenían ni idea de quién era.

El pueblo había cambiado, aun en el tiempo que Johanna llevaba viviendo allí. El comercio se había desplazado a la autopista, donde había un hipermercado, un Canadian Tire y un motel con bar y bailarinas en *topless*. Algunas tiendas de la ciudad habían intentado maquillarse con pintura rosa, violeta o verde oliva, pero esa pintura ya empezaba a escamarse sobre los viejos ladrillos y varios interiores estaban vacíos. Casi podía asegurarse que *Milady's* correría esa suerte.

¿Qué habría hecho Johanna de haber sido aquella mujer? Para empezar, nunca habría tenido tantos vestidos de noche recargados. ¿Y en cambio qué? Cambiándose a la ropa barata sólo habría conseguido entrar en competencia con Callaghans y el hipermercado, y probablemente eso no habría dado para seguir. ¿Qué tal entonces probar con ropa selecta para bebés y niños e intentar atraer a tías y abuelas con dinero, dispuestas a gastar en esos caprichos? De las madres mejor olvidarse: con menos dinero y más juicio, ésas seguirían yendo a Callaghans.

Pero si ella estuviera a cargo del negocio, Johanna, jamás lograría atraer a nadie. Podría decidir qué era necesario hacer, y cómo hacerlo, y también podría darse una vuelta para supervisar a quienes lo hicieran, pero nunca sería capaz de atraer o seducir. Tómenlo o déjenlo, sería su actitud. Y sin duda ellos lo dejarían.

Eran raras las personas que se encariñaban con ella, y hacía mucho que lo sabía. Sabitha, por cierto, no había derramado ni una lágrima al despedirse, y eso que Johanna era lo más parecido a una madre que tenía Sabitha, pues la suya había muerto. Al señor McCauley le disgustaría que ella se fuera porque había prestado buenos servicios y sería difícil reemplazarla, pero no le dedicaría un pensamiento más. Tanto él como su nieta eran unos malcriados y egoístas. En cuanto a los vecinos, no cabía duda de que se alegrarían. Johanna había tenido problemas a los dos lados de la propiedad. De un lado habían venido por el perro, que cavaba en el jardín para enterrar y recuperar su provisión de huesos cuando bien habría podido hacerlo en su casa. Y del otro, por el cerezo negro, que estaba en el terreno de los McCauley pero daba la mayoría de sus cerezas en las ramas que colgaban sobre el otro jardín. En ambos casos, ella había montado disputas, y en ambos había ganado. Ahora el perro estaba atado y los otros vecinos dejaban las cerezas en paz. Subiéndose a la escalera, ella podía estirarse de sobra hasta alcanzar las ramas que importaban; claro que ellos ya no ahuyentaban a los pájaros y eso se notaba en la recolección.

El señor McCauley les habría dejado recogerlas. Habría dejado que el perro cavara. Habría

permitido que se aprovecharan de él. Parte de la razón estribaba en que, como eran familias nuevas que vivían en casas nuevas, prefería no hacerles caso. Durante un tiempo, en Exhibition Road sólo había habido tres o cuatro casas grandes. Enfrente de ellas estaba el predio ferial, donde se montaba la feria de otoño (oficialmente llamada Exposición de Agricultura, de ahí su nombre), y, en medio, huertos de frutales y pequeños prados. Hacía alrededor de doce años que esas tierras se habían vendido en parcelas de superficie mediana y se habían construido casas; casitas de estilos alternos, una de dos plantas y otra de una sola. Algunas ya parecían bastante desvencijadas.

El señor McCauley sólo conocía a las familias de un par de casas con las que mantenía relaciones amistosas: la de la maestra —la señorita Hood— y su madre, y la de los Shultz, que tenían la tienda de reparación de calzado. La hija de los Shultz, Edith, era o había sido la mejor amiga de Sabitha. Cosa natural, dado que en la escuela estaban en el mismo curso —al menos el año anterior, después de que Sabitha repitiese— y vivían cerca una de otra. Al señor McCauley no le había preocupado; tal vez supiera que en poco tiempo Sabitha sería enviada a Toronto a vivir una vida diferente. Johanna no habría elegido a Edith, si bien la niña no era maleducada ni causaba problemas cuando iba a la casa. Y tampoco era estúpida. Acaso el problema había sido ése: que era lista y Sabitha no lo era tanto. Había vuelto a Sabitha maliciosa.

Todo aquello se había acabado. Ahora que había aparecido la prima Roxanne —la señora Huber—, la niña Shultz era parte del pasado infantil de Sabitha.

Haré que te lleven todos tus muebles en el tren lo antes posible y pagaré tan pronto como me digan cuánto va a costar. Se me ha ocurrido que ahora los necesitarás. Supongo que no te sorprenderá mucho que haya pensado que no te molestaría que yo también fuera para ayudarte como espero poder hacerlo.

Esta era la carta que había llevado al correo antes de ir a la estación de ferrocarril. Era la primera carta que le enviaba a él directamente. Las otras las había deslizado con las cartas que le hacía escribir a Sabitha. Y las de él habían llegado de la misma forma, pulcramente dobladas y con su nombre, Johanna, escrito a máquina en el dorso de la página para no dar lugar a equivocaciones. Así había evitado que los de la estafeta se enterasen, aparte de que nunca hacía daño ahorrarse un sello. Por supuesto, Sabitha podría haberle contado a su abuelo y hasta haber leído lo que le escribía a Johanna, pero la niña tenía tan poco interés en comunicarse con su abuelo como en escribir o recibir cartas.

Los muebles estaban almacenados en el establo, que era un simple establo de pueblo, no un establo de verdad con animales y granero. La primera vez que Johanna había ido a mirarlos, un año antes, los había encontrado mugrientos y salpicados de porquería de palomas. Estaban negligentemente apilados sin nada que los cubriera. Los que había podido arrastrar ella los había llevado al patio, y había despejado el establo para llegar hasta los más grandes y pesados: el sofá, el bar, el armario chino y la mesa. La cabecera de la cama la había dejado aparte. Trató la madera con paños para quitar el polvo, luego con aceite de limón, y cuando terminó relucía como caramelo. Caramelo de arce; y es que la madera era de arce ojo de pájaro. A ella le parecía distinguidísima, como la ropa de cama de satén y el pelo rubio. Distinguida y moderna, en total



contraste con la madera oscura y los fastidiosos labrados de los muebles que lustraba en la casa. Entonces había pensado que aquéllos eran los muebles *de él*, y lo mismo pensó al sacarlos ese miércoles. Había puesto mantas sobre la pila inferior, para protegerla de lo que estaba encima, y había cubierto el conjunto con sábanas para protegerlo de los pájaros, y gracias a eso ahora sólo tenía una leve capa de polvo. Sin embargo volvió a lustrar los muebles con aceite de limón antes de guardarlos, protegidos de la misma forma, a la espera del camión del viernes.

Estimado señor McCauley:

Me voy en el tren de esta tarde (viernes). Comprendo que lo hago sin avisarle, pero renuncio a mi última paga, que el próximo lunes sumaría tres semanas. En la olla de vapor que está sobre la cocina hay un estofado de ternera que sólo debe calentar un poco. Alcanzará para tres comidas aunque tal vez pueda estirarlo a cuatro. En cuanto esté caliente y se haya usted servido lo que le apetezca, póngale la tapa y guárdelo en la nevera. Acuérdesse de tapanlo enseguida porque si no se le puede echar a perder. Recuerdos para usted y para Sabitha. Probablemente tendrán noticias mías cuando me haya establecido. Johanna Parry.

P. D.: Le he enviado los muebles al señor Boudreau porque tal vez los necesite. Cuando caliente el estofado, no olvide fijarse si hay agua suficiente en el fondo de la olla.

Al señor McCauley no le costó mucho descubrir que el billete que había comprado Johanna era para Gdynia, Saskatchewan. Le bastó llamar al encargado de la estación y preguntarle. No se le ocurría cómo describir a Johanna: ¿parecía vieja o joven, flaca o moderadamente corpulenta?, ¿de qué color era su abrigo? Pero no hizo falta una vez que hubo mencionado los muebles.

Cuando se recibió aquella llamada, en la estación había un par de personas que esperaban el tren del atardecer. Al principio, el encargado intentó hablar en voz baja, pero al enterarse de que los muebles eran robados se emocionó (en realidad, lo que dijo el señor McCauley fue «y creo que se llevó unos muebles»). Juró que de haber sabido quién era y qué se proponía jamás la habría dejado subir al tren. Este aserto fue oído, repetido y creído, sin que nadie preguntara cómo habría hecho para detener a una mujer adulta que había pagado su billete sin tener, al menos, una prueba irrefutable de que era una ladrona. La mayoría de los que repitieron las palabras creían que habría podido detenerla y lo habría hecho; creían en la autoridad de los encargados de estación y de los ancianos de clase que, como el señor McCauley, caminaban erguidos y vestían traje con chaleco.

El estofado de ternera estaba excelente, como todo lo que cocinaba Johanna, pero el señor McCauley se dio cuenta de que no podía tragarlo. Hizo caso omiso de la instrucción referente a la tapa, dejó la olla abierta sobre la cocina y ni siquiera apagó el hornillo hasta que el agua del fondo se consumió y un olor de metal ahumado lo alertó.

Era el olor de la traición.

Se dijo que al menos debía agradecer que alguien se hubiera encargado de Sabitha y él no tuviera que preocuparse por eso. Su sobrina —en realidad la prima de su mujer, Roxanne— le había escrito diciéndole que, por lo que había visto durante su visita al lago Simcoe aquel verano, iba a costar manejar a la niña.

*Francamente, no creo que ni tú ni esa mujer que has contratado os las podáis arreglar cuando los chicos le zumben alrededor como moscardones.*

No había llegado tan lejos como para preguntarle si quería vérselas con otra Marcelle, pero era eso lo que estaba insinuando. Había dicho que mandaría a Sabitha a un buen colegio en donde al menos le enseñaran modales.

Encendió el televisor para distraerse, pero no le sirvió de nada.

Eran los muebles lo que le daba rabia. Era Ken Boudreau.

Lo cierto era que tres días antes —el mismo día en que, como acababa de decirle el encargado de la estación, Johanna había comprado el billete— el señor McCauley había recibido una carta de Ken Boudreau preguntándole si podía a) adelantarle algún dinero como parte del pago por sus muebles y los de su difunta esposa Marcelle, o b) de no encontrar forma de hacerlo, vender los muebles por todo lo que pudiera obtener y a la mayor brevedad posible enviarle un giro el dinero a Saskatchewan. No había ninguna alusión a los préstamos que el suegro le había hecho al yerno, todos contra el valor del mobiliario y por un total que excedía lo que pudiera obtenerse de la venta. ¿Podía ser que Ken Boudreau hubiera olvidado eso? ¿O simplemente esperaba —lo que era más probable— que lo hubiera olvidado su suegro?

Al parecer, ahora tenía un hotel. Pero la carta rebosaba de diatribas contra el propietario anterior, que lo había engañado respecto a diversos particulares.

«Estoy convencido de que si logro superar este obstáculo», decía, «aún podré sacarle provecho». Pero ¿cuál era el obstáculo? Una necesidad inmediata de dinero que no explicaba si se lo debía al propietario anterior, al banco, a un prestamista hipotecario o a quién. Era lo mismo de siempre: un tono desesperado, adulator y a la vez arrogante, el convencimiento de que merecía una reparación por las heridas que le habían infligido, por la vergüenza que había sufrido, por Marcelle.

Con muchas prevenciones, pero recordando que al fin y al cabo Ken Boudreau era su yerno, había peleado en la guerra y soportado sabía Dios qué problemas en su matrimonio, el señor McCauley se había sentado a escribir una carta en la que decía que no tenía idea de cómo obtener el mejor precio por los muebles, que le sería muy difícil averiguarlo y que le enviaba un talón que cargaría como préstamo enteramente personal. Deseaba que en tal calidad lo reconociera su yerno y recordara los muchos préstamos similares que él le había hecho en el pasado, cuyo conjunto, pensaba, excedía cualquier valor que se atribuyese a los muebles. Incluía también una lista de sumas y fechas. Aparte de cincuenta dólares que le habían pagado hacía casi dos años (y de la promesa de que seguirían pagos periódicos), no había recibido nada. Sin duda, el yerno comprendía que, a consecuencia de esos préstamos libres de intereses y nunca saldados, los ingresos del señor McCauley se habían reducido, pues no había podido invertir ese dinero.

Había pensado añadir «No soy tan tonto como parece que piensas que soy», pero decidió no hacerlo para no revelar irritación y acaso debilidad.

Y el resultado era éste. El hombre había desenfundado el revólver, había reclutado para su plan a Johanna —siempre sabría enredar a las mujeres— y se había quedado con los muebles y el talón. Según el encargado de la estación, ella había pagado el transporte. En los tratos previos, las piezas se habían sobrevalorado, por su apariencia deslumbrante, pero no obtendrían por ellas gran cosa, sobre todo contando lo que les había cobrado el ferrocarril. De haber sido más inteligentes se habrían limitado a llevarse algo de la casa, algún aparador antiguo o una de esas butacas,

demasiado incómodas para sentarse, hechas y compradas el siglo anterior. Eso, desde luego, habría sido liso y llano robo. Pero lo que habían hecho no andaba muy lejos.

Se fue a la cama decidido a denunciarlos.

Se despertó solo en la casa, sin que viniera de la cocina olor a café ni a desayuno. En su lugar, había aún en el aire un tufillo a olla quemada. Una crudeza otoñal se había instalado en las abandonadas habitaciones de techos altos. La noche anterior y las precedentes había hecho calor; aún no se había encendido la estufa y, cuando el señor McCauley lo hizo, del sótano subió al aire cálido una ráfaga de humedad, de yeso y tierra y deterioro. Se lavó y vistió despacio, con distraídas pausas, y desayunó un trozo de pan untado con mantequilla de cacahuete. Pertenecía a una generación de hombres de algunos de los cuales se decía que eran incapaces siquiera de hervir agua, y uno de esos hombres era él. Miró por las ventanas delanteras y al otro lado de la pista de carreras vio los árboles tragados por la niebla matinal, que al parecer seguía avanzando sin detenerse como habría debido a esa hora. A través de la niebla tuvo la impresión de divisar los empinados edificios del viejo predio ferial: edificios acogedores, espaciosos como enormes graneros. Habían estado años y años sin usarse —durante toda la guerra—, y él ya no recordaba qué había sido de ellos al final. ¿Los habían demolido o se habían derrumbado? Detestaba Las carreras que organizaban ahora en aquel lugar, la multitud y el altavoz y el alcohol ilegal y el desastroso clamor de los domingos de verano. Cuando pensaba en eso se acordaba de su pobre Marcelle, su hija, sentada en los escalones de la galería, saludando a gritos a compañeros de escuela ya mayores que bajaban de sus coches y se apresuraban a ver las carreras. Qué alboroto provocaba, qué dicha expresaba de estar de vuelta en el pueblo, cómo abrazaba y retenía a la gente hablando a cien por hora, parloteando sobre los días de infancia y lo mucho que había echado de menos a todo el mundo. Decía que lo único imperfecto de la vida era la falta de su marido Ken, que se había quedado en el oeste por asuntos de trabajo.

Salía a sentarse fuera en pijama de seda, con el teñido pelo rubio sin peinar. Tenía brazos y piernas delgados pero la cara un poco abotargada, y se quejaba de que el marrón enfermizo de ese bronceado no parecía ser del sol. Tal vez fuese ictericia.

La niña se quedaba dentro mirando la tele, dibujos de domingo para los que a buen seguro ya no tenía edad.

El no sabía cuál era el problema, ni estaba seguro de que hubiera alguno. Marcelle se había marchado a Londres a que le hicieran un examen de mujeres y había muerto en el hospital. Cuando él había telefoneado para contárselo, Ken Boudreau había dicho:

—¿Qué tomó?

¿Habría sido diferente si hubiese vivido aún la madre de Marcelle? Lo cierto era que la perplejidad de la madre, mientras había vivido, no había sido menor que la de él. Se sentaba a llorar en la cocina mientras su hija adolescente, después de encerrarse en su habitación, se descolgaba por la ventana hasta el techo del porche para ser recibida por carradas de muchachos.

En la casa dominaba una sensación de abandono cruel, de falsedad. Sin duda, él y su mujer habían sido buenos padres que Marcelle había puesto contra la pared. Al descubrir que se había fugado con un piloto de aviación habían esperado que al fin se encaminaría. Habían sido tan generosos con ellos como con la pareja más correcta. Pero todo había acabado hecho pedazos. Con Johanna Parry él había sido igualmente generoso, y hete aquí que ella también se le volvía en contra.

Fue hasta la ciudad y entró en el hotel a desayunar. La camarera dijo:

—Hoy se le ve madrugador y alegre.

Y mientras ella le servía el café, él se puso a explicar que el ama de llaves se había ido sin mediar advertencia ni provocación, y que no sólo había abandonado el trabajo sin aviso previo, sino que además se había llevado un cargamento de muebles que pertenecían a su yerno, aunque en realidad no era así porque los había comprado con la dote de su hija. Le contó que su hija se había casado con un piloto de aviación, un individuo guapo y convincente en quien sólo se podía confiar de allí a la esquina.

—Perdóneme —dijo la camarera—. Me encanta charlar, pero tengo gente que espera el desayuno. Perdóneme...

Subió las escaleras hasta el despacho y, desplegados en su escritorio, encontró los viejos mapas que había estudiado el día anterior en un esfuerzo por localizar exactamente el primer cementerio del condado (según creía, abandonado en 1839). Encendió la luz y se sentó, pero se dio cuenta de que no lograba concentrarse. Después del reproche de la camarera —o de lo que él consideraba un reproche—, no había podido seguir con el desayuno ni disfrutar del café. Decidió dar un paseo para serenarse.

Pero en vez de caminar como acostumbraba, saludando a gente e intercambiando unas pocas palabras, se encontró prorrumpiendo en largas parrafadas. En cuanto alguien le preguntaba cómo estaba esa mañana, se ponía a balbucear sus penas del modo más insólito y hasta vergonzoso, y, lo mismo que la camarera, los otros esgrimían ocupaciones urgentes, asentían mientras movían los pies y se excusaban para largarse. No daba la impresión de que la mañana se fuera calentando como solía ocurrir cuando al amanecer había niebla. Como la chaqueta no abrigaba lo suficiente, buscó ampararse en las tiendas.

Los más consternados eran los que lo conocían desde hacía más tiempo. Siempre había sido un hombre reservado: un caballero educado con la mente en otros tiempos y una cortesía impávida a modo de disculpa por sus privilegios (lo que en cierto modo parecía un chiste, porque esos privilegios eran sobre todo un recuerdo personal y nadie los percibía). Se habría creído la persona menos dada a ventilar sinsabores o a reclamar comprensión; no lo había hecho tras la muerte de su mujer, y ni siquiera después de que muriera su hija. Sin embargo allí estaba, mostrando cierta carta, preguntando si no era humillante que, no conforme con haberle sacado más y más dinero, aquel sujeto hubiera apelado a su compasión otra vez mientras se confabulaba con el ama de llaves para robar los muebles. Algunos pensaban que se refería a sus propios muebles; creían que el viejo se había quedado sin una cama ni una mesa en la casa. Le aconsejaban recurrir a la policía.

—Es en balde, en balde —decía él—. No se puede sacar sangre de una piedra.

Entró en la tienda de reparación de calzado y saludó a Herman Shultz.

—¿Se acuerda de esos botines que traje para hacer las suelas? ¿Los que compré en Inglaterra? Les cambié las suelas hace cuatro o cinco años.

La tienda parecía una cueva; sobre diversas zonas de trabajo colgaban bombillas con pantalla. Tenía una ventilación abominable, pero al señor McCauley los olores predominantes —cola, cuero, betún, suelas recién cortadas y viejas suelas podridas— lo reconfortaban. Allí, su vecino Herman Shultz, un trabajador cetrino, experto, con gafas, se encorvaba invierno y verano a martillar clavos y extraerlos, a empuñar el taimado cuchillo curvo con que recortaba en el cuero

las formas deseadas. El fieltro se cortaba con una especie de sierra circular diminuta. Las gamuzas susurraban, la lija hacía un ruidito ríspido, la piedra de afilar cantaba contra las herramientas como un insecto mecánico y la máquina de coser golpeteaba el cuero con un formal ritmo industrial. Hacía años que el señor McCauley estaba familiarizado con todos los olores, los sonidos y las precisas actividades del lugar, pero nunca los había identificado ni les había dedicado una reflexión. En ese momento, con un zapato en la mano y el ennegrecido mandil de cuero puesto, Herman se enderezó, sonrió, asintió, y el señor McCauley vio la vida entera del hombre en esa cueva. Sintió deseos de expresarle simpatía, admiración o algo más que no entendía.

—Sí, me acuerdo —dijo Herman—. Eran muy buenos botines.

—Magníficos botines. Los compré en el viaje de bodas, ¿sabe? En Inglaterra. Ahora no recuerdo dónde, pero en Londres no fue.

—Recuerdo que me lo contó.

—Usted hizo un trabajo espléndido. Todavía aguantan de maravilla. Un trabajo espléndido, Herman. Trabaja muy bien, con honradez.

—Eso está bien.

Herman echó un rápido vistazo al zapato que tenía en la mano. El señor McCauley comprendió que el hombre quería volver al trabajo, pero él no podía irse.

—Acabo de recibir un mazazo. Una conmoción.

—¿De veras?

El anciano sacó la carta y empezó a leer fragmentos en voz alta, mezclados con interjecciones y risas lúgubres.

—Bronquitis. Dice que está enfermo de bronquitis. No sabe a quién recurrir. *No sé a quién recurrir*. El siempre sabe a quién recurrir. Cuando ya lo ha probado todo, recurre a mí. *Unos cientos de dólares hasta que me recupere*. Ruega y suplica y mientras tanto intriga con mi ama de llaves. ¿Lo sabía? Esa mujer robó un cargamento de muebles y se marchó con ellos al oeste. Se habían puesto de acuerdo. Y a ese hombre yo le salvé el pellejo una y otra vez. Y nunca me devolvió un céntimo. Bueno, no, si tengo que ser franco, me devolvió cincuenta dólares. Cincuenta de cientos y cientos.

De miles. En la guerra estuvo en las Fuerzas Aéreas, ¿sabe? A los más bajitos solían mandarlos a la aviación. Se pavonean por ahí presumiendo de ser héroes de guerra. Mire, supongo que no debería decirlo, mas pienso que a esos sujetos la guerra los echó a perder, nunca volvieron a adaptarse a la vida. Pero como disculpa no alcanza, ¿no? No puedo disculparlo para siempre porque estuvo en la guerra.

—No, no puede.

—Desde que lo conozco he sabido que no era de fiar. He ahí lo extraordinario. Lo sabía y de todos modos dejé que me engatusara. Hay gente así. Uno se apiada de ellos precisamente por lo sinvergüenzas que son. Yo le conseguí un puesto en una compañía de seguros. Tenía mis contactos. Por supuesto que la fastidió. Un mal bicho. Algunos son así, no hay nada que hacer.

—En eso tiene razón.

Ese día, la señora Shultz no estaba en la tienda. Por lo general atendía el mostrador; recibía los zapatos, se los mostraba a su esposo e informaba de lo que él había dicho, hacía los resguardos y cobraba cuando los zapatos eran entregados. El señor McCauley recordaba que en

verano la habían operado de algo.

—¿Su esposa no ha venido hoy? ¿Se encuentra bien?

—Pensó que hoy le convenía tomárselo con calma. Está mi hija.

Herman Shultz señaló con la cabeza los estantes que estaban a la derecha del mostrador, donde se exponían los zapatos reparados. El señor McCauley miró hacia allí y vio a Edith, la hija, en quien no había reparado al entrar. Era una chica aniñada de negro pelo lacio; estaba de espaldas a él, reacomodando los zapatos. De la misma manera, parecía haberse hurtado a la vista cuando había ido a casa de él a visitar a su amiga Sabitha.

—¿Ahora te dedicas a ayudar a tu padre? —preguntó el señor McCauley—. ¿Te has cansado de la escuela?

—Es sábado —dijo Edith, volviéndose a medias, con una tímida sonrisa.

—Vaya si lo es. Bueno, de todos modos está muy bien que ayudes a tu padre. Debes cuidar a tus mayores. Se han esforzado mucho y son buenas personas. —Con un ligero aire de excusa, como si hubiera hablado con demasiada gravedad, el señor McCauley añadió—: Honrarás a tu padre y a tu madre, para que tus días sean largos en...

Edith dijo algo para que él no oyera. Dijo:

—Tienda de reparación de calzado.

—Les estoy robando tiempo —aseguró tristemente el señor McCauley—. Tienen trabajo y estoy molestando.

—No veo a qué vienen tus sarcasmos —dijo el padre de Edith cuando el viejo se hubo ido.

Esa noche, durante la cena, le habló del señor McCauley a la madre de Edith.

—No es el mismo —dijo—. Algo le ha pasado.

—Tal vez un infarto leve —aventuró ella.

Desde que la habían operado de cálculos biliares hablaba de las enfermedades ajenas con solvencia y una plácida satisfacción.

Ahora que Sabitha se había ido para esfumarse en una clase de vida que al parecer siempre había estado esperándola, Edith volvía a ser la persona que había sido antes de que Sabitha llegara al pueblo. «Muy madura para su edad», diligente, crítica. Después de tres semanas de bachillerato ya sabía que iba a ser muy buena en todas las asignaturas nuevas: latín, álgebra, inglés, literatura. Estaba convencida de que su inteligencia sería reconocida y aclamada y que tenía ante ella un gran porvenir. La bobería del año anterior con Sabitha empezaba a perderse de vista.

Con todo, al pensar en que Johanna se había marchado, el pasado volvía con un escalofrío, una alarma invasora. Intentó pasarlo por alto, pero fue imposible.

Cuando hubo terminado de fregar los platos se fue a su habitación con el libro que le habían asignado en el curso de literatura: *David Copperfield*.

Era una chica que nunca había recibido de sus padres más que tibias reconvenciones —padres demasiado mayores para una niña de su edad, a lo que la gente solía atribuir su temperamento—, pero se identificaba totalmente con la desdichada situación de David. Pensaba que era como él, que lo mismo habría dado que fuese huérfana porque probablemente, cuando la verdad saliera a la luz y el pasado le cerrase el futuro, tendría que huir, ocultarse y valerse por sí misma.

Todo había empezado cuando, camino de la escuela, Sabitha dijo:

—Pasemos por el correo. Tengo que mandarle una carta a mi padre.

Todos los días iban y volvían juntas de la escuela. A veces caminaban con los ojos cerrados, o hacia atrás. A veces, al cruzarse con gente, farfullaban en un idioma absurdo para provocar confusión. La mayoría de las ideas buenas eran de Edith. El único aporte de Sabitha había sido lo de escribir el nombre de un chico y el propio, tachar todas las letras que aparecían más de una vez y contar las restantes. Luego, una iba contando con los dedos mientras decía *odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio*, hasta que llegaba al número, y ése era el veredicto sobre lo que podía pasar entre una y el chico.

—Qué carta más gruesa —comentó Edith. Se daba cuenta de todo y todo lo recordaba; podía memorizar páginas enteras de los libros del colegio con una precisión que a los otros niños les resultaba siniestra—. ¿Tantas cosas tenías que decirle a tu padre? —preguntó, sorprendida, porque no se lo creía; al menos no creía que Sabitha las hubiera puesto por escrito.

—Yo sólo escribí una página —dijo Sabitha palpando la carta.

—Ajá —exclamó Edith—. A... já.

—Ajá ¿qué?

—Apuesto a que ella puso algo más. Johanna.

La consecuencia fue que, en vez de llevar la carta directamente al correo, después de la escuela la abrieron con vapor en casa de Edith. En casa de Edith podían hacer cosas así porque su madre trabajaba todo el día en la tienda de reparación de calzado.

Estimado señor Ken Boudreau:

Pensé que debía escribirle para agradecerle las cosas amables que decía de mí en la carta que envió a su hija. Descuide usted que no me marcharé. Dice que soy una persona de fiar. Eso es lo que yo he entendido y por lo que sé es verdad. Le agradezco que lo haya dicho, porque algunos piensan que las personas como yo, que no se sabe de dónde provienen, son inaceptables. Por eso se me ha ocurrido contarle algo sobre mí. Nací en Glasgow, pero cuando mi madre se casó tuvo que abandonarme. A los cinco años me llevaron al orfanato. Busqué a mi madre para que volviera, pero no volvió y me acostumbré a estar allí, y la verdad es que no eran malos. A los once años me llevaron a Canadá como parte de un Plan y allí viví con los Dixon y trabajaba en su vivero. En el Plan estaba incluida la escuela, pero lo cierto es que no fui mucho. En invierno trabajaba en casa para la señora, pero las circunstancias hicieron que decidiera marcharme y, como era grande y fuerte para mi edad, conseguí que me contrataran en una residencia de ancianos. No es que no me gustara el trabajo, pero para ganar más dinero me fui a trabajar a una fábrica de escobas. El dueño, el señor Willets, tenía una madre anciana que solía ir a ver cómo marchaban las cosas, y en cierto modo las dos nos encariñamos. Como a mí la atmósfera me causaba problemas respiratorios, ella dijo que debería trabajar para ella y así lo hice. Viví con ella doce años en el norte junto a un lago llamado Lago de la Paloma Viuda. Sólo estábamos nosotras dos, pero yo me ocupaba de todo lo de fuera y lo de casa, hasta de manejar la motora y el coche. Aprendí a leer bien porque ella estaba mal de la

vista y le gustaba que yo le leyera. Murió a la edad de noventa y seis años. Usted dirá qué vida era aquélla para una persona joven, pero yo era feliz. Comíamos siempre juntas, y el último año y medio dormí en su habitación. Pero después de su muerte la familia me dio una semana para hacer la maleta. Supongo que no les gustó que ella me dejara dinero. Quería que lo empleara en Educación pero habría tenido que ir a clase con críos. Así que, cuando vi el anuncio que el señor McCauley puso en el *Globe and Mail*, fui a ver de qué se trataba. Necesitaba trabajar para no seguir echando en falta a la señora Willets. Bien, pues me figuro que ya lo he aburrido bastante con mi Historia y será un alivio que haya llegado al Presente. Gracias por su buena opinión y por haberme llevado a la feria. No soy de esas a las que les gustan los pícnicos ni lo que se come, pero por cierto fue un placer que me incluyera.

Su amiga,

JOHANNA PARRY

Edith leyó las palabras de Johanna en voz alta e implorante, con expresión de congoja.

—Nací en Glasgow, pero cuando mi madre tuvo que abandonarme cuando me vio la cara...

—Para —dijo Sabitha—. Me estoy poniendo mala de la risa.

—¿Cómo metió su carta sin que te enteraras?

—Siempre me coge el papel, lo pone en el sobre y escribe la dirección porque piensa que yo no tengo buena letra.

Edith tuvo que pegar la solapa del sobre con celo porque no quedaba suficiente goma.

—Está enamorada de él —explicó.

—Puaj, qué ganas de vomitar —dijo Sabitha agarrándose el estómago—. No puede ser. Johanna la vieja.

—Por cierto, ¿y él qué decía de ella?

—Sólo que supuestamente yo tenía que respetarla y que si se marchaba sería un desastre. Que era una suerte que estuviese porque él no tenía un hogar para mí y el abuelo solo no podía criar a una niña y mucho blablá. Decía que era una dama. Que él sabía lo que estaba diciendo.

—Entonces ella va y se enamora.

Para que Johanna no descubriera que no la habían enviado y estaba pegada con celo, la carta se quedó esa noche con Edith. A la mañana siguiente la llevaron al correo.

—Ahora veremos qué contesta él. Tú vigila —comentó Edith.

Durante mucho tiempo no llegó ninguna carta. Y cuando llegó fue decepcionante. La abrieron con vapor en casa de Edith, pero dentro no encontraron nada para Johanna.

Querida Sabitha:

Este año, la Navidad no me pilla muy boyante. Siento no tener más que un billete de dos dólares para enviarte. Con todo, espero que estés bien de salud y tengas una feliz Navidad y hagas tus tareas. Por mi parte últimamente no me he encontrado del todo bien. He tenido una bronquitis, cosa que me sucede todos los años, aunque éste es el primero



que aterrizo en cama antes de las fiestas. Como notarás por la dirección, me he cambiado de casa. El piso estaba en una zona muy ruidosa y pasaba demasiada gente con ganas de juerga. Ahora vivo en una pensión, lo que me viene de perillas porque hacer la compra y cocinar nunca ha sido lo mío.

Feliz Navidad. Te quiere,

PAPÁ

—Pobre Johanna —dijo Edith—. Se le *gompegá* el corazón.

—¿Y qué cuerno importa? —preguntó Sabitha.

—Salvo que lo hagamos nosotras —dijo Edith.

—¿Qué?

—Responderle.

Tendrían que escribir la carta a máquina para que Johanna no se diera cuenta de que no era la letra del padre de Sabitha. En casa de Edith había una máquina sobre una mesa de juego de la sala de estar. Antes de casarse, la madre había trabajado en un despacho y a veces todavía se ganaba un dinerillo mecanografiando la clase de cartas a las que la gente quiere dar un aspecto oficial. Le había dado a Edith unas nociones con la esperanza de que algún día ella también consiguiera trabajo en un despacho.

—Querida Johanna —dijo Sabitha—. Lo siento mucho pero con esas manchas horribles que tienes en la cara no puedo enamorarme de ti.

—Cállate la boca —ordenó Edith—, que voy a hacerlo en serio.

«Me alegró mucho recibir la carta», redactó, pronunciando las palabras en voz alta, deteniéndose a pensar, la voz cada vez más tierna y solemne. Despatarrada en el sofá, Sabitha se reía. En un momento encendió el televisor, pero Edith le dijo:

—Apaga. ¿Tú crees que con esa mierda encendida puedo concentrarme en los sentimientos?

Cuando estaban las dos solas, Edith y Sabitha usaban las palabras «mierda», «zorra» y «joder».

Estimada Johanna:

Me alegró mucho recibir la carta que puso con la de Sabitha y descubrir cosas sobre su vida. Tiene que haber pasado momentos de tristeza y soledad, aunque parece una suerte que haya encontrado una persona como la señora Willets. Sin embargo, nunca ha dejado de ser trabajadora y abnegada y debo decir que yo la admiro mucho. En cuanto a mí, he vivido a salto de mata y nunca me he asentado del todo. No sé por qué tengo esta inquietud y soledad interior. Parece que es mi destino. Conozco a mucha gente y converso con todos, pero a veces me pregunto si tengo algún amigo de verdad. Entonces llega su carta y al final usted escribe: Su amiga. Y yo pienso: ¿lo dirá en serio? Y qué bonito regalo de Navidad sería que Johanna me dijera que es mi amiga. Tal vez usted quiso simplemente ser amable y no me conoce bastante. De todos modos, feliz Navidad.

Su amigo,

KEN BOUDREAU

La carta iba a nombre de Johanna. También acabaron por mecanografiar la dirigida a Sabitha: ¿por qué iba a estar una escrita a máquina y la otra no? Esta vez habían tenido cuidado con el vapor para no delatarse al usar celo.

—¿Y por qué no escribir a máquina en un sobre nuevo? A fin de cuentas, las cartas están mecanografiadas —dijo Sabitha creyéndose muy lista.

—Porque un sobre nuevo no llevaría el sello de correos. Serás tonta.

—¿Y si él contesta?

—Leeremos la carta.

—Vale, ¿y si ella contesta pero le envía la carta directamente a él?

Edith procuró no mostrar que eso no se le había ocurrido.

—No lo hará. Es demasiado astuta. De todos modos, tú contestas enseguida para sugerirle la idea de que meta la carta en tu sobre.

—Me revienta escribir cartas estúpidas.

—Venga. No te vas a morir. ¿No tienes ganas de saber qué dice?

Estimado amigo:

Me pregunta si lo conozco lo suficiente para ser amiga suya y mi respuesta es que creo que sí. Sólo he tenido en mi vida una Amiga, la señora Willets. La quería y ella me trataba bien, pero se murió. Era mucho mayor que yo y el problema con los Amigos Mayores es que se mueren y nos dejan solos. Era tan vieja que a veces me llamaba por el nombre de otra persona. De todos modos a mí no me importaba.

Le contaré algo raro.

He mandado ampliar y enmarcar la foto y la he puesto en la sala. Ese retrato que usted le hizo sacar al fotógrafo de

la feria, en donde estamos usted, Sabitha, su amiga Edith y yo. No es una fotografía muy buena y la verdad es que el hombre se la cobró bastante cara, pero es mejor que nada. Bien, anteayer le estaba quitando el polvo y me imaginé que lo oía a usted saludarme. Hola, me decía, y le miré la cara todo lo bien que se puede ver en la fotografía y pensé: Vaya, debo de estar volviéndome loca. O a lo mejor es una señal de que hay una carta en camino. Hablo en broma. La verdad es que no creo en esas cosas. Pero ayer llegó una carta. Ya ve, pues, que no es demasiado pedirme que sea su amiga. Siempre sé arreglármelas para estar atareada, pero un Amigo de verdad es algo muy diferente.

Su amiga,

JOHANNA PARRY

Desde luego que aquello no podía ponerse en el sobre. Al padre de Sabitha le olerían mal las referencias a una carta que nunca había escrito. Hubo que hacer pedazos las palabras de Johanna y tirarlas al retrete de la casa de Edith.

Cuando llegó la carta que contaba lo del hotel, habían pasado muchos meses. Era verano. Y si Sabitha recogió la carta fue por casualidad, porque había estado tres semanas en el chalé que su

tía Roxanne y su tío Clark tenían en el lago Simcoe.

Casi lo primero que dijo Sabitha al entrar en la casa de Edith fue:

—*Guugui*. Qué peste hay aquí.

«*Guugui*» era una expresión que había tomado de sus primos.

Edith olfateó el aire.

—Yo no huelo nada.

—Es como el olor de la tienda de tu padre, sólo que no tan fuerte. Deben de traerlo a casa con la ropa y las cosas.

Edith se encargó del vapor y de abrir el sobre. En el camino desde el correo, Sabitha había parado en la pastelería a comprar dos bombas de nata. Se había tendido en el sofá a comer la suya.

—Una sola carta. Para ti —dijo Edith—. Pobre Johanna. Claro que él nunca recibió la de ella.

—Léemela —se resignó Sabitha—. Tengo todos los dedos pringosos.

Edith la leyó con rapidez notarial, casi sin hacer pausa en las comas.

Bien, Sabitha, mi suerte ha dado un giro y como puedes ver ya no estoy en Brandon sino en un lugar llamado Gdynia. Y no trabajo para mis jefes anteriores. Los problemas de pecho me hicieron pasar un invierno excepcionalmente duro y ellos, es decir, mis jefes, consideraron que debía salir a trabajar aunque corriera el riesgo de pillar una neumonía. Con lo que hubo una discusión de aquéllas y todos decidimos decirnos adiós. Pero la suerte es muy extraña y justo por entonces me convertí en dueño de un hotel. Los pormenores son muy complicados de explicar, pero si tu abuelo quiere saber, tú dile que una persona que me debía dinero me dio este hotel a modo de pago. Heme pues aquí pasando de una habitación de pensión a un edificio de doce habitaciones y de no ser dueño ni de mi cama a tener unas cuantas. No sabes qué maravilla es levantarse por la mañana con la sensación de ser tu propio jefe. Tengo que hacer algunas reparaciones, de hecho un montón, y pondré manos a la obra en cuanto haga menos frío. Necesitaré contratar a alguien que me ayude y más adelante a un buen cocinero para tener restaurante además de bar. Debería ir viento en popa porque en este pueblo no hay nada. Espero que tú estés bien, hagas tus tareas y seas educada.

Te quiere,

PAPÁ

—¿Tienes café? —preguntó Sabitha.

—Instantáneo —respondió Edith—. ¿Por qué?

Sabitha dijo que en el chalé todo el mundo tomaba café con hielo y que les chiflaba. A ella también le chiflaba. Se levantó y estuvo hurgando en la cocina, y luego hirvió el agua y mezcló el café con leche y los cubitos de hielo.

—En realidad necesitaríamos crema de vainilla —dijo—. Jo, Diosss, es genial. ¿No te comes tu bomba?

*Jo, Diosss.*

—Sí, toda —contestó Edith con saña.

Cuántos cambios en Sabitha en apenas tres semanas, el lapso en que Edith había trabajado en la tienda y su madre se había repuesto de la operación. Sabitha tenía la piel de un marrón dorado suculento y el pelo, más corto, flotaba alrededor de su cara. Sus primas se lo habían cortado y le habían hecho una permanente. Llevaba una especie de vestido sport con falda pantalón, botones al frente y volantes en las mangas de un adecuado color azul. Había engordado un poco y cuando se inclinó a recoger su vaso de café con hielo, que estaba en el suelo, exhibió un escote mórbido y resplandeciente.

Pechos. Debían de haberle empezado a crecer antes de que se marchara, pero Edith no lo había notado. Quizás una se los encontraba un día al despertarse. Quizá no.

Surgieran como surgieran, parecían marcar una ventaja totalmente injusta e innmerecida.

Sabitha hablaba hasta por los codos de los primos y de la vida en el chalé. Decía: «Oye, tengo que contarte algo increíble», y luego se ponía a chapurrear sobre lo que le había dicho tía Roxanne a tío Clark en medio de una pelea, y cómo Mary Jo los llevaba a todos a un bar de la carretera conduciendo el coche de Stan con la capota baja y sin permiso (¿quién era Stan?), y nunca quedaba del todo claro por qué la historia era tan genial o increíble.

Pero al cabo de un tiempo se aclararon otras cosas. Las auténticas aventuras del verano. Las niñas mayores —entre ellas, Sabitha— dormían en el piso de arriba del cobertizo de las barcas. A veces hacían guerras de cosquillas. Y luego se juntaban todas contra una y le hacían cosquillas hasta que se rendía y aceptaba bajarse el pantalón pijama y mostrar si tenía pelos.

Se contaban historias sobre niñas del internado que hacían cosas con el mango del cepillo de dientes, con el mango del cepillo del pelo. *Guugui*. Una vez, dos primas habían montado un show: una se había puesto encima de la otra y había hecho de chico, y habían trenzado las piernas y gemido y jadeado y perdido la cabeza.

La hermana del tío Clark y su marido habían ido a pasar la luna de miel, y a él se le había visto meterle mano bajo el traje de baño.

—Esos dos sí que se querían. Haciéndolo día y noche —dijo Sabitha. Se apretó un cojín contra el pecho—. Cuando la gente está tan enamorada no puede evitarlo.

Una de las primas ya lo había hecho con un chico. Era un ayudante de verano del centro turístico que había carretera abajo. Se la había llevado en un bote y había amenazado con empujarla al agua si no dejaba hacérselo. O sea, que no había sido culpa de ella.

—¿Y no sabía nadar? —preguntó Edith.

Sabitha se metió el cojín entre las piernas.

—Aaay —dijo—. Qué gusto da.

Edith lo sabía todo sobre los placenteros tormentos que sentía Sabitha, pero la pasmaba que alguien se los infligiera en público. A ella, por su parte, le daban miedo. Años atrás, sin saber aún qué estaba haciendo, se había dormido con la sábana entre las piernas; su madre la había descubierto y le había contado la historia de una niña que hacía esas cosas tan constantemente que, para solucionar el problema, habían acabado por operarla.

—Primero le echaban agua fría, pero ni de ese modo se curó —había contado su madre—. Así que tuvieron que amputarla.

De lo contrario se le habrían congestionado los órganos y podría haber muerto.

—Para ya —le ordenó a Sabitha.

Pero Sabitha siguió gimiendo, desafiante, y dijo:

—No es nada. Lo hacemos todas. ¿Tú no tienes un cojín?

Edith se levantó. Tomó el vaso vacío de café con hielo, fue a la cocina y lo llenó de agua. Cuando volvió, Sabitha estaba tendida en el sofá, riendo, y el cojín en el suelo.

—¿Qué pensaste que estaba haciendo? —preguntó—. ¿No ves que era una broma?

—Tenía sed —dijo Edith.

—Acabas de beberte un vaso entero de café con hielo.

—Tenía sed de agua.

—Contigo no hay forma de divertirse. —Sabitha se sentó—. Si tienes tanta sed, ¿por qué no bebes?

Estuvieron sentadas en un silencio taciturno hasta que finalmente Sabitha, en tono conciliador pero decepcionado, dijo:

—¿No le vamos a escribir otra carta a Johanna? Venga, escribámosle una cartita de amor mona.

Edith había perdido buena parte del interés en las cartas, pero la reanimó que para Sabitha no fuera así. A pesar del lago Simcoe y los pechos, recuperó cierta sensación de poder sobre ella. Suspirando, como de mala gana, se levantó y retiró la tapa a la máquina de escribir.

—Queridísima Johanna... —dijo Sabitha.

—No. Eso da asco.

—Ella no pensará lo mismo.

—Sí que lo pensará.

Se preguntó si debía alertar a Sabitha sobre el peligro de la congestión de órganos. Decidió que no. Primero, la información pertenecía al repertorio de advertencias que ella había recibido de su madre y en las que nunca sabía plenamente si confiar o no. No había caído tan bajo como para creer que usar chanclos en casa estropeaba la vista, pero una nunca sabe... Quizá más adelante.

Y segundo, Sabitha se reiría. Solía reírse de las advertencias; se habría reído hasta de la prevención de que las bombas de nata engordaban.

—Tu última carta me dio la felicidad...

—Tu última carta me dejó extasiado... —comentó Sabitha.

—... me dio la felicidad de pensar que por fin tengo en el mundo una amiga de verdad, y esa amiga eres tú.

—El deseo de estrujarte entre mis brazos no me ha dejado dormir en toda la noche... — Sabitha se abrazó el torso y empezó a mecerse.

—*No*. No sabes cuántas veces, solo a pesar de mi vida gregaria, he sentido que no tenía a quién recurrir.

—¿Qué quiere decir «gregario»? Seguro que ella no lo sabrá.

—*Ella* lo sabrá.

Aquello le cerró la boca a Sabitha y acaso la hirió en sus sentimientos. De modo que al final Edith leyó:

—«Debo despedirme y sólo puedo hacerlo imaginando que lees esta carta y te ruborizas...». ¿Ya se parece más a lo que querías?

—«Que lees esta carta en la cama, en camisón —dijo Sabitha, que siempre se reponía pronto —, y piensas cómo te estrujaría entre mis brazos y te chuparía las tetas...».

Querida Johanna:

Tu última carta me dio la felicidad de pensar que por fin tengo en el mundo una amiga de verdad, y esa amiga eres tú. No sabes cuántas veces, solo a pesar de mi vida gregaria, he sentido que no tenía a quién recurrir.

Bien, ya le he contado a Sabitha que la suerte me ha favorecido y ahora tengo un hotel. Lo que no le conté es que el invierno pasado estuve muy enfermo porque no quería preocuparla. Tampoco quiero preocuparte a ti, querida Johanna. Sólo quiero decirte que he pensado en ti muchas veces y he deseado ver tu dulce rostro. En mis días de fiebre me parecía verlo realmente, inclinado sobre mí, y oía tu voz diciendo que pronto estaría mejor y sentía las atenciones de tus bondadosas manos. Entonces vivía en la pensión y cuando salí de la fiebre hubo muchas bromas sobre quién era la Johanna aquella. Pero grande fue mi tristeza al despertarme y descubrir que tú no estabas. Llegué a preguntarme si no habrías venido volando para estar conmigo, aunque sabía que era imposible. Créeme, créeme, no habría recibido ni a la más hermosa estrella de cine con tanta alegría como a ti. No sé si debo contarte otras cosas que me decías porque, si bien eran íntimas y tiernas, tal vez te incomoden. Me cuesta acabar esta carta porque siento que estoy rodeándote con mis brazos mientras conversamos en voz baja en la penumbra de nuestra habitación, pero debo despedirme y sólo puedo hacerlo imaginando que lees esta carta y te ruborizas. Sería maravilloso que la leyeras en la cama, en camisón, pensando cuánto me gustaría estrecharte en mis brazos.

Con a-o-,

KEN BOUDREAU

Aunque parezca increíble, esta carta no tuvo respuesta. Cuando Sabitha hubo escrito media página, Johanna la metió en el sobre, puso la dirección y eso fue todo.

Cuando Johanna bajó del tren no había nadie esperándola. No se permitió preocuparse; al fin y al cabo tenía previsto que la carta no llegara antes que ella. (De hecho había llegado y estaba en la oficina de correos, sin recoger, debido a que Ken Boudreau, que el invierno anterior no había sufrido ninguna enfermedad grave, ahora sí tenía bronquitis y llevaba varios días sin ir a buscar la correspondencia. Aquella precisa mañana se le había añadido otro sobre con el talón del señor McCauley, aunque el pago ya había sido bloqueado).

Lo que la intranquilizó algo más fue que aquello no parecía una ciudad. La estación era un refugio vallado con bancos a lo largo de los muros y una persiana de madera enrollada delante de la taquilla. También había un cobertizo —eso supuso ella que sería—, pero la puerta corredera no cedía. Atisbo por una rendija entre las planchas hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio que estaba vacío, y que el suelo estaba sucio. Allí no había cajas con muebles. Llamó varias veces —«¿Hay alguien aquí?, ¿hay alguien aquí?»—, pero no esperaba que le respondieran.

Se demoró en el andén intentando orientarse.

A algo menos de un kilómetro había una suave y hermosa colina, coronada por árboles. Y aquel sendero de aspecto arenoso, que desde el tren había tomado por el camino trasero de una

granja, debía de ser la carretera. Ahora, dispersas entre los árboles, distinguía bajas siluetas de construcciones; y un depósito de agua que a distancia parecía un juguete, un soldadito de lata con piernas muy largas.

Recogió la maleta —eso no sería difícil; al fin y al cabo la había cargado desde Exhibition Road hasta la otra estación— y se puso en marcha.

Había viento, pero hacía calor —más calor que en Ontario— y hasta el viento era caliente. Encima del vestido nuevo, Johanna llevaba el viejo abrigo de siempre, que en la maleta habría ocupado demasiado espacio. Miraba expectante la sombra de la ciudad, pero al llegar descubrió que los árboles eran o falsos abetos, demasiado tiesos y estrechos para dar sombra, o bien mustios álamos de hoja menuda que al mecerse dejaban pasar el sol.

Había en ese lugar una desalentadora falta de formalidad o de cualquier tipo de organización. No había aceras, ni pavimento ni edificios imponentes, salvo una iglesia grande como un granero de ladrillos. Sobre la puerta, una pintura representaba una Sagrada Familia de rostros arcillosos y ojos azules escrutadores. Llevaba el nombre de un santo ignoto: san Voytech.

La situación y planificación de las casas no revelaba gran previsión. Se alzaban en ángulos variados respecto al camino o calle y la mayor parte tenían mezquinas ventanitas repartidas por las paredes y los porches contra la nieve como cajas ante las puertas. ¿Por qué no había nadie en los patios? Claro que tampoco tenía por qué haber alguien. No había nada que cuidar, salvo matas de hierbas pardas y un solo arbusto de ruibarbo que ya producía semilla.

La calle principal, si es que lo era, tenía una única acera elevada de madera y algunos edificios sin apuntalar, de los cuales sólo una tienda de ultramarinos (que albergaba la estafeta) y un garaje daban impresión de actividad. Había una construcción de dos plantas que a Johanna le pareció el hotel, pero era un banco y estaba cerrado.

El primer humano que vio —aunque ya le habían ladrado dos perros— fue un hombre atareado delante del garaje. Estaba cargando cadenas en la caja de un camión.

—¿El hotel? —dijo—. Ha caminado de más.

Le explicó que estaba junto a la estación, un trecho al otro lado de las vías, y pintado de azul. No había pérdida.

Ella apoyó la maleta en el suelo, no por desaliento sino porque necesitaba un descanso.

El hombre dijo que si esperaba un minuto él la llevaría.

Y aunque para ella era una novedad aceptar una oferta así, pronto se encontró en la candente, grasienta cabina del camión, bamboleándose por el camino que acababa de subir, con el desesperado alboroto de las cadenas a sus espaldas.

—Y bien, ¿de dónde ha traído usted este calor? —preguntó el hombre.

En un tono que no prometía nada más allá de la respuesta, ella dijo que de Ontario.

—De Ontario —repitió él, apenado—. Bueno, ahí lo tiene. Su hotel.

El hombre despegó una mano del volante. El camión dio un bandazo mientras él señalaba un edificio de dos plantas y techo plano que al llegar no había pasado inadvertido a Johanna. Le había parecido una gran casa familiar bastante deteriorada, quizás abandonada. Ahora que ya había visto las casas de la ciudad, se daba cuenta de que no habría debido apresurarse a descartarlo. Estaba revestido de chapas metálicas estampadas para que parecieran ladrillos y pintadas de azul claro. Sobre el umbral, en un neón que ya no alumbraba, se leía la solitaria palabra hotel.

—Seré necia —dijo, y le ofreció al hombre un dólar por el viaje.

Él se rió.

—Guárdese el dinero —ordenó—. Nunca se sabe cuándo hará falta.

Frente al hotel había aparcado un coche de lo más decente, un Plymouth. Estaba muy sucio, pero ¿cómo evitarlo con esos caminos?

Sobre la puerta había un anuncio de cigarrillos y otro de cerveza. Esperó a que el camión diera la vuelta antes de llamar a la puerta; no parecía que el lugar estuviese abierto. Luego empujó la puerta para ver si se abría, y entró en un polvoriento vestíbulo con una escalera y después en un amplio salón con una mesa de billar, rancio olor a cerveza y suelo sin barrer. Aparte, en una habitación lateral, distinguió el brillo de un espejo, estantes vacíos, un mostrador. Todos esos ambientes tenían las celosías bien cerradas. La única luz provenía de dos ventanitas redondas, que resultaron pertenecer a una doble puerta batiente. Atravesó las estancias y entró en una cocina. Había más claridad, gracias a la hilera de altas —y sucias— ventanas descubiertas de la pared opuesta.

Y allí vio las primeras señales de vida: alguien había comido en la mesa y dejado un plato untado de ketchup seco y media taza de café frío.

Una de las puertas de la cocina conducía a la calle —estaba cerrada—, otra a una despensa en donde se apilaban varias latas de comida, otra más a un armario de escobas y una cuarta a una escalera estrecha y cerrada. Subió los escalones, a los tumbos con la maleta a cuestas porque el espacio era angosto. Al llegar arriba se encontró frente a un retrete con el asiento levantado.

La puerta de la última habitación del pasillo estaba abierta y dentro encontró a Ken Boudreau.

Antes de verlo a él, vio su ropa. La chaqueta colgaba de una esquina de la puerta y los pantalones en el picaporte barrían el suelo. Como enseguida pensó que ésa no era forma de tratar la ropa, Johanna se atrevió a entrar —dejando la maleta en el pasillo— con la idea de colgarla como correspondía.

Él estaba en la cama, tapado solamente con una sábana. La colcha y su camisa habían caído al suelo. Resoplaba inquieto, como si estuviera a punto de despertarse, de modo que ella dijo:

—Buenos días. Tardes.

El sol deslumbrante que entraba por la ventana le daba casi en la cara. La ventana estaba cerrada y el aire estaba viciado, en primer lugar por el cenicero repleto que había en la silla que él usaba como mesita de noche.

Tenía malas costumbres: fumaba en la cama.

La voz de ella no lo despertó, o sólo lo despertó en parte. Empezó a toser.

Ella advirtió que era una tos grave, tos de enfermo. Él se esforzó por incorporarse, todavía con los ojos cerrados, y ella se acercó a la cama para ayudarlo. Buscó un pañuelo de tela o una caja de pañuelos de papel, pero no vio nada, así que recogió del suelo la camisa, que siempre podía lavar después. Quería echar un buen vistazo a lo que él iba a escupir.

Cuando no pudo aguantar más, él se derrumbó en la cama, boqueando, arrugando en un gesto de disgusto la encantadora cara de gallito que Johanna recordaba bien. Por el tacto, ella supo que tenía fiebre.

El esputo era de un color amarillo verdoso; sin vetas cobrizas. Llevó la camisa al lavabo, donde para su sorpresa encontró jabón, la lavó, la colgó del picaporte y luego se lavó escrupulosamente las manos. Tuvo que secárselas en la falda del vestido marrón nuevo. Se lo



había puesto hacía menos de dos horas en otro lavabo angosto —el de *Damas* del tren—. En aquel momento se había preguntado si no debía maquillarse un poco.

En un armario del pasillo encontró un rollo de papel higiénico y lo llevó a la habitación para cuando él tosiera. Recogió la colcha y lo tapó bien, bajó la persiana casi hasta el alféizar, apoyando el cenicero que había vaciado de forma que quedaría entreabierto. Luego, en el pasillo, se cambió la ropa nueva por la vieja que llevaba en la maleta. Menuda utilidad tendrían ahora un vestido nuevo o algo de maquillaje.

No sabía bien cuán enfermo estaba él, pero había atendido a la señora Willets —otra fumadora empedernida— durante varias bronquitis y pensó que por un tiempo podía arreglárselas sin llamar a un médico. En el mismo armario del pasillo había una pila de toallas limpias, aunque gastadas y descoloridas, y después de humedecer una le limpió el sudor de los brazos y las piernas para ver si le bajaba la fiebre. El se despertó a medias y otra vez se puso a toser. Ella lo incorporó y le hizo escupir en el papel higiénico, examinó de nuevo la flema, arrojó el papel al retrete y se lavó las manos. Bajó a la cocina, encontró un vaso y también una botella grande de *ginger ale* y la llenó de agua. Intentó que él bebiera. El sorbió un poco pero, como protestaba, ella volvió a reclinarlo. Al cabo de cinco minutos probó otra vez. Siguió haciéndolo hasta convencerse de que había bebido todo lo que podía sin vomitar.

De vez en cuando volvía a toser y ella lo sentaba, lo sostenía con un brazo y con el otro le daba golpecitos en la espalda para ayudarlo a descongestionar el pecho. Varias veces él abrió los ojos y pareció tomar su presencia sin alarma ni sorpresa —ni gratitud, por cierto—. Ella le enjugó de nuevo el sudor, atenta a tapar enseguida con la colcha cada parte del cuerpo que iba refrescando.

Se dio cuenta de que había empezado a oscurecer, bajó a la cocina y encontró la llave de la luz. Las lamparillas y la vieja cocina eléctrica funcionaban. Calentó una lata de sopa de arroz con pollo, la llevó arriba y lo despertó. El tomó un sorbo de la cuchara. Ella aprovechó esa vigilia momentánea para preguntarle si tenía un frasco de aspirinas. El asintió con la cabeza pero al intentar explicarle dónde estaba se confundió.

—En el cubo de la basura —indicó.

—No, no —dijo ella—. En el cubo de la basura no puede ser.

—En el..., el...

Trataba de moldear algo con las manos. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No importa —dijo Johanna—. No importa.

De todos modos le había bajado la fiebre. Estuvo una hora o más durmiendo sin toser. Luego volvió a arder. A esas alturas, ella había encontrado las aspirinas —estaban en un cajón de la cocina entre un destornillador, varias bombillas y un ovillo de cordel— y le hizo tomar dos. Aunque poco después él tuvo un violento ataque de tos, a Johanna le pareció que no las había vomitado. Cuando él volvió a echarse, apoyó la oreja en el pecho y escuchó su jadeo. Ya había buscado mostaza para hacerle un emplasto, pero al parecer no había. Bajó de nuevo, calentó agua y la subió en una palangana. Montó una tienda con toallas e intentó que él se incorporara para respirar el vapor. Si bien él sólo cooperó un momento, dio la impresión de que servía; acabó expulsando cantidades de flema.

Le bajó la fiebre una vez más y se durmió más tranquilo. Ella arrastró un sillón que había encontrado en otra habitación y durmió también, de forma intermitente, despertando de golpe

perpleja, recordando luego dónde estaba, levantándose para tocarlo —la fiebre se mantenía baja — y estirarle la colcha. Para taparse ella usó el imperecedero abrigo de *tweed* que nunca acabaría de agradecerle a la señora Willets.

Él se despertó. Era media mañana.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con una voz hosca y débil.

—Llegué ayer —dijo ella—. Le he traído los muebles. Todavía no han llegado, pero están en camino. Cuando llegué estaba enfermo y ha pasado enfermo casi toda la noche. ¿Cómo se encuentra?

Él dijo:

—Mejor —y empezó a toser. No hizo falta que ella lo incorporara, él pudo sentarse solo, pero ella fue hasta la cama y le golpeó la espalda—. Gracias —dijo él cuando hubo acabado.

Tenía la piel tan fresca como la de ella. Y suave: ni un lunar rugoso, ni un gramo de grasa. Se podía palpar las costillas. Era como un niño delicado y afligido. Olía a maíz.

—Se ha tragado la flema —declaró ella—. No lo haga, no es bueno. Aquí tiene papel; debe escupirla. Si se las sigue tragando, se echará a perder los riñones.

—Nunca lo había oído —dijo él—. ¿Pudo encontrar el café?

La cafetera eléctrica estaba negra por dentro. La limpió lo mejor que pudo y la dejó trabajando. Luego se lavó y se arregló, preguntándose qué clase de comida le prepararía. En la despensa había una caja de mezcla para galletas. Primero pensó que debería prepararla con agua, pero también encontró un bote de leche en polvo. Cuando el café estuvo listo, ya tenía una fuente de galletas en el horno.

En cuanto oyó que ella trajinaba en la cocina, él se levantó para ir al lavabo. Estaba más débil de lo que había pensado; tuvo que inclinarse y apoyar una mano en el tanque. Luego, en el suelo del armario del pasillo donde guardaba la ropa limpia, encontró ropa interior. Para entonces ya había deducido quién era aquella mujer. Decía que había ido a llevarle los muebles, aunque él no le había pedido a nadie que lo hiciera; nunca había pedido los muebles, en realidad, sino dinero. Debería saber cómo se llamaba pero no lograba acordarse. Por eso le abrió la cartera, que estaba en el pasillo junto a su maleta. Cosida al forro había una etiqueta de identificación.

Johanna Parry; debajo, la dirección de su suegro en Exhibition Road.

Algunas cosas más. Una bolsita de tela con unos pocos billetes. Veintisiete dólares. Otra bolsita con monedas que no se molestó en contar. Un talonario azul brillante. Automáticamente lo abrió sin esperar nada inusual.

Un par de semanas antes, Johanna había podido transferir a su cuenta bancaria la totalidad de la herencia de la señora Willets y la había añadido a sus ahorros. Le había explicado al gerente del banco que no sabía cuándo podía necesitar el dinero.

La suma no era deslumbrante pero impresionaba. Le daba consistencia a la mujer. En la mente de Ken Boudreau, el nombre de Johanna Parry se revistió de una pátina brillante.

—¿No llevaba puesto un vestido marrón? —preguntó cuando ella subió con el café.

—Sí. Al llegar.

—Pensé que era un sueño. Y era usted.

—Como en su otro sueño —dijo Johanna, y la frente pecosa se le encendió.

Él no sabía de qué estaba hablando y le faltaba energía para indagar. Posiblemente fuera un sueño del que se había despertado durante la noche, mientras ella estaba al lado, un sueño que no recordaba. Volvió a toser, pero más razonablemente, y ella le alcanzó un trozo de papel.

—Bien —dijo ella—, ¿cómo va a tomar el café? —Acercó la silla de madera que había apartado para poder atenderlo—. Arriba.

Lo alzó tomándolo por debajo de los brazos y acomodó la almohada. Una almohada sucia, sin funda, que la noche anterior había cubierto con una toalla.

—¿Podría fijarse si abajo quedan cigarrillos?

Ella meneó la cabeza, pero dijo:

—Miraré. Tengo galletas en el horno.

Además de pedir dinero, Ken Boudreau tenía la costumbre de prestarlo. Muchos de los problemas que había tenido —o en los que se había metido, para decirlo de otra forma— estaban relacionados con su incapacidad para negar nada a un amigo. Lealtad. No lo habían despedido de las Fuerzas Aéreas después de la guerra, pero él había dimitido por lealtad a un amigo a quien habían expulsado por ofender al comandante en una fiesta de rancho. Una fiesta de rancho, donde se suponía que todo iba en broma y no había ánimo de ofender. No era justo. Y había perdido el empleo en la empresa de fertilizantes por cruzar la frontera de Estados Unidos sin permiso, un domingo, para recoger a un camarada que se había metido en una pelea y temía que lo detuvieran y acusaran.

Era leal a sus amigos y eso significaba tener dificultades con los jefes. Solía confesar que le resultaba muy arduo contar hasta cien. «Sí, señor» y «No, señor» no eran frases habituales en él. De la compañía de seguros no lo habían echado, pero tantas veces lo habían pasado por encima que era como si lo alentasen a que se fuera, y al fin se había ido.

Tenía que admitir que la bebida había desempeñado su papel. Y la idea de que la vida habría debido ser una empresa más heroica de lo que parecía en esos tiempos.

Le gustaba contar que había ganado el hotel en una partida de póquer. No es que fuera un jugador, pero a las mujeres les encantaban esas cosas. Se negaba a admitir que lo había aceptado a ciegas en pago por una deuda. E incluso después de verlo dejó de decirse que podría sacarlo adelante. La idea de ser su propio jefe lo atraía. No lo veía como un alojamiento, salvo quizá para cazadores, en otoño. Lo veía como local de copas y restaurante. Si es que encontraba un buen cocinero. Pero para que llegara a suceder algo interesante había que gastar. Hacía falta mucho trabajo, más del que habría podido hacer él solo, aun no siendo poco hábil. Había pensado que si lograba pasar el invierno sin ayuda, si demostraba sus buenas intenciones, quizá consiguiera un préstamo del banco. Pero necesitaba un préstamo menor para aguantar durante el invierno, y allí era donde su suegro había entrado en el cuadro. Habría preferido probar con otra persona, pero no había nadie más que estuviera en condiciones.

Le había parecido buena idea formular su solicitud como una propuesta de vender los muebles, para lo cual, lo sabía, el anciano nunca llegaría a mover un dedo. Tenía una conciencia no muy precisa de algunos préstamos de otros tiempos sin pagar, pero podía considerarlos como sumas que le habían correspondido por apoyar a Marcelle durante un período de mala conducta (de ella, en una época en que él aún se portaba bien) y por aceptar la paternidad de Sabitha

cuando tenía sus dudas respecto a ella. Además, los McCauley eran los únicos con una cantidad de dinero que nadie había ganado antes.

*Le he traído los muebles.*

Era incapaz de figurarse qué podía significar para él aquello en ese momento. Estaba demasiado cansado. Cuando ella entró con las galletas (y sin cigarrillos), sintió más ganas de dormir que de comer. Para contentarla comió media galleta. Después se durmió como una piedra. Sólo se despertó a medias cuando ella lo tumbó hacia un lado y luego hacia el otro, dos veces, para quitar la sábana sucia y extender una limpia, todo sin sacarlo de la cama ni despabilarlo realmente.

—He encontrado una sábana limpia, pero es delgada como un trapo —dijo ella—. Como no olía muy bien, la he ventilado un rato en el tendedero.

Más tarde se dio cuenta de que el ruido que llevaba largo rato oyendo en sueños era el de la lavadora. Se preguntó cómo podía ser, si el calentador estaba inservible. La mujer debía de haber calentado agua en la cocina. Más tarde aún oyó el inconfundible sonido de su coche, que arrancaba y se alejaba. Debía de haberle cogido las llaves del bolsillo del pantalón.

Quizá se estuviera yendo con su única posesión valiosa, abandonándolo, y él ni siquiera podía telefonar a la policía. Y aunque hubiera podido, la línea estaba cortada.

Pero aunque ésa siempre fuera una posibilidad —robo y huida— se dio la vuelta sobre la sábana fresca, que olía a hierba y viento de la pradera, y volvió a dormirse, seguro de que ella sólo había ido a comprar leche, huevos, mantequilla, pan y otras provisiones —incluso cigarrillos— necesarias para una vida decente, y que volvería a trajinar en la cocina, y que el ruido de su actividad sería como una red tendida debajo de él, un regalo del cielo, un don que no había que cuestionar.

En ese momento había en su vida un problema con una mujer. Con dos mujeres en realidad, una joven y otra mayor (es decir, más o menos de su edad), que se conocían y estaban dispuestas a tirarse de los pelos. En los últimos tiempos, lo único que había obtenido de ellas era llanto y alaridos, jalonados de airadas afirmaciones de que lo querían.

Tal vez también hubiera llegado una solución para eso.

Mientras compraba provisiones en la tienda, Johanna oyó un tren, y camino del hotel vio un coche aparcado en la estación. No había detenido aún el coche de Ken Boudreau cuando distinguió los cajones con los muebles apilados en el andén. Habló con el encargado —el coche era de él—, a quien la llegada de esos cajones enormes tenía tan sorprendido como irritado. Una vez le hubo sacado el nombre de alguien que tenía un camión —un camión limpio, insistió—, que vivía a treinta kilómetros y a veces transportaba cosas, usó el teléfono de la estación para llamar al hombre, y a medias lo sobornó, a medias le ordenó que fuera enseguida. Luego le impuso al agente el deber de quedarse junto a los cajones hasta que llegara el camión. Hacia la hora de la cena, el camión apareció y entre el hombre y su hijo cargaron los muebles y los llevaron a la habitación principal del hotel.

Al día siguiente, Johanna echó un buen vistazo al lugar. Estaba a punto de tomar una decisión.

Cuando hubo juzgado que Ken Boudreau ya podía sentarse a escucharla, dijo:

—Poner dinero en este lugar es tirarlo por el desagüe. El pueblo ya no se tiene en pie. Lo que hay que hacer es coger todo lo que pueda dar algo de dinero y venderlo. No quiero decir los muebles que han llegado, sino cosas como la mesa de billar y la cocina económica. Luego

deberíamos venderle el edificio a alguien que aprovecharse las chapas como chatarra. Siempre se acaba sacando algo de cosas a las que uno no daría ningún valor. Luego... ¿Usted qué tenía en mente antes de hacerse con el hotel?

Él dijo que tenía cierto plan de marcharse a la Columbia Británica, a Salmón Arm, donde vivía un amigo suyo que una vez le había dicho que podía encontrarle trabajo como administrador de huertos. Pero no había ido porque antes de emprender semejante viaje tenía que ponerle al coche neumáticos nuevos, y hacerle algunos arreglos, y todo lo que le quedaba lo estaba usando para vivir. Entonces le había caído el hotel en las manos.

—Como una tonelada de ladrillos —dijo ella—. Mejor invertir en neumáticos y el arreglo del coche que desperdiciar lo que sea en este lugar. Estaría muy bien marcharnos antes de que llegue la nieve. Y enviar de nuevo los muebles en tren, para usarlos cuando lleguemos. Tenemos todo lo que hace falta para amueblar una casa.

—Tal vez la oferta no sea tan firme.

—Lo sé —reconoció ella—. Pero irá todo bien.

El comprendió que ella sabía, y que iba todo bien. Estaba claro que era una especialista en casos como el suyo.

No era que no se sintiera agradecido. Había llegado a un punto en que la gratitud, lejos de ser para él una carga, le resultaba natural; sobre todo cuando no se la exigían.

Empezaba ya a tener pensamientos de regeneración. *He aquí el cambio que me hacía falta.* Ya se había dicho eso antes pero, sin duda, alguna vez tenía que ser cierto. Inviernos clementes, olor de bosques de pinos, manzanas maduras. *Lo único que necesitamos para hacer un hogar.*

Tiene su orgullo, pensaba ella. Habría que tenerlo en cuenta. Tal vez fuera mejor no mencionar nunca las cartas en que él se había abierto a ella. Las había quemado antes de partir. De hecho las había ido quemando una a una después de aprendérselas de memoria, lo que nunca le había llevado mucho tiempo. Algo que por cierto no quería era que cayeran nunca en manos de Sabitha y su sigilosa amiga. Sobre todo, el párrafo de la última carta sobre la cama y el camisón. Cierta que esas cosas sucedían, pero ponerlas por escrito se habría considerado vulgar o picante, o habría provocado burlas.

Dudaba de que vieran a Sabitha muy a menudo. Pero, si eso quería él, ella nunca lo frustraría.

Aquello no era realmente una nueva experiencia, ese vigoroso sentimiento de expansión y responsabilidad. Había sentido algo semejante por la señora Willets, otra persona hermosa, inconstante, necesitada de cuidado y tutela. Ken Boudreau había resultado ser un poco más díscolo de lo que esperaba, y desde luego cabía esperar diferencias en un hombre, pero seguramente no había nada en él que no pudiera manejar.

Con la muerte de la señora Willets se le había secado el corazón, y había llegado a pensar que siempre sería así. Y ahora esa conmoción tan cálida, ese amor tan diligente.

El señor McCauley murió unos dos años después de que se fuera Johanna. El funeral fue el último que se llevó a cabo en la iglesia anglicana. Hubo un buen número de asistentes. Sabitha — que fue con la madre de su prima, la mujer de Toronto— era entonces una persona serena, guapa y

llamativa, inesperadamente flaca. Llevaba un elegante sombrero negro y no hablaba con ninguna persona que no le hubiera hablado primero. Pero ni siquiera parecía acordarse de ellos.

La necrológica del periódico decía que los deudos del señor McCauley eran, por un lado, su nieta Sabitha Boudreau y por otro su yerno Ken Boudreau, la esposa de éste, Johanna, y el pequeño hijo de ambos, Omar, todos de Salmón Arm, Columbia Británica.

La madre de Edith leyó la nota; Edith no leía nunca el periódico. Por supuesto, lo del matrimonio no era una novedad para ninguna de las dos; ni para el padre de Edith, que estaba en la habitación de enfrente viendo la televisión. Había corrido el rumor. La única noticia era Omar.

—Esa mujer con *un bebé* —dijo la madre.

Edith hacía su traducción de latín en la mesa de la cocina. *Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi...*

En la iglesia había tenido la precaución de no hablarle primero a Sabitha, para evitar que Sabitha pudiera hablarle a ella.

Ya no temía realmente que la descubrieran, aunque no lograba entender cómo no había ocurrido. Y en cierto modo parecía correcto que las reliquias de su identidad anterior no estuvieran conectadas con la de ahora; y no digamos ya con la identidad real que esperaba asumir cuando huyera de esa ciudad y de todos los que creían conocerla. Lo que la abrumaba era el giro que aquello había tomado, las consecuencias fantásticas pero insulsas. Y también ofensivas, como un chiste o una advertencia burda que intentaba clavarle sus garras. Porque ¿dónde, en la lista de lo que planeaba conseguir en su vida, había una mínima mención a su responsabilidad por la existencia terrestre de un ser llamado Omar?

Sin hacer caso a su madre, escribió:

—«No debes preguntar; se nos prohíbe saber...». —Hizo una pausa, mordió el lápiz y con un escalofrío de satisfacción concluyó—: «... qué nos reserva el destino a mí o a ti».

## Puente flotante

Una vez lo dejó. La razón inmediata había sido de lo más trivial. Se había asociado con dos de los Jóvenes Delincuentes (él los llamaba jo-jos) para zamparse un pastel de jengibre que ella acababa de hacer y pensaba servir aquella noche después de una reunión. A escondidas —al menos de Neal y los jo-jos— había abandonado la casa para sentarse en el refugio triangular de la calle principal, donde dos veces al día paraba el autobús de la ciudad. Nunca había estado allí y tuvo que esperar un par de horas. Sentada, había leído todo lo que veía escrito o grabado en los muros de madera. Varias iniciales se amaban para siempre. Laurie G. era un gilipollas. Dunk Cultis era un capullo. También lo era el señor Garner (Mates).

«Gilipollas H. W. Gange es el jefe. Skate o Muerte. Dios odia la basura. Kevin S. es un fiambre. Amanda W. es guapa y buena y ojalá no la envíen a la cárcel porque la echaré de menos con toda mi alma. Quiero follarme a V. P. Hay damas que se sientan aquí y deben leer las asquerosidades que escribís».

Mirando ese aluvión de mensajes humanos —y perpleja en particular ante la honda y pulcra frase alusiva a Amanda W.—, Jinny se preguntó si la gente escribía cosas así cuando estaba sola. Y acto seguido se imaginó sentada en un lugar semejante, esperando un autobús, sola como seguramente iba a verse si continuaba con el plan en que se había embarcado. ¿Estaría obligada a hacer declaraciones en las paredes públicas?

En aquel momento se sentía conectada con las vivencias que impulsaban a la gente a escribir ciertas cosas; la conectaba la sensación de rabia, de pequeño ultraje (¿sería pequeño?) y de entusiasmo por lo que estaba haciéndole a Neal como desquite. Pero acaso la vida que estaba iniciando no le ofreciera a nadie con quien enfadarse, o a quien deber algo, o que fuera premiado, castigado o francamente afectado por lo que ella pudiera hacerle. Acaso sus sentimientos no tuvieran importancia para nadie que no fuera ella misma, y sin embargo se removerían por dentro, oprimirían su corazón y la dejarían sin aliento.

Al fin y al cabo no era de esas que reunían multitudes a su alrededor. Era selectiva, a su modo.

Aún no se divisaba el autobús cuando se levantó para volver a casa.

Neal no estaba. Había llevado de vuelta a los chicos al colegio y cuando regresó ya había llegado alguien para la reunión. Ella le contó lo que había hecho sólo después de haberlo superado, cuando pudo hacerlo pasar por una gracia. De hecho se transformó en una gracia que a menudo contaba ante los demás, eliminando o describiendo en general lo que había leído en los muros.

—¿Se te habría ocurrido ir detrás de mí? —le dijo a Neal.

—Claro. Pasado un tiempo.

El oncólogo se comportaba como un cura y de hecho llevaba una camisa negra de cuello vuelto bajo una chaqueta blanca —atuendo con el que parecía recién salido de un ritual de mezcla y dosificación—. Tenía una piel joven y lisa. En su cráneo le crecía un débil pelo negro, un brote delicado muy parecido a la pelusilla que exhibía Jinny. Claro que la de ella era de un gris pardo, como de rata. Al principio, Jinny se había preguntado si no sería paciente además de médico. Luego, si no habría adoptado ese estilo para que los pacientes se sintieran más cómodos. Probablemente fuera un trasplante. O a lo mejor le gustaba llevarlo así.

No se le podía preguntar. Era de Siria o Jordania, o uno de esos lugares donde los médicos cuidaban la dignidad. Era cortés, pero frío.

—Veamos —dijo—. No desearía que me malinterpretara.

Salió del edificio con aire acondicionado al resplandor deslumbrante de una tarde de agosto en Ontario. Por momentos el sol daba de lleno, por momentos se escondía tras las nubes, pero de cualquier modo hacía calor. Decididamente, los coches aparcados, el asfalto, los ladrillos de otros edificios parecían bombardearla, como si fueran hechos separados arrojados en una secuencia ridícula. En esos días no digería muy bien los cambios en el paisaje; quería que todo fuese familiar y estable.

Vio cómo la furgoneta se separaba del bordillo y bajaba la calle para recogerla. Era de un celeste fulgurante, repulsivo. Más claro donde se habían tapado las manchas de herrumbre. Los adhesivos decían: SI MI COCHE TE PARECE UN CASCAJO, DEBERÍAS VER MI CASA; HONRA A TU MADRE... TIERRA, y (el más reciente) USE PESTICIDAS, MATE LA HIERBA, FOMENTE EL CÁNCER.

Neal se bajó a ayudarla.

—Está en la furgoneta —le dijo.

Había en la voz una nota de ansiedad con una vaga inflexión de advertencia o de ruego. Un zumbido, una tensión que le dijo a Jinny que no era el momento de darle las noticias, si así podían llamarse. Cuando Neal se encontraba entre gente, aunque sólo hubiera una persona además de Jinny, su conducta cambiaba; se volvía más animado, entusiasta, complaciente. A Jinny ya no le molestaba aquello. Hacía veintiún años que estaban juntos. Y ella misma —como reacción, solía pensar— se había vuelto más reservada y levemente irónica. Era necesaria cierta farsa, o bien la farsa ya era demasiado habitual para deponerla. Lo mismo que el aspecto anticuado de Neal: el pañuelo en la cabeza, la tosca coleta canosa, el destello de las fundas de oro de los dientes, la raída ropa de forajido.

Mientras ella visitaba al médico, él había ido a buscar a la chica que en adelante los ayudaría en casa. La conocía del correccional de menores, donde él era maestro y ella había trabajado en la cocina. El correccional estaba en las afueras de la ciudad, a unos treinta kilómetros de allí. Unos meses antes, la chica había dejado ese empleo para cuidar la casa de unos granjeros cuya madre había enfermado. No muy lejos de la ciudad. Por suerte ahora estaba libre.

—¿Qué pasó con la mujer? —había preguntado Jinny—. ¿Se murió?

—La ingresaron en el hospital —dijo Neal.



—Vaya chollo.

Tuvieron que hacer un montón de arreglos prácticos en muy poco tiempo. Despejar la sala delantera de la casa de todos los archivos, periódicos y revistas con artículos relevantes que todavía no habían grabado en disco, un material agolpado en los estantes que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. También los dos ordenadores, las viejas máquinas de escribir, la impresora. Todo habría que llevarlo —temporalmente, aunque nadie lo decía— a casa de alguien. La sala se convertía en la habitación de la enferma.

Jinny le dijo a Neal que podía mantener al menos un ordenador en el dormitorio. Pero él se negó. Dijo que no, pero ella lo comprendió, que no pensaba que tuviera tiempo para eso.

En los años que Jinny llevaba junto a él, Neal había ocupado casi todo su tiempo libre en organizar campañas y promoverlas. No sólo campañas políticas (ésas también), sino incluso esfuerzos por resguardar edificios históricos, puentes y cementerios, por impedir que se cortaran árboles tanto en las calles de la ciudad como en franjas aisladas del viejo bosque, por salvar ríos de los desechos venenosos y tierras privilegiadas de los especuladores inmobiliarios y la población local de casinos. Constantemente se escribían cartas, se presionaba sobre oficinas gubernamentales, se distribuían carteles, se organizaban protestas. La sala fue escenario de arrebatos de indignación (que procuraban mucha satisfacción a la gente, pensaba Jinny), de propuestas y discusiones confusas y del nervioso optimismo de Neal. Y ahora, viéndola vacía de repente, ella recordaba el día de su llegada a la casa, directamente desde el piso de dos niveles de sus padres, con cortinas de guirnaldas, y pensaba en todos esos estantes llenos de libros, en los postigos de madera, los suelos barnizados o las hermosas alfombras de Oriente Próximo cuyo nombre nunca había logrado memorizar. La reproducción de Canaletto que había comprado para su cuarto en la universidad colgaba de la única pared vacía. *Fiesta de la Alcaldía en el Támesis*. Aquel aporte había sido suyo, aunque nunca había vuelto a prestarle atención.

Alquilaron una cama de hospital; en realidad aún no la necesitaban, pero más valía conseguir una mientras se pudiera porque siempre escaseaban. Neal pensaba en todo. Colgó unas cortinas pesadas, desechos de la sala familiar de un amigo. Tenían un motivo de jarras de cerveza y arcos de caballo y a Jinny le parecieron horribles. Pero entonces sabía que, llegado un momento, lo feo y lo hermoso eran más o menos de la misma utilidad cuando cualquier cosa que se mira es apenas un gancho de donde colgar las sensaciones rebeldes del cuerpo y los retazos de la mente.

Tenía cuarenta y dos años y hasta hacía poco había parecido más joven de lo que era. Neal era dieciséis años mayor que ella. Por eso, ella había pensado que, según el curso natural de las cosas, ella estaría en la posición en que él estaba ahora, y a veces le había preocupado si sabría arreglárselas. Una noche, mientras le sostenía la mano antes de dormir, esa mano cálida y presente, había pensado que cuando estuviera muerto le cogería la mano, o se la acariciaría, al menos una vez. Pero no podía creer en aquel hecho. El hecho de que él estuviese muerto e inerte. Por mucho que hubiera previsto la escena, no sería capaz de darle crédito. Y ahora no podía creer que, muy en el fondo, él no tuviera cierta intuición de ese momento. De ella. Pensar en esa posibilidad provocaba vértigo emocional, una sensación de caída horrorosa.

Y también... excitación. La excitación inefable que sobrevenía cuando un desastre inminente prometía librarla a una de toda responsabilidad sobre su vida. Entonces, por decoro, una debía

rehacerse y quedarse muy quieta.

—¿Adonde vas? —había dicho él al sentir que ella retiraba la mano.

—A ninguna parte. Sólo iba a darme la vuelta.

Ahora que le había sucedido a ella, ignoraba si Neal sentía algo así. Le había preguntado si ya se estaba haciendo a la idea. Él sacudió la cabeza.

Ella dijo:

—Yo tampoco. —Luego agregó—: Sólo te pido que no dejes que se metan los consejeros del dolor. Es probable que ya estén rondando. Planeando un golpe preventivo.

—No me acoses —advirtió él con una extraña voz de cólera.

—Perdón.

—No estás obligada a ver las cosas siempre de la misma manera.

—Ya lo sé.

Pero lo cierto era que, con todo lo que estaba pasando y la atención que le exigían los hechos, le costaba mucho tener siquiera un enfoque.

—Ésta es Helen —dijo Neal—. De ahora en adelante se encargará de cuidarnos. Y no va a tolerar disparates.

—Eso está bien —dijo Jinny.

Cuando se hubo sentado le tendió la mano. Pero, sentada tras los dos asientos delanteros, la chica pareció no verla.

O bien no sabía qué hacer. Neal había dicho que venía de una situación increíble, una familia absolutamente fuera de lo normal. Le habían pasado cosas imposibles de concebir en esa época. Una granja aislada; una madre muerta; una hija subnormal; un padre viejo, trastornado, tirano e incestuoso, y otras dos hijas. Helen, la mayor, se había escapado a los catorce años después de que el viejo le diera una paliza. Un vecino la había cobijado y había llamado a la policía, que había recogido a la hermana de Helen antes de llevarlas a un hogar infantil. Al viejo y a su hija —o sea, a los padres de las niñas— los habían ingresado en un psiquiátrico. A Helen y a su hermana, que eran totalmente normales, las había adoptado un matrimonio. Las mandaron a la escuela, donde lo habían pasado muy mal porque las habían puesto en primer curso. Pero habían aprendido lo suficiente para encontrar empleo.

Neal ya había arrancado cuando la chica decidió hablar.

—Vaya día de bochorno eligió para salir —dijo. Era el tipo de frase con que la gente habría empezado una conversación. Hablaba en un chato, áspero tono de antagonismo y desconfianza, pero a esas alturas Jinny sabía que no debía tomárselo a pecho. Sencillamente, alguna gente hablaba así (sobre todo gente del campo) en esa parte del mundo—. Si tienes calor puedes encender el aire acondicionado —dijo Neal—. Es el sistema de antes. Hay que bajar todas las ventanas.

En la esquina siguiente dieron un giro que Jinny no esperaba.

—Tenemos que ir al hospital —espetó Neal—. No te asustes. La hermana de Helen trabaja allí y tiene algo que ella quiere recoger. ¿Digo bien, Helen?

—Sí —contestó Helen—. Mis zapatos buenos.

—Los zapatos buenos de Helen. —Neal alzó los ojos al retrovisor—. Los zapatos buenos de

la señorita Helen Rosa.

—No me llamo Helen Rosa —dijo Helen. Dio la impresión de que no era la primera vez que lo decía.

—Yo te llamo así porque tienes la cara sonrosada —explicó Neal.

—Pues no es verdad.

—Sí que es verdad. ¿No es verdad, Jinny? Jinny está de acuerdo conmigo: tienes la cara sonrosada. La señorita Helen Cararrosa.

La chica, en efecto, tenía una piel de color rosa claro. Jinny lo había notado, y también había notado sus cejas y pestañas casi blancas, el pelo rubio de bebé y la rara desnudez de la boca, muy diferente de una boca normal sin pintura. Lo que tenía era un aspecto de recién salida del cascarón, como si aún le faltara una capa de piel y un brote final de pelo adulto, más basto. Debía de ser propensa a pillar sarpullidos e infecciones, candidata a arañazos y morados, a tener pupas en la boca y orzuelos en los ojos. No parecía frágil. Tenía hombros anchos; era delgada pero de huesos grandes. Tampoco parecía estúpida, aunque tenía una terca expresión de ternera o de corza. En el plano superficial no debía de haber con ella ningún problema; toda su atención y su personalidad caían sobre una sin vueltas, con un poder inocente y —para Jinny— desagradable.

Remontaban la larga pendiente que llevaba al hospital, el lugar donde Jinny se había operado y había sobrellevado la primera sesión de quimioterapia. Frente al hospital había un cementerio. Estaban sobre la carretera principal y Jinny recordó que, cuando pasaban por allí —en los tiempos en que iban a esa ciudad sólo a hacer la compra o, raramente, a ver una película—, ella siempre había hecho comentarios como «Qué panorama más deprimente» o «Sí que se han pasado con la comodidad».

Ahora guardó silencio. El cementerio no molestaba. Se dio cuenta de que no tenía importancia.

También Neal debió de darse cuenta. Mirando al espejo dijo:

—¿Cuántos muertos calculas que habrá en ese cementerio?

Por un momento, Helen calló. Luego, con cierta hosquedad, respondió:

—No lo sé.

—*Todos* están muertos.

—Yo también caí —dijo Jinny—. Es un chiste de cuarto de básica.

Helen no contestó. Tal vez no había llegado a cuarto de básica.

Pasaron por delante de la entrada principal y, siguiendo las instrucciones de Helen, rodearon el edificio hasta la parte de atrás. Varias personas en pijama de hospital, algunas arrastrando el carrito del suero, habían salido a fumar a la explanada.

—¿Ves aquel banco? —dijo Jinny—. Bueno, da igual, ya lo hemos pasado. Tiene un cartel: GRACIAS POR NO FUMAR. Pero está fuera para que los enfermos se sienten cuando salen a andar un rato. ¿Y para qué salen? Para fumar. ¿No se supone que entonces no deberían sentarse? No lo comprendo.

—La hermana de Helen trabaja en la lavandería —dijo Neal—. ¿Cómo se llama, Helen? ¿Cómo se llama tu hermana?

—Lois —respondió Helen—. Pare aquí. Vale. Aquí.

Estaban en un parking, detrás de una de las alas del hospital. En la planta baja no había ventanas, sólo una puerta de carga bien cerrada. En las otras tres plantas había puertas que daban a una escalera de incendios.

Helen estaba bajando.

—¿Sabes cómo entrar? —dijo Neal.

—Es fácil.

La escalera de incendios se interrumpía a algo más de un metro del suelo, pero la muchacha pudo colgarse de la barandilla y alzarse en cuestión de segundos, tal vez apoyando un pie en un ladrillo flojo. Jinny no podía entender cómo lo había hecho. Neal reía.

—A por ellos, chica —dijo.

—¿No hay otra manera? —preguntó Jinny.

Helen había subido corriendo hasta el tercer piso y acababa de desaparecer.

—Si la hay, ella no piensa usarla —dijo Neal.

—Tiene agallas —comentó Jinny con esfuerzo.

—Si no, nunca se habría escapado —añadió él—. Necesitaba todas las agallas posibles.

Jinny llevaba un sombrero de paja de ala ancha. Se lo quitó para abanicarse.

—Lo siento —dijo Neal—. No veo ninguna sombra donde aparcar. Seguro que vuelve enseguida.

—¿Tanto impresiono? —preguntó Jinny. El estaba habituado a que hiciera esa pregunta.

—Estás muy bien. De todos modos aquí no hay nadie.

—El hombre que me atendió hoy no era el mismo de las otras veces. Creo que éste era más importante. Lo raro es que tenía el cuero cabelludo como el mío. A lo mejor lo hace para que los pacientes se sientan cómodos.

Tenía pensado contarle qué había dicho el médico, pero él la interrumpió.

—La hermana no es tan despierta como ella. Helen cuida un poco de ella y la domina. Este asunto de los zapatos... Es típico. ¿Es que no es capaz de comprarse sus zapatos? Ni siquiera tiene un hogar propio. Vive con sus padres adoptivos, en algún sitio en el campo.

Jinny no continuó. Casi toda la energía se le iba en abanicarse. Él miraba el edificio.

—Dios quiera que no la reprendan por haber entrado así —dijo—. Por romper las reglas. Las reglas no se han hecho para chicas como ella.

Al cabo de varios minutos dejó escapar un silbido.

—Pues allí viene. A-llí vie-ne. Enfilando la recta final. ¿Ten-drá-ten-drá-ten-drá la sensatez de frenarse antes de brincar? ¿De mirar antes de saltar? ¿La-ten-drá-la-ten-drá? Nooo. Nooo. *Ufff*.

Helen no traía zapatos en las manos. Subió a la furgoneta de un salto, cerró de un portazo y dijo:

—Serán bordes esos idiotas. Primero subo y me sale al paso ese cabrón. ¿Dónde está tu tarjeta? Tienes que llevar una tarjeta. Aquí sin tarjeta no entra nadie. Te he visto subir por la escalera de incendios, está prohibido. Vale, vale, tengo que ver a mi hermana. Ahora no puedes verla, es la hora de comer. Ya lo sé, por eso subí por la escalera de emergencia, sólo necesito recoger una cosa. No quiero hablar con ella, no le quitaré tiempo, sólo quiero recoger algo. Pues no puedes. Claro que puedo. No puedes. Y entonces me pongo a aullar *Lois, Lois*. Todas esas máquinas en marcha, hace cuarenta grados allí dentro, todo el mundo con la cara untada en sudor y yo venga *Lois, Lois*. No sé dónde está, si me oye o no. Pero viene pitando y en cuanto me ve dice: Ay, mierda. Mierda, dice, me olvidé. *Se olvidó de traer mis zapatos*. Le habría pegado. Bueno, ahora vete, dice el tío. Baja y sal fuera. Pero por la escalera de incendios no, que es ilegal. Que le den.

Neal reía y reía y sacudía la cabeza.

—¿Y entonces qué ha hecho? ¿Dónde ha dejado los zapatos?

—En casa de June y Matt.

—Vaya tragedia.

Jinny propuso:

—¿Qué tal si nos movemos para que entre un poco de aire? No parece que abanicarse sirva de mucho.

—Magnífico —dijo Neal.

Dio marcha atrás, dio la vuelta y una vez más pasaron frente a la familiar explanada del hospital, donde los mismos fumadores u otros se paseaban en pijama de hospital arrastrando el carrito del suero.

Neal habló para el asiento de atrás.

—Helen.

—¿Qué?

—¿Por dónde voy a la casa de esa gente?

—¿Qué casa?

—La casa donde vive tu hermana. Donde están tus zapatos. Dinos cómo se llega.

—No pienso decírselo porque no iremos.

Neal tomó el mismo camino de la ida.

—Iré por aquí hasta que te orientes. ¿Te parece que es mejor salir por la autopista o atravesar la ciudad? ¿En dónde tendría que doblar?

—No se dobla por ningún lado. No se va.

—No está tan lejos, ¿no? ¿Por qué no vamos a ir?

—Con el favor que me ha hecho basta. —Helen se inclinó hacia delante todo lo que pudo y metió la cabeza entre el asiento de Neal y el de Jinny—. ¿No le parece bastante haberme llevado al hospital? Por mí, no tiene que conducir todo el día.

Neal redujo la marcha y tomó por una calle lateral.

—Es una tontería —dijo Neal—. Vas a vivir a treinta kilómetros y tal vez no vengas aquí por un buen tiempo. Podrías necesitar los zapatos.

No hubo respuesta. Él probó otra vez.

—¿O no sabes el camino? ¿No sabes cómo se va?

—Sí que sé, pero no pienso decírselo.

—O sea, que tendré que conducir sin rumbo. Dar vueltas y vueltas hasta que te decidas a decírnoslo.

—No voy a decidirme. Así que no es no.

—Podemos volver al hospital. Seguro que tu hermana nos lo dice. Pronto debe de ser la hora de salir. Podemos llevarla a su casa.

—Hace el turno de noche, así que ja ja.

Estaban atravesando una zona de la ciudad que Jinny no había visto nunca. Como iban muy despacio y había muchas curvas, en el coche casi no entraba ni una brisa. Una fábrica tapiada, tiendas de saldos, casas de empeño, DINERO, DINERO, DINERO, decía un cartel fulgurante encima de unas ventanas enrejadas. Pero había casas: viejos dúplex de aspecto deshonoroso y esas cabañitas de madera construidas durante la Segunda Guerra Mundial. Había un patio diminuto y

abarroto de cosas en venta: ropa colgada de una cuerda, mesas llenas de fuentes y menaje. Bajo una mesa husmeaba un perro que habría podido tumbarla, pero a la mujer sentada en el escalón, que fumaba vigilando la ausencia de clientes, parecía no importarle.

En una esquina, delante de una tienda, había unos niños que chupaban polos. Un niño de no más de cinco años arrojó su polo contra la furgoneta. Un lanzamiento de una fuerza sorprendente. Dio en la puerta de Jinny, justo debajo del brazo de ella, y ella dejó escapar un grito.

Helen sacó la cabeza por la ventana trasera.

—¿Quieres ganarte una escayola?

El niño se echó a llorar. No había contado con Helen y acaso no había contado con perder el polo para siempre.

De vuelta dentro de la furgoneta, Helen le habló a Neal.

—Está desperdiciando gasolina.

—¿Es al norte de la ciudad? ¿Al sur de la ciudad? Norte, sur, este u oeste; Helen nos lo dirá cueste lo que cueste.

—Ya se lo he dicho. Por hoy se le han acabado los favores.

—Y yo ya te he dicho que antes de volver a casa iremos a por esos zapatos.

Por muy severo que fuese el tono, Neal no dejaba de sonreír. Su cara tenía una expresión de estupidez consciente incontrolable. Atisbos de una invasión de beatitud. Todo el ser de Neal estaba invadido; desbordado de beatitud boba.

—Mire que es testarudo —dijo Helen.

—Ya verás cuánto.

—Yo también. Soy tan testaruda como usted.

A Jinny le parecía sentir el ardor de la mejilla de Helen, que estaba muy cerca de la suya. Y sin duda sentía el aliento, tosco y espeso de excitación, y cierto indicio de asma. La presencia de Helen era como la de un gato doméstico que, demasiado alerta para tener juicio, demasiado proclive a saltar entre asientos, nunca se podría llevar en un vehículo.

De nuevo el sol abrasaba entre las nubes. Se mantenía alto y cobrizo en el cielo.

Neal dobló por una calle flanqueada de árboles altos y frondosos y casas algo más respetables.

—¿Aquí está mejor? —le preguntó a Jinny—. ¿Tienes más sombra? —Lo había dicho en un tono bajo, confidencial, como si por un momento lo que estaba ocurriendo con la chica pudiera dejarse de lado; como si fuera un disparate.

—Empezamos la ruta turística —dijo, dirigiendo otra vez la voz hacia el asiento de atrás—. Empezamos la ruta turística por cortesía de la señorita Helen Cararrosa.

—Quizá deberíamos seguir —sugirió Jinny—. Quizá deberíamos ir derechos a casa.

Helen terció, casi a gritos.

—Por mí, nadie va a dejar de irse a casa.

—Pues entonces ya puedes empezar a indicarme —dijo Neal. Hacía un esfuerzo tremendo por controlar la voz, por insuflarle alguna sobriedad. Y por desterrar la sonrisa, que le volvía a aflorar por muchas veces que se la tragara—. Basta de vueltas. Vamos allí, hacemos nuestro recado y nos volvemos a casa.

Media lenta manzana más adelante, Helen gruñó:

—Si *tengo* que hacerlo, supongo que tengo que hacerlo.

El lugar no estaba muy lejos. Pasaron por unas parcelas vacías y Neal habló de nuevo para Jinny.

—Yo no veo ningún arroyo —dijo—. Ninguna urbanización.

—¿Qué? —preguntó Jinny.

—*Urbanización Arroyo de Plata*. En el cartel.

Había debido de leer un cartel que a ella se le había pasado.

—Doble —dijo Helen.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—En el desguace.

Dejaron atrás un cementerio de coches; la destartada valla metálica ocultaba sólo en parte los cadáveres. Luego subieron una cuesta y por un portón entraron en una gran hondonada de grava en el centro de la colina.

—Esos son ellos. Aquél es su buzón —dijo Helen un tanto ufana. Y cuando se acercaron lo suficiente, leyó el nombre—. Matt y June Bergson. Son ellos.

Por el corto camino se acercaron ladrando dos perros. Uno era grande y negro y el otro pequeño y castaño, parecía un cachorro. Corrían y saltaban alrededor de las ruedas y Neal tocó la bocina. Entonces desde la alta hierba irrumpió otro perro, éste más taimado y resuelto, de pelo ralo y manchas azuladas.

Helen les gritaba que callaran, se tumbaran, se fueran al diablo.

—Del único que hay que cuidarse es de *Pinto* —dijo—. Los otros son unos cobardes.

Pararon en un amplio espacio indefinido cubierto con un poco de grava. A un lado había un establo o cobertizo de herramientas con techo de zinc y más allá, al borde de un campo de maíz, una granja abandonada a la que habían despojado de tal cantidad de ladrillos que se veía la oscura madera de las paredes. La casa habitada era ahora una caravana, provista de un agradable entoldado y de un jardín con flores detrás de un cerco que parecía de juguete. Frente a la limpieza y el orden de la caravana y el jardín, por el resto de la propiedad se derramaban cosas destinadas quizás a un fin, quizás al óxido y la podredumbre.

Helen se había bajado e intentaba ahuyentar a los perros. Pero siguieron saltando a su alrededor y saltando contra el coche hasta que del cobertizo salió un hombre a llamarlos. Aunque ni las amenazas ni los nombres le resultaron a Jinny inteligibles, los perros acabaron por calmarse.

Jinny se puso el sombrero. Hasta entonces lo había llevado en la mano.

—Siempre tienen que alardear —dijo Helen.

Neal también había bajado y negociaba con los perros resueltamente. El hombre del cobertizo se les acercó. Pegada al pecho y al estómago llevaba una camiseta púrpura empapada en sudor. Era tan gordo que los pechos y el ombligo sobresalían como si se tratara de una embarazada; le coronaba la panza como una almohadilla.

Neal fue a su encuentro y le tendió la mano. El hombre sacudió la suya contra el pantalón de trabajo, rió y se la estrechó. Jinny no alcanzaba a oír qué decían. De la caravana salió una mujer, abrió la cancela de juguete y la cerró tras de sí.

—Lois fue y olvidó que tenía que llevarme los zapatos —le dijo Helen—. La llamé y todo,

pero lo mismo, fue y se olvidó, así que el señor Lockyer me ha traído a buscarlos.

La mujer también era gorda, aunque no tanto como su marido. Llevaba un *muumuu* hawaiano con soles aztecas y tenía vetas doradas en el pelo. Avanzó por la grava con aire compuesto y hospitalario. Neal se volvió para presentarse, después la llevó hasta la furgoneta y le presentó a Jinny.

—Encantado de conocerla —dijo la mujer—. ¿Usted es la señora que no se encuentra muy bien?

—Estoy bien —respondió Jinny.

—Pues ya que han venido será mejor que entren. No va a quedarse aquí con este calor.

—Oh, sólo pasábamos —dijo Neal.

El hombre se acercó más.

—Dentro tenemos aire acondicionado —dijo. Inspeccionaba la furgoneta con una expresión jovial, pero desdeñosa.

—Sólo hemos venido a buscar los zapatos —aclaró Jinny.

—Ahora que están aquí tendrán que hacer algo más —dijo la mujer (June), riendo como si la idea de que pudiesen no entrar fuera una broma escandalosa—. Pasen a descansar un poco.

—No querríamos interrumpir la cena —dijo Neal.

—Ya hemos cenado —explicó Matt—. Aquí cenamos temprano.

—Pero ha sobrado todo tipo de chile —añadió June—. Entren y nos ayudarán a acabarlo.

—Oh, gracias —dijo Jinny—, pero no creo que pueda comer nada. Cuando hace este calor no tengo ganas.

—En ese caso será mejor que beba algo —propuso June—. Tenemos *Ginger ale* y Coca-Cola. Tenemos aguardiente de melocotón.

—Cerveza —dijo Matt—. ¿Le apetece una Blue?

Jinny le hizo a Neal una seña para que se acercara a su ventanilla.

—No puedo —confesó—. Diles que no puedo.

—Sabes que los vas a ofender —susurró él—. Están tratando de ser amables.

—Pero no puedo. Podrías ir tú.

El se inclinó más.

—Sabes qué parecerá si no vienes. Parecerá que te crees demasiado para ellos.

—Ve tú.

—En cuanto estés dentro, te sentirás mejor. El aire acondicionado te hará bien, de verdad.

Jinny sacudió la cabeza.

Neal se irguió.

—A Jinny le parece mejor quedarse aquí, descansando a la sombra.

—Pero será un placer que descansa en la casa... —insistió June.

—La verdad, no me molestaría beber una Blue —dijo Neal. Con una sonrisa se volvió hacia Jinny. Ella lo vio decepcionado y enfadado—. ¿Seguro que estarás bien? —preguntó para que lo oyeran los otros—. ¿Seguro? ¿No te importa si entro un momento?

—Estaré muy bien —dijo Jinny.

Él puso una mano en el hombro de Helen y la otra en el de June y con aire de compañerismo se dirigió a la caravana. Matt sonrió con curiosidad a Jinny y los siguió.

Cuando esta vez llamó a los perros, Jinny pudo distinguir los nombres.



*Goober. Sally. Pinto.*

La furgoneta estaba aparcada bajo una hilera de sauces. Aunque grandes y viejos, los tres eran de hoja pequeña y daban una sombra ondulante. Con todo, la alivió muchísimo estar sola.

Ese mismo día, mientras conducían por la carretera de la ciudad donde vivían, habían parado en un puesto y comprado manzanas tempranas. Jinny sacó una de la bolsa que tenía a sus pies y le dio un mordisquito, tanto como para probar si lograba tragarla y mantenerla en el estómago. Necesitaba algo que neutralizara la idea del chile y el prodigioso ombligo de Matt.

Surtió efecto. La manzana era firme y ácida, pero no demasiado ácida, y si mordía con cuidado y masticaba a conciencia podría tolerarla.

Pocas veces antes había visto a Neal comportarse así, o más o menos así. Siempre había sido por algún chico del colegio. Una mención brusca y hasta denigrante del nombre. Una mirada blanda, una risita de disculpa pero en cierto modo desafiante.

Mas nunca había sido nadie que ella fuera a tener en la casa, y nunca había sido un gran problema. Al chico se le acababa la hora y desaparecía.

También esta vez se acabaría la hora. No debía importarle.

Tuvo que preguntarse si el día anterior habría importado menos que ése.

Bajó de la furgoneta, dejando la puerta abierta para poder apoyarse en la manija interior. Cualquier cosa del lado de fuera quemaría demasiado como para apoyarse siquiera un momento. Tenía que ver si lograba sostenerse. Luego anduvo un poco bajo la sombra. Algunas hojas del sauce empezaban a amarillear. Algunas habían caído. Desde la sombra miró los montones de cosas que había en el terreno.

Un abollado camión de reparto sin faros y con el letrero del flanco despintado. Un andador de niño con el asiento mordido por los perros, una provisión de leña amontonada sin apilar, una pila de neumáticos enormes, gran cantidad de jarras de plástico, latas de aceite y un par de lonas plastificadas arrugadas contra el muro del cobertizo. Dentro del cobertizo había un pesado camión GM, una baqueteada camioneta Mazda y un tractor de jardín, además de enseres rotos o enteros y ruedas sueltas, manijas y varillas que podían o no ser de utilidad según los usos que uno imaginara. De qué montón de cosas podía encontrarse alguien a cargo. Del mismo modo que ella se había encargado de tantas fotografías, cartas oficiales, minutas de reuniones, recortes de periódico, mil categorías que había ideado y estaba grabando en disco antes de tener que ir a la quimio y de que se lo llevaran todo. Quizás ahora terminara en la basura. Como quizá terminara todo aquello si moría Matt.

A donde quería ir era al campo de maíz. Los tallos ya estaban más altos que ella, tal vez más altos que Neal; quería ponerse a su sombra. Con esa idea en la cabeza atravesó el terreno. Gracias a Dios debían de haber encerrado a los perros.

No había cerca. El campo de maíz se desvanecía en el terreno. Jinny se adentró por un camino estrecho entre las hileras. Las hojas aleteaban contra su cara y sus brazos como serpentinas de hule. Tuvo que quitarse el sombrero para que no se lo arrebataran. Cada tallo tenía su panoja, como un bebé envuelto en un sudario. Había un olor intenso, casi repulsivo a crecimiento vegetal,

a almidón verde y savia caliente.

Lo que había pensado hacer una vez estuviera allí era echarse en el suelo. Tenderse a la sombra de las grandes y toscas hojas y no salir hasta que oyera la voz de Neal. Tal vez ni siquiera entonces. Pero entre las hileras no había espacio y un pensamiento la ocupaba demasiado para tomarse la molestia. Sentía demasiada rabia.

No era algo que hubiera ocurrido últimamente. Recordaba una noche en que un grupo de gente se había sentado en su sala —o sala de reuniones— a jugar a uno de esos juegos psicológicos serios. Uno de esos juegos que supuestamente hacían a las personas más sinceras y fuertes. Había que decir exactamente lo que una tenía en la cabeza mientras miraba a cada uno de los otros. Y una amiga de Neal, una mujer canosa llamada Addie Norton, había dicho: «Me revienta decirlo, Jinny, pero lo único que se me ocurre cada vez que te miro es... *María bonita*».

Jinny no recordaba haber contestado en el momento. Tal vez la regla era no hacerlo. Lo que contestaba ahora, en su cabeza, era: «¿Por qué dices que te revienta? ¿No has notado que cuando alguien dice que le revienta decir algo en realidad le encanta? Si se trata de ser tan sinceros, al menos podríamos empezar por eso, ¿no crees?».

No era la primera vez que daba esa réplica mental. Y mentalmente le señalaba a Neal que el juego era una farsa. Porque cuando llegaba el turno de Addie, ¿había alguien que se atreviera a decirle cosas desagradables? Ah, no. «Batalladora», decían, o bien «Sincera como un chorro de agua fría». Le tenían miedo, eso era todo.

—Un chorro de agua fría —dijo Jinny, ahora en voz alta, con voz punzante.

Otros le habían dicho cosas más amables. «Niña en flor» o «Madona del manantial». Resultó que ella sabía que quien quiera que hubiera dicho eso había querido decir «Manon del manantial», pero había decidido no corregirlo. La humillaba estar sentada allí escuchando opiniones sobre ella. Era una equivocación total. Ella no era tímida ni aquiescente, ni natural ni pura.

Cuando una se moría, claro, sólo quedaban esas opiniones erradas.

Mientras le pasaba todo aquello por la cabeza, había hecho lo más fácil en un campo de maíz: perderse. Había pasado por encima de una fila, luego de otra, y probablemente se había desviado. Intentó volver por el mismo camino pero evidentemente no era el correcto. Como había vuelto a nublarse, no sabía dónde estaba el oeste; aunque eso tampoco la habría ayudado porque al entrar no se había fijado en qué dirección caminaba. Se quedó inmóvil, pues, sin oír más que el rumor del maíz y un tráfico distante.

El corazón le latía como cualquier corazón con años y años de vida por delante.

Entonces oyó que se abría una puerta; ladraron los perros, Matt gritó y se oyó un portazo.

Jinny se abrió paso entre los tallos y las hojas en dirección a esos ruidos.

Y resultó que no se había alejado mucho. Se había pasado el rato trastabillando por un rincón del campo.

Matt le hizo una seña y apartó a los perros.

—No les tenga miedo, no les tenga miedo —gritó.

Se dirigía hacia el coche, lo mismo que ella, pero desde otro punto. A medida que se acercaban, iba hablando en voz más baja, acaso más íntima.

—Tendría que haber llamado a la puerta.

Pensaba que Jinny había entrado en el campo de maíz a orinar.

—Le dije a su esposo que saldría a asegurarme de que usted estaba bien.

—Estoy perfectamente. Gracias.

Subió a la furgoneta, pero dejó la puerta abierta. Si la cerraba, el hombre podía ofenderse. Además se sentía demasiado débil.

—Vaya si se comió el chile con ganas.

¿De quién estaba hablando?

De Neal.

Jinny temblaba y sudaba. Le zumbaba la cabeza como si tuviera una cuerda en tensión entre los oídos.

—Si le gusta, puedo traerle un poco aquí.

Negó con la cabeza, sonriendo. Saludándola al parecer, él alzó una botella de cerveza que tenía en la mano.

—¿Un trago?

Sin dejar de sonreír, ella negó otra vez.

—¿Ni un trago de agua? Aquí hay agua de la buena.

—No, gracias.

Si volvía la cabeza y le miraba el ombligo púrpura, le entrarían náuseas.

—¿Sabe la de aquel tío? —dijo él con otra voz. Una voz perezosa, jovial—. Un tío sale de su casa llevando en una mano un manojito de rábanos. Entonces el padre le pregunta: «¿Adonde vas con esos rábanos?». «Voy a coger un caballo», contesta él. «Qué caballo ni caballo vas a coger con rábanos», le dice su padre. Pero al día siguiente el chico aparece con el caballo más guapo que se haya visto. «Mira qué caballo tengo», dice, y lo mete en el establo.

*No quisiera dar una impresión errónea. No hay que dejarse llevar por el optimismo. Pero parece que hemos obtenido resultados inesperados.*

—Al día siguiente, el padre lo ve salir de nuevo con un patín bajo el brazo. «¿Y ahora adonde vas?». «Hombre, es que mamá ha dicho que hoy le gustaría guisar un pato». «Pero ¿tú eres imbécil? ¿Te piensas que vas a cazar un pato con un patín?». «Espera y verás», dice él. A la mañana siguiente vuelve con un lindo pato bajo el brazo.

*Se diría que ha habido una reducción significativa. Teníamos esperanzas de que ocurriera, desde luego, pero no habríamos podido afirmarlo. Con esto no quiero decir que hayamos ganado la batalla; sólo que estamos ante un signo favorable.*

—«Te has quedado de piedra, papá. No sabes ni qué decir», comenta el tío. Y a la noche siguiente, el padre lo ve salir con una botella bajo el brazo.

*Un signo muy favorable. No sabemos si en el futuro no habrá más problemas, pero podemos decir que somos moderadamente optimistas.*

—«¿Qué es esa botella que llevas ahí?», pregunta el padre. «Una botella de coñac», responde él. «Muy bien», dice el padre. «Espera un momento. Espera que cojo el sombrero. ¡Cojo el sombrero y voy contigo!».

—Es demasiado —afirmó Jinny en voz alta como si hablara con el médico.

—¿Cómo? —dijo Matt. Seguía riendo, pero una expresión infantil y afligida había invadido su cara—. ¿Y ahora qué pasa?

Jinny sacudía la cabeza, y se estrujaba la boca con una mano.

—Sólo era un chiste —explicó él—. No quería ofenderla.

Jinny dijo:

—No, no. Yo... No.

—No importa, me voy. No le robaré más tiempo. —Y le dio la espalda sin molestarse siquiera en llamar a los perros.

Al médico no le había dicho nada parecido. ¿Por qué iba a decírselo? El no tenía ninguna culpa. Pero venía al caso. Era demasiado. Ese informe volvía las cosas más difíciles. La hacía retroceder, empezar el año otra vez. La privaba de cierta libertad limitada. Había retirado una opaca membrana protectora cuya presencia ella desconocía y ahora estaba en carne viva.

El hecho de que Matt supusiera que había entrado en el maizal a orinar la hizo percatarse de que tenía ganas. Bajó de la furgoneta, miró alrededor, separó las piernas y se levantó la amplia falda de algodón. Ese verano se había habituado a usar faldas anchas y a no usar bragas porque no controlaba del todo la vejiga.

Un arroyuelo oscuro se alejó de ella entre la grava. El sol ya estaba bajo; se acercaba el anochecer. Arriba, un cielo despejado. Las nubes habían desaparecido.

Uno de los perros ladró de mala gana para decir que se acercaba alguien, pero alguien conocido. Ninguno se había acercado al verla bajarse; se habían acostumbrado a que estuviera allí. Sin alarma ni entusiasmo ahora corrían al encuentro de quienquiera que fuese.

Era un muchacho, un joven en bicicleta. Dio la vuelta hacia la furgoneta y Jinny se volvió para recibirlo, apoyándose con una mano en el metal menos candente pero todavía tibio. No quería que él le hablara por encima del charquito y, acaso para distraerle la mirada del suelo, habló ella primero.

—Hola —dijo—. ¿Vienes a entregar algo?

Riendo, él saltó de la bici y en el mismo movimiento la dejó caer.

—Yo vivo aquí —explicó él—. Vuelvo del trabajo.

Jinny pensó que debía explicarle quién era, decirle por qué estaba allí y por cuánto tiempo. Pero era muy difícil. Así apoyada en la furgoneta debía de parecer una superviviente de un choque.

—Sí, vivo aquí —repitió él—. Pero trabajo en un restaurante de la ciudad. En el Sammy's.

Camarero. La impecable camisa blanca y los pantalones negros eran ropa de camarero. Y tenía el aire de paciencia y vigilancia de un camarero.

—Yo soy Jinny Lockyer —dijo ella—. Helen. Helen es...

—Vale, ya sé —dijo—. Helen va a trabajar para usted. ¿Y Helen dónde está?

—En la casa.

—¿Entonces nadie la invitó a entrar?

Tenía más o menos la edad de Helen, pensó ella. Diecisiete o dieciocho años. Delgado, encantador y gallito, con un entusiasmo ingenuo que probablemente no lo llevaría tan lejos como esperaba. Había visto a algunos como él acabar en el reformatorio.

Sin embargo parecía entender. Parecía entender que ella estaba exhausta y en algún embrollo.

—¿June también está dentro? —preguntó—. June es mi madre.

Tenía el pelo como el de June: castaño con vetas doradas. Lo llevaba bastante largo y con raya al medio, ondulando a los lados.

—¿Matt también? —dijo.

—Sí. Y mi marido.

—Qué vergüenza.

—No, qué va —aclaró ella—. Me invitaron. Pero yo dije que prefería esperar aquí.

A veces Neal llevaba a casa uno o dos de sus jo-jos para supervisarlos en trabajos de jardín, pintura o carpintería básica. Pensaba que les hacía bien verse aceptados en un hogar. De vez en cuando Jinny había coqueteado con ellos, de una forma que en absoluto podía considerarse una falta. Apenas un tono amable, un modo de hacerlos conscientes de sus faldas suaves y su perfume a jabón de manzana. No por eso Neal había dejado de llevarlos. Le habían dicho que estaba fuera de lugar.

—Bueno, ¿y cuánto hace que espera?

—No lo sé —dijo Jinny—. No uso reloj.

—¿De veras? —contestó él—. Yo tampoco. Casi nunca me encuentro con alguien que no use reloj. ¿No ha usado nunca?

—No. Nunca.

—Yo tampoco. Ni una vez. Nunca he querido, así de sencillo. No sé por qué. No he querido jamás. Como si de todos modos siempre hubiera sabido qué hora era. Con un par de minutos de diferencia. A lo sumo cinco. Y también sé dónde están todos los relojes. Estoy en la bici mientras voy al trabajo y se me ocurre controlar, ¿sabe?, sólo para asegurarme de la hora exacta, y sé que el primer lugar desde donde puedo ver el reloj del juzgado está entre dos edificios. Nunca fallo por más de tres-cuatro minutos. A veces los clientes me preguntan si sé qué hora es y la digo. Ni siquiera notan que no llevo reloj. Después voy a confirmarlo lo antes posible, en la cocina hay uno. Pero ni una vez he tenido que volver a decirles que era otra hora.

—Yo he podido hacer eso alguna que otra vez —dijo Jinny—. Supongo que si no usas reloj desarrollas un sentido.

—Vaya si no.

—Bien, ¿y qué hora crees que es ahora?

Él rió. Miró al cielo.

—Cerca de las ocho. ¿Ocho menos seis o siete? Hay que decir que llevo ventaja. Sé cuándo salí del trabajo y que luego compré tabaco en el 7-Eleven, hablé con un par de chavales y vine a casa. Usted no vive en la ciudad, ¿no?

Jinny respondió que no.

—¿Dónde vive entonces?

Se lo dijo.

—¿Está cansada? ¿Quiere irse a casa? ¿Quiere que entre a decirle a su marido que quiere irse a casa?

—No. No hagas eso —ordenó ella.

—Vale. Vale. No lo haré. De todos modos es probable que June les esté diciendo la suerte. Sabe leer la mano.

—¿De verdad?

—Claro. Un par de veces a la semana va al restaurante. También lee el té. Las hojas del té.

Recogió la bicicleta y la apartó del camino de la furgoneta. Luego miró por la ventanilla del conductor.

—Se han dejado las llaves puestas —dijo—. Bueno, entonces, ¿no quiere que la lleve a su

casa? Puedo poner la bicicleta atrás. A su marido y a Helen los llevará Matt, cuando hayan acabado. Y si Matt no está muy fino los puede llevar.

June. June es mi madre, pero Matt no es mi padre. Usted no conduce, ¿no?

—No —contestó Jinny. Hacía meses que no conducía.

—No. Ya me parecía. ¿De acuerdo, pues? ¿Quiere? ¿De acuerdo?

—Éste es un camino que conozco. Nos llevará tan deprisa como la autopista.

No habían pasado por las parcelas. De hecho habían tomado la dirección contraria, por un camino que al parecer circundaba la hondonada. Al menos ahora se dirigían hacia el oeste, hacia la parte más brillante del cielo. Ricky —así había dicho él que se llamaba— no había encendido las luces.

—No hay peligro de cruzarse con nadie —dijo—. Este camino no lo conoce mucha gente, ¿sabe? Y si encendiera las luces —añadió—, el cielo se oscurecería y se oscurecería todo y no podría usted saber ni dónde está. Así que lo estiramos un pelo más y, cuando llega el momento en que se ven las estrellas, entonces sí encendemos las luces.

El cielo parecía tenuemente coloreado de rojo, azul, verde o azul cristalino, según qué parte se mirara.

—¿Está bien?

—Sí —dijo Jinny.

Cuando se encendieran las luces, los arbustos y los árboles se volverían negros. Sólo habría bultos negros a lo largo del camino y negras masas agolpándose detrás, en lugar de los árboles que aún era posible identificar: cedros, abetos, plumosos alerces y ciclamores de florecillas como llamas titilantes. Pasaban tan cerca que habrían podido tocarlos, y ellos iban despacio. Jinny sacó la mano.

No llegó. Pero estuvo cerca. El camino no era mucho más ancho que el coche.

Creyó ver adelante el resplandor de una acequia.

—¿Hay agua allí abajo? —preguntó.

—¿Allí abajo? —dijo Ricky—. Mire al costado. Abra la puerta y mire hacia abajo.

Lo hizo y se dio cuenta de que estaban cruzando un puente. Un puentecito de apenas tres metros de largo construido con tablones en zigzag. Sin barandas. Debajo, agua inmóvil.

—Por aquí hay muchos puentes —dijo él—. Y si no son puentes, son alcantarillas. Porque siempre hay agua que va y viene bajo el camino. O se está quieta y no corre hacia ningún lado.

—¿Es muy profunda? —preguntó ella.

—No mucho. En esta época del año, no. Para eso hay que llegar al gran estanque; es más hondo. Y luego en primavera cubre todo el camino, no se puede conducir. Entonces sí que es profunda. Este camino, de kilómetros y kilómetros, sigue en línea recta de un extremo a otro. Ni siquiera hay cruces. No conozco otro camino que atraviese el pantano de Borneo.

—¿El pantano de Borneo? —repitió Jinny.

—Se supone que así se llama.

—Hay una isla llamada Borneo. Está en la otra mitad del mundo.

—No tengo ni idea. Únicamente he oído hablar del pantano de Borneo.

En medio del camino crecía ahora una franja de hierba oscura.

—Es hora de encender las luces —dijo él. En cuanto las encendió, se vieron en un túnel dentro de una noche repentina—. Una vez hice eso —añadió él—, encendí las luces así, y había un puercoespín. Estaba en medio del camino, como sentado en las patas traseras, y me miraba fijamente. Parecía un viejo pequeñito. Se había llevado un susto de muerte y estaba paralizado. Se veía cómo le castañeteaban los dientes de viejo.

Ella pensó: Aquí es donde trae a las chicas.

—¿Qué podía hacer yo? Probé con el claxon pero no se movía. No tenía muchas ganas de salir a perseguirlo. El bicho estaba asustado, pero seguía siendo un puercoespín y podía erizarse. Así que me paré allí. Tenía tiempo de sobra. Cuando volví a encender las luces había desaparecido.

Ahora sí que las ramas pasaban cerca, rozando la puerta; pero si había flores Jinny no las veía.

—Le enseñaré algo —dijo él—. Le enseñaré algo que apuesto a que no lo ha visto nunca.

Si aquello estuviera pasando en su antigua vida normal, era muy posible que ahora empezase a asustarse. Pero en la vida normal de antes no habría estado allí jamás.

—Me vas a mostrar un puercoespín —dijo.

—No. No es eso. Algo más raro incluso que los puercoespines. Al menos, por lo que yo conozco.

Como un kilómetro más adelante, apagó las luces.

—¿Ve las estrellas? —preguntó—. Se lo había dicho. Estrellas.

Paró la furgoneta. Al principio no hubo más que un profundo silencio alrededor. Luego el silencio se llenó de una especie de rumor, que podía ser de tráfico lejano y de ruiditos que se apagaban antes de dejarse oír, quizá de rapaces nocturnas, pájaros o murciélagos.

—Venga aquí en primavera —dijo él— y no oírás más que a las ranas. Es para quedarse sordo, se lo aseguro.

Abrió la puerta de su lado.

—Venga. Baje a caminar conmigo un trecho.

Jinny obedeció. Ella andaba por una de las huellas de las ruedas, él por la otra. Enfrente, el cielo parecía más leve y se oía un sonido diferente, una especie de conversación rítmica y tenue.

El camino se transformó en madera y desaparecieron los árboles de los lados.

—Adelante —dijo él—. Siga.

Se le acercó más y le tocó la cintura para guiarla. Enseguida retiró la mano; la dejó caminar sobre las tablas que parecían una cubierta de barco. Como la cubierta de un barco, subían y bajaban. Pero no era un rodar de olas sino sus pasos, los de él y los de ella, los que causaban el leve movimiento de las tablas.

—A ver. ¿Sabe dónde está?

—¿En un muelle? —preguntó ella.

—En un puente. Es un puente flotante.

Ahora lo distinguía: una pasarela a unos centímetros del agua quieta. El la llevó a un costado y miraron hacia abajo. Las estrellas rielaban en el agua.

—Es un agua muy oscura —dijo ella—. Quiero decir, no está oscura porque es de noche, ¿no?

—Está oscura siempre —contestó él, orgulloso—. Es que es un pantano. Está hecho como el té y parece té negro.

Jinny alcanzaba a ver la orilla y los juncos. Agua en los juncos; el sonido que se oía era un

chapoteo.

—Tanino —explicó él. Pronunció la palabra con orgullo, como si la hubiera arrancado de las sombras.

El ligero balanceo del puente la hizo imaginarse que los árboles y los macizos de juncos crecían en platillos de barro y el camino era una flotante cinta de tierra y debajo todo era agua. Y qué quieta parecía el agua; aunque en realidad no estaba quieta, porque si una intentaba fijar los ojos en una estrella reflejada, la veía parpadear y cambiar de forma y huir. Luego volvía, aunque quizá no fuera la misma.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no llevaba puesto el sombrero. No sólo no lo llevaba puesto; no lo había tenido con ella en la furgoneta. No lo había llevado ni al bajarse a orinar ni al ponerse a hablar con Ricky. No lo llevaba en la furgoneta, con la cabeza reclinada en el asiento, oyendo a Matt contar su chiste. Debía de habersele caído en el campo de maíz, y con el susto lo había olvidado.

Con todo el asco que había sentido ella por el ombligo de Matt abultando bajo la camiseta púrpura, a él no le había molestado verle ese triste penacho.

—Qué pena que no haya salido la luna —dijo Ricky—. Cuando hay luna, esto es muy bonito.

—También es bonito así.

El deslizó los brazos alrededor de ella como si lo que estuviera haciendo estuviese fuera de discusión y pudiese tomarse el tiempo que quisiera. La besó en la boca. Era la primera vez, le pareció a ella, que participaba en un beso que fuese un acontecimiento en sí mismo. Todo el asunto en sí. Un prólogo tierno, una presión eficaz, un sondear y acoger sin reservas, un agradecimiento prolongado y un apartarse satisfechos.

—Caray —dijo él—. Caray.

La hizo dar media vuelta y volvieron por donde habían llegado.

—Conque... ¿nunca había estado en este puente?

Ella dijo que nunca.

—Y ahora es aquí adonde vendrá a dar un paseo.

Le tomó la mano y la balanceó como si quisiera arrojarla.

—Y yo nunca había besado a una mujer casada.

—Probablemente besarás a muchas más. Hasta que te canses.

El suspiró.

—Sí —dijo, azorado y grave ante lo que tenía por delante—. Sí, probablemente.

De pronto Jinny pensó en Neal. Neal allá en tierra firme, mareado y vacilante, abriendo la mano a la mirada de la mujer de brillante pelo veteado, la adivina. Meciéndose en el filo del futuro.

No importaba.

Lo que sentía ahora era una especie de compasión alegre, casi como una risa. Un burbujeo de tierna hilaridad que se apoderaba de todas sus llagas y sus vacíos, mientras durase.



## Los muebles de la familia

Alfrida. Mi padre la llamaba Freddie. Eran primos hermanos y habían vivido en granjas vecinas y luego vivieron un tiempo en la misma casa. Un día estaban en un campo de rastrojo jugando con *Mack*, el perro de mi padre. Hacía sol aquel día, aunque no llegaba a fundir el hielo de los surcos. Ellos daban patadas al hielo, les divertía el crujido bajo los pies.

¿Cómo iba a recordar ella una cosa así?, decía mi padre. Se lo ha inventado.

—No me lo inventé —contestaba Alfrida.

—Y tanto que sí.

—Que no.

De repente habían oído redoble de campanas y silbido de sirenas. Sonaban las campanas de la iglesia y la del ayuntamiento. A cinco kilómetros, en la ciudad, silbaban las sirenas de las fábricas. El mundo había estallado en torrentes de alegría y *Mack* se abalanzó hacia el camino porque seguramente habría un desfile. Había acabado la Primera Guerra mundial.

Tres veces a la semana leía el nombre de Alfrida en el periódico. El nombre, nada más: Alfrida. Salía impreso como escrito a mano, una fluida firma hecha con pluma. Por la Ciudad y Alrededores, con Alfrida. La ciudad de marras no era la más cercana sino la que estaba al sur de nuestra casa, la ciudad donde vivía Alfrida y que mi familia visitaba cada dos o tres años más o menos.

Futuras novias de junio, ya es hora de que empecéis a registrar vuestras preferencias en El Armario Chino. Y he de deciros que si yo fuera una futura novia —cosa que, ay, no soy— tal vez me resistiría a los juegos de vajilla decorados, por exquisitos que sean, para inclinarme por los perlados y ultramodernos Rosenthal...

Muchos tratamientos de belleza son flores de un día, pero os garantizo que con las mascarillas que preparan en el Salón Fantine —y hablo de novias— la piel os brillará como pétalo de azahar. Y para que la mamá de la novia —y la tía de la novia, y hasta la abuela de la novia, si me apuráis— se sienta como recién surgida de la Fuente de la Eterna Juventud...

Por el modo en que hablaba, nunca se habría esperado que Alfrida escribiera en ese estilo. También era una de las personas que escribían bajo el seudónimo de Flora Simpson en la

Página de Flora Simpson para las Amas de Casa. Miles de mujeres del campo creían escribir sus cartas a la rolliza señora de bucles canosos y sonrisa indulgente cuyo retrato presidía la página. Pero la verdad —que yo no debía contar— era que las notas situadas después de cada carta estaban escritas por Alfrida y un hombre llamado Caballo Henry, que además redactaba las necrológicas. Las mujeres se ponían nombres como Lucero del Alba, Lirio del Valle, Pulgar Verde, Pequeña Annie Rooney o Reina de la Bayeta. Algunos nombres eran tan populares que había que asignarles números: Rizos de Oro 1, Rizos de Oro 2, Rizos de Oro 3.

Querida Lucero del Alba, escribían Alfrida o Caballo Henry, el eczema es una plaga espantosa, sobre todo con estos calores, y espero que el bicarbonato te alivie un poco. Sin duda debemos respetar los tratamientos hogareños, pero nunca hace daño recurrir al consejo del médico. Me parece estupendo que tu media naranja se encuentre de nuevo en pie y en activo. No debió de ser muy divertido que el tiempo os afectara a los dos juntos...

En todas las ciudades pequeñas de esa región de Ontario, las amas de casa miembros del Club Flora Simpson celebraban un pícnic anual de verano. Flora Simpson siempre les enviaba saludos especiales pero explicaba que, con tantos acontecimientos como había, no podía presentarse en todos, y prefería no hacer diferencias. Alfrida decía que había considerado la posibilidad de enviar a Caballo Henry con peluca y cojines en el pecho, o presentarse ella como lasciva Bruja de Babilonia (ni siquiera ella, en la mesa de mis padres, podía citar bien la Biblia y decir «Ramera») con un pitillo pegado al carmín. Pero, oh, reflexionaba, el periódico nos mataría. Y de todos modos no hay que ser tan malos.

Siempre llamaba pitillos a lo que fumaba. Cuando yo tenía quince o dieciséis años se inclinó sobre la mesa para preguntarme: «¿Tú también quieres un pitillo?». Acabábamos de comer cuando mi hermano menor y mi hermana ya se habían levantado de la mesa. Mi padre meneó la cabeza. Él ya había empezado a liar el suyo.

Yo di las gracias, dejé que Alfrida me lo encendiera y por primera vez fumé delante de mis padres.

Ellos hicieron como si se tratara de una broma muy cómica.

—Pero ¿qué me dices de tu hija? —le preguntó mamá a papá. Puso los ojos en blanco, enlazó las manos sobre el pecho y con voz artificial y lánguida añadió—: Me voy a desmayar.

—Tendré que sacar el látigo —dijo mi padre, incorporándose a medias en la silla.

Fue un momento asombroso, como si Alfrida nos hubiera transformado en personas nuevas. Por lo común, mi madre decía que no le gustaba ver fumar a las mujeres. No decía que fuera indecente o indigno de una dama; sólo que no le gustaba. Y cuando mi madre decía con cierto tono que algo no le gustaba, no parecía hacer una confesión de irracionalidad sino abreviar en una inaccesible, casi sagrada, fuente de sabiduría. Cuando apelaba a aquel tono, y lo acompañaba de aquella expresión, como si estuviera oyendo voces interiores, la odiaba especialmente.

En cuanto a mi padre, en esa misma sala me había pegado, no con un látigo pero sí con su cinturón, por infringir las reglas de mi madre, por herir sus sentimientos y por contestarle. Ahora parecía como si esas palizas sólo pudieran tener lugar en otro universo.

Aunque Alfrida —y también yo— había acorralado a mis padres, ellos habían respondido con

tal gracia y valor que realmente era como si los tres —mi madre, mi padre y yo— nos hubiéramos elevado a un nuevo nivel de soltura y aplomo. En aquel instante los vi —sobre todo a mi madre— capaces de una suerte de desenfado que rara vez se manifestaba.

Todo gracias a Alfrida.

De Alfrida siempre se hablaba como de una chica ambiciosa. Por eso siempre parecía más joven que mis padres, si bien era conocido que tenía más o menos la misma edad. También se decía que era una criatura de ciudad. Y por ciudad, cuando se hablaba así, siempre se entendía la ciudad en donde ella vivía y trabajaba. Pero además se entendía otra cosa: no simplemente otra configuración de edificios, aceras y líneas de tranvías; ni siquiera una aglomeración de individuos. Se entendía algo más abstracto que podría repetirse una y otra vez, una especie de colmena tempestuosa pero organizada, no exactamente inservible o falsa sino perturbadora y en ocasiones peligrosa. Uno iba a un lugar así por obligación; *y lo abandonaba contento*. No obstante, a algunos los atraía, como debía de haberle pasado a Alfrida, hacía mucho tiempo, y como me pasaba ahora a mí, mientras procuraba sostener el cigarrillo con displicencia, a pesar de que entre mis dedos pareciera haber cobrado el tamaño de un bate de béisbol.

Mi familia no tenía vida social asidua; a casa no venía gente a cenar, no digamos ya a fiestas. Tal vez fuese una cuestión de clase. Los padres del chico con quien me casé, unos cinco años después de aquella escena de sobremesa, invitaban a cenar a amigos, no a parientes, e iban a reuniones de media tarde que con toda espontaneidad llamaban cócteles. Era una vida como la que yo había leído en las revistas y parecía situar a mi familia política en un privilegiado mundo de libros de cuentos.

Lo que sí hacía mi familia era poner cartelitos en la mesa del comedor, dos o tres veces al año, para agasajar a mi abuela y a mis tías —las hermanas mayores de papá— y a sus maridos. Lo hacíamos para Navidad o Acción de Gracias, cuando nos tocaba, o bien cuando venía de visita algún pariente de otra comarca. El huésped siempre era una persona como las tías y sus esposos; nunca como Alfrida.

Mi madre y yo empezábamos a preparar esas cenas con dos días de antelación. Planchábamos el mantel bueno, pesado como una frazada; lavábamos la vajilla fina, que se había llenado de polvo en el aparador chino, y limpiábamos las patas de las sillas del comedor, además de preparar las ensaladas con gelatina y las empanadas y los pasteles que debían acompañar el pavo o jamón al horno con verduras, que era el plato principal. Tenía que sobrar mucha comida, y de comida se hablaba sobre todo en la mesa: los invitados expresaban lo bueno que estaba todo, y eran urgidos a servirse más, y decían que no podían, que estaban ahítos, pero entonces los maridos de las tías cedían, se servían más, y las tías también tomaban un poco más, mientras decían que era una locura, que estaban a punto de estallar.

Y aún faltaba el postre.

No había prácticamente un atisbo de conversación general, y de hecho se presumía que toda conversación que excediera ciertos límites podía ser un trastorno, un alarde. La comprensión que mi madre tenía de los límites no era muy de fiar, y a veces era incapaz de tolerar las pausas ni hacer honor a la aversión a lo que venía después. De modo que cuando alguien decía, supongamos, «Ayer vi a Harley por la calle», era probable que ella preguntara: «¿Tú crees que un

hombre como Harley es un solterón genuino?» o «¿no habrá encontrado a la persona adecuada?».

Como si, por haber mencionado a una persona, se esperase de una que dijera algo más, algo *interesante*.

Luego tal vez se hiciera un silencio, no por mala educación de los comensales sino porque estaban desconcertados. Hasta que en tono de embarazo y de sesgado reproche mi padre decía: «Parecería que se las arregla muy bien por sí solo».

De no haber habido familiares presentes, con toda probabilidad habría dicho «por sí mismo».

Y todo el mundo seguía cortando, hundiendo la cuchara, tragando al resplandor del mantel limpio y la clara luz que entraba a raudales por las ventanas que acababan de limpiar. Esas comidas siempre se hacían a mediodía.

Los que se sentaban a la mesa eran muy capaces de hablar. En la cocina, mientras fregaban y secaban los platos, las tías contaban quién tenía un tumor, quién una infección en la garganta, quién unos forúnculos terribles. Hablaban de sus propias digestiones, de cómo les funcionaban los riñones y los nervios. No parecía que mencionar cuestiones corporales íntimas estuviese fuera de lugar o fuese tan sospechoso como hablar de algo leído en una revista o de un tema de actualidad; en cierto modo se consideraba impropio prestar atención a cualquier cosa no muy cercana. Mientras, descansando en el porche o dando un paseo para echar un vistazo a los cultivos, los maridos de las tías intercambiaban informaciones como que alguien estaba en apuros con el banco, o aún debía parte del crédito para la compra de una máquina cara, o había invertido en un toro reproductor que era un fiasco.

Tal vez los constriñese la formalidad del comedor, los platos para el pan con mantequilla y las cucharas de postre, cuando lo habitual en otros momentos era poner un trozo de empanada directamente en el plato que se acababa de limpiar con miga de pan. (Sin embargo, no preparar la mesa así habría sido una ofensa. En sus propias casas, en ocasiones similares, esa gente habría sometido a los invitados al mismo protocolo). Tal vez fuese que comer era una cosa y hablar, otra.

Cuando venía Alfrida todo cambiaba. Se tendía el mantel bueno y se usaba la vajilla fina. Mi madre se esmeraba con la comida y se preocupaba enormemente por los resultados; probablemente dejara de lado el habitual menú basado en pavo-relleno-con-puré-de-patatas para hacer algo como ensalada de pollo y budín de arroz con pimientos, y de postre una gelatina con claras montadas y crema cuya preparación le destrozaba los nervios porque, como no teníamos nevera, había que enfriarla en el sótano. Pero del acartonamiento, de la pesadez en la mesa, no había ni asomo. Alfrida no sólo aceptaba segundas raciones; las pedía.

Y lo hacía casi distraídamente, y de la misma forma lanzaba los elogios, como si la comida, comer la comida, fuese algo agradable pero secundario, y hacía hablar a los demás, de modo que cualquier cosa que a una se le antojase decir —casi cualquiera— parecía adecuada.

Siempre nos visitaba en verano, y por lo general llevaba vestidos de pícnic a rayas, sedosos, que le dejaban la espalda descubierta. No tenía una espalda vistosa, rociada como estaba de lunares oscuros, y los hombros eran huesudos y el pecho casi plano. Mi padre solía preguntarse cómo podía estar tan flaca con todo lo que comía. O ponía la verdad patas arriba señalando que, por quisquilloso que fuera su apetito, no se privaba de untar el pan en grasa. (En nuestra familia, los comentarios sobre gordura, delgadez, falta o exceso de color no se consideraban intempestivos).

El pelo oscuro le caía en ondas sobre la frente y a los lados, según la moda de entonces. Tenía

la piel más bien tostada, tramada de finas arrugas, y una boca ancha con el labio inferior algo grueso, casi caído, y pintada con un carmín intenso que dejaba huella en la taza de té y en el vaso de agua. Cuando abría bien la boca —como hacía a menudo, al hablar o reírse—, se veía al fondo que faltaban algunas muelas. No se podía decir que fuese guapa —para mí, toda mujer de más de veinticinco había dejado muy atrás la posibilidad de serlo, o en todo caso había perdido el derecho y quizás hasta el deseo—, pero era ardorosa y elegante. Con aire pensativo, mi padre aseguraba que tenía chispa.

Alfrida le hablaba de cosas que pasaban en el mundo, de política. Mi padre leía el periódico, escuchaba la radio, tenía sus propias opiniones, pero rara vez tenía ocasión de exponerlas. Aunque los maridos de las tías también tenían opiniones, eran breves, invariables y expresaban una desconfianza eterna por todas las figuras públicas y en particular por los extranjeros, de modo que la mayor parte del tiempo poco más se les podía extraer que gruñidos y menosprecio. Mi abuela era sorda —nadie habría podido decir cuánto sabía ni qué pensaba de algo— y las tías, aparentemente, se enorgullecían de su vasta ignorancia y su escasez de intereses de atención. Mi madre había sido maestra, y sin esforzarse podía señalar en el mapa cada país de Europa, pero todo lo veía a través de una bruma personal, con el Imperio británico y la familia real encumbrados, enormes, y el resto minúsculo, mero revoltijo que a ella le era fácil pasar por alto.

En realidad, los puntos de vista de Alfrida no distaban tanto de los de los tíos. Al menos así parecía. Pero, en vez de dejar pasar el tema con un gruñido, ella soltaba una risa ululante y contaba historias de primeros ministros, del presidente norteamericano John L. Lewis y del alcalde de Montreal —historias de las cuales todos salían mal parados—. También contaba historias de la familia real, pero en ese caso distinguía entre los buenos, como el rey, la reina y la hermosa duquesa de Kent, y los horribles, como los Windsor y el viejo rey Eddy, quien —decía ella— *padece una cierta enfermedad* y en un intento de estrangular a su esposa le había marcado el cuello, razón por la cual ella nunca aparecía sin su collar de perlas. Como esta distinción coincidía muy bien con una que hacía ella misma —pero pocas veces formulaba—, mi madre no la objetaba, aunque la referencia a la sífilis la crispase.

Yo sonreía, cómplice, con una compostura insensata.

Alfrida ponía a los rusos nombres graciosos. Milollansqui, Tío Joenesqui. Creía que estaban engatusando a todo el mundo, que las Naciones Unidas eran una farsa que no resultaría jamás, que Japón volvería a levantarse y que más habría valido aprovechar la oportunidad de liquidarlo. Tampoco confiaba en Quebec. Ni en el papa. Con el senador McCarthy tenía un problema: le habría gustado apoyarlo, pero el catolicismo del hombre era una losa. Al papa lo llamaba pupas. Se regodeaba pensando en la cantidad de timadores y granujas que había en el mundo.

A veces daba la impresión de estar haciendo un número, una exhibición, tal vez para provocar a mi padre. De irritarlo, como habría dicho él, a ver si se cabreaba. Pero no porque no lo quisiera, ni para hacerlo sentir incómodo. Todo lo contrario. Lo atormentaba como las chicas atormentan a los muchachos en el colegio, cuando ambos lados se deleitan discutiendo y los insultos se toman como halagos. Mi padre discutía con ella siempre en voz suave y firme, pero estaba claro que se proponía agujionarla. A veces, dando un giro, aceptaba que tal vez ella tuviera razón, que en el periódico podía haber fuentes de información que él desconocía. Me has dado un repaso, decía, si fuera sensato debería disculparme. Y ella decía: Anda, no me cameles.

—Ay, cómo sois —decía mi madre con desesperación fingida y quizá verdadero cansancio, y

Alfrida le recomendaba que fuera a echarse una siesta, se la merecía después de esa comida espléndida, ya nos ocuparíamos ella y yo de los platos. Mi madre sufría de un temblor en el brazo derecho, una rigidez en los dedos que según ella la atacaba cuando estaba exhausta.

Mientras fregábamos la vajilla, Alfrida me hablaba de celebridades, actores y hasta estrellas de cine menores, que habían actuado en teatros de la ciudad donde vivía. En voz más baja, pero quebrada aún por una risa brutalmente irrespetuosa, me contaba historias sobre las malas costumbres de esa gente, rumores de escándalos privados que nunca llegaban a salir en las revistas. Mencionaba maricas, pechos artificiales, triángulos familiares, cosas todas que yo había atisbado en mis lecturas, pero que me daba vértigo oír, aun de tercera o cuarta mano, cuando venían de la vida real.

Los dientes de Alfrida me llamaban tanto la atención que durante aquellos recitales confidenciales a veces perdía el hilo. Cada uno de los que le quedaban, todos delanteros, era de un matiz levemente distinto; no tenía dos dientes iguales. Algunos de esmalte bastante fuerte tendían a variedades del marfil oscuro; otros, a un ópalo con sombras liláceas y un brillo de escamas, o bien con bordes plateados, a veces un destello de oro. En aquel entonces, pocas personas exhibían dientes tan sólidos y elegantes como se ven hoy, a menos que fueran falsos. Pero los de Alfrida eran insólitos por su individualidad, su clara separación y su gran tamaño. Cuando Alfrida lanzaba alguna agudeza especial, deliberadamente licenciosa, parecían adelantarse como guardias de palacio, como joviales arqueros.

—De hecho siempre ha tenido problemas con los dientes —decían las tías—. Le salían abscesos, ¿recuerdas?, tenía el sistema entero envenenado.

Qué típico de ellas, pensaba yo, dejar de lado el ingenio y la clase de Alfrida para afligirse por los dientes.

—¿Por qué no se los hace sacar todos y acaba de una vez? —preguntaban.

—Probablemente no pueda costeárselo —dijo una vez mi abuela sorprendiendo a todos, como hacía a veces, demostrando que había seguido la conversación.

Y sorprendiéndome a mí con la luz nueva y cotidiana que el comentario arrojaba sobre la vida de Alfrida. Yo había creído que Alfrida era rica, al menos en comparación con el resto de la familia. Vivía en un apartamento —yo nunca lo había visto, pero lo asociaba con la idea de una vida muy civilizada—, llevaba ropa que no estaba hecha en casa y no gastaba zapatos de lazo, como casi todas las mujeres adultas que yo conocía, sino sandalias con brillantes tiras de plástico, ese material nuevo. Era difícil saber si sencillamente mi abuela no vivía en el pasado, cuando hacerse dientes postizos era el gasto culminante de una vida, o si de verdad sabía cosas de Alfrida que yo jamás habría imaginado.

Cuando Alfrida venía a comer a casa, nunca estaba presente el resto de la familia. No obstante, ella iba a visitar a mi abuela, que era su tía, la hermana de su madre. La abuela ya no vivía sola sino alternativamente con una u otra de mis tías, y Alfrida iba a la casa donde estuviese en aquel momento, pero no a la casa de la otra tía, que era tan prima suya como mi padre. Y nunca comía con ninguna de las dos. Por lo común venía primero a nuestra casa, se quedaba un rato y luego, juntando fuerzas, como de mala gana, hacía la otra visita. Cuando más tarde volvía y nos sentábamos a comer, no se decía directamente nada peyorativo sobre las tías y sus maridos, y por cierto nada irrespetuoso sobre mi abuela. De hecho, era la forma en que Alfrida se refería a mi abuela —una repentina sobriedad y una preocupación en la voz, incluso una pizca de miedo

(¿Cómo está de la presión?, ¿ha ido al médico últimamente?, ¿qué le dijo?)— la que me hacía consciente de la diferencia, de la frialdad o tal vez la reticencia con que preguntaba por los demás. Luego, una reticencia similar en la respuesta de mi madre y una gravedad extra en la de mi padre —una caricatura de gravedad, se podría decir—, daban a entender cuán de acuerdo estaban todos en algo que no podían decir.

El día en que fumé el cigarrillo, Alfrida decidió llevar la cosa un poco más lejos y dijo solemnemente:

—Bueno, ¿y qué hay de Asa? ¿Sigue siendo el alma de las tertulias?

Mi padre meneó tristemente la cabeza, como si la sombra del gárrulo tío Asa debiera agobiarnos a todos.

—Y tanto que sí —dijo—. Y tanto.

—Parece que los cerdos tienen la solitaria —añadí yo—. Psé.

Salvo por el «psé», mi tío había dicho exactamente aquello, y lo había dicho en la misma mesa, invadido por una insólita necesidad de romper el silencio o pasar a algo importante que acababa de ocurrírsele. Y yo lo decía imitando su majestuoso rezongo, su solemnidad inocente.

Mostrando los dientes festivos, Alfrida lanzó una risa plena y aprobatoria.

—Perfecto —dijo—. Ese es él.

Mi padre se inclinó sobre su plato, como para disimular que él también se estaba riendo, aunque por supuesto sin hacerlo, y mi madre sacudió la cabeza mordiéndose los labios, sonriendo. Tuve una aguda sensación de triunfo. No se dijo nada que me pusiera en mi lugar; nadie me echó en cara lo que a veces llamaban mi sarcasmo, mis ínfulas de lista. Cuando en mi familia se usaba para referirse a mí la palabra «lista», podía significar muy inteligente, y en ese caso se pronunciaba a regañadientes («Caray, en cierto modo es bastante lista»), muy entrometida, petulante, odiosa. *No seas tan lista.*

A veces, tristemente, mi madre decía: «Qué mala lengua maligna tienes».

A veces —y era mucho peor—, mi padre se disgustaba conmigo.

—¿Qué derecho tienes tú de burlarte de una persona decente?

Ese día no ocurrió nada por el estilo. Al parecer, yo era tan libre como cualquier huésped de la mesa, casi tan libre como Alfrida, y florecía bajo el estandarte de mi personalidad.

Pero estaba a punto de abrirse una brecha, y puede que ésa fuera la última vez que Alfrida se sentara a nuestra mesa; la última. Siguió el intercambio de tarjetas de Navidad, posiblemente incluso de cartas —mientras mi madre tuvo fuerzas para sostener la pluma—, y no dejamos de leer el nombre de Alfrida en el periódico, pero no recuerdo que en los dos años que todavía pasé con mis padres fuese a visitarnos.

Tal vez Alfrida preguntó si podía llevar a su amigo y le dijeron que no. Si ya vivían juntos, el motivo bien pudo ser ése, y si él era el mismo hombre con el que estaba más adelante, otro motivo habría sido que estaba casado. Esas cuestiones unían a mis padres. A mi madre la horrorizaba el sexo irregular o manifiesto —puede decirse que la horrorizaba todo tipo de sexo, porque el matrimonial y correcto no se reconocía en absoluto—, y en esa época de su vida mi padre también era estricto al respecto. También podría tener especiales reparos sobre un hombre capaz de controlar a Alfrida.

A ojos de ellos debió de rebajarse. No me cuesta nada imaginármelos diciendo: *No tenía ninguna necesidad de rebajarse.*

Pero a lo mejor no preguntó nada; a lo mejor le sobraba perspicacia para preguntar. En los tiempos de las primeras visitas animadas no debió haber un solo hombre en su vida, y cuando lo hubo, su atención pudo haberse desviado totalmente. Puede que Alfrida se volviera otra persona, cosa que sin duda ocurrió más tarde.

O quizá la cansó la atmósfera especial de una casa donde hay una persona enferma que no mejora nunca. Así pasaba con mi madre, cuyos síntomas se coaligaban y escapaban de control, hasta que de incomodidad y fuente de preocupación se transformaron en su destino entero.

—Pobrecilla —decían las tías.

Y a medida que mi madre cambiaba de madre a presencia desvalida de la casa, las otras mujeres de la familia, hasta entonces tan limitadas, parecían ir ganando vivacidad y experiencia. Mi abuela se compró un audífono, algo que nadie se habría atrevido a sugerirle. Murió el marido de una de las tías —no Asa, sino el que se llamaba Irvine— y ella aprendió a conducir; consiguió trabajo en una tienda de arreglo de ropa y dejó de usar redecilla en el pelo.

Pasaban a ver a mi madre y siempre veían lo mismo: que la más guapa de las tres, la que siempre les recordaba que ella era maestra, mes a mes se iba volviendo más lenta de movimientos, más rígida de miembros y más torpe y vacilante al hablar, y que no había nada que hacer.

Me decían que la cuidara mucho.

—Es tu madre —me recordaban.

—Pobrecilla.

Alfrida no habría sido capaz de decir ese tipo de cosas, y quizá no habría podido decir nada.

A mí me parecía bien que no viniera a vernos. Yo no quería que viniera nadie. No tenía tiempo; me había vuelto un ama de casa frenética: enceraba los suelos, planchaba hasta los trapos de cocina y todo lo hacía para mantener a raya cierta desgracia (porque el deterioro de mi madre parecía una desgracia única que nos infectaba a todos). Lo hacía para dar la impresión de que vivía con mis padres, mi hermano y mi hermana en la casa de una familia normal; pero cualquiera que cruzaba el umbral y veía a mi madre se daba cuenta de que no era cierto y nos compadecía. Y eso yo no podía soportarlo.

Gané una beca. No me quedé en casa a cuidar a mi madre ni nada por el estilo. Fui a la universidad. El colegio universitario estaba en la ciudad donde vivía Alfrida. Al cabo de unos meses, ella me invitó a cenar, pero no pude ir porque trabajaba todas las noches salvo los domingos. Trabajaba en la biblioteca pública, en el centro de la ciudad, y en la biblioteca de la universidad; las dos estaban abiertas hasta las nueve. Algo más tarde, en invierno, Alfrida volvió a invitarme y esta vez la invitación era un domingo. Le dije que no podía porque iba a un concierto.

—Vaya... ¿Una cita? —preguntó ella, y yo dije que sí pero en ese momento no era cierto. Iría al concierto gratis de los domingos en el auditorio universitario con otra chica, o dos o tres chicas más, por hacer algo con la tenue esperanza de encontrar chicos—. Bien, alguna vez lo tienes que traer. Me muero de ganas de conocerlo.

Hacia el final del año tuve por fin alguien a quien llevar, alguien a quien de hecho había conocido en un concierto. Al menos él me había visto en un concierto y me había llamado para



salir. Pero nunca lo habría llevado a casa de Alfrida. Nunca habría llevado a conocer a Alfrida a ninguno de mis amigos. Mis nuevos amigos eran de los que decían: «¿Has leído *Vuelve la vista a casa, Ángel?* Ah, lo has leído. ¿Y has leído *Los Buddenbrook?*». Eran gente con quien iba a ver *Juegos prohibidos* y *Les enfants du paradis* cuando las traían al cineclub. El chico con quien salía, y con el cual después me prometí, me había llevado a la Casa de la Música, donde a la hora de comer se podían escuchar discos. Me había hecho conocer a Gounod, y gracias a Gounod yo adoraba la ópera, y gracias a la ópera adoraba a Mozart.

Cuando Alfrida me dejó un mensaje en la pensión pidiendo que la llamara, no lo hice. Entonces no llamó más.

Seguía escribiendo en el periódico; de vez en cuando yo miraba una rapsodia suya sobre estatuillas Royal Doulton, galletas de jengibre importadas o camisones de novia. Probablemente seguía respondiendo las cartas a Flora Simpson y riéndose de las amas de casa que las escribían. Ahora que vivía en la ciudad, yo apenas leía el periódico que en un tiempo me parecía el centro de la vida urbana —y en cierto modo el centro de la vida en nuestra casa, a noventa kilómetros—. Las bromas, la hipocresía compulsiva de personas como Alfrida y Caballo Henry me resultaban cursis y aburridas.

No temía encontrármela, ni siquiera en una ciudad que al fin y al cabo no era tan grande. Nunca iba a las tiendas que ella mencionaba en su columna. No tenía motivos para pasar frente al edificio del periódico y ella vivía lejos de mi pensión, en la zona sur.

Tampoco pensaba que Alfrida fuese de las que se dejaban ver por la biblioteca. La mera palabra «biblioteca», probablemente, la haría torcer la gran boca en una parodia de consternación, como la torcía en casa ante los libros de los estantes; libros no comprados en mis tiempos, algunos de ellos premios recibidos por mis padres en la adolescencia (estaba el nombre de soltera de mamá escrito con su hermosa letra perdida); libros que no me parecían compras de librería sino presencias de la casa, como presencias arraigadas en el suelo, y no simples plantas, eran los árboles que veía por la ventana. *El molino junto al Floss*, *La llamada de la selva*, *El corazón de Midlotbian*.

—Mucho libro importante, aquí —habría dicho Alfrida—. Me juego algo a que no los abres muy a menudo.

Y mi padre habría dicho que no, que no los abría, aceptando el desdeñoso y hasta ofensivo tono de ella, y en cierto modo mintiendo, porque en realidad los miraba, muy de tanto en tanto, cuando tenía tiempo.

Eran ésas las mentiras que yo esperaba no volver a decir, el desprecio que esperaba no mostrar nunca más por las cosas que me importaban de veras. Y para no tener que hacerlo, lo mejor era mantenerme alejada de mis conocidos de antes.

Al final del segundo curso estaba a punto de dejar la universidad. La beca sólo cubría dos años. Pero no importaba, porque de todos modos quería ser escritora. Y me iba a casar.

Alfrida se había enterado y volvió a telefonarme.

—Supongo que estabas demasiado ocupada para llamarme. O quizá no te pasaron los mensajes —dijo.

Le contesté que podían haber sido las dos cosas.

Esta vez acepté ir a su casa. Como no pensaba vivir en esa ciudad, la visita no me comprometía. Elegí un domingo, después de los exámenes finales, en que mi novio iba a Ottawa por una entrevista de trabajo. Era un claro día de sol de comienzos de mayo. Decidí ir andando. Como rara vez había estado al sur de Dundas Street o al este de Adelaide, había zonas de la ciudad que desconocía por completo. En las calles del norte, los árboles estaban echando hojas y tanto las lilas como los manzanos ornamentales y los macizos de tulipanes estaban en flor; las extensiones de césped parecían alfombras nuevas. Pero al cabo de un rato me encontré recorriendo calles sin árboles que dieran sombra; calles con aceras del ancho de un brazo extendido, donde las pocas matas de lilas —esas lilas que crecían en cualquier parte— eran pálidas, como insoladas, de perfume efímero. Además de casas, había allí edificios de apartamentos de dos o tres plantas, algunos con la utilitaria decoración de una guarda de ladrillos en torno a la puerta, otros con ventanas abiertas que dejaban escapar las cortinas.

Alfrida vivía en una casa, no en un edificio. Tenía todo el piso de arriba. En la planta baja, al menos en la parte delantera, habían puesto una tienda que los domingos estaba cerrada. Era una tienda de segunda mano: a través de los cristales sucios vi montones de muebles indefinidos y pilas de utensilios y fuentes viejas. Lo único que me llamó la atención fue una cubeta de miel exactamente igual a la cubeta con un cielo azul y un panal dorado en la que a los seis o siete años yo llevaba el almuerzo a la escuela. Recordé cómo leía una y otra vez la leyenda que figuraba en un lado.

*Toda miel pura se cristaliza.*

Yo no tenía idea de qué significaba «cristalizar», pero el sonido de la palabra me gustaba. Parecía elaborado y delicioso.

La caminata me había llevado más tiempo de lo que esperaba y tenía mucho calor. No había previsto que, habiéndome invitado al mediodía, Alfrida prepararía una comida como la de los domingos en casa, pero fue carne asada y verduras lo que olí al subir la escalera.

—Pensé que te habías perdido —dijo Alfrida desde arriba—. Ya iba a reunir una cuadrilla de rescate.

En vez del vestido de picnic vestía una blusa rosa, con un lazo en el cuello, metida debajo de una falda marrón de tablas. Ya no llevaba el pelo ondulado, sino en ricitos muy cortos que enmarcaban las mejillas, con el castaño oscuro surcado de toscas mechas rojas. La cara, en mi recuerdo delgada y morena, estaba ahora más rellena y un poco abultada. A la luz del mediodía, el maquillaje se destacaba de la piel como pintura naranja.

Pero la mayor diferencia eran los dientes postizos, de color uniforme, que le desbordaban levemente la boca y daban un filo de ansiedad a la vieja expresión de entusiasmo vehemente.

—Vaya si has engordado —dijo—. Antes eras muy delgaducha.

Era verdad, pero a mí no me gustaba oírlo. Como todas las chicas de la pensión, yo comía barato: copiosas comidas preparadas Kraft y paquetes de galletas rellenas de confitura. Mi novio, porfiado y posesivo devoto de todo cuanto tuviera que ver conmigo, decía que le gustaban las mujeres corpulentas y que yo le recordaba a Jane Russell. No me molestaba que lo dijera, pero por lo general me ofendía que los demás comentaran mi apariencia. Sobre todo si eran personas como Alfrida, gente que en mi vida había perdido importancia. Pensaba que no tenían derecho a mirarme ni a formarse opiniones de mí, no digamos ya a expresarlas.

La casa era angosta, pero larga. Había una sala de estar con techo en doble declive y ventanas

a la calle, una especie de saloncito comedor sin ventanas —a causa de las sendas habitaciones con mansardas que tenía a los lados—, una cocina, un cuarto de baño iluminado gracias al cristal esmerilado de la puerta y, en el contrafuerte, una galería acristalada.

Los techos en caída daban a los ambientes un aire provisional, como si sólo fingieran ser otra cosa que dormitorios. Pero los muebles eran demasiados y muy serios —la mesa y las sillas del comedor, el sofá y el sillón reclinable de la sala, la mesa y las sillas de la cocina—, pensados para habitaciones más grandes, más cabales. Tapetes en las mesas, telas blancas con bordados que protegían los respaldos y brazos de los sillones, cortinas transparentes que cubrían las ventanas y a los lados paño floreado: no habría podido imaginar que iba a parecerse tanto a las casas de las tías. Y en la pared del comedor —no en la del cuarto de baño ni en la del dormitorio, sino en la del comedor— había un cuadro que era la silueta de una chica con falda deportiva hecha con cinta de satén rosa.

Por el suelo del comedor, en el paso de la cocina a la sala, corría una banda de linóleo grueso. Alfrida pareció adivinar algo de lo que yo estaba pensando.

—Sé que he juntado demasiadas cosas —explicó—. Pero son cosas de mis padres. No iba a regalar los muebles de la familia.

Nunca se me había ocurrido que tuviera padres. Su madre había muerto hacía mucho tiempo y a Alfrida la había criado mi abuela, que era su tía.

—De mi padre y mi madre —dijo Alfrida—. Cuando falleció papá, tu abuela los guardó porque decía que cuando yo creciera serían míos, y aquí los tienes. No iba a devolvérselos, con las molestias que se había tomado.

En aquel momento recordé parte de la vida de Alfrida que ella había olvidado. El padre había vuelto a casarse. Había dejado la granja para ir a trabajar en el ferrocarril. Había tenido más hijos, la familia había deambulado de una ciudad a otra, y a veces Alfrida hablaba de ellos en tono jocoso un tanto relacionado con los muchos hijos que había, lo unidos que seguían todos y todas las veces que la familia había tenido que trasladarse.

—Ven, que te presento a Bill —dijo Alfrida.

Bill estaba en la galería. Como esperando que lo convocaran, se había sentado en un sofá bajo o camastro cubierto con una manta de cuadros marrones. La manta estaba arrugada —Bill debía de haberse recostado— y las persianillas de las ventanas caían hasta los vanos. La luz de la habitación —esa candente luz de sol que entraba por las rendijas de las persianas amarillas, marcadas por la lluvia—, la arrugada manta tosca y descolorida, el cojín aplastado y hasta el olor de la manta y de las pantuflas de hombre, viejas pantuflas ya sin forma ni motivo —como en las otras habitaciones los tapetes, los muebles muy lustrados, la niña de cintas del cuadro—, me recordaron las casas de mis tías. También allí una podía encontrarse con una guarida masculina con sus olores furtivos pero insistentes, su avergonzado pero terco aire de resistencia al dominio femenino.

No obstante, Bill se levantó a darme la mano, gesto que los tíos nunca habrían tenido con una muchacha extraña. O con ninguna muchacha. No los habría frenado alguna grosería específica sino el simple miedo a mostrarse ceremoniosos.

Era un hombre alto, de pelo cano, ondulado y brillante, y rostro suave pero no juvenil. Un hombre atractivo al que una salud frágil, la mala suerte o la falta de agallas habían drenado en cierto modo la belleza. Pero la ajada cortesía que conservaba, esa forma de inclinarse ante una

mujer, sugería que el encuentro sería un placer para él y para ella.

Alfrida nos condujo al comedor sin ventanas, donde en pleno mediodía había luces encendidas. Tuve la impresión de que la comida llevaba mucho tiempo lista y de que mi retraso les había alterado el programa habitual. Bill sirvió el pollo asado y la salsa; Alfrida, las verduras. Alfrida le dijo a Bill: «Cariño, ¿has visto lo que hay al lado de tu plato?», y él se acordó de desplegar la servilleta.

Bill no tenía mucho que decir. Ofrecía salsa, me preguntaba si quería mostaza, sal o pimienta, seguía la conversación volviendo la cabeza hacia Alfrida o hacia mí. De vez en cuando dejaba escapar un leve silbido entre dientes, un sonido tembloroso de intención al parecer cordial o apreciativa y que al principio tomé por preludio a alguna observación. Pero no lo era, y Alfrida nunca hacía pausas al oírlo. Desde entonces he visto a ciertos bebedores reformados comportarse de forma parecida: metiendo alegremente la cuchara pero incapaces de ir más allá, irremediablemente preocupados. Nunca supe si Bill era uno de ellos, pero sin duda arrastraba una historia de derrotas, de problemas sufridos y lecciones aprendidas. También tenía un aire de aceptación elegante de decisiones erróneas o posibilidades truncadas.

Las zanahorias y los guisantes eran congelados, dijo Alfrida. Por entonces, las verduras congeladas eran una novedad.

—Son mucho mejores que las de lata —continuó—. Casi tan buenas como las frescas.

Entonces Bill hizo una declaración completa. Dijo que eran mejores que las frescas. El color, el sabor, todo. Dijo que tanto lo que se estaba haciendo en materia de congelados como lo que se haría en el futuro era notable.

Alfrida se inclinó hacia delante con una sonrisa. Casi parecía contener el aliento, como ante un hijo que echa a andar sin apoyo o hace su primer intento en la bicicleta.

Habían descubierto que podía inyectarse una sustancia a los pollos, nos contó Bill, un procedimiento gracias al cual todos los pollos saldrían iguales, grandes y sabrosos. Atrás quedaría el riesgo de irse a casa con un pollo de menor calidad.

—La especialidad de Bill es la química —dijo Alfrida.

Como yo no tenía nada que decir, agregó:

—Trabajó para Gooderhams.

Más silencio.

—La destilería —continuó—. Whisky Gooderhams.

Si yo no decía nada no era por grosería o aburrimiento (no más grosería que la natural en mí por entonces, ni más aburrimiento que el que había esperado), sino porque no entendía la obligación de hacer preguntas, las preguntas que fuesen, para animar a un macho tímido a que conversara, sacarlo del ensimismamiento y establecerlo como hombre de cierta autoridad, y por lo tanto como hombre de la casa. No entendía por qué Alfrida lo miraba con una sonrisa tan ferozmente alentadora. Toda mi experiencia de mujer con los hombres, de mujer que escucha a un hombre y espera y espera verlo afianzarse como motivo de orgullo, tendría lugar en el futuro. Las únicas parejas que había observado eran mis padres y mis tíos, y esos maridos y mujeres parecían tener conexiones remotas, formales, y ninguna dependencia mutua evidente.

Bill siguió comiendo como si no se hubiera mencionado su profesión ni su empresa, y Alfrida me interrogó sobre los cursos. Aún sonreía, pero la sonrisa era otra. Guardaba un temblor de impaciencia y desagrado, como si esperase a que yo acabara de contar para decir —como dijo—:

«Yo no leería esas cosas ni por un millón de dólares».

—Para dos días que vamos a vivir... —añadió—. ¿Sabes?, en el periódico a veces cogemos a algunos que tienen todos sus títulos. *Cum Laude* en Lengua. *Cum Laude* en Filosofía. No sabemos qué hacer con ellos. Lo que escriben no vale un céntimo. A ti te lo he contado, ¿no? —le dijo a Bill, y Bill alzó la vista con una sonrisa obsequiosa.

Alfrida dejó reposar el tema.

—Bueno, ¿y cómo te diviertes?

Por entonces en un teatro de Toronto representaban *Un tranvía llamado deseo* y le conté que había ido a verla con un par de amigas, en tren.

Alfrida dejó repicar cuchillo y tenedor en el plato.

—Esa basura —exclamó con un gesto de repugnancia. Luego habló con más calma pero con una aversión todavía virulenta—. Te has ido *hasta Toronto* para ver esa basura.

Habíamos acabado el postre y Bill escogió aquel momento para preguntar si lo excusábamos. Se lo preguntó a Alfrida y luego a mí con una levísima reverencia. Volvió a la galería y un ratito después oímos la pipa. Al irse Bill, Alfrida pareció olvidarse de mí y de la obra. Su expresión de ternura fue tal, que cuando se levantó pensé que lo seguiría. Pero sólo iba a buscar los cigarrillos.

Me alargó el paquete y, cuando cogí uno, con un deliberado esfuerzo de jovialidad dijo:

—O sea, mantienes la mala costumbre en que te inicié.

Tal vez había recordado que yo ya no era una niña, que no tenía obligación de estar en su casa y que no tenía sentido ganarse una enemiga. Y yo no iba a discutir; me importaba un rábano qué opinaba Alfrida de Tennessee Williams. O qué opinaba de cualquier cosa.

—Supongo que es asunto tuyo —dijo Alfrida—. Puedes ir a donde se te antoje. —Y añadió—: Al fin y al cabo pronto te casarás.

El tono bien podía significar «Reconozco que has crecido» o «Pronto tendrás que sentar la cabeza».

Empezamos a recoger los platos. Trabajando muy cerca una de otra en la cocina, en el pequeño espacio que había entre la mesa, el fregadero y la nevera, no tardamos en desarrollar tácitamente cierto orden armónico de raspado, división y almacenaje de las sobras en recipientes pequeños, llenado de la pila con agua caliente jabonosa y extracción de todo cubierto intacto para deslizado en el cajón con divisiones del aparador del comedor. Llevamos el cenicero a la cocina e hicimos altos periódicos para dar profesionales, restauradoras caladas al cigarrillo. Cuando dos mujeres trabajan juntas en algo así, pueden coincidir o no en ciertas cosas: si está bien fumar, por ejemplo, o es preferible no hacerlo para evitar que alguna ceniza migratoria se deposite en un plato limpio, o si hay que lavar todo lo que estuvo en la mesa aunque no se hubiese usado; y resultó que Alfrida y yo nos entendíamos. Cierto que la idea de que una vez lavados los platos podría irme me había vuelto serena y generosa. Ya había dicho que esa tarde tenía que ver a una amiga.

—Son muy bonitos estos platos —dije. Eran de color crema amarillento con un ribete de flores azules.

—Bueno, es la vajilla de bodas de mi madre —replicó Alfrida—. Es otra de las cosas que hizo por mí tu abuela. Embaló la vajilla de mi madre y la tuvo guardada hasta que yo pudiera usarla. Jeanie nunca se enteró de que existía. Con esa pandilla no hubiera durado mucho.

Jeanie. Esa pandilla. La madrastra, los hermanastros y hermanas.

—Sabías eso, ¿no? —dijo Alfrida—. ¿Sabías qué le pasó a mi madre?

Claro que lo sabía. A la madre de Alfrida le había estallado una lámpara en las manos; había muerto de las quemaduras y mi madre y mis tías hablaban de eso a menudo. No podía hablarse de la madre o del padre de Alfrida, y muy poco de la propia Alfrida, sin que aquella muerte saliera a relucir y se añadiera algo nuevo. Por esa razón, el padre de Alfrida se había ido de la granja (siempre una especie de descenso moral, si no financiero). Era una razón para ser desesperadamente cuidadoso con el aceite de carbón, y una razón para agradecer la electricidad por mucho que costara.

Y en cualquier caso era un hecho espantoso para una niña de la edad de Alfrida, en cualquier caso. (Es decir, independientemente de lo que hubiera hecho de sí desde entonces).

*De no haber sido por la tormenta, ella no habría encendido una lámpara a media tarde.*

*Tardó toda la noche y todo el día siguiente en morir. Ojalá hubiera muerto en el acto.*

*Y justo al año siguiente les llegó la electricidad y no tuvieron que usar más lámparas de aceite.*

Las tías y mamá rara vez pensaban lo mismo, pero respecto de esa historia compartían un sentimiento. Ese sentimiento les embargaba la voz cada vez que pronunciaban el nombre de la madre de Alfrida. Era como si la historia fuese para ellas un tesoro espantoso, algo que sólo nuestra familia podía esgrimir, una distinción que no se desvanecería nunca. Escuchándolas, siempre había sentido como si hubiera en marcha una connivencia obscena, un hurgar entusiasta en todo lo macabro y desastroso. Esas voces eran gusanos que me reptaban por dentro.

En mi experiencia, los hombres no eran así. Los hombres apartaban la vista del horror lo antes posible, y actuaban como si de nada valiera mencionar las cosas o pensar de nuevo en ellas una vez que habían pasado. No querían escarbar dentro de ellos ni escarbar en los demás.

De modo que si Alfrida iba a hablar del asunto, pensé, era una suerte que mi novio no hubiera ido. Una suerte que no tuviera que oír la historia de la madre de Alfrida, y encima descubrir cosas de mi madre y de la relativa y hasta considerable pobreza de mi familia. Él admiraba la ópera y el *Hamlet* de Laurence Olivier, pero para la tragedia —la sordidez de la tragedia— de la vida real no tenía tiempo. Sus padres eran sanos, guapos y prósperos (aunque desde luego él los tildaba de tontos), y al parecer no había tenido que tratar con nadie que no viviera en circunstancias harto felices. Veía los reveses vitales —reveses de suerte, de salud, de dinero— como fallos, y su decidida aprobación de mí no se extendía a mi destartado origen.

—En el hospital no me dejaron verla —dijo Alfrida; al menos hablaba con su voz normal, sin preparar el terreno para una piedad especial o una excitación untuosa—. Bien, yo tampoco me habría dejado ver si hubiera estado en su piel. No sé qué aspecto tenía. Probablemente la habían vendado toda, como a una momia. Y si no, habrían debido hacerlo. Yo no estaba cuando ocurrió. Estaba en el colegio. Se puso todo negrísimo, el maestro encendió las luces (en el colegio había electricidad) y tuvimos que estarnos todos quietos hasta que la tormenta acabó. Entonces tía Lily (tu abuela, vaya) fue a buscarme y me llevó a su casa. Y nunca volví a ver a mi madre.

Creí que no iba a decir nada más, pero un momento después continuó, con una voz que de hecho se había animado un poco, como si se dispusiese a reír.

—Yo gritaba y gritaba como una loca que quería verla. Seguía y seguía, y, como no podían callarme, al final tu abuela me dijo: «Más te vale no verla. Si supieras qué aspecto tiene, no querrías hacerlo. No querrías recordarla así». Pero ¿sabes qué dije yo? Recuerdo bien lo que dije.

Dije: Pero ella querría verme a mí. *Ella querría verme a mí.*

Entonces sí se rió, o lanzó un sonido ronco, evasivo y desdenoso.

—Debía de creerme fantástica, ¿no? *Ella querría verme a mí.*

Esa parte de la historia yo no la había oído nunca.

Y en el momento mismo en que la oí, sucedió algo. Fue como si de golpe se hubiera cerrado una trampa y me hubiera dejado esas palabras en la cabeza. No sabía exactamente qué uso podría darles. Sólo sentía que, de una sacudida, me habían liberado de pronto para respirar un aire diferente, sólo accesible para mí.

*Ella querría verme.*

Sólo muchos años después escribiría el cuento sobre esa historia cuando, para empezar, hubiera perdido importancia pensar quién me había metido la idea en la cabeza.

Di las gracias a Alfrida y le dije que tenía que irme. Alfrida fue a llamar a Bill para que se despidiera, pero al volver me contó que se había dormido.

—Cuando se despierte querrá morirse —dijo—. Le ha encantado conocerte.

Se quitó el delantal y me acompañó hasta abajo. Al pie de la escalera había un sendero de grava que llevaba a la acera. La gravilla crujía bajo nuestros pies y Alfrida resbaló con los zapatos de andar por casa.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Mecachis! —Y se agarró de mi hombro. Luego preguntó—: ¿Cómo está tu padre?

—Está bien.

—Trabaja demasiado.

—No tiene más remedio —dije yo.

—Lo sé, mujer. ¿Y tu madre cómo está?

—Más o menos igual.

Se volvió hacia el escaparate de la tienda.

—¿Tú crees que alguien puede comprar estos trastos? Mira esa cubeta de miel. Tu padre y yo llevábamos la comida a la escuela en cubetas como ésa.

—Yo también —dije.

—¿De verdad? —Me abrazó—. Dile a tu familia que pienso en ellos. ¿Lo harás?

Alfrida no fue al funeral de mi padre. Me pregunté si había sido porque no quería verme. Hasta donde yo sabía, nunca había hecho público lo que tenía en mi contra; nadie más se enteraría. Pero mi padre lo había sabido. Una vez, de visita en casa, al enterarme de que Alfrida vivía no muy lejos —de hecho en la casa de mi abuela, que había acabado por heredar—, yo había propuesto que fuéramos a verla. Fue en el tiempo de agitación entre mis dos matrimonios y yo me sentía expansiva, recién liberada y capaz de entrar en contacto con quien eligiera.

Mi padre dijo:

—Bueno, ¿sabes?, Alfrida está un poco molesta.

Ahora la llamaba Alfrida. ¿Desde cuándo?

Al principio ni se me ocurrió qué podía haberla molestado. Mi padre tuvo que recordarme el cuento, publicado hacía unos cuantos años, y a mí me sorprendió, y hasta me impacientó y me enfadó un poco la idea de que Alfrida impugnara algo que ahora parecía tener tan poca relación

con ella.

—No era Alfrida en absoluto —le expliqué a mi padre—. Lo cambié todo, ni siquiera pensaba en ella. Era un personaje. Cualquiera podía darse cuenta.

Pero el caso es que estaban la explosión de la lámpara, la madre en su osario de vendas, la niña devota y desamparada.

—Ya —dijo mi padre.

Aunque en general lo complacía mucho que yo me hubiera hecho escritora, tenía ciertas reservas respecto a lo que podía llamarse mi personaje. Respecto al hecho de que yo hubiera acabado mi matrimonio por razones personales —es decir, arbitrarias— y a mi modo de justificarme —o, como habría dicho él, de esquivar el bulto—. Claro que no lo decía; ya no era asunto suyo.

Le pregunté cómo sabía que Alfrida estaba molesta.

Contestó:

—Una carta.

Una carta, aunque no vivían muy lejos uno de otro. Lamenté de verdad que él hubiera cargado con el fardo de algo que bien mirado era una desconsideración mía, incluso una mala acción. También que él y Alfrida tuvieran una relación en términos tan formales. Me pregunté qué se estaría guardando. ¿Habría tenido que defenderme ante ella, como tenía que defender mi literatura frente a otros? Estaba siempre dispuesto a hacerlo aunque no le resultara fácil. Quizás en medio de la incómoda defensa se le hubiera escapado algo áspero.

Por mi culpa se había visto envuelto en extrañas dificultades.

Cada vez que volvía al territorio hogareño me acechaba un peligro. Era el peligro de ver mi vida a través de otros ojos.

De verla como un creciente rollo de palabras como alambre de púas, intrincado, pasmoso, inquietante comparado con los variados productos, la comida, las flores, las prendas de punto de la vida doméstica de las demás mujeres. Cada vez costaba más decir que valía la pena.

A lo mejor vale mi pena; pero ¿y la de los otros?

Mi padre había dicho que ahora Alfrida vivía sola. Le pregunté qué había sido de Bill. Dijo que eso estaba fuera de su jurisdicción. Pero creía que había habido una especie de operación de rescate.

—¿De Bill? ¿Cómo? ¿A cargo de quién?

—Hombre, creo que de una esposa.

—Una vez lo vi en casa de Alfrida. Me cayó bien.

—Caía bien, sí. A las mujeres.

Consideré que acaso la ruptura no tuviera nada que ver conmigo. Mi madrastra había apremiado a mi padre a hacer otro tipo de vida. Iban a la bolera y a la pista de hielo y periódicamente se reunían con otras parejas a tomar café con *donuts* en el Tim Horton's. Ella se había quedado viuda hacía años y tenía muchos amigos que para él fueron amigos nuevos. Tal vez lo que había pasado entre él y Alfrida sólo fuera un cambio, un desgaste del vínculo, de esos que tan bien entendía yo en mi vida pero no preveía en la vida ajena; sobre todo, habría dicho, en la vida de mi familia.



Mi madrastra murió poco antes que mi padre. Después de un matrimonio breve y feliz los enviaron a cementerios diferentes, a descansar cada uno junto a su conflictivo primer cónyuge. Antes de esas dos muertes, Alfrida se había marchado de nuevo a la ciudad. No había vendido la casa; la había dejado sin más. Mi padre me había escrito: «Curiosa forma de hacer las cosas».

En el funeral de mi padre hubo un montón de gente que yo no conocía. Una mujer atravesó la hierba del cementerio para hablarme. Primero pensé que sería una amiga de mi madrastra; luego vi que tenía apenas unos años más que yo. La figura chaparra, la corona de rizos rubios grisáceos y la chaqueta floreada la hacían parecer mayor.

—Te he reconocido por una foto —dijo—. Alfrida siempre presume de ti.

—¿Alfrida no ha muerto? —pregunté.

—Oh, no —respondió la mujer, y me contó que Alfrida estaba en un geriátrico, en una ciudad al norte de Toronto—. La trasladé allí para poder vigilarla.

Ahora se percibía claramente —incluso en la voz— que era una persona de mi generación, y se me ocurrió que debía de ser de la otra familia, una hermanastra nacida cuando Alfrida ya era casi adulta.

Me dijo su apellido, que por supuesto no era el mismo que el de Alfrida; debía de ser casada. Yo no recordaba que Alfrida hubiera mencionado a nadie de su segunda familia por el nombre.

Le pregunté cómo estaba Alfrida y me contó que tenía tan mal la vista que formalmente era ciega. Además, un grave problema de riñones la obligaba a hacerse diálisis dos veces por semana.

—Aparte de eso... —dijo, y se rió.

Pensé que en efecto era una hermana, porque algo de Alfrida había en esa risa irredenta y agitada.

—De modo que viajar no le sienta muy bien —añadió—. De no ser así, la habría traído. Aún recibe el periódico de aquí y a veces yo se lo leo. Así me enteré de lo de tu padre.

Impulsivamente, me pregunté en voz alta si no debía ir a verla al geriátrico. Las emociones del funeral —los cálidos sentimientos de alivio y reconciliación desatados por la muerte de mi padre a una edad razonable— propiciaban la idea. Hubiera sido difícil llevarla a cabo.

—Mi marido, mi segundo marido, y yo sólo nos quedaremos dos días más, antes de volar a Europa para tomarnos unas vacaciones ya retrasadas.

—No sé si sacarás mucho en limpio —dijo la mujer—. Tiene sus días buenos. Y también sus días malos. Nunca se sabe. A veces pienso que me está tomando el pelo. Es que se pasa todo el día allí sentada y, le digas lo que le digas, siempre repite lo mismo. *Sensible como un violín y dispuesta a amar*. Eso repite el día entero. *Sensible-como-un-violín-y-dispuesta-a-amar*. Te vuelve loca. Pero otros días habla con absoluta normalidad.

De nuevo la voz y la risa —esta vez medio sumergida— me recordaron a Alfrida y dije:

—¿Sabes?, creo que yo te conocía. Me acuerdo de que una vez vino a vernos el padre de Alfrida con su mujer. O quizá sólo era él con algunos de los niños.

—Ah, pero te confundes —aclaró la mujer—. ¿Has creído que era hermana de Alfrida? ¡Cielos, parece que aparento mi edad!

Dije que no la veía bien, y era cierto. El sol de octubre ya había bajado y me daba en los ojos. Como la mujer estaba a contraluz, me costaba discernir las facciones y la expresión.

Se encogió de hombros, nerviosa, solemne. Dijo:

—Alfrida es mi mamá.

Mamá. Madre.

Luego me contó, sin extenderse mucho, una historia que debía de contar a menudo porque trataba de un acontecimiento decisivo en su vida y una aventura en que se había embarcado sola. Había sido adoptada por una familia del este de Ontario; no había conocido otra familia que aquélla («y los quería muchísimo») y se había casado y tenido hijos, y los hijos ya eran mayores cuando ella había sentido la urgencia de descubrir quién era su madre. Aunque no había sido fácil, dado cómo se suelen guardar los registros y el secreto («nadie supo que me había tenido»), hacía unos años había dado con la pista de Alfrida.

—Y justo a tiempo —precisó—. Quiero decir, era el momento de que apareciera alguien para cuidarla. Dentro de mis posibilidades.

—No lo sabía —dije yo.

—No. Supongo que por entonces pocos se enteraron. Cuando te lanzas a una cosa así, te advierten que aparecer puede causar una conmoción. Para la gente mayor aún es más violento. Y sin embargo..., me parece que a ella no le molestó. Quizá le habría molestado hace años.

Había en ella cierto aire de triunfo que no era difícil de entender. Si una tiene algo por decir que hará tambalearse a otro, y lo dice, y ocurre lo que esperaba, ha de experimentar un balsámico momento de poder. En ese caso era tan completo que sintió la necesidad de disculparse.

—Perdona que haya hablado de mí antes de decirte cuánto me apena lo de tu padre.

Se lo agradecí.

—¿Sabes?, Alfrida me contó que un día tu padre y ella volvían a casa desde el colegio... Estaban ya en el instituto. No podían hacer todo el camino juntos porque en aquel entonces, ¿sabes?, un chico y una chica... Pues les harían bromas horribles. Por eso si él salía antes la esperaba donde solían dejar la calle principal, fuera del pueblo, y si la que salía antes era ella, hacía lo mismo, esperarlo. Y un día iban juntos cuando empezaron a sonar las campanas, ¿y sabes qué era? Que había acabado la Primera Guerra Mundial.

Le dije que yo también había oído esa historia.

—Pero pensaba que todavía eran niños.

—¿Entonces cómo iban a estar volviendo del instituto?

Explicué que en la versión que conocía habían estado jugando en el campo.

—Llevaban el perro de mi padre. Se llamaba *Mack*.

—Tal vez estaba también el perro. Tal vez el perro iba a buscarlos. No me pareció que se le mezclaran los recuerdos. En todo lo de tu padre tiene muy buena memoria.

Yo era consciente de dos cosas. Primero, que mi padre había nacido en 1902; segundo, que Alfrida tenía casi la misma edad. Mucho más probable, pues, era que hubiesen estado volviendo del instituto que jugando en el campo, y me extrañaba no haber reparado nunca en eso. Tal vez habían querido decir que volvían a casa a través del campo. Tal vez nunca habían dicho que estuvieran jugando.

Aparte de esto, la docilidad, la afabilidad, el aire inofensivo que un rato antes yo había percibido en la mujer, se habían disipado.

—Las cosas cambian —dije.

—Exacto. La gente cambia las cosas. ¿Quieres saber qué dijo Alfrida de ti?

Bueno. Ya me lo veía venir.

—¿Qué?

—Dijo que eras lista pero ni con mucho tan lista como te creías.

Me forcé a seguir mirando el oscuro rostro que veía a contraluz.

Lista, demasiado lista, no lo bastante lista.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Dijo que eras una especie de pescado frío. Son palabras de ella, no mías. Yo contra ti no tengo nada.

Aquel domingo, después de comer en casa de Alfrida, me dispuse a volver a mi pensión caminando. Calculé que entre la ida y la vuelta habría hecho unos quince kilómetros a pie, lo cual debía neutralizar los efectos de lo que había comido. Me sentía atiborrada, no sólo de comida sino de todo lo que había visto y oído en el apartamento. De los muebles excesivos y anticuados. De los silencios de Bill. Del amor de Alfrida, terco como el lodo, inapropiado y sin esperanzas — hasta donde yo veía— en la mera base de la edad.

Al cabo de haber andado un rato ya no sentía el estómago tan pesado. Juré no comer nada durante veinticuatro horas. Anduve hacia el norte y el oeste, hacia el norte y el oeste, por la ordenada cuadrícula de la pequeña ciudad. Los domingos por la tarde casi no había tráfico salvo en las vías principales. A veces mi ruta coincidía unas manzanas con la de alguna línea. Veía pasar un autobús con dos o tres pasajeros. Personas que no conocía y que no me conocían a mí. Qué bendición.

Había mentido; no iba a encontrarme con amigos. Dondequiera que viviesen, la mayoría de mis amigos se habían ido a sus casas. Mi novio no volvería hasta el día siguiente; había ido a encontrarse con sus padres en Cobourg, en el camino a la casa familiar de Ottawa. Cuando llegara a la pensión no habría nadie, nadie con quien tuviera que molestarme en hablar, nadie a quien escuchar.

Llevaba una hora andando cuando vi un *drugstore* abierto. Entré y pedí una taza de café. Era café recalentado y sabía a medicina, exactamente lo que yo necesitaba. Ya me iba sintiendo más aliviada y entonces empecé a sentirme feliz. Qué felicidad estar sola. Ver en la acera la luz candente del final de la tarde, las hojas incipientes en las ramas de un árbol, sus sombras escasas. Oír al fondo el relato del partido que el camarero escuchaba por la radio. No pensaba en el cuento que escribiría sobre Alfrida —no en ése en particular—, sino en el trabajo que quería hacer, más parecido en mi visión a arrebatarle algo al aire que a construir historias. Los gritos de la multitud me llegaban como grandes latidos llenos de pena. Hermosas olas de sonido ceremonioso con su aprobación y su lamento distantes, casi inhumanos.

Eso quería yo. A eso me pareció que debía atender. Así quería que fuese mi vida.

## Consuelo

Hacia el final de la tarde, Nina había jugado al tenis en las pistas del instituto. Después de que Lewis dejara el empleo en el colegio, por un tiempo ella había boicoteado las pistas; pero de aquello hacía casi un año y su amiga Margaret —otra profesora retirada, cuya partida, al contrario que la de Lewis, había sido rutinaria y ceremoniosa— la había persuadido para volver a jugar.

—Te conviene salir un poco, mientras puedas.

Margaret ya se había ido cuando empezaron los problemas de Lewis. Había escrito una carta de apoyo desde Escocia. Pero era una persona de simpatías tan amplias, de criterio tan abierto y amistades de tal alcance, que acaso la carta no había tenido mucho peso. Una muestra más de la benevolencia de Margaret.

—¿Cómo va Lewis? —preguntó esa tarde, cuando Nina la llevaba a su casa.

—Lo lleva bien —dijo Nina.

El sol ya casi tocaba el borde del lago. Las hojas que aún había en algunos árboles lanzaban destellos dorados, pero algo había arrebatado el calor estival de la tarde. Frente a la casa de Margaret, los arbustos envueltos en arpillera parecían momias.

Ese momento del día le recordaba a Nina los paseos que solía dar con Lewis después del colegio, antes de cenar. Paseos por caminos de las afueras y viejos terraplenes de ferrocarril, necesariamente breves porque los días se acortaban. Pero plagados de esa observación específica, expresada o tácita, que ella había aprendido y absorbido de Lewis. Chinchas, larvas, caracoles, musgos, cañas del barranco y matas de pasto, bayas, arándanos: una mezcla profunda agitada cada día de una forma un poco diferente. Y cada día, un paso más hacia el invierno, una frugalidad creciente, un decaimiento.

La casa en donde vivían Nina y Lewis había sido construida en la década de 1840, cerca de la acera según el estilo de la época. Desde el comedor o la sala se oían no sólo los pasos en la calle sino también las conversaciones. Nina esperaba que Lewis hubiera oído la portezuela del coche.

Entró silbando lo mejor que podía. *Ya se asoma la silueta del conquistador.*

—He ganado. He ganado. Eh, ¿hay alguien?

Pero mientras ella jugaba al tenis, Lewis había muerto. De hecho se había matado. En la mesilla de noche había cuatro pequeñas tabletas de plástico con el dorso metalizado. Cada una había contenido dos poderosos calmantes. Al lado, en dos tabletas más, las gruesas cápsulas blancas seguían bajo las invioladas cubiertas de plástico. Cuando más tarde Nina las recogiera,

descubriría que en el plástico metalizado de una de ellas había una marca, como si Lewis hubiera empezado a clavar la uña antes de decidir que ya era suficiente, o en el mismo instante hubiera perdido la conciencia.

El vaso estaba casi vacío. No había agua derramada.

Habían hablado de aquello. El plan había sido acordado, pero siempre como algo que podía ocurrir —que ocurriría— en el futuro. Nina había dado por supuesto que ella estaría presente y que habría una ceremonia de reconocimiento. Música. Los cojines ordenados y una silla cerca para que ella pudiera sostenerle la mano. Dos cosas no se le habían pasado por la cabeza: la extrema aversión de él hacia cualquier ceremonia y la carga que significaría para ella haber participado. Las preguntas, el circular de opiniones, el riesgo.

Tal como él lo había hecho no quedaba mucho que valiera la pena ocultar.

Buscó una nota. ¿Qué esperaba que dijera? Ella no necesitaba instrucciones. Sin duda no necesitaba una explicación, mucho menos una disculpa. Una nota no podía decirle nada que no supiera ya. Incluso para la pregunta *¿Por qué tan pronto?* podía concebir una respuesta por su cuenta. Habían hablado —o había hablado él— del umbral de impotencia intolerable, o de dolor, o de repugnancia de sí mismo, y de lo importante que era reconocerlo, no pasarlo por alto. Mejor pronto que tarde.

Aun así parecía imposible que no hubiera tenido algo que decirle. Buscó primero en el suelo, pensando que acaso hubiera barrido el papel con la manga del pijama al dejar el vaso por última vez. O quizás habría tenido especial cuidado de que no pasara eso; buscó entonces debajo de la lámpara. Luego en el cajón de la mesilla. Luego bajo las pantuflas, y dentro. Tomó el libro que él había estado leyendo, un libro de paleontología sobre lo que creía se llamaba irrupción cámbrica de formas de vida multicelulares, y lo sacudió tomándolo por las cubiertas.

Nada.

Se puso a hurgar en la ropa de cama. Desgarró el edredón, luego la sábana de arriba. Allí estaba él tendido, con el pijama azul de seda que le había comprado hacía un par de semanas. Como se había quejado del frío —él, que nunca había tenido frío en la cama—, ella había ido a la tienda y le había comprado el pijama más caro. Se lo había comprado porque la seda era ligera y caliente, y porque todos los otros pijamas que había visto —con sus rayas o sus mensajes ocurrentes o tontos— la hacían pensar en ancianos, en maridos de cómic, en vencidos arrastradores de pantuflas. Aquél era casi del mismo color que las sábanas, de modo que poco de él se le revelaba ahora. Pies, tobillos, espinillas. Manos, muñecas, cuello, cabeza. Yacía de lado, dándole la espalda. Concentrada aún en la nota, tiró bruscamente de la almohada que sostenía la cabeza.

No. No.

Al caer de la almohada al colchón, la cabeza hizo un ruido extraño, más fuerte que el que ella hubiera esperado. Y fue eso, tanto como la extensión vacía de la sábana, lo que pareció decirle que la búsqueda era vana.

Como seguramente las píldoras lo habían dormido, y habían hecho su trabajo con sigilo, no había mirada vacía ni rictus. Tenía la boca entreabierta pero seca. Los dos últimos meses lo habían cambiado mucho: sólo ahora ella veía realmente cuánto. Mientras tenía los ojos abiertos, y aun cuando dormía, cierto esfuerzo íntimo había mantenido la ilusión de que el daño era pasajero; que el rostro de ese hombre de sesenta y dos años, vigoroso, potencialmente agresivo, seguía allí,

bajo los pliegues de piel azulada y la pétrea vigilancia de la enfermedad. Nunca había sido la estructura ósea la que daba a ese rostro su carácter fiero y vivaz; todo se concentraba en los profundos ojos brillantes, la boca movediza y la facilidad de expresión, ese cambiante despliegue de surcos que efectuaba su repertorio de burla, descreimiento, paciencia irónica, disgusto sufrido. Un repertorio de aula, pero no limitado a las clases.

Nunca más. Nunca más. Ahora, a menos de dos horas de la muerte (porque, para no correr el riesgo de no acabar antes de que ella regresara, debía de haberse puesto a la tarea no bien la había visto salir), era evidente que el desgaste y el derrumbe habían ganado y el rostro estaba profundamente consumido. Era un rostro sellado, remoto, envejecido e infantil; quizás el rostro de un niño nacido muerto.

La enfermedad tenía tres maneras de declararse. Una afectaba las manos y los brazos. Los dedos, progresivamente insensibles y estúpidos, perdían la habilidad y luego el poder de sujetar. Otra debilitaba primero las piernas y pronto hacía que los pies tropezaran y se negaran a subir peldaños y hasta a alzarse sobre el borde de una alfombra. El tercer tipo de ataque, y probablemente el peor, se producía en la garganta y la lengua. La deglución se volvía inestable, terrible, un drama de ahogo, y el habla se convertía en un flujo bobo de sílabas inoportunas. Los afectados eran los músculos voluntarios, siempre, lo que al principio parecía un mal menor. Ningún fallo del corazón o el cerebro, ninguna señal desviada, ningún reordenamiento taimado de la personalidad. La vista, el oído, el gusto y el tacto, y mejor aún la inteligencia, eran tan despiertos y fuertes como siempre. El cerebro ocupado en supervisar la paralización de las actividades periféricas, contabilizando faltas e interrupciones. ¿No era preferible?

Por supuesto, había dicho Lewis. Pero sólo por la posibilidad que da de actuar.

Para él, los problemas habían empezado por los músculos de las piernas. Se había inscrito en una clase de *fitness* para mayores (aunque la idea le repugnaba) para ver si abusando de aquéllos les devolvía la fuerza. Durante quince días tuvo la impresión de que resultaba. Pero entonces vino el plomo en los pies, el fastidio de arrastrarlos y tropezar, y poco después el diagnóstico. En cuanto supieron qué estaba ocurriendo, hablaron de lo que se haría cuando llegara el momento. A comienzos del verano, él ya caminaba con dos bastones. Al final no caminaba. Las manos, sin embargo, aún podían pasar las páginas de un libro o manejar con dificultad el tenedor, la cuchara y la pluma. A Nina no le parecía que tuviera afectada el habla, pero a las visitas les costaba entenderlo. De todos modos, él había decidido no recibir a nadie. Le habían cambiado la dieta para facilitarle la ingestión y a veces pasaba días enteros sin ninguna dificultad.

Nina había hecho averiguaciones sobre sillas de ruedas. El no se había opuesto. Habían dejado de hablar de lo que llamaban el Gran Paro. Ella se preguntaba incluso si no estarían —o estaría él— entrando en una fase sobre la cual había leído algo, un cambio que experimentaban ciertos pacientes en medio de una enfermedad fatal. Aparecía una dosis de optimismo, pugnando por ponerse al frente, no porque existieran garantías sino porque la experiencia había pasado de la abstracción a la realidad y las formas de lucha se habían vuelto permanentes, no una molestia.

Esto no es el fin. Vive el presente. *Carpe diem*.

No parecía una línea argumental adecuada al carácter de Lewis. Nina no lo habría creído capaz ni del autoengaño más útil. Pero tampoco lo habría imaginado nunca en estado de derrumbe físico. Y ahora que había sobrevenido ese hecho imposible, ¿por qué no podían seguir más? ¿No podían obrarse en él los cambios que se obraban en otras personas? ¿Las esperanzas secretas, el

caso omiso, los pactos astutos?

No.

Tomó el listín telefónico y buscó «Enterradores», palabra que desde luego no aparecía. «Funerarias». Sintió una exasperación como las que solía compartir con él. Enterradores. Dios mío, ¿qué tiene de malo ser enterrador? Se volvió hacia él y vio cómo acababa de dejarlo, indefenso y destapado. Antes de telefonar lo cubrió de nuevo con la sábana y el edredón.

Una voz de hombre joven le preguntó si estaba allí el médico, si había estado presente.

—No necesitaba médico. Lo encontré muerto al llegar.

—¿Cuándo fue, entonces?

—No lo sé... Hace veinte minutos.

—¿Estaba muerto? Bien..., ¿cómo se llama su médico? Yo llamaré para decirle que vaya.

Que Nina recordara, en sus realistas conversaciones sobre el suicidio, ella y Lewis nunca habían discutido si mantener el hecho en secreto o darlo a conocer. En un sentido, estaba segura, Lewis habría querido que se supiera. Habría querido transmitir que ésa era una forma honrada y sensata de lidiar con la situación en que se encontraba él. Pero desde otro punto de vista habría preferido que no se revelara. Lo habría irritado cualquier suposición de que el hecho se debía a la pérdida del trabajo, al fracaso de su lucha en el colegio. La mera idea de que alguien atribuyera el derrumbe a esa derrota lo habría enfurecido.

Nina retiró los paquetes de la mesilla de noche, tanto los vacíos como los llenos, y los arrojó por el retrete.

Los de la funeraria eran fornidos muchachotes del lugar, antiguos estudiantes, un poco más nerviosos de lo que querían mostrarse. Al médico, también joven, Nina no lo conocía; el que había atendido a Lewis estaba de vacaciones en Grecia.

—Una bendición, entonces —dijo el médico al enterarse de los hechos. A ella le sorprendió un poco que lo admitiera tan francamente; de haberlo podido oír, Lewis habría detectado un perturbador tufillo a religión. Lo que el médico añadió luego le sorprendió menos—: ¿Le gustaría hablar con alguien? Ahora contamos con personas que, ya sabe, pueden ayudarla a sobrellevarlo.

—No, no. Gracias, me encuentro bien.

—¿Hace mucho que vive aquí? ¿Tiene amigos a los que pueda llamar?

—Sí, claro. Sí.

—¿Llamará a alguno de ellos?

—Sí —dijo Nina. Estaba mintiendo.

Tan pronto como el médico, los porteadores y Lewis dejaron la casa —Lewis transportado como un mueble, envuelto para protegerlo de los golpes—, Nina tuvo que reanudar la búsqueda. Comprendió que había sido una tontería restringirla a los alrededores de la cama. Se encontró revisando los bolsillos de su bata, que colgaba detrás de la puerta del dormitorio. Un lugar excelente, porque ella se ponía esa prenda todas las mañanas, antes de deslizarse a preparar el café, y siempre exploraba los bolsillos en busca de un *kleenex*, un pintalabios. Salvo que para poner la carta allí él habría tenido que levantarse y cruzar la habitación, cuando hacía semanas que no podía dar un paso sin ayuda.

Pero ¿por qué tenía que haber escrito y escondido la nota el día anterior? ¿No era más lógico

que la hubiera dejado en su sitio unas semanas antes, sobre todo cuando ignoraba a qué ritmo perdería la capacidad de escribir? Si ése era el caso, la nota podía estar en cualquier parte. En los cajones del escritorio de ella —donde se puso a hurgar enseguida— o bajo la botella de champán que ella le había comprado para beber en su cumpleaños y esperaba en el tocador, recordándole a él que faltaban dos semanas, o entre las páginas de cualquiera de los libros que ella hojeaba esos días. No hacía mucho, de hecho, Lewis le había preguntado qué estaba leyendo. Es decir, aparte del libro que le leía a él: *Federico el Grande*, de Nancy Mitford. Nina había elegido algo de historia ligera —él ya no soportaba la literatura—, dejando que con los libros de ciencia se las arreglara solo. «Unos cuentos japoneses», le había respondido, enseñándole el libro. Ahora apartaba libros para encontrar aquél, ponerlo cabeza abajo y sacudir las páginas. A todos los había sometido al mismo tratamiento. Había tirado al suelo los cojines de la silla donde solía sentarse, a ver si había algo debajo. Al fin, la dispersión había alcanzado a todos los cojines del sofá. Y Nina había derramado los granos de café por si (¿de forma enigmática?) él hubiera escondido el adiós en el tarro.

No quería que nadie le hiciese compañía, que nadie observara la búsqueda, que sin embargo llevaba a cabo con las luces encendidas y las cortinas descorridas. Nadie que le recordara que debía dominarse. Había oscurecido ya hacía rato cuando se dio cuenta de que tenía que comer algo. Podía llamar a Margaret. Pero no hizo nada. Se levantó a correr las cortinas pero, en vez de eso, apagó las luces.

Nina medía algo más de un metro ochenta. Ya en su adolescencia, profesores de gimnasia, consejeros estudiantiles y preocupados amigos de su madre la habían urgido a que no encorvara la espalda. Ella hacía lo posible pero incluso ahora, mirando fotos suyas, la desalentaba lo maleable que se había vuelto: los hombros encogidos, la cabeza ladeada, su actitud general de ayudante solícita. De joven se había acostumbrado a que le arreglaran citas, a que las amigas le presentaran hombres altos. Daba la impresión de que no contaba nada más: si el candidato medía más de uno ochenta había que emparejarlo con Nina. A menudo a él la situación le hacía comportarse de manera huraña —al fin y al cabo, un hombre alto podía elegir— y Nina, sin dejar de encorvarse ni de sonreír, se hundía en la vergüenza.

Sus padres al menos actuaban como si su vida fuera asunto de ella. Los dos eran médicos; vivían en una pequeña ciudad de Michigan. Después de acabar la universidad, Nina se había ido a vivir con ellos. Enseñaba latín en el instituto local de bachillerato. Durante las vacaciones viajó a Europa con las amigas de la universidad que aún no se habían casado, o vuelto a casar, y probablemente no se casarían nunca. Durante una excursión por los Cairngorms habían conocido a un grupo de australianos y neozelandeses, hippies temporales cuyo líder parecía ser Lewis. Como él era unos años mayor que los demás, y menos un hippy que un trotamundos curtido, claramente se encargaba de zanjar disputas y solventar dificultades. No era especialmente alto; medía entre seis y diez centímetros menos que Nina. Sin embargo, él la quería; por eso la había persuadido para cambiar de trayecto y seguir juntos, mientras él dejaba al grupo a su suerte.

El caso era que estaba harto de vagar, y que también tenía un diploma perfectamente válido en biología y un certificado neozelandés de enseñanza. Nina le habló de la ciudad de la costa este del lago Hurón, en Canadá, en donde de chica había visitado a unos parientes. Describió los altos



árboles que bordeaban las calles, las casas viejas y sencillas, las puestas de sol en el lago: un lugar excelente para vivir la vida juntos y un lugar donde, gracias a convenios de la Commonwealth, a Lewis le sería más fácil encontrar trabajo. Y consiguieron trabajo, los dos, en el instituto, aunque con la eliminación del latín Nina decidió abandonar la enseñanza. Habría podido hacer cursos de posgrado, prepararse para enseñar otra cosa, pero secretamente la alegraba no trabajar más en el mismo lugar y más o menos en lo mismo que Lewis. La fuerza de la personalidad de él, su inquietante forma de enseñar le valían tantos adversarios como amigos, y para ella era un descanso no estar en medio de las riñas.

Habían postergado tener un niño. Y Nina sospechaba que ambos eran un poco frívolos: les disgustaba por igual la idea de embutirse en las identidades levemente cómicas y devaluadas de Mamá y Papá. Y a ambos —pero sobre todo a Lewis— el hecho de no ser como los adultos de casa les valía la admiración de los alumnos. Parecían mental y físicamente más vigorosos, más complejos, vitales y capaces de obtener algo bueno de la vida.

Nina entró en un coro. Muchos de los conciertos se daban en iglesias y fue entonces cuando descubrió la aversión profunda que Lewis tenía por esos lugares. Ella aducía que rara vez había otros espacios disponibles y que no por eso la música debía ser religiosa (algo difícil de sostener cuando la música era *El Mesías*). Lo tildaba de anticuado e insistía en que a esas alturas la religión apenas podía hacer daño. Un día, eso provocó una pelea tremenda. Tuvieron que precipitarse a cerrar las ventanas para que en la cálida noche de verano no se oyeran los gritos en la acera.

Semejante pelea era sorprendente, revelaba no sólo cuán pendiente estaba él de detectar enemigos, sino cuán incapaz era ella de terminar una discusión que degeneraba en cólera. Los dos se habían aferrado acerbamente a los principios; ninguno había dado un paso atrás.

¿No puedes tolerar que alguien sea diferente? ¿Por qué darle tanta importancia?

Si no importa esto, no hay nada que importe.

El aire rezumaba odio. Todo por una cuestión que no se resolvería nunca. Se fueron a la cama sin hablarse, sin hablarse se separaron al día siguiente y a lo largo del día les entró miedo —a ella de que él no volviera, a él de no encontrarla al volver—. Pero no les falló la suerte. Al atardecer llegaron juntos, pálidos de contrición, temblando de amor, como gente que hubiera escapado de un terremoto por muy poco y hubiera estado vagando con desolación.

Aquella no fue la última vez. Nina, educada para ser apacible, se preguntaba si esa vida era normal. Con él no podía discutirlo; las reconciliaciones eran demasiado agradecidas, demasiado tiernas y tontas. Él la llamaba Nina *la Hiena* y ella lo llamaba Lewis Vinagris.

Hacía unos años que al borde de la carretera había aparecido un nuevo tipo de carteles. Desde hacía mucho tiempo había carteles que exhortaban a convertirse, o esos otros con grandes corazones rosas y electrocardiogramas planos destinados a desalentar el aborto. Lo que se exhibía ahora eran textos del Génesis.

*En el principio creó Dios los cielos y la tierra.*

*Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.*

*Y creó Dios el hombre a su imagen. Varón y hembra los creó.*

Pintados junto a las palabras solía haber un arco iris, una rosa o algún otro símbolo de delicia edénica.

—¿Y esto qué significa? —preguntó un día Nina—. De todos modos es un cambio. De *Dios ama al mundo*...

—Creacionismo —dijo Lewis.

—Ya me lo figuraba. Pero, bueno, ¿por qué está lleno de carteles?

Lewis dijo que había un movimiento determinado a fomentar de nuevo la interpretación literal de la Biblia.

—Adán y Eva. La misma basura de siempre.

No parecía que el asunto lo alterase mucho, ni lo ofendiera más que el pesebre que cada Navidad montaban, no frente a la iglesia, sino en el jardín delantero del ayuntamiento. Una cosa era en terreno de la iglesia y otra en terreno público. Como su educación cuáquera no había hecho gran hincapié en Adán y Eva, cuando Nina llegó a casa sacó la Biblia del rey Jacobo y leyó toda la historia. Le encantó el majestuoso despliegue de los seis primeros días, la división de las aguas, el establecimiento del sol y la luna y la aparición de las criaturas de la tierra, las aves del cielo y demás.

—Qué bonito —exclamó—. Esto es gran poesía. La gente debería leerlo.

Él dijo que no era mejor ni peor que cualquiera de los mitos de la Creación que habían brotado en todos los rincones de la tierra y que estaba cansado y harto de oír lo hermoso, lo poético que era.

—Es una cortina de humo —espetó—. Les importa un pimiento la poesía.

Nina se rió.

—Rincones de la tierra —dijo—. Vaya forma de hablar para un científico. Apuesto a que viene de la Biblia.

De vez en cuando se arriesgaba a pincharlo un poco sobre aquel tema. Pero tenía cuidado de no propasarse. Debía evitar el punto en que él podía percibir la amenaza mortal, el insulto deshonroso.

De cuando en cuando, Nina encontraba algún folleto en el buzón. No lo leía entero, y por un tiempo pensó que debían de enviárselos a todo el mundo, como las ofertas de vacaciones en el trópico y otras ramplonerías. Luego descubrió que Lewis recibía los mismos folletos —«propaganda creacionista» la llamaba él— en el colegio; se la dejaban en el buzón personal o en la mesa del despacho.

—A mi escritorio tienen acceso los muchachos, pero ¿quién diablos me está llenando el buzón? —le había preguntado al director.

El director había dicho que no tenía ni idea y que a él también se los enviaban. Lewis nombró un par de profesores de la plantilla, criptocristianos como decía él, y el director contestó que no valía la pena meterse en un berenjenal, que al fin y al cabo uno podía tirar los papeles.

Surgieron preguntas en clase. Claro que eso había ocurrido siempre. Es inevitable, decía Lewis. Alguna santita enfermiza o un despabilado de cualquier género intentando poner una piedra en la marcha de la evolución. Lewis tenía un método de probada eficacia para enfrentarlos. Les

decía a los agitadores que para darles la interpretación religiosa de la historia mundial estaba el colegio cristiano del pueblo vecino, en donde serían muy bien recibidos. Cuando las preguntas empezaron a arreciar, respondió que había autobuses directos y que, si les daba la gana, podían coger sus libros y marcharse allí cuando quisiesen.

—Y que os sople viento de... —dijo.

Más adelante se discutiría si había dicho realmente la palabra «culo» o la había dejado flotando en el aire. Pero aun sin decirlo había sido insultante, porque la frase podía completarla cualquiera.

Por entonces, los alumnos cambiaron de táctica.

—No necesariamente le pedimos el enfoque religioso, señor. Nos preguntamos por qué no dedicarle el mismo tiempo.

—Porque estoy aquí para enseñaros ciencia, no religión.

Eso dijo él que había dicho. Algunos aseguraron que había dicho: «Porque no estoy aquí para enseñaros mierdas».

Y en efecto, en efecto, dijo Lewis, después de la cuarta o quinta interrupción, de que le formularan la pregunta con ligerísimas variaciones (¿Cree que nos hará daño oír la otra versión del cuento? ¿Enseñar ateísmo no es otra forma de enseñar religión?), era posible que la palabra se le hubiera escapado de la boca, y ante aquella provocación no pensaba disculparse.

—En esta clase mando yo y yo decido qué se enseña.

—Pensé que era Dios quien mandaba, señor.

Expulsó a algunos alumnos del aula. Se presentaron padres a hablar con el director. Quizás habían ido a hablar con Lewis, pero el director se ocupó de que no sucediera. Lewis se enteró de las entrevistas más tarde, por comentarios más o menos jocosos que hubo en la sala de profesores.

—No tienes por qué preocuparte —dijo el director. Se llamaba Paul Gibbings y era unos años menor que Lewis—. Lo que necesitan es sentir que les hacen caso. Que los alienten un poco.

—Yo los he alentado —matizó Lewis.

—Hombre. No es el tipo de aliento al que me refiero.

—Habría que poner un cartel. No se admiten perros ni padres.

—Algo haremos —dijo Paul Gibbings con un suspiro afable—. Pero supongo que tienen derecho.

Empezaron a aparecer cartas en el periódico local. Una cada dos semanas, con firmas como «Un padre preocupado», «Un contribuyente cristiano» o «¿Cuál será el siguiente paso?». Todas estaban bien escritas, con párrafos bien divididos y argumentación clara, como si provinieran de la misma mano delegada. El argumento central era que todos los padres pagaban impuestos pero no todos podían costear una educación cristiana privada. Por lo tanto merecían que sus hijos recibieran una educación pública no insultante para su fe, o no deliberadamente destructiva. Algunas, apelando al lenguaje científico, explicaban que se había malentendido el relato y que en realidad ciertos descubrimientos parecían sustentar la visión bíblica de la evolución. Luego venían citas de la Biblia que predecían las falsas enseñanzas del momento como prolegómeno al abandono de toda norma de vida decente.

Con el tiempo cambió el tono: se fue volviendo colérico. Agentes del Anticristo al gobierno de las aulas. La zarpa de Satán amenazando las almas juveniles. Los alumnos forzados a repetir en los exámenes la doctrina del infierno.

—¿Qué diferencia hay entre Satán y el Anticristo? si es que hay alguna —preguntó Nina—. Sobre estas cosas, los cuáqueros eran muy remisos.

Lewis contestó que prefería que ella no lo tomara a cachondeo.

—Perdón —dijo ella, seria—. ¿Quién crees que las escribe? ¿Un pastor?

El contestó que no; debía de estar mejor organizado. Un cerebro propagandístico, una oficina central proveedora de cartas que se enviaban desde direcciones locales. Dudaba de que la cosa hubiera empezado en su clase. Estaba planificado, con ataques a institutos escogidos, probablemente en áreas donde se esperaba suscitar identificación.

—O sea, ¿que no es una cuestión personal?

—Vaya consuelo.

—¿No lo es? Yo pensaba que sí.

Alguien escribió «Fuego eterno» en el coche de Lewis. No con espray; un simple trazo de dedo en el polvo.

Una minoría de alumnos decidió boicotearle la clase de último curso. Cargados de notas de sus padres, se sentaban fuera, en el suelo, y en cuanto Lewis empezaba a hablar, ellos cantaban:

*Todas las cosas brillantes y hermosas,  
las criaturas grandes y pequeñas,  
todo lo sabio y maravilloso,  
todo es la obra de nuestro Dios.*

El director invocó una prohibición de sentarse en el suelo del pasillo, pero no les ordenó que volvieran a la clase. Tuvieron que irse al trastero del gimnasio, donde no dejaron de cantar porque llevaban otros himnos preparados. Era un desconcierto: las voces se mezclaban con las ásperas indicaciones del profesor de gimnasia y el retumbar de pies en el parqué.

Un lunes por la mañana apareció una petición en el escritorio del director al tiempo que llegaba una copia a la redacción del periódico. Se habían reunido firmas, no sólo entre padres de los alumnos implicados, sino también en congregaciones religiosas de toda la ciudad. Aunque la mayoría eran fundamentalistas, también había unionistas, anglicanos y presbiterianos.

El texto no incluía ninguna alusión al infierno. Nada sobre Satán o el Anticristo. Se limitaba a solicitar que la versión bíblica de la Creación se considerase como una opinión respetable y el tiempo de enseñanza se repartiese equitativamente.

«Los abajo firmantes creemos que Dios no puede continuar más tiempo fuera del cuadro».

—Pamplinas —comentó Lewis—. No creen en el reparto equitativo. No creen en las alternativas. Son absolutistas. Fascistas.

Paul Gibbings había ido a casa de Lewis y Nina. No quería discutir el asunto donde las paredes oían. (Una de las secretarías era adepta de la Capilla de la Biblia). No tenía grandes esperanzas de convencer a Lewis pero con probar no perdía nada.

—Me tienen entre la espada y la pared, maldita sea —le confesó.

—Échame —dijo Lewis—. Consígute uno de esos cabrones creacionistas.

El hijo de puta está disfrutando, pensó Paul. Pero se dominó. Al parecer, dominarse era su actividad principal aquella temporada.

—No he venido a hablar de eso. Lo que quiero decirte es que muchos pensarán que esta gente tiene razón. Incluidos varios miembros de la junta.

—Pues dales una alegría. Échame. Que entren Adán y Eva.

Nina les llevó café. Paul se lo agradeció e intentó cruzar la mirada con ella para sonsacarle la posición. No hubo manera.

—Sí, seguro —dijo—. Eso no podría hacerlo ni aunque quisiera. Y desde luego no quiero. El sindicato me soltaría los perros. Habría follón en toda la provincia y a lo mejor hasta una huelga. Tenemos que pensar en los chavales.

Se suponía que aquello tocaría a Lewis. La obligación de pensar en los chavales. Pero como de costumbre estaba en su propia onda.

—Que entren Adán y Eva. Con o sin hoja de parra.

—Todo lo que te estoy pidiendo es un discurso breve; dices que ésta es otra interpretación y que algunos creen en una y otros en otra. Resumes el Génesis en quince o veinte minutos. Lo lees en voz alta. Sólo que con respeto. Tú sabes de qué va esto, ¿no? Personas que se sienten relegadas. A nadie le gusta que no lo consideren.

Aunque Lewis calló el rato suficiente para alentar esperanzas —en Paul y acaso en Nina, ¿quién podía decirlo?—, resultó que la larga pausa no era sino un dispositivo para hacer notoria la iniquidad de la sugerencia.

—¿Y bien? —preguntó Paul con cautela.

—Si quieres leo todo el Génesis en voz alta y luego anuncié que es una mezcla de engreimiento tribal y nociones teológicas tomadas sobre todo de culturas mejores...

—Mitos —dijo Nina—. Al fin y al cabo, un mito no es una falsedad. Sólo es...

A Paul no le pareció que mereciera prestarle atención. Lewis no se la prestaba.

Lewis escribió una carta al periódico. La primera parte, moderada y docta, describía la transformación de los continentes, la apertura y cierre de mares y los poco auspiciosos comienzos de la vida. Microbios antiguos, océanos sin peces y cielos sin aves. Florecimiento y destrucción, el reino de los anfibios, los reptiles, los dinosaurios; el cambio del clima, los primeros, pequeños mamíferos vacilantes. Ensayo y error, los primates tardíos y poco promisorios entrando en escena, los humanoides irguiéndose sobre las patas traseras y pergeñando el fuego, afilando piedras, marcando su territorio y al cabo, en un arrebatado reciente, construyendo barcas, pirámides y bombas, creando lenguas y dioses, sacrificándose y asesinandose unos a otros. Luchando por si el verdadero dios se llamaba Yahvé o Krishna (aquí el lenguaje empezaba a recalentarse) o si estaba bien o mal comer cerdo, hincándose de rodillas para aullar plegarias a un vejete domiciliado en el cielo y de lo más interesado en ganar guerras y partidos de fútbol. Por último, asombrosamente, deduciendo un puñado de cosas, empezando a saber algo sobre sí mismos y el universo que habitaban, hasta decidir que más les convenía echar a la basura ese arduo conocimiento, traer de nuevo al vejete, obligar a todo el mundo a arrodillarse, predicar otra vez las antiguas estupideces y, por qué no, ya que estaban, restablecer la llanura de la Tierra.

Atentamente, Lewis Spiers.

El redactor jefe del periódico, que no era de la ciudad, acababa de graduarse en la Escuela de Periodismo. Estaba contento con el clamor y siguió publicando respuestas («Nadie burla a Dios», firmada por todos los miembros de la congregación de la Capilla de la Biblia; «Argumentos vulgares», del tolerante pero apenado pastor de la Iglesia unificada, a quien dolían especialmente los términos *estupideces* y *vejete*), hasta que el dueño de la cadena le comunicó que ese tipo de reyerta anticuada y extemporánea ahuyentaba a los anunciantes. A bajar la persiana, dijo.

Lewis escribió otra carta, esta vez de dimisión. Paul Gibbings —también en el periódico— respondió que la aceptaba con dolor, puesto que los motivos eran de salud.

La verdad era ésa, aunque Lewis habría preferido no hacerla pública. Desde hacía varias semanas sentía una debilidad en las piernas. Justo cuando le importaba tanto estar de pie, paseándose delante de la clase, había advertido que temblaba y necesitaba sentarse. Aunque no había cedido nunca, a veces tenía que agarrarse al respaldo de la silla como en un gesto de énfasis. Y de vez en cuando dejaba de sentir los pies. De haber habido una alfombra habría tropezado en la menor arruga, y en el aula, donde por suerte no la había, un trozo de tiza o un lápiz en el suelo habrían acarreado un desastre.

Como lo consideraba psicossomático, el trastorno lo enfurecía. Nunca se había puesto nervioso delante de una clase, ni de ningún grupo humano. Cuando en la consulta del neurólogo le dieron el verdadero diagnóstico, lo primero que sintió —así se lo dijo a Nina— fue un alivio ridículo.

—Tenía miedo de ser un neurótico —confesó, y los dos se echaron a reír—. Tenía miedo de ser un neurótico y sólo tengo esclerosis amiotrófica lateral.

Riendo aún, se tambalearon por el silencioso pasillo enmoquetado y entraron en el ascensor. La gente los miraba asombrada; y es que en esos lugares la risa es sumamente inusual.

La Funeraria LakeShore era un extenso edificio nuevo de ladrillo dorado; tan nuevo que en el terreno que lo rodeaba todavía no había césped ni arbustos. De no ser por el cartel, se tomaría por una clínica médica o una dependencia oficial. El nombre LakeShore<sup>[1]</sup> no significaba que la funeraria diese al lago; era una astuta incorporación del apellido del propietario, Bruce Shore. Algunos lo juzgaban de mal gusto. En los tiempos en los que el negocio estaba establecido en una gran casa victoriana de la ciudad y pertenecía al padre de Bruce, había sido simplemente la Funeraria Shore. Y había sido un auténtico hogar de pompas fúnebres, con lugar de sobra para Ed y Kitty Shore y sus cinco hijos en los dos pisos superiores.

En el nuevo establecimiento no vivía nadie, pero había una habitación con cocina y ducha. Bruce la usaba cuando le parecía más cómodo quedarse a dormir allí que conducir veinticinco kilómetros hasta la casa de campo donde él y su mujer criaban caballos.

Eso había decidido la noche anterior a causa de un accidente ocurrido al norte de la ciudad. Un coche con adolescentes se había estrellado contra la pilastra de un puente. Esas cosas —un conductor con permiso flamante o sin permiso, todos borrachos como cubas— solían suceder en primavera por la época de la graduación, o bien en septiembre, durante las primeras semanas de clase. En este momento del año, uno esperaba más accidentes de recién llegados —como las enfermeras filipinas del año anterior— sorprendidos por una nieve temprana que desconocían.

Con todo, en una noche magnífica y con la carretera seca, habían sido dos muchachos de diecisiete años, ambos de la ciudad. Y poco antes había entrado Lewis Spiers. Bruce no daba

abasto; para que los chicos estuvieran presentables había tenido que trabajar hasta la madrugada. Había llamado a su padre. Como Ed y Kitty, que seguían pasando los veranos en su casa de la ciudad, aún no habían vuelto a Florida, Ed había ido a preparar a Lewis.

Bruce había ido a correr para refrescarse. Ni siquiera había desayunado, y todavía estaba en chándal, cuando vio a la señora Spiers aparcar el viejo Honda Accord. Fue aprisa hasta el vestíbulo para abrirle la puerta.

Era una mujer alta y flaca; tenía canas pero se movía con una rapidez juvenil. Aunque no parecía muy aturdida, Bruce notó que no llevaba abrigo.

—Lo siento, lo siento —dijo—. Vengo de hacer un poco de ejercicio. Shirley todavía no ha llegado. Lamentamos sinceramente su pérdida.

—Sí —dijo ella.

—Tuve a Lewis en ciencias en segundo y tercero, y era de esos profesores que no se olvidan. ¿Quiere sentarse? Sé que en cierto modo debía estar preparada, pero hay experiencias para las que uno no acaba de prepararse nunca. ¿Le parece que acabemos con los papeles o prefiere antes ver a su marido?

—El sólo quería que lo incineraran —reveló ella.

El asintió.

—Sí. La incineración será luego.

—No. Se supone que debían incinerarlo enseguida. Es lo que él pidió. Yo venía a recoger las cenizas.

—Vaya, no fue eso lo que nos ordenaron —dijo Bruce, firme—. Preparamos el cuerpo para velarlo. De hecho se le ve muy bien. Pienso que va a gustarle.

Ella se quedó mirándolo.

—¿De verdad no quiere sentarse? —preguntó él—. Habrá pensado usted en un velatorio, ¿no? Alguna clase de servicio. Ha de haber una barbaridad de gente deseosa de presentar sus respetos al señor Spiers. Mire, aquí ya hemos organizado servicios al margen de toda creencia religiosa. En vez de un sacerdote, otro cualquiera hace el panegírico. Y si le disgusta incluso esa formalidad, puede dejar que cada cual exprese lo que sienta en voz alta. Usted decide si el ataúd estará abierto o tapado. Aquí la mayoría de la gente prefiere dejarlo abierto. Para la cremación la variedad de ataúdes no es la misma, desde luego. Tenemos ataúdes muy bonitos a un precio mucho menor.

Ella no dejaba de mirarlo.

El caso era que habían hecho el trabajo sin que nadie se lo hubiera pedido. Y como cualquier otro trabajo, había que pagarlo. Por no hablar de los materiales.

—Hablo sólo de lo que podría usted querer, en mi opinión, cuando se haya dado un momento para pensarlo. Nosotros estamos para cumplir sus deseos.

Tal vez ahora se había pasado.

—Pero echamos para adelante porque no nos indicaron lo contrario.

Fuera se detuvo un coche, se cerró una puerta y en el vestíbulo entró Ed Shore. Bruce sintió un alivio inmenso. Todavía le quedaba mucho del negocio por aprender. Cómo tratar con los deudos.

Ed dijo:

—Hola, Nina. Vi tu coche y pensé que debía decirte cuánto lo siento.

Nina había pasado la noche en la sala de estar. Creía haber dormido, pero con sueño ligero y

conciencia constante de dónde estaba ella —en el sofá de la sala— y dónde estaba Lewis —en la funeraria.

Cuando en ese momento quiso hablar, descubrió que le castañeteaban los dientes. Fue una auténtica sorpresa.

—Quiero que lo incineren de inmediato —intentó decir y empezó a decir, convencida de que hablaría normalmente. Entonces se oyó o sintió el resuello y un tartamudeo incontrolable—. Quiero... Quiero... Él quería...

Ed Shore la tomó de la muñeca y con el otro brazo le rodeó los hombros. Bruce había levantado las manos pero no la tocó.

—Tendría que haberla hecho sentarse —admitió, quejumbroso.

—No es nada —dijo Ed—. ¿Quieres venir hasta mi coche, Nina? Respirarás un poco de aire fresco.

Con las ventanillas bajadas, Ed atravesó la ciudad vieja hasta un callejón sin salida con una explanada circular que daba al lago. Durante el día allí iba gente a mirar el panorama, a veces a almorzar, pero por la noche era un sitio para amantes. Tal vez la idea le pasara a Ed por la cabeza mientras aparcaba el coche, como le pasó por la cabeza a ella.

—¿Suficiente aire fresco? —preguntó—. A ver si pillas un constipado, así, sin abrigo.

Con mucho cuidado, ella dijo:

—Empieza a hacer más calor. Como ayer.

Nunca habían estado juntos en un coche aparcado, ni de noche ni de día. Nunca habían buscado un lugar como ése para estar los dos solos.

Escabrosa idea para ese momento.

—Perdóname —dijo Nina—. Me he descontrolado. Sólo quería decir que Lewis... Que nosotros... Él...

Y empezó otra vez. De nuevo el castañeteo, el temblor, las palabras quebradas. Horrible y penoso. Ni siquiera expresaba lo que sentía realmente. Lo que había sentido antes era rabia y frustración por la conversación con Bruce, o por estar escuchándolo. Ahora se sentía —creía sentirse— serena y razonable.

Y ahora, porque estaban solos, él no la tocó. Simplemente se puso a hablar. No te preocupes. Yo me haré cargo. Enseguida. Me ocuparé de que todo salga bien. Te comprendo. Incineración.

—Respira —dijo—. Respira. Aguanta. Suelta.

—Ya estoy bien.

—Claro que sí.

—No sé qué me pasa.

—Es el shock.

—Yo no soy así.

—Mira el horizonte. Verás cómo ayuda.

Él había sacado algo del bolsillo. ¿Un pañuelo? Pero ella no necesitaba un pañuelo. No estaba llorando. Temblaba, nada más.

Era un papel doblado varias veces.

—Te he guardado esto —dijo él—. Lo encontré en el bolsillo del pijama.

Le puso el papel en la cartera, con cuidado, sin emoción, como si fuera una receta. Entonces ella comprendió qué le estaba diciendo.



—Tú estabas cuando lo llevaron.

—Yo me ocupé de él. Me llamó Bruce. Con lo del accidente estaba un poco sobrepasado.

Ella ni preguntó qué accidente. No le importaba. Todo lo que quería era estar sola y leer la nota.

El bolsillo del pijama. El único lugar en donde no había mirado. No había tocado el cadáver.

Volvió a casa en su coche, después de que Ed la llevara hasta la funeraria. En cuanto lo perdió de vista paró junto al bordillo. Con una mano había sacado el papel mientras conducía. Leyó sin apagar el motor y luego siguió.

En la acera de su casa había otro mensaje.

*La voluntad de Dios.*

Una letra apresurada, de araña. Con tiza. Sería fácil de borrar.

Lo que le había escrito Lewis era un poema. Varios versos de ripio mordaz. Llevaba un título: «La batalla entre los Genesisistas y los Hijos de Darwin por el alma de la Generación Fofa».

*Un Templo del Saber se alzaba  
del lago Hurón junto al ribazo,  
adonde insulsos necios acudían  
a escuchar a cantidad de pelmazos.*

*Y el rey de los pelmazos era un buen tío  
que sonriendo de oreja a oreja  
repetía su estúpida idea superfija:  
¡Diles siempre lo que quieren escuchar!*

Un invierno, Margaret tuvo la idea de organizar una serie de veladas con gente que hablara — sin extenderse demasiado— sobre cualquier tema que conocieran y les gustara. En principio la había concebido para los profesores («Siempre son ellos los que dan la cháchara ante un público cautivado», decía. «A ellos les viene bien sentarse de vez en cuando a escuchar a otro.»), pero luego decidió que sería más interesante invitar también a no docentes. Sería en su casa y cada cual llevaría algo para cenar antes.

Fue así como una noche fría y despejada Nina se encontró a la puerta de la cocina de Margaret, en el oscuro pasillo atestado de abrigos, mochilas y palos de hockey de los hijos de su amiga, que por entonces aún vivían en la casa. En la sala —de donde ya no llegaba a Nina ningún sonido—, Kitty Shore desarrollaba su tema de la noche, los santos. Kitty y Ed Shore eran parte de la «gente de verdad» invitada al grupo; también había vecinos de Margaret. En otra velada, Ed había hablado sobre montañismo. Si bien él había practicado un poco, en las Rocosas, más que nada se había detenido en las arriesgadas y trágicas expediciones sobre las cuales le gustaba leer. («Me había temido que hablara sobre embalsamamiento», le había dicho Margaret a Nina aquella noche, mientras preparaban el café, y Nina, riendo, había respondido: «Es que no es su tema predilecto. No es cosa de aficionados. No creo que haya que embalsamar muchos aficionados»).

Ed y Kitty eran una pareja guapa. Confidencialmente, Margaret y Nina coincidían en que, de

no haber sido por su profesión, Ed habría vuelto loca a más de una. La extraordinaria, lustrosa palidez de sus hábiles manos capaces llevaba a preguntarse dónde habían estado. A la curvilínea Kitty se la solía calificar de preciosa; era una morena bajita, pechugona, de ojos cálidos y una voz llena de entusiasmo airoso. Entusiasmo por su matrimonio, por sus hijos, por la ciudad y sobre todo por la religión. En la Iglesia anglicana, a la cual pertenecía, los entusiastas como ella no abundaban y circulaba el rumor de que, con su rigor, su extravagancia y su proclividad a ceremonias arcanas como la Iniciación de Mujeres, Kitty era en sí un padecimiento. Nina y Margaret tampoco la aguantaban mucho y Lewis la consideraba un veneno. Pero la mayoría estaba fascinada con ella.

Aquella noche llevaba un vestido de punto rojo oscuro y los pendientes que uno de los hijos le había hecho para Navidad. Se había sentado en un rincón del sofá con las piernas dobladas debajo del cuerpo. Mientras se atuvo a la incidencia histórica y geográfica de los santos, todo marchó bien; bien, es decir, para Nina, cuya esperanza era que Lewis no creyera necesario pasar al ataque.

Kitty dijo que se veía obligada a dejar de lado los santos de Europa oriental y a concentrarse en los de las islas Británicas, en particular los de Cornualles, Gales e Irlanda, esos santos celtas de nombres maravillosos que eran sus favoritos. A medida que la oía adentrarse en las curas y los milagros, y sobre todo cuando la voz se volvió dichosa, confiada, y los pendientes se pusieron a tintinear, Nina empezó a sentir cierta aprensión. No se le escapaba que podía juzgarse frívolo, decía Kitty, dirigirse a un santo cuando a una se le estropeaba una comida, pero para eso creía ella realmente que existían los santos. No estaban tan encumbrados ni eran tan poderosos para no interesarse por todos esos sufrimientos y tribulaciones, los pequeños detalles de la vida por los cuales nos habríamos avergonzado de incordiar al Dios del Universo. Con la ayuda de los santos, una podía mantenerse en parte en un mundo infantil, con la esperanza en la ayuda y el consuelo que sólo tienen los niños. *Debéis ser como los niños*. ¿Y no eran los pequeños milagros, sí, los pequeños milagros, los que nos ayudaban a prepararnos para los grandes?

Bien. ¿Alguna pregunta?

Alguien preguntó por la condición de los santos en la Iglesia anglicana. En una iglesia protestante.

—Ya. En términos estrictos, yo no creo que la anglicana sea una iglesia protestante —dijo Kitty—. Pero me gustaría no entrar en la cuestión. Para mí, cuando en el credo decimos «Creo en la Santa Iglesia Católica» sólo nos estamos refiriendo a toda la iglesia universal cristiana. Y luego decimos «Creo en la comunión de los santos». Por supuesto que en nuestra iglesia no hay imágenes, aunque personalmente me parecería encantador que las hubiera.

Margaret preguntó: «¿Queréis café?», y se dio por supuesto que había concluido la parte formal de la velada. Pero Lewis acercó su silla a Kitty y en tono casi cordial dijo:

—Así, pues, ¿debemos entender que crees en los milagros?

Kitty se echó a reír:

—Sin duda. Si no creyera en milagros no podría existir.

En ese momento, Nina supo lo que iba a suceder. Lewis avanzando con calma y firmeza, Kitty respondiendo con convicción alegre y lo que debía de considerar una encantadora inconsistencia femenina. Sin duda tenía la fe puesta en eso, en su encanto. Pero Lewis no iba a dejarse encantar. Querría saber. ¿Qué forma han adquirido esos santos en el presente? En el Cielo, ¿ocupan el

mismo territorio que los meros muertos, los ancestros virtuosos? ¿Y cómo son elegidos? ¿No es gracias a los milagros auténticos, probados? ¿Y cómo pueden probarse los milagros de alguien que ha vivido hace quince siglos? Por cierto, ¿cómo probar los milagros? En el caso de los panes y los peces, contando. Pero ¿se trata de una cuenta real, o de pura percepción? ¿De fe? O sea, que a la fe se reduce todo. ¿Vive Kitty por la fe en asuntos cotidianos, en toda su vida?

Sí.

¿En ningún aspecto confía en la ciencia? Desde luego que no. Cuando sus hijos enferman no les da medicinas. No le pone gasolina al coche porque tiene fe...

Alrededor de ellos ha brotado una docena de conversaciones y sin embargo, por intensidad y peligro —la voz de Kitty salta ahora como un pájaro en un cable, dice «No seas tonto, ¿te crees que soy una chalada sin remedio?», mientras la provocación de Lewis se hace cada vez más desdeñosa, más letal—, en cada momento, en todos los rincones de la sala, la que mantienen ellos se hace oír por encima de las otras.

Nina tiene un sabor amargo en la boca. Va a la cocina a ayudar a Margaret. Se cruzan, Margaret llevando el café. Nina atraviesa la cocina y sale al pasillo. Por la ventanita de la puerta trasera atisba la noche sin luna, los bancos de nieve en la calle, las estrellas. Apoya la mejilla caliente en el cristal.

Cuando se abre la puerta de la cocina se endereza de golpe, se vuelve, sonrío y está a punto de decir: «He salido a mirar cómo estaba el tiempo». Pero al ver la cara de Ed Shore a contraluz, un momento antes de que él cierre la puerta, piensa que no tiene que decirlo. Se saludan con sendas risas breves, sociables, de leve excusa y descargo, que parecen transmitir muchas cosas y darlas por entendidas.

Han abandonado a Kitty y a Lewis. Sólo por un rato... Kitty y Lewis no lo notarán. Lewis tiene combustible de sobra y Kitty encontrará alguna salida —por Lewis no hay que lamentarse— al dilema de ser devorada. Kitty y Lewis no van a hartarse de sí mismos.

¿Es así como se sienten Ed y Nina? Hartos de esos dos, o al menos hartos de la disputa y la convicción. Cansados de esas personalidades porfiadas que no cejan nunca.

No lo dirían exactamente así. Sólo dirían que están cansados.

Ed Shore rodea a Nina con un brazo. La besa —no en la boca, no en la cara, sino en la garganta. En el lugar en donde podría batir un pulso agitado. La garganta.

Es un hombre que tiene que inclinarse para hacer eso. Para muchos hombres, besar a Nina allí podría ser lo más natural, estando ella de pie. Pero él es tan alto que tiene que inclinarse y el beso en ese lugar expuesto y tierno es deliberado.

—Aquí cogerás frío —dijo él.

—Lo sé. Voy a entrar.

Hasta hoy Nina nunca se ha acostado con otro hombre que Lewis. Ni siquiera ha estado cerca.

Acostarse. Follar. Durante mucho tiempo no fue capaz de decirlo. Ella decía hacer el amor. Lewis no decía nada. Como pareja era atlético e inventivo y, en el sentido físico, tenía una fuerte conciencia de ella. No era nada desconsiderado. Pero se defendía de todo lo que rozara el sentimentalismo, y desde su punto de vista lo rozaban muchas cosas. Ella se había vuelto muy sensible a esa aversión; casi la compartía.

No obstante, el recuerdo del beso de Ed Shore detrás de la puerta de la cocina se transformó en un tesoro. El momento regresaba a ella cada Navidad, cuando Ed cantaba los solos para tenor de *El Mesías* en la Sociedad Coral. «Da consuelo a mi pueblo» le perforaba la garganta con agujas fulgurantes. Como si todo lo que ella era fuese reconocido, honrado e iluminado.

Paul Gibbings no había esperado que Nina causase problemas. Siempre la había considerado una persona amable, dentro de su reserva. No cáustica como Lewis. Pero inteligente.

—No —dijo ella—. Él no lo habría querido.

—Nina. Vivía para la enseñanza. Se daba entero. Son muchísimos, no sé si entiendes cuántos, los que recuerdan haber escuchado sus clases hechizados. Es probable que no recuerden nada del colegio como recuerdan a Lewis. Tenía presencia, Nina. Eso se tiene o no se tiene. Lewis la tenía a raudales.

—No es eso lo que discuto.

—Bien, pues resulta que toda esa gente quiere despedirse. Todos necesitamos decirle adiós. Y también honrarlo. ¿Entiendes lo que digo? Después de todo esto. Cierre.

—Sí. Te oigo. *Cierre*.

Un tono ya más desagradable, pensó él. Pero no le hizo caso.

—Se puede hacer sin una pizca de religiosidad. Nada de rezos. Ni hablar. Sé tan bien como tú que le habría repugnado.

—Desde luego.

—Lo sé. Yo puedo ser una especie de maestro de ceremonias, si vale la expresión. Tengo bastante claro el tipo de gente más adecuada para pedirle que haga un pequeño encomio. Media docena, quizás, acabando con unas palabras mías. Creo que la palabra es «panegírico», pero yo prefiero «encomio».

—Lewis preferiría que no hubiese nada.

—Y tú puedes participar como decidas...

—Paul, escucha. Ahora escúchame.

—Claro. Te escucho.

—Si llevas esto adelante, yo participaré.

—Vaya. Qué bien.

—Al morir, Lewis dejó..., de hecho dejó un poema. Si llevas esto adelante lo voy a leer.

—¿Y bien?

—Quiero decir que lo leeré allí, en voz alta. Te leeré un trozo ahora mismo.

—De acuerdo. Empieza.

*Un Templo del Saber se alzaba  
del lago Hurón junto al ribazo,  
adonde insulsos necios acudían  
a escuchar a cantidad de pelmazos.*

—Hombre, suena muy a Lewis.

*Y el rey de los pelmazos era un buen tío  
que sonriendo de oreja a oreja*

—Nina. Vale. Vale. Ya veo. O sea, que esto es lo que quieres, ¿no? ¿Asociación de Padres y Alumnos de Harper Valley?

—Hay más.

—No me cabe duda. Me parece que estás muy alterada, Nina. Creo que si no estuvieras alterada no actuarías así. Y cuando te encuentres mejor te arrepentirás.

—No.

—Yo pienso que te arrepentirás. Bien, voy a colgar. Tengo que despedirme.

—Vaya —dijo Margaret—. ¿Y cómo se lo tomó?

—Dijo que tenía que despedirse.

—¿Quieres que vaya a tu casa? A hacerte compañía, nada más.

—No. Gracias.

—¿No quieres compañía?

—Creo que no. No ahora mismo.

—¿Estás segura? ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro bien.

En realidad no estaba tan contenta con aquella actuación por teléfono. «Si intentan joderlo con esas pamplinas funerarias, ocúpate de abortarlas», le había dicho Lewis. «Ese mariquita es capaz de cualquier cosa». Por eso había tenido que frenar a Paul; pero lo había hecho de una manera groseramente teatral. Todo lo que le había quedado a Lewis era la indignación, su especialidad había sido la respuesta; y ella no había sabido hacer más que citarlo.

La superaba pensar cómo podía vivir sola con sus viejos hábitos apacibles. Fría y enmudecida, despojada de él.

Poco después del anochecer, Ed Shore llamó a la puerta trasera. Llevaba una caja de cenizas y un ramo de rosas blancas.

Le dio primero las cenizas.

—Ah —dijo ella—. Ya está.

Sintió el calor a través del grueso cartón. No le llegó de golpe sino paulatinamente, como un calor de sangre a través de la piel.

¿Dónde debía dejarla? No sobre la mesa de la cocina, junto a la cena tardía y casi intacta. Huevos revueltos con salsa, una combinación que siempre la entusiasmaba cuando, por un motivo cualquiera, a Lewis se le hacía tarde y cenaba con otros profesores en el Tim Horton's o en el pub. Esa noche había resultado una mala elección.

Tampoco en la encimera. Parecería un gran paquete de la compra. Y tampoco en el suelo, donde sería fácil pasarlo por alto pero quedaría relegado a una posición inferior, como si contuviera restos de comida o fertilizante para el jardín, algo que debía mantenerse lejos de los platos y los alimentos.

En realidad quería llevarla a otra habitación, dejarla en algún lugar de la sala a oscuras. Mejor aún, en un estante del guardarropa. Pero en cierto sentido todavía era muy pronto para desterrarla. Además, considerando que Ed Shore la estaba observando, parecería una limpieza brusca y brutal de la cubierta, una invitación vulgar.

Finalmente dejó la caja en la mesita del teléfono.

—No quería tenerte de pie —dijo—. Siéntate, por favor.

—Te he interrumpido la cena.

—No tenía ganas de acabar.

Él seguía con las flores en la mano. Ella preguntó:

—¿Son para mí?

La imagen de él con el ramo, la imagen de él con la caja de cenizas y el ramo al abrir ella la puerta, le parecía grotesca, ahora que lo pensaba, y horriblemente cómica. Era el tipo de cosa que, de contársela a alguien, podía ponerla histérica. De contársela a Margaret. Esperaba no hacerlo nunca.

¿Son para mí?

También podrían ser para el muerto. Flores para la casa del muerto. Se puso a buscar un jarrón; luego, llenando la tetera, dijo:

—Estaba a punto de hacer té.

Siguió buscando el jarrón, lo llenó de agua, encontró las tijeras que necesitaba para cortar los tallos y por fin lo liberó de las flores. Entonces se dio cuenta de que no había encendido el hornillo de la tetera. Apenas podía dominarse. Sintió que fácilmente habría podido tirar las rosas al suelo, hacer trizas el jarrón, triturar con los dedos los restos helados de la cena. Pero ¿por qué? No estaba enfadada. Qué esfuerzo demencial era seguir haciendo una cosa tras otra. Ahora tendría que calentar la tetera; tendría que medir el té.

—¿Has leído lo que encontraste en el bolsillo de Lewis? —preguntó.

Sin mirarla, él negó con la cabeza. Ella supo que estaba mintiendo. Mentía, estaba confundido, ¿hasta dónde pensaba entrar en su vida? ¿Y si ella se quebraba y le contaba cómo la había aturdido —por qué no decirlo, describir el escalofrío en el corazón— leer lo que había escrito Lewis? Ver que no había escrito más que aquello.

—No importa —dijo—. Eran sólo unos versos.

Eran dos seres sin campo intermedio, nada que separase la cortesía formal de la intimidad devoradora. Lo que durante tantos años había habido entre los dos se había mantenido en equilibrio gracias a esos matrimonios. Los matrimonios eran el contenido real de sus vidas; el matrimonio de ella con Lewis era a veces enconado y apabullante, indispensable contenido de su vida. Lo otro dependía de aquellos matrimonios, por su dulzura, su promesa consoladora. Era improbable que lograra mantenerse en pie por sí mismo, ni siquiera siendo los dos libres. Sin embargo tampoco era nada. El peligro radicaba en ponerlo a prueba, verlo derrumbarse y entonces pensar que no había sido nada realmente.

Tenía el fuego encendido y la tetera casi a punto. Dijo:

—Te has portado muy bien y yo ni te he dado las gracias. Tienes que tomar un té.

—Sería estupendo.

Y cuando se acomodaron a la mesa, las tazas llenas, ofrecidos la leche y el azúcar —en el momento en que habría podido entrarle el pánico—, ella tuvo una extraña inspiración.

—¿Qué es lo que haces, en realidad?

—¿Qué hago?

—Bueno... ¿Qué le hiciste anoche? ¿O no suelen preguntártelo?

—No tan claramente.

—¿Te molesta? Si te molesta no contestes.

—Sólo estoy sorprendido. No me importa.

—A mí me sorprende preguntártelo.

—Bien, vale —dijo él dejando la taza en el platillo—. Básicamente hay que vaciar los conductos sanguíneos y la cavidad torácica y, como allí puede haber problemas si se forman coágulos y cosas así, haces lo que corresponde para evitarlo. La mayoría de las veces se puede usar la yugular, pero en ocasiones hay que hacer un conducto coronario. Y se drena la sangre de la cavidad torácica con un instrumento llamado trocar, que es una especie de aguja muy fina insertada en un tubo flexible. Claro que si han hecho la autopsia y retirado los órganos, la cosa es diferente. Hay que rellenar un poco para reconstituir la silueta natural.

Dijo todo aquello sin dejar de observarla y procediendo con cautela. Estuvo bien: si algo sintió ella que se le despertaba, fue simplemente una curiosidad amplia y serena.

—¿Es eso lo que querías saber?

—Sí —contestó ella con firmeza.

Él vio que era cierto. Se sintió aliviado. Aliviado y tal vez agradecido. Debía de estar acostumbrado a que la gente rehuyera lo que hacía, o bien se lo tomara en broma.

—Después inyectas el líquido, que es una solución de formaldehído, formol y alcohol, a veces con una tintura para las manos y la cara. La cara es muy importante para todo el mundo y se pueden hacer muchas cosas con topes en los párpados o alambres en las encías. Además se masajean las cejas y se usa un maquillaje especial. Pero a algunos les preocupan las manos; quieren que parezcan suaves y naturales, sin arrugas en las yemas.

—Tú hiciste todo eso.

—Sí. No era lo que tú querías. Normalmente hacemos sólo cosmética. Hoy en día se trata de eso más que de conservación a largo plazo. ¿Sabes?, hasta al viejo Lenin tenían que inyectarle continuamente para que no perdiera el color ni se deshidratara... No sé si seguirán haciéndolo.

Cierta expansión o comodidad, combinada con la seriedad de la voz, la hicieron pensar en Lewis. Hacía dos noches, Nina había recordado a Lewis, débil pero satisfecho, hablándole de los organismos unicelulares —sin núcleo, sin pares de cromosomas, ¿sin qué más?— que durante casi dos tercios de la historia de la evolución habían sido la única forma de vida en la Tierra.

—Fíjate en que los antiguos egipcios —dijo Ed— pensaban que el alma emprendía un viaje de tres mil años. Como después volvía al cuerpo, el cuerpo tenía que mantenerse en un estado aceptable. Por eso les preocupaba sobre todo la conservación, que hoy no tenemos tan desarrollada.

Sin cloroplastos y sin... mitocondrias.

—Tres mil años —dijo ella—. Y después vuelve.

—Bueno, según ellos —matizó él. Apoyó la taza vacía y observó que ya era hora de marcharse.

—Gracias —dijo Nina. Luego, apresurada—: ¿Tú crees en las almas?

El se levantó apretando las manos contra la mesa. Suspiró, sacudió la cabeza y contestó:

—Sí.

Poco después de que él se fuera, Nina cogió las cenizas y las puso en el asiento del copiloto del coche. Luego volvió a la casa a por las llaves y un abrigo. Dos kilómetros fuera de la ciudad aparcó en una encrucijada y echó a andar con la caja por un camino secundario. Era una noche muy fría y serena; la luna ya estaba alta.

El camino cruzaba un terreno pantanoso donde crecían espadañas, reseca ahora, altas e invernales. También había algodoncillos con las vainas vacías brillantes como conchas. Todo era claro a la luz de la luna. Olía a caballos. Sí, allí cerca había dos, sólidas formas negras al otro lado de las espadañas y la cerca de una granja. La miraban, restregando los grandes cuerpos el uno contra el otro.

Abrió la caja y metió la mano en las cenizas cada vez más frías y las arrojó o derramó — mezcladas con recalcitrantes, diminutos trocitos del cuerpo— entre las plantas del borde del camino. Era como entrar despacio en el lago y al fin zambullirse para el primer y helado baño de junio. Primero, una conmoción desagradable; luego, el asombro de seguir en movimiento, montada en una corriente de devoción acerada, en calma sobre la superficie de la propia vida, sobreviviendo aunque un dolor húmedo y frío no dejara de embestir el cuerpo.



## Ortigas

En el verano de 1979 entré en la cocina de la casa de mi amiga Sunny en Uxbridge (Ontario) y vi a un hombre junto a la encimera preparando un sándwich de ketchup.

He recorrido con mi esposo —el segundo, no el que dejé atrás aquel verano— las colinas del nordeste de Toronto en busca de aquella casa; con una ociosa perseverancia he intentado localizarla, pero nunca lo he logrado. Probablemente la hayan demolido. Sunny y su marido la vendieron pocos años después de mi visita. Como lugar de veraneo estaba demasiado lejos de Ottawa, donde ellos vivían. Los hijos, a medida que entraban en la adolescencia, se resistían a ir. Y en la casa había demasiado trabajo de mantenimiento para Johnston —el marido de Sunny—, a quien le gustaba pasar los veranos jugando al golf.

He encontrado el campo de golf; creo que era el mismo, aunque han limpiado la vieja verja y ahora hay un club más elegante.

Cuando de pequeña yo vivía en el campo, en verano los pozos de esa comarca se secaban. Ocurría cada cinco o seis años, cuando no llovía lo suficiente. Los pozos eran agujeros cavados en la tierra. El nuestro era más profundo que la mayoría pero, como necesitábamos una buena provisión de agua para los animales enjaulados —mi padre criaba zorros plateados y armiños—, un día llegó un perforador con un equipo impresionante y el agujero se fue extendiendo hacia abajo, cada vez más abajo, hasta que encontró agua en la roca. Desde entonces pudimos bombear agua pura y fría en cualquier época del año por mucha sequía que hubiera. Era un motivo de orgullo. De la bomba colgaba un jarrito de lata y, cuando en los días calcinantes yo bebía de él, pensaba en rocas negras por donde el agua corría centelleando como el diamante.

El perforador —a veces lo llamaban pocero, como si fuera muy fastidioso precisar lo que hacía, como si la antigua descripción fuese más cómoda— era un hombre llamado Mike McCallum. Vivía en la ciudad vecina a nuestra granja, pero no tenía casa. Vivía en el hotel Clark: había llegado en primavera y se quedaría hasta que acabara todo el trabajo que encontrara por hacer en la región. Después se iría a otro lado.

Mike McCallum era más joven que mi padre, pero tenía un hijo un año y dos meses mayor que yo. El muchacho vivía con el padre en hoteles o pensiones, dondequiera que el padre estuviera trabajando, e iba a la escuela que tuviera más cerca. El también se llamaba Mike McCallum.

Sé exactamente qué edad tenía, porque eso los niños lo dejan sentado de inmediato; sean amigos o no, entre ellos es uno de los asuntos esenciales de negociación. El tenía nueve y yo ocho.

Cumplía años en abril; yo, en junio. Cuando llegó a casa con su padre ya estaban avanzadas las vacaciones de verano.

Su padre conducía un camión rojo oscuro siempre polvoriento o embarrado. Cuando llovía, Mike y yo nos subíamos al camión. No recuerdo si el padre entraba en nuestra cocina a beber una taza de té o a fumar, si se quedaba bajo un árbol o seguía trabajando. La lluvia lavaba las ventanillas del camión y retumbaba como piedras en un tejado. La cabina olía a hombres; a ropa de trabajo, herramientas, tabaco y calcetines como queso agrio. También a perro peludo mojado, porque llevábamos con nosotros a *Ranger*. Para mí, *Ranger* era parte de la familia; estaba acostumbrada a tenerlo siempre encima y a veces, sin ninguna razón, le ordenaba que se quedara en casa, se fuera al granero, me dejara en paz. Pero Mike lo quería. Invariablemente se dirigía a él con dulzura, lo llamaba por el nombre, le contaba nuestros planes y, cuando *Ranger* partía hacia cualquier proyecto perruno, como perseguir una marmota o un conejo, se quedaba esperándolo. Con la vida que hacía con su padre, Mike nunca iba a tener un perro propio.

Un día que estaba con nosotros, *Ranger* se lanzó detrás de una mofeta y la mofeta se dio la vuelta y lo roció. A Mike y a mí nos cayó parte de la culpa. Mi madre tuvo que suspender lo que estuviera haciendo para ir a la ciudad a comprar varios frascos grandes de zumo de tomate. Mike persuadió a *Ranger* para que entrase en una tina y allí le echamos zumo de tomate y le cepillamos el pelo. Parecía que lo estuviésemos lavando con sangre. ¿Cuánta gente haría falta para conseguir tanta sangre?, nos preguntábamos. ¿Cuántos caballos? ¿Y elefantes?

Yo tenía más trato que Mike con la sangre y la muerte de animales. Lo llevé a ver la mancha que había en un lugar del prado, cerca del portón del establo, donde mi padre mataba y descuartizaba los caballos con que alimentaba a los zorros y los armiños. De tantas pisadas, el suelo estaba pelado y la mancha rojo sangre era profunda como una marca de hierro candente. Luego lo llevé a la carnicería del establo, donde se colgaban los cuerpos muertos de los caballos antes de molerlos para hacer alimento. La carnicería era un simple cobertizo con muros de malla, una malla negra de moscas ebrias de olor a carroña. Nosotros cogíamos tejas y las machacábamos hasta matarlas.

Nuestra granja era pequeña: nueve hectáreas. Lo bastante pequeña para que yo hubiera explorado todos los rincones, y cada rincón tenía un aspecto y un carácter peculiar que yo no habría sabido poner en palabras. Es fácil entender qué tenía de especial el cobertizo de malla con los largos, pálidos cadáveres de caballo colgados de ganchos brutales, o el suelo pisoteado teñido de sangre donde los caballos vivos se transformaban en alimento para zorros. Pero había otros lugares, como las piedras que flanqueaban la pasarela del granero, que no me decían menos aunque no hubiese sucedido en ellos nada memorable. A un costado había una lisa piedra blancuzca cuyo bulto dominaba todas las demás, de modo que aquel lado tenía para mí un aire extrovertido y público; por eso siempre elegía subir por allí y no por el otro lado, donde las piedras eran más oscuras y se apretaban con un aire más mezquino. Del mismo modo, cada árbol del lugar tenía su actitud y su presencia: el olmo era sereno y el cedro, amenazador; los arces, cotidianos y amigables, el espino, viejo y rezongón. Hasta las pozas de los remansos del río — donde años antes mi padre había vendido gravilla— tenían su carácter distinto, más fácil quizá de reconocer si una las veía llenas de agua cuando cesaban los torrentes de primavera. Estaba aquella pequeña, redonda, profunda y perfecta; la que se estiraba como una cola; y otra muy ancha, de forma indecisa, siempre con el morro asomando, pues las aguas eran muy escasas.

Mike veía todas estas cosas desde un ángulo muy diferente. Y lo mismo me pasaba a mí ahora que estaba con él.

Las veía a su manera y a la mía y, como por su misma naturaleza la mía era incomunicable, tenía que mantenerla en secreto. La suya se relacionaba con el provecho inmediato. La gran piedra pálida de la pasarela era para saltar desde ella; cogía carrerilla e, impulsándose en el aire por encima de las piedras pequeñas de la pendiente, aterrizaba en el suelo apisonado, delante de la puerta del establo. Todos los árboles eran para trepar, pero sobre todo el arce junto a la casa, por una de cuyas ramas se podía gatear hasta dejarse caer en el techo de la terraza. Y las pozas de gravilla eran simplemente para zambullirse, con un grito de animal que se lanza sobre su presa, tras una carrera furiosa por la hierba alta. Si estuviéramos a principios de año, cuando las aguas son más caudalosas, decía Mike, habríamos podido construir una balsa.

En cuanto al río, por un tiempo ese proyecto fue tenido en cuenta. Pero en agosto el río era tanto un sendero rocoso como un curso de agua y, en vez de intentar bajarlo a flote o a nado, lo vadeábamos descalzos —saltábamos de una piedra desnuda a otra, resbalábamos en las musgosas rocas sumergidas, surcábamos grupos de nenúfares de hojas chatas y de otras plantas cuyos nombres no recuerdo o no supe nunca (¿chirivía silvestre?, ¿cicutu de río?)—. Las matas eran tan tupidas que parecían arraigadas en islas, en tierra firme, aunque en realidad crecían del légamo y sus raíces serpeantes nos atrapaban las piernas.

El río era el mismo que atravesaba la ciudad, y cuando lo remontábamos llegábamos a ver el doble arco del puente de la carretera. En mis paseos sola o con *Ranger* nunca había ido hasta el puente, porque por allí solía haber gente de la ciudad. Iban a pescar a la orilla, y cuando el río estaba lo bastante alto los chicos saltaban desde el parapeto. En esa época probablemente no, aunque tal vez hubiera algunos chapoteando entre los pilares, vocingleros y hostiles como eran siempre los chicos de la ciudad.

También estaban los vagabundos. Pero no le hablé de ellos a Mike, que iba delante de mí como si el puente fuese un destino corriente y no tuviera nada de desagradable ni de prohibido. Oímos voces, y como era de esperar, eran voces de muchachos chillando; se habría dicho que el puente les pertenecía. Hasta allí, *Ranger* nos había seguido, sin entusiasmo, pero de pronto viró hacia la orilla. Era un perro ya viejo y nunca había tenido una afición indiscriminada por los niños.

Un hombre que estaba pescando —no en el puente, sino en la orilla— maldijo la agitación que había causado *Ranger* al salir del agua. Nos preguntó por qué no dejábamos nuestro puto perro en casa. Mike siguió andando como si el hombre sólo hubiera silbado y pronto entramos en la sombra del puente, donde yo no había estado en mi vida.

El suelo del puente nos hacía de techo; franjas de sol caían por entre las tablas. Entonces por arriba pasó un coche, hubo un ruido atronador y por un momento se apagó la luz. El acontecimiento nos dejó inmóviles, mirando hacia arriba. Debajo-del-puente era un lugar por derecho propio, no un mero tramo del río. Cuando hubo pasado el coche y el sol volvió a filtrarse por los resquicios, su reflejo arrancó del agua olas de luz, raras burbujas de luz, para proyectarlas en los pilares de cemento. Mike gritó para probar el eco y lo mismo hice yo, pero débilmente, porque en la orilla los muchachos, los extraños del otro lado del puente, me daban más miedo que los vagabundos.

Iba a la escuela rural que había más allá de nuestra granja. La inscripción había mermado

hasta tal punto que yo era la única cría de mi clase. Pero Mike iba desde la primavera a la escuela de la ciudad y para él aquellos chicos no eran desconocidos. De no ser porque a su padre se le ocurría llevarlo al trabajo, para poder vigilarlo de vez en cuando, probablemente no habría estado jugando conmigo sino con ellos.

Entre los muchachos de la ciudad y Mike debió de haber un intercambio de saludos.

Hey. ¿Y tú qué haces aquí?

Nada. ¿Qué piensas que hago?

Nada. ¿Y ésa quién es?

Nadie. Es ella, nada más.

Ña-ña. Ella.

En realidad se estaba desarrollando un juego que tenía a todo el mundo pendiente. Y todo el mundo incluidas las niñas —pues más adelante había niñas en la orilla, enfrascadas en sus cosas—, aunque ya no estábamos en la edad en que niños y niñas solían jugar juntos. O habían seguido a los muchachos desde la ciudad —fingiendo no seguirlos— o los muchachos habían llegado tras ellas con intención de acosarlas; pero con la reunión había cobrado forma aquel juego y, como el juego los necesitaba a todos, las restricciones habituales habían desaparecido. Y, como el juego era mejor cuantos más participaran, para Mike fue fácil entrar y llevarme a mí con él.

Era un juego de guerra. Los chicos se habían dividido en dos ejércitos que guerreaban uno contra otro desde barricadas toscamente hechas con ramas o protegiéndose tras las hierbas, las cañas y unos juncos más altos que nuestras cabezas. Las armas principales eran unas bolas de arcilla grandes como pelotas de béisbol. Se daba el caso de que más o menos a mitad del banco del río había una fuente especial de arcilla, un pozo gris medio oculto por hierbas (la idea del juego debía de haber surgido al descubrirlo), y era allí donde trabajaban las niñas preparando munición. Se sobaba y apretaba la arcilla viscosa hasta moldear una bola lo más dura posible —podía contener algo de gravilla y hierba u hojas que se pegaran al fabricarla, pero no piedras añadidas adrede—, y la provisión tenía que ser grande porque cada bola sólo servía una vez. No se podían recoger las que habían fallado, rehacerlas y arrojarlas de nuevo.

Las reglas de la guerra eran simples. Si a uno le daba una bola —oficialmente se llamaban balas de cañón— en la cara, la cabeza o el cuerpo, tenía que caer muerto. Si le daba en los brazos o las piernas, igualmente tenía que tumbarse, aunque sólo estaba herido. A las niñas también correspondía arrastrarse hasta los heridos y arrastrarlos hasta un lugar llano que era el hospital. Se los curaba con emplastos y tenían que quedarse quietos contando hasta cien. En cuanto acababan podían volver a la lucha. Los soldados muertos tenían prohibido levantarse hasta que acabara la guerra, y la guerra no acababa hasta que en uno de los dos bandos estuvieran todos muertos.

En ambos bandos había muchachos y niñas, pero como las niñas éramos muchas menos no podíamos fabricar munición y hacer de enfermeras de un solo soldado cada una. Todas las niñas tenían su propia pila de bolas y trabajaban para ciertos soldados; cuando uno de ellos caía herido, llamaba a la niña en cuestión a gritos, para que ella lo arrastrara y le curara las heridas lo antes posible. Yo hacía bolas para Mike y el nombre que Mike gritaba era el mío. Había tal ruido en el aire —gritos constantes de «Estás muerto», victoriosos o enfurecidos (enfurecidos porque siempre había algún muerto que disimuladamente volvía a la lucha), y encima el ladrido de un perro, que no era *Ranger*, que de algún modo se había mezclado en la guerra—, tal ruido que una debía estar

muy alerta a la voz del muchacho que podía llamarla. Cuando el grito llegaba había una sensación de fina alarma, un cable que hacía que vibrara en todo el cuerpo el despertar de una devoción fanática. (Al menos para mí, que al contrario que las otras niñas rendía servicios a un solo guerrero).

Creo que hasta aquel día tampoco había jugado en grupo. Y qué alegría me daba formar parte de una empresa tan grande y apremiante, y dentro de ella ser elegida esencialmente para servir con fidelidad a un luchador. Cuando a Mike lo herían se quedaba flojo y quieto, y no abría los ojos, mientras yo le ponía hojas enfangadas en la frente, la garganta y —quitándole la camisa— el pálido, suave estómago, alrededor del ombligo dulce y vulnerable.

No ganó nadie. Largo rato después, el juego se desintegró entre disputas y resurrecciones en masa. Camino de casa, nosotros tratamos de llevarnos algo de arcilla tendiéndonos en el lecho del río. Llevábamos las camisas y los pantalones cortos chorreando de barro.

Atardecía. El padre de Mike se preparaba para marcharse.

—Dios santo —dijo.

Había un peón que iba a ayudar a mi padre cuando había que descuartizar o se necesitaba un par de brazos más. Tenía una mirada de muchacho adulto y respiraba con un silbido asmático. Le gustaba hacerme cosquillas hasta que yo me sofocaba. Nadie interfería en la lucha. A mi madre no le gustaba, pero mi padre decía que era en broma.

Estaba en el vallado, ayudando al padre de Mike.

—Os habéis revolcado juntos en el barro —dijo—. Para empezar ahora tendréis que casaros.

Desde detrás de la mosquitera, mi madre lo había oído. (Si los hombres hubieran sabido que estaba allí no habrían hablado de esa manera). Salió y, antes de comentar la facha que llevábamos, le dijo algo al peón en voz baja y recriminatoria.

Yo oí parte de lo que decía.

Como hermano y hermana.

El peón se miraba las botas con una sonrisa indefensa.

Mi madre se equivocaba. El peón estaba más cerca de la verdad que ella. No éramos como hermano y hermana, al menos como cualquier hermano o hermana que yo conociera. Como mi único hermano era poco más que un bebé, no tenía experiencia en ese campo. Pero tampoco nos parecíamos a las mujeres y los maridos que yo había visto, personas viejas —para empezar— y habitantes de mundos tan separados que apenas se reconocían el uno al otro.

Eramos un par de novios sólidos y avezados cuyo vínculo no necesitaba mucha expresión visible. Yo al menos sentía algo solemne y emocionante.

Me di cuenta de que el peón estaba hablando de sexo, aunque no creo que conociera la palabra. Y eso me hizo odiarlo aún más que de costumbre. En lo específico se equivocaba. Lo nuestro no era la exhibición, el magreo, las intimidades culpables; no había nada de la trabajosa búsqueda de lugares ocultos, nada de esa mezcla de placer, frustración y vergüenza viva e inmediata. Yo había vivido escenas así con un primo y con un par de hermanas algo mayores que iban a mi escuela. Aquellas parejas me habían disgustado antes y después del acontecimiento y, aun mentalmente, de buena gana habría negado lo que había sucedido. Nunca habría pensado en una escapada con alguien por quien sentía afecto o respeto; sólo con gente que me desagradaba, como me desagradaban de mí misma los abominables escozores del arrebato.

En cuanto a lo que sentía por Mike, el demonio se había transformado en excitación difusa y

una ternura que se extendía por toda la piel, en un placer visual y una satisfacción tintineante en presencia de la otra persona. Cada mañana me despertaba con hambre de verlo, de oír al camión del pocero tambalearse y traquetear por el camino. Sin dar la menor muestra de ello, idolatraba su nuca y la forma de su cabeza, el pliegue de su ceño, sus largos pies descalzos y sus codos sucios, su voz fuerte y confiada, su olor. Aceptaba sin vacilar, y aun devotamente, los papeles que entre nosotros no era preciso urdir ni explicar; yo lo asistía y admiraba, él dirigía y estaba siempre dispuesto a protegerme.

Y una mañana el camión no llegó. Una mañana, evidentemente, el trabajo estuvo acabado, la tapa del pozo instalada, la bomba en funcionamiento, el agua fresca admirada. En la mesa del almuerzo hubo dos sillas menos. Tanto el Mike mayor como el chico habían comido siempre con nosotros. El Mike chico y yo no solíamos hablarnos y apenas nos mirábamos. A él le gustaba untar el pan con ketchup. Su padre hablaba con papá, y la conversación trataba sobre todo de pozos, accidentes, niveles de agua. Un hombre serio. Un trabajador de la cabeza a los pies, decía mi padre. Sin embargo, él —el padre de Mike— concluía casi todas las frases con una risa. Su risa tenía un eco solitario, como si todavía estuviera en el pozo.

El camión no llegó. Con la obra acabada, no había razón para que volvieran. Y resultó ser que aquel trabajo era el último que le quedaba al perforador en nuestra comarca. Tenía más trabajos esperando en otros sitios y quería empezarlos lo antes posible, mientras durara el buen tiempo. Como vivía en el hotel, sólo tenía que hacer la maleta y partir. Y eso había hecho.

¿Cómo pude no entender lo que pasaba? ¿No hubo ninguna despedida, ninguna conciencia de que la última tarde, cuando subía al camión, Mike se estaba yendo para siempre? ¿No agitó nadie la mano, no se volvió hacia mí una cabeza —o dejó de volverse— cuando el camión, cargado ahora con la maquinaria, fue dando bandazos por última vez camino abajo? Con el primer borbotón de agua —recuerdo aquel borbotón, y a todos reunidos para beber un trago—, ¿por qué no comprendí cuántas cosas terminaban para mí? Ahora me pregunto si no hubo un plan deliberado de no hacer de aquello algo especial, de eliminar las despedidas y evitar que me pusiera —o nos pusiéramos— demasiado triste o difícil.

Es improbable que entonces se tomaran tanto en cuenta los sentimientos de los niños. Padecerlos o reprimirlos era asunto nuestro.

No me puse difícil. Pasada la primera conmoción no le mostré nada a nadie. Cada vez que me veía, el peón bromeaba (¿Qué, tu amigo se ha largado?), pero yo nunca le hice caso.

Tendría que haber sabido que Mike iba a irse. Igual que sabía que *Ranger* era viejo y moriría pronto. Aceptaba la ausencia futura; sólo que, hasta que Mike desapareció, no tenía ni idea de cómo era la ausencia. De cómo se alteraría todo mi territorio, como si por un fallo se hubiera escurrido todo sentido salvo la pérdida de Mike. Nunca pude volver a mirar la piedra blanca de la pasarela sin pensar en él, y al fin le tomé aversión. Lo mismo empecé a sentir por la rama del arce y, cuando mi padre la cortó porque se acercaba demasiado a la casa, sentí aversión hacia la cicatriz del tronco.

Semanas más tarde, un día en que llevaba ya puesta mi chaqueta de otoño, estaba junto a la puerta de la zapatería, esperando a que mi madre se probara unos zapatos, cuando oí que una mujer llamaba a un tal Mike. «Mike», gritó mientras pasaba. De golpe tuve la convicción de que

esa mujer desconocida era la madre de Mike —yo sabía, aunque no por él, que no estaba muerta sino separada del padre—, y de que algo los había llevado de nuevo a la ciudad. No me puse a considerar si el regreso sería transitorio o definitivo; sólo pensé —mientras salía de la tienda a la carrera— que un minuto más tarde iba a verlo.

La mujer había alcanzado a un niño, de unos cinco años, que acababa de coger una manzana de un cajón que había en la acera, delante de la tienda de al lado.

Incrédula, me paré a mirar al niño como si ante mis ojos hubiera tenido lugar un maleficio abusivo y humillante.

Un nombre común. Un niño estúpido, de cara chata y sucio pelo rubio.

El corazón me latía con estrépito, como si en mi pecho sonaran aullidos.

Sunny me esperaba en Uxbridge al pie del autobús. Era una mujer de huesos grandes y cara vivaz, con el pelo rizado, de un castaño canoso, sujeto por pinzas desiguales a los lados de la cara. Aunque hubiera ganado peso —lo que había sucedido—, nunca habría parecido una matrona sino una muchacha majestuosa.

Me sumergió en su vida, como siempre había hecho, contándome que había estado a punto de llegar tarde porque Claire tenía un tapón en el oído y esa mañana la había llevado al hospital para que se lo extrajeran; que luego el perro había vomitado en el escalón de la cocina, probablemente porque odiaba el viaje, la casa y el campo; y que, mientras ella —Sunny— salía a buscarme, Johnston había puesto a los niños a limpiar, puesto que eran ellos los que habían querido tener un perro, y Claire se quejaba de seguir oyendo un zumbido.

—Así que, ¿qué tal si nosotras vamos a emborracharnos a un lugar bonito y tranquilo y no volvemos más a casa? —preguntó—. Claro que tenemos que volver. Johnston ha invitado a un amigo que tiene a su mujer y a sus hijos en Irlanda y quieren irse a jugar al golf.

Sunny y yo habíamos sido amigas en Vancouver. Como nuestros embarazos se habían sucedido a la perfección, nos las habíamos arreglado con un solo ajuar de maternidad. Una vez a la semana más o menos, en mi cocina o en la suya, alteradas por los niños y en ocasiones tambaleándonos de sueño, nos espabilábamos a fuerza de café y cigarrillos para lanzarnos a una charla desenfadada: sobre el matrimonio, las peleas, nuestros defectos personales, nuestras interesantes y deshonorosas motivaciones, las ambiciones perdidas. Leíamos a Jung al mismo tiempo e intentábamos seguir la pista a los sueños. En ese momento de la vida que suele considerarse un mareo reproductivo, cuando la mujer tiene la mente anegada de jugos maternos, nosotras seguimos imponiéndonos leer a Simone de Beauvoir, Arthur Koestler y *The Cocktail Party*.

La actitud de nuestros maridos no era en absoluto la misma. Cuando sacábamos esos temas, decían «Eso es sólo literatura» o «Ni que te hubieras graduado en filosofía».

Ahora las dos nos habíamos marchado de Vancouver. Pero Sunny se había trasladado con su marido, sus hijos y sus muebles, de la manera normal y por las razones habituales: su marido había cambiado de trabajo. Yo en cambio me había ido por una razón moderna, que se aprobaba entusiasta pero fugazmente y sólo en ciertos círculos, dejando marido, casa y todo lo adquirido durante el matrimonio (salvo los niños, claro, cuya posesión se parcelaría) con la esperanza de

hacer una vida que pudiera sobrellevarse sin hipocresía, privación ni vergüenza.

A la sazón vivía en el segundo piso de una casa de Toronto. Los vecinos de abajo —los dueños de la casa— habían llegado de Trinidad hacía una docena de años. A un lado y otro de la calle, las viejas casas de ladrillo con galerías y ventanas altas, antaño hogares de metodistas y presbiterianos apellidados Henderson, Grisham o McAllister, rebosaban de gente de piel cobriza u olivácea que hablaba un inglés para mí desconocido, si es que siquiera lo hablaban, y a todas horas colmaban el aire con el aroma de su comida dulce y condimentada. A mí todo eso me hacía feliz; me daba la sensación de haber cambiado de verdad, después de un largo viaje desde la casa matrimonial. Pero era demasiado esperar que lo mismo sintieran mis hijas, de diez y doce años. Yo había dejado Vancouver en primavera y ellas habían llegado a comienzos de las vacaciones de verano, supuestamente para estar conmigo los dos meses. Los olores de la calle les resultaban asqueantes y el ruido les daba miedo. Hacía calor y no podían dormir ni con el ventilador que les compré. Teníamos que dejar la ventana abierta, y las fiestas en los patios traseros duraban a veces hasta las cuatro de la madrugada.

Expediciones al Centro de Ciencias y a la Torre de Comunicaciones, al museo y al zoo, comidas en los restaurantes refrigerados de los grandes almacenes, un viaje en transbordador a Toronto Island: nada podía compensar la ausencia de sus amigos ni reconciliarlas con la versión travestida del hogar que yo les ofrecía. Echaban de menos a sus gatos. Querían volver a sus habitaciones, a la libertad de su vecindario, a la parsimonia de los días de quedarse en casa.

Durante un tiempo no se quejaron. Oí que la mayor le decía a la otra:

—A mamá hay que convencerla de que estamos contentas. Si no, se sentirá mal.

Por fin, la cosa estalló. Acusaciones, confesiones de desdicha (hasta exageraciones de la desdicha, según me pareció, desplegadas en mi beneficio). La menor gritando «¿Por qué no vive en casa y ya está?», y la mayor respondiéndole «Porque odia a papá».

Telefoneé a mi marido, que me preguntó prácticamente lo mismo y proporcionó por su cuenta la misma respuesta. Cambié los billetes, ayudé a las niñas a hacer las maletas y las llevé al aeropuerto. Nos pasamos todo el viaje jugando a un juego bobo que propuso la mayor. Había que elegir un número —27, 42—, mirar por la ventanilla del coche y contar los hombres que una veía; el vigésimo séptimo, cuadragésimo segundo o lo que fuese era el hombre con el que una se casaría. De vuelta en casa, sola, reuní todos los vestigios de su presencia —un dibujo que había hecho la menor, una revista *Glamour* que había comprado la mayor, bisutería y ropa que en Toronto podían ponerse pero en su ciudad no— y los metí en una bolsa de basura. Y más o menos lo mismo hice cada vez que pensaba en ellas; le di cerrojo a mi mente. Había desdichas —las relacionadas con los hombres— que yo podía soportar y otras —las relacionadas con los niños— que me superaban.

Volví a vivir como antes de su visita. Dejé de preparar el desayuno y salí cada mañana a tomar café con bollos frescos en el del italiano. La idea de haberme liberado de lo doméstico, al menos de momento, me encantaba. A partir de ese instante, empecé a fijarme en la expresión de los que ocupaban las banquetas que había junto a la ventana o las mesas de la acera: gente para la cual aquél no era un momento agradable ni extraordinario, sino una rancia costumbre de la vida solitaria.

De vuelta en casa me sentaba a escribir durante horas enteras en una mesa de madera, bajo las ventanas de una antigua galería convertida en cocina de utilería. Tenía la esperanza de ganarme la



vida como escritora. El sol calentaba temprano la salita y las corvas —seguramente llevaba pantalones cortos— se me pegaban a la silla. Percibía el peculiar, dulzón olor químico de las sandalias de plástico absorbiendo el sudor de mis pies. Me gustaba: era el olor de mi laboriosidad y, esperaba, de mis logros. Lo que escribía no era mejor que lo que me las había ingeniado para escribir en mi antigua vida mientras se asaban las patatas o la colada daba tumbos en el tambor de la lavadora. Escribía más, sencillamente, y no peor: eso era todo.

Más tarde me daba un baño y probablemente iba a ver a alguna amiga. Bebíamos vino en terrazas de pequeños restaurantes de Queen Street, Baldwin Street o Brunswick Street y hablábamos de nuestras vidas; sobre todo de los amantes, pero como la palabra «amante» nos revolvió un poco el estómago, decíamos «el hombre con quien salgo». Y a veces veía al hombre con quien salía. Durante la estancia de mis hijas, yo lo había proscrito, aunque un par de veces, tras dejar a las niñas en un cine gélido, había roto la regla.

Había conocido a aquel hombre antes de romper mi matrimonio y él había sido la razón directa para romperlo, aunque ante él —y ante todos— yo fingiese que no era así. Cuando nos encontrábamos intentaba mostrarme despreocupada e independiente. Intercambiábamos novedades —yo me aseguraba de tenerlas—, nos reíamos y paseábamos por el barranco, pero en realidad lo que yo quería era incitarlo a que se acostara conmigo, porque creía que el alto entusiasmo del sexo fusionaba lo mejor de los seres. En estas cuestiones era una estúpida, en un sentido muy peligroso sobre todo para una mujer de mi edad. A veces me sentía exultante después de los encuentros —deslumbrada y segura—, otras veces el recelo me pesaba como una losa. Una vez él se iba, sólo tomaba conciencia de estar llorando cuando sentía las lágrimas corriéndome por las mejillas. El motivo solía ser una sombra que había entrevisto en él, una brusquedad, alguna advertencia oblicua. Más allá de las ventanas, a medida que oscurecía, empezaban las fiestas en los jardines traseros; más tarde, la música, los gritos y las provocaciones terminarían en peleas y yo tendría miedo, no de la posible hostilidad sino de una especie de inexistencia.

En medio de una de sus crisis telefoneé a Sunny y ella me invitó a pasar el fin de semana en el campo.

—Qué hermoso es esto —dije.

Pero, para mí, la región por la que viajábamos no significaba nada. Las colinas eran una serie de lomas verdes, en algunas había vacas. Había puentes bajos de cemento sobre arroyos asfixiados de juncos. El heno se empacaba de una forma nueva, en rollos que quedaban en los campos.

—Espera a ver la casa —dijo Sunny—. Es sórdida. En la tubería había un ratón. Muerto. Aún siguen apareciendo pelos en el agua de la bañera. Ahora eso está arreglado, pero nunca se sabe qué más pasará.

No me preguntó por mi nueva vida. ¿Era delicadeza o censura? Tal vez no supiera empezar, simplemente no pudiera imaginársela. De todos modos, yo le habría dicho mentiras, o medias verdades. Fue muy duro romper, pero había que hacerlo. Claro que siempre hay un precio; no sabes cómo echo de menos a las niñas. Estoy aprendiendo cómo se le devuelve la libertad a un hombre y a ser libre yo misma. Estoy aprendiendo a tomarme el sexo de forma relajada, algo muy difícil para mí porque no es lo que nos enseñaron y encima ya no soy joven, pero estoy

aprendiendo.

Un fin de semana, pensé. Parecía mucho tiempo.

En el lugar donde había habido una galería quedaba una cicatriz en los ladrillos de la casa. Los niños de Sunny trotaban en la explanada.

—Mark ha perdido el balón —gritó Gregory, el mayor.

Sunny les dijo que me saludaran.

—Hola. Mark ha tirado la pelota al otro lado del cobertizo y ahora no la encontramos.

La niña de tres años, nacida después de nuestro último encuentro, salió corriendo de la cocina y se detuvo, sorprendida de ver a una extraña. Pero enseguida se recuperó y me dijo:

—Me ha volado un bicho en la cabeza.

Sunny la alzó en brazos. Yo cogí mi bolso y entramos en la cocina, donde Mike McCallum estaba untando ketchup en una rebanada de pan.

—Eres tú —dijimos casi al mismo tiempo. Reímos los dos y corrí hacia él a la vez que él avanzaba. Nos dimos la mano.

—Pensé que eras tu padre —expliqué.

No sé si llegué a acordarme del perforador. Más bien había pensado: «Yo a este hombre lo conozco». Un hombre que movía su cuerpo con ligereza, como si entrar y salir de un pozo para él no fuera nada. Pelo muy corto con canas incipientes, ojos profundos de color claro. Cara magra, jovial pero austera. Una reserva proverbial, nada desagradable.

—Imposible —dijo él—. Papá murió.

Johnston entró en la cocina con las bolsas de golf, me saludó y le dijo a Mike que se diera prisa.

—Se conocen, cariño —explicó Sunny—. Quién lo hubiera dicho.

—De cuando éramos niños —dijo Mike.

—¿De verdad? —preguntó Johnston—. Es increíble.

Y todos juntos agregamos lo que iba a agregar él.

—El mundo es un pañuelo.

Mike y yo aún nos mirábamos riendo, como si nos dejáramos claro que ese descubrimiento, que a Sunny y Johnston les parecía increíble, para nosotros era un cómico y deslumbrante estallido de buena suerte.

Durante toda la tarde, mientras los hombres estuvieron fuera, me sentí llena de una feliz energía. Hice un pastel de melocotón para la cena y le leí a Claire para que durmiera la siesta mientras Sunny llevaba a los niños a pescar, infructuosamente, en el verdín del arroyo. Luego las dos nos sentamos en el suelo de la sala, con una botella de vino, y otra vez fuimos amigas que hablaban no de la vida sino de libros.

Mike no recordaba las mismas cosas que recordaba yo. Él nos recordaba andando por la estrecha cumbre de unos cimientos de hormigón, imaginando que era un edificio altísimo del que si nos llegábamos a caer nos mataríamos. Yo dije que debía de haber sido otro lugar, pero luego recordé los cimientos de un garaje que no había llegado a construirse en el cruce de nuestro

camino con la carretera. ¿Nos habíamos subido allí?

Sí.

Yo me acordaba de haber querido aullar a voz en cuello debajo del puente y de tener miedo de los chicos de la ciudad. Él no se acordaba de ningún puente.

Los dos recordábamos las bolas de arcilla y la guerra.

Nos habíamos puesto a fregar juntos los platos para poder hablar sin ser desatentos.

Me contó cómo había muerto su padre. Había fallecido en un accidente de tráfico, volviendo de un trabajo cerca de Bancroft.

—¿Y tus padres viven?

Le dije que mi madre había muerto y que mi padre se había vuelto a casar.

Llegado un momento le conté que estaba separada de mi marido y que vivía en Toronto. Le dije que había tenido un tiempo a mis hijas pero ahora estaban de vacaciones con su padre.

Él me contó que vivía en Kingston, pero no que no llevaba allí mucho tiempo. Había conocido a Johnston hacía poco, a través del trabajo. Como Johnston, era ingeniero civil. Su mujer había nacido en Irlanda pero trabajaba en Canadá cuando la conoció. Era enfermera. En ese momento estaba en Irlanda, en County Clare, visitando a su familia. Se había llevado a los niños.

—¿Cuántos niños?

—Tres.

Cuando acabamos con los platos, fuimos a la sala y nos ofrecimos a jugar al Scrabble con los niños para que Sunny y Johnston pudieran dar un paseo. Una sola partida; se suponía que era hora de irse a la cama. Pero los niños nos convencieron de que empezáramos otra, y cuando volvieron los padres aún estábamos jugando.

—¿Qué os había dicho? —preguntó Johnston.

—Es la misma partida —mintió Gregory—. Dijiste que podíamos acabar la partida y es la misma.

—Seguro —dijo Sunny.

Añadió que era una noche preciosa y que con eso de tener canguros en casa ella y Johnston se acostumbrarían mal.

—Anoche Mike se quedó con los niños y hasta fuimos al cine. Una película vieja. *El puente del río Kwai*.

—*Sobre* —dijo Johnston—. *Sobre el río Kwai*.

—De todos modos, yo ya la había visto —repuso Mike—. Hace años.

—Está bastante bien —dijo Sunny—. Sólo que me molestó el final. Para mí es un error. ¿Te acuerdas de cuando Alec Guinness ve el cable en el agua, por la mañana, y se da cuenta de que alguien va a volar el puente? Se pone como loco y entonces todo se complica porque morirá todo el mundo y demás. Vale, para mí tendría que haber visto el cable y saber lo que pasaría, pero quedarse de todos modos y morir en la explosión... Me parece que es lo que haría ese personaje, y dramáticamente habría sido más eficaz.

—No —dijo Johnston, en un tono de haber discutido ya el asunto—. ¿Dónde estaría el suspense, entonces?

—Estoy de acuerdo con Sunny —tercié yo—. Recuerdo que el final me pareció muy complicado.

—¿Y a ti, Mike?

—A mí me pareció muy bien —respondió Mike—. Muy bien como estaba.

—Chicos contra chicas —comentó Johnston—. Ganan los chicos.

Les dijo a los niños que recogieran el juego y los niños obedecieron. Pero a Gregory se le ocurrió que quería ver las estrellas.

—Sólo aquí se pueden ver —adujo—. En casa siempre hay luces y porquerías.

—Eh, cuidado —dijo el padre. Pero enseguida agregó—: De acuerdo, venga, pero cinco minutos, vamos todos a mirar el cielo.

Buscamos la Estrella Guarda, cercana a la segunda del brazo de la Osa Mayor. Si uno alcanzaba a verla, dijo Johnston, quería decir que tenía suficiente buena vista para entrar en las Fuerzas Aéreas; al menos así había sido durante la Segunda Guerra Mundial.

—Yo la veo, pero ya sabía que estaba allí —dijo Sunny.

—Yo la he visto —dijo Gregory, desdeñoso—. La he visto aunque no sabía si estaba allí o no.

—Yo también la he visto —dijo Mark.

Mike estaba delante de mí y a un lado. En realidad estaba más cerca de Sunny. No había nadie detrás y yo quería rozarlo; rozar levemente, como por casualidad, su brazo o su hombro. Luego, si él no se apartaba —¿por cortesía, por considerarlo un simple accidente?—, quería apoyarle un dedo en su nuca desnuda. ¿Era eso lo que habría hecho él si hubiera estado detrás de mí? ¿En eso se habría concentrado, en vez de en mirar las estrellas?

Tenía la sensación, sin embargo, de que era un hombre escrupuloso. Se habría refrenado.

Y por la misma razón, por cierto, esa noche no iría a mi cama. En cualquier caso era tan arriesgado que se hacía imposible. Arriba había tres habitaciones: la de las visitas y la de los padres daban a la más grande, donde dormían los niños. Quien quisiera entrar en cualquiera de las dos pequeñas tenía que pasar por la otra. A Mike, que la noche anterior había dormido en la de las visitas, lo habían trasladado abajo, al sofá desplegable de la sala. En vez de deshacer la cama en donde dormiría yo, Sunny le había dado a él sábanas limpias.

—Es muy limpio —dijo—. Y a fin de cuentas es un viejo amigo.

Yo no podía pasar una noche apacible entre aquellas sábanas. En mis sueños, no en la realidad, olían a juncos, barro de río y cañas bajo el sol candente.

Sabía que él no vendría por muy poco que fuera el riesgo. Habría sido un acto mal visto en casa de sus amigos, que con el tiempo también serían —si no lo eran ya— amigos de su mujer. ¿Y cómo podía estar seguro de que yo quería eso? ¿O de que él quería, realmente? Ni siquiera yo estaba segura. Hasta entonces siempre había podido considerarme una mujer fiel a la persona con quien dormía en un momento dado.

Dormí inquieta y tuve sueños de una lujuria monótona, con tramas secundarias irritantes y desagradables. Unas veces Mike quería cooperar pero encontraba obstáculos. Otras veces se volvía esquivo, como cuando decía que me había comprado un regalo pero acababa de perderlo y era para él importantísimo recuperarlo. Yo le decía que no se preocupara, que el regalo no me importaba porque mi regalo era él, la persona que quería y había querido siempre; decía eso. Pero él seguía preocupado.

Toda la noche —o al menos cada vez que me despertaba, y me desperté muchas veces—, los grillos estuvieron cantando junto a mi ventana. Primero pensé que eran pájaros, un coro de infatigables pájaros nocturnos. Llevaba viviendo en ciudades el tiempo suficiente para haber olvidado la perfecta cascada de sonido que pueden obrar los grillos.

Hay que decir, también, que en ocasiones al despertarme me encontraba varada en un banco seco. Una lucidez inoportuna. ¿Qué sabes en realidad de ese hombre? ¿Qué sabe él de ti? ¿Qué música le gusta, a quién vota? ¿Qué espera de las mujeres?

—¿Habéis dormido bien? —preguntó Sunny.

—Como una piedra —dijo Mike.

—Bien, sí —contesté yo.

Esa mañana, todo el mundo estaba invitado a almorzar en la casa de unos vecinos que tenían piscina. Mike dijo que él prefería darse una vuelta por el campo de golf, si no había problema.

—Claro —Sunny me miró—. Bueno, no sé si tú... —dijo.

Y Mike preguntó:

—Tú no juegas al golf, ¿no?

—No.

—Pero igual podrías hacerme de caddie.

—Te haré de caddie yo —intervino Gregory. Estaba dispuesto a apuntarse a cualquier excursión que hiciéramos nosotros, seguro de que lo pasaría mejor y tendría más libertad que con sus padres.

Sunny le dijo que no.

—Tú vienes con nosotros. ¿No quieres meterte en la piscina?

—En esa piscina, todos los chavales hacen pipí. No sé cómo no lo sabes.

Antes de salir, Johnston nos había prevenido de que anunciaban lluvia. Mike dijo que correríamos el riesgo. Me gustó que hablara en plural y me gustó ir en el coche con él, en el asiento de la esposa. Me causaba placer imaginarnos como pareja, un placer que sabía exaltado, adolescente. Me cautivaba la idea de ser esposa, como si no lo hubiera sido nunca. Eso no me había pasado con el hombre que entonces era mi amante. ¿De verdad habría podido asentarme con un amor verdadero, desprenderme de las partes mías que no encajaban y ser feliz?

Pero ahora que estábamos solos había cierta inhibición.

—¿No es hermoso el campo aquí? —pregunté.

Y ahora lo decía en serio. Bajo el nuboso cielo blanco, las colinas parecían más suaves que el día anterior bajo el sol insolente. A fines del verano, el follaje de los árboles se corroía; los bordes de las hojas empezaban a oxidarse y algunas ya estaban del todo castañas o rojas. Yo ya reconocía diferentes hojas.

—Robles —dije.

—Aquí el suelo es arenoso —explicó Mike—. En toda la comarca... La llaman Cresta de los Robles.

Dije que suponía que Irlanda era muy hermosa.

—Algunas zonas son muy áridas. Roca pelada.

—¿Tu mujer creció allí? ¿Habla con ese acento encantador?

—Si la escucharas dirías que sí. Pero cuando vuelve le dicen que lo ha perdido. Le dicen que parece americana. Americana es lo que dicen siempre... Tanto les da si es canadiense.

—Y tus hijos... Supongo que no tienen acento irlandés, ¿no?

—No.

—Por cierto, ¿son niños o niñas?

—Dos niños y una niña.

Ahora yo sentía un apremio por hablarle de las contradicciones, las penas y las necesidades de mi vida.

—Yo echo de menos a mis hijas —dije.

Pero no contestó. Ni una palabra de comprensión, ningún aliento. Tal vez le parecía indecoroso hablar de nuestras parejas y nuestros hijos, dadas las circunstancias.

Poco después entrábamos en el aparcamiento del club y, un poco estrepitosamente, como para compensar la rigidez, él comentó:

—Parece que el miedo a la lluvia ha dejado a los golfistas domingueros en casa.

En el aparcamiento había un solo coche. Mike se bajó y fue al despacho a pagar mi entrada.

Yo nunca había estado en un campo de golf. Había visto partidos por televisión, una o dos veces y nunca por decisión propia, y tenía la vaga idea de que a ciertos palos se los llamaba hierros, o a ciertos hierros palos, que uno en especial era el *niblick* y el campo se llamaba *link*. Cuando le dije eso a Mike, contestó:

—A lo mejor te aburres espantosamente.

—Si me aburro daré un paseo.

Eso pareció gustarle. Me apoyó en el hombro una mano cálida y dijo:

—Verás cómo te dan ganas.

Mi ignorancia no importaba —desde luego que no tuve que hacer de caddie— y no me aburrí. Mi única tarea era seguir a Mike por donde fuera y mirarlo. En realidad ni siquiera tenía que mirarlo. Podría haber mirado los árboles que bordeaban el campo; eran unos árboles altos de copa plumosa y tronco esbelto, de cuyo nombre yo no estaba segura —¿acacias?—, agitados de vez en cuando por un viento que allí abajo no se sentía. También había bandadas de pájaros, mirlos o estorninos, que volaban con una urgencia comunitaria, aunque sólo de una copa a otra. Recordé entonces que eso hacían los pájaros; en agosto o a fines de julio empezaban a celebrar bulliciosas reuniones en masa, preparándose para volar al sur.

De vez en cuando Mike hablaba, pero rara vez a mí. No había necesidad de que yo respondiera, y de hecho no habría podido hacerlo. Me pareció, sin embargo, que hablaba más que si hubiera estado jugando sin compañía. Sus palabras inconexas eran reproches, elogios prudentes o advertencias para él mismo, y en ocasiones no eran casi palabras sino esos sonidos que quieren comunicar un significado, y lo comunican, en la larga intimidad de las vidas vividas en cercanía voluntaria.

Se suponía pues que yo debía hacer eso: proporcionarle una noción de sí amplificada, extendida. Una noción más cómoda, podría decirse, un sentido tranquilizador de la soledad propia por donde cada humano se mueve sin hacer ruido. De haber sido yo un hombre, él no habría tenido la misma expectativa, o la solicitud no habría sido tan natural y espontánea. Tampoco si hubiera sido una mujer con quien no creía tener un vínculo establecido.

Todo eso no era producto de mi imaginación. Estaba allí, entero, en el placer que me inundaba mientras caminábamos por el *link*. Las dolorosas descargas de deseo que me habían recorrido por la noche se habían domesticado y limitado a una delicada llama piloto, atenta, conyugal. Yo lo

observaba colocarse, elegir, calcular, ojear, balancearse, y luego miraba el trayecto de la pelota, que a mí me parecía siempre triunfal y a él problemático, hasta el lugar del reto siguiente, de nuestro futuro inmediato.

Caminábamos casi sin hablar. ¿Lloverá?, decíamos. ¿No has sentido una gota? A mí me pareció que sí. A lo mejor no. No era la típica y dudosa charla sobre el tiempo; pertenecía al contexto del juego. ¿Crees que acabaremos la vuelta?

El caso fue que no la acabamos. Hubo una gota de lluvia —indudablemente una gota—, luego otra y por fin un golpeteo. Por encima del campo, Mike miró hacia donde las nubes habían cambiado de color, del blanco al azul plomizo, y sin especial alarma ni decepción dijo:

—Aquí está nuestra lluvia.

Luego se puso a ordenar metódicamente la bolsa.

No podríamos haber estado más lejos de la casa del club. Los pájaros, en un alboroto creciente, nos sobrevolaban en círculos, indecisos, agitados. Las copas de los árboles se sacudían y hubo un ruido —al parecer, sobre nuestras cabezas— como de ola pedregosa estrellándose contra la playa. Mike dijo:

—Mejor nos metemos allí debajo.

Al borde de la hierba había unos arbustos de hojas oscuras y aspecto casi formal, como si los hubieran plantado en seto. Pero eran silvestres y habían crecido apretados. Aunque parecían impenetrables, al acercarnos vimos pequeñas entradas, sendas angostas abiertas por animales o jugadores en busca de pelotas. El terreno declinaba suavemente y, después de atravesar el desparejo muro de matas, entrevimos el río, el río que explicaba el cartel de la entrada, el nombre del club. Club de golf La Ribera. El agua era de un gris acerado y las ráfagas de viento la habían ondulado, pero sin romper en crestas como la de los estanques. Entre la orilla y nosotros había un prado de maleza florecida. Solidago, salvia de campanillas violáceas, algo que me pareció ortiga en flor —púrpura o blanca— y ásteres silvestres. Parra, también, rodeando lo que encontrara y anudándose, o en maraña bajo los pies. El suelo era suave, no del todo espumoso. Ni las plantas de apariencia más frágil y delicada llegaban a nuestras cabezas.

Cuando nos paramos a mirar entre ellas vimos, a poca distancia, grupos de árboles agitándose como ramos. Y algo que se aproximaba en la dirección de las nubes sombrías. Era la lluvia de verdad, que venía detrás del primer chubasco, pero daba la impresión de ser mucho más que una lluvia. Parecía como si una gran porción del cielo se hubiera desprendido y empezara a descargarse, clamorosa y resuelta, bajo una forma animal no del todo reconocible. A la cabeza se desplazaban cortinas de agua; no velos, sino gruesas cortinas que se sacudían con violencia. Las divisábamos claramente aunque todavía no sintiéramos más que unas gotas leves y ociosas. Habríamos podido estar mirando a través de una ventana, sin creer que el cristal fuera a hacerse añicos, hasta que se rompió y el viento y la lluvia nos embistieron y mi cabello se alzó en un revuelo. Pensé que pronto se me iba a erizar la piel.

En aquel momento intenté dar la vuelta; tenía la urgencia, que no había sentido hasta entonces, de salir de los arbustos y correr hacia la casa. Pero no podía moverme. Bastante costaba ya tenerse en pie; a cielo abierto, el viento me habría derribado enseguida.

Encorvándose para meter la cabeza entre las matas, la cara contra el viento y sin soltarme el brazo, Mike se puso delante de mí. Luego se volvió a mirarme, protegiéndome de la tormenta. Tanto habría dado que se hubiera interpuesto un palillo. Me dijo algo a la cara, pero no lo oí. Por

mucho que estuviese gritando no me llegaba ni un sonido suyo. Me había cogido los dos brazos y bajó las manos hasta aferrarme las muñecas. Así fue tirando hacia abajo —en el intento de cambiar de posición trastabillamos— hasta que estuvimos los dos en cuclillas. Tan cerca estábamos uno de otro que no podíamos mirarnos; sólo podíamos mirar el suelo, los diminutos ríos que empezaban a romper en torno a nuestros pies, las plantas aplastadas, los zapatos empapados. Veíamos aquello a través de los torrentes que rodaban por nuestra cara.

Mike me soltó las muñecas y me plantó las manos en los hombros. Era más un gesto de retraimiento que de sosiego.

Así permanecemos hasta que cesó el viento. No pudieron ser más de cinco minutos, y quizá fueron sólo dos o tres. Seguía lloviendo, pero era una lluvia fuerte, normal. Él retiró las manos y nos levantamos temblando. Teníamos las camisas y los pantalones pegados a los cuerpos. A mí el pelo me caía sobre la cara en largos zarcillos de bruja y él tenía cortos tallos oscuros aplastados sobre la frente. Intentó sonreír, pero apenas le quedaban fuerzas. Luego nos besamos y estuvimos abrazados un instante. Fue más un rito, el agradecimiento por haber sobrevivido, que una tendencia de los cuerpos. Los labios se deslizaron unos sobre otros, frescos y resbaladizos, y la presión del abrazo nos estremeció levemente, como si nos hubiera rociado con agua fría.

Cada vez llovía menos. Tambaleando un poco sobre hierbas medio aplastadas nos abrimos paso entre los gruesos arbustos chorreantes. Por todo el campo de golf había grandes ramas arrancadas. Sólo más tarde pensé que alguna habría podido matarnos.

Anduvimos al raso esquivando las ramas caídas. Ya casi no llovía y el aire empezaba a iluminarse. Como caminaba con la Cabeza inclinada, para que el agua que me caía del pelo no rodase por mi cara, sentí el sol calentándome los hombros antes de alzar los ojos a la luz festiva.

Me detuve, respiré hondo y moviendo la cabeza me quité el pelo de la cara. Había llegado el momento, ahora que estábamos empapados, a salvo y frente al fulgor. Ahora había que decir algo.

—Hay una cosa que no te he dicho.

Su voz me sorprendió, como el sol. Pero en el sentido opuesto. Había en ella un peso, una advertencia, una decisión con un matiz de excusa.

—Sobre nuestro hijo menor —dijo—. Nuestro hijo menor murió el verano pasado.

Oh.

—Murió atropellado —añadió—. Lo atropellé yo. Dando marcha atrás en la puerta de casa.

Volví a pararme. El se paró conmigo. Los dos mirábamos adelante.

—Se llamaba Brian. Tenía tres años. El caso es que... yo pensé que estaba en la cama. Los otros aún estaban en pie, pero a él lo habíamos acostado. Y fue y se levantó. Sin embargo debí mirar. Debí mirar con más cuidado.

Imaginé el momento en que se había bajado del coche. El ruido que debió de hacer. La madre corriendo fuera de la casa. No es él. El no está aquí. Esto no ha pasado.

Arriba, en la cama.

Echó a andar de nuevo y entró en el aparcamiento. Yo lo seguía a unos pasos. Y no dije nada; ni una palabra amable, impotente. Lo habíamos dejado atrás.

Él no dijo: «Fue mi culpa» o «Nunca lo podré superar. Nunca me lo perdonaré. Pero hago todo lo que puedo».

Ni: «Mi mujer me perdona pero ella tampoco lo va a superar».

Yo lo sabía. Ahora sabía que él era de esos que han tocado fondo. De esos que saben —como



no sabía yo, ni me acercaba siquiera a saber— qué significa exactamente tocar fondo. Los dos lo sabían, él y su mujer, y eso los unía como sólo lo hace aquello que une o separa para siempre. No vivirían siempre en el fondo, claro. Pero compartirían el hecho de conocer ese espacio central gélido, vacío, cerrado.

Podría sucederle a cualquiera.

Sí. Pero no parece que sea así. Parece que le sucediera a éste, a aquél, elegidos aquí y allá, de uno en uno.

—No es justo —dije.

Hablaba de cómo lidiar con esos castigos fortuitos, esos zarpazos malvados y catastróficos. Peores así, tal vez, que cuando ocurren entre un aluvión de desgracias, en la guerra o en un terremoto. Y todavía peores cuando hay alguien cuya acción, probablemente una acción inhabitual, lo hace singular y permanentemente responsable.

De eso hablaba. Pero también quería decir: *No es justo*. ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

Una protesta tan brutal que casi parece inocente, cuando surge de la médula del ser. Inocente, es decir, cuando es una quien la eleva y no la hace pública.

—En fin —dijo él con mucha suavidad. Porque no se veía la justicia por ningún lado—. Sunny y Johnston no lo saben —agregó—. No lo sabe ninguno de los que conocimos después de cambiar de casa. Nos pareció que así nos arreglaríamos mejor. Ni siquiera los otros niños... Ellos casi no lo mencionan. No lo nombran.

Yo no era de los que habían conocido después de dejar la casa. No era de las personas entre las que harían su nueva vida, normal y ardua. Yo era una persona que sabía; nada más. Una persona que él tenía para sí y que sabía.

—Qué raro —exclamó, mirando alrededor, antes de abrir el maletero para colocar los palos—. ¿Qué pasó con el tío que había aparcado aquí? ¿Te fijaste en que cuando llegamos había un coche? Pero en el campo no vi a nadie, ahora que lo pienso. ¿Y tú?

Contesté que no.

—Un misterio —dijo. Y otra vez—: En fin.

Era una expresión que yo había oído muchas veces en mi infancia, y dicha en el mismo tono. Un puente entre una cosa y otra, una conclusión o una forma de decir algo que no podía decirse más claramente, ni pensarse.

«El fin del pozo está en el pozo», era el chiste para contestar.

La tormenta había malogrado la fiesta junto a la piscina. Eran demasiados invitados para meterse en casa, y los que tenían hijos habían preferido marcharse.

En el camino de vuelta, tanto Mike como yo habíamos notado —y lo habíamos comentado— una picazón en los antebrazos, en el dorso de las manos y alrededor de los tobillos. Lugares que habíamos tenido al descubiertos al acucillarnos entre la maleza. Me acordé de las ortigas.

Sentados en la cocina de Sunny, ya con ropa seca, contamos la aventura y mostramos las ronchas.

Sunny sabía qué hacer. La del día anterior con Claire no había sido su primera visita a la sala de urgencias del hospital local. Otro fin de semana, los niños se habían metido en un terreno

fangoso, detrás del establo, y habían vuelto cubiertos de manchas y verdugones. El médico había dicho que debían de haber rozado ortigas. Que se habrían revolcado en ellas, había dicho exactamente. Había recetado compresas frías, una loción antihistamínica y unas píldoras. En el frasco aún quedaba loción, y también quedaban píldoras porque Mark y Gregory se habían curado enseguida.

Dijimos que píldoras no; lo nuestro no parecía tan serio.

Sunny contó que había hablado con la mujer de la gasolinera, y que según ella había una planta con cuyas hojas se hacía el mejor cataplasma para las ronchas de ortiga. Nada de píldoras ni porquerías, había dicho la mujer. La planta se llamaba algo así como pie de cordera. ¿Piscornera? La mujer había dicho que se la encontraba en cierto cruce de caminos, junto a un puente.

Sunny tenía muchas ganas de hacerlo; le encantaba la idea del remedio folclórico. Tuvimos que advertirle que la loción ya estaba allí, y pagada.

Pero ella disfrutaba velando por nosotros. En realidad, nuestra tribulación puso a toda la familia de buen humor, los apartó de los inconvenientes del día de tormenta y los planes cancelados. El hecho de que hubiésemos resuelto irnos juntos y hubiésemos vivido una aventura —una aventura cuyas pruebas llevábamos en el cuerpo—, parecía despertar en Sunny y Johnston un entusiasmo provocativo. Graciosas miradas de él, una solicitud encendida de parte de ella. Por supuesto que si hubiéramos aportado pruebas de verdadera mala conducta —abrojos en el trasero, manchas rojas en los muslos y el vientre—, no habrían sido tan encantadores e indulgentes.

A los chicos los divertía vernos sentados con los pies en sendas palanganas, los brazos y las piernas envueltos en trapos gruesos. A Claire la deleitaba en especial la visión de nuestros pies adultos disparatadamente expuestos. Mike retorció los largos dedos y ella rompió en ataques de risa alarmada.

Bien. Si alguna vez volvíamos a encontrarnos sería lo mismo de siempre. O si no nos encontrábamos más. Un amor inútil, consciente de su lugar. (Alguien había dicho que irreal, porque nunca se arriesgaría a partirse el cuello, a transformarse en un chiste malo o a consumirse tristemente). Nada arriesgado y sin embargo vivo como un hilo de agua dulce, una fuente subterránea. Con el peso de ese nuevo silencio, ese sello.

En todos los años de nuestra amistad menguante nunca le pedí a Sunny noticias de él, ni las tuve.

Esas plantas de grandes flores púrpuras no son ortigas. He descubierto que se llaman algo así como dactilorizas. Las ortigas entre las que seguramente nos metimos son plantas más insignificantes, sus flores son de un púrpura más claro y tienen tallos malignamente provistos de espinas finas, feroces, penetrantes e inflamatorias. Aunque no las notáramos, también de éstas debió de haber habido en el prado baldío.

## Poste y viga

Lionel les contó cómo había muerto su madre.

Había pedido el estuche de maquillaje. Lionel le sostenía el espejo.

—Me llevará alrededor de una hora —había dicho ella. Crema, polvos faciales, delineador, mascarilla, barra de labios, colorete. Era lenta y temblaba, pero no había hecho un mal trabajo.

—No has tardado una hora —había dicho Lionel.

—No, no hablaba de eso.

Hablaba de morirse.

El le había preguntado si quería que llamase a su padre. El padre de él, el marido de ella, el pastor.

Ella había dicho: «¿Para qué?».

Había errado en la predicción por apenas cinco minutos, más o menos.

Estaban sentados detrás de la casa —la casa de Lorna y Brendan—, en una terracita que miraba a la ría de Burrard y las luces de Point Grey. Brendan se levantó a mover el aspersor a otra franja de césped.

Lorna había conocido a la madre de Lionel hacía pocos meses. Una mujer bonita, menuda, de pelo blanco y un encanto arrollador, que había llegado a Vancouver desde un pueblo de las Rocosas para ver la gira de la *Comédie Française*. Lionel le había pedido a Lorna que los acompañara. Después de la función, mientras Lionel la ayudaba a ponerse la capa de terciopelo azul, la madre le había dicho a Lorna:

—Qué alegría me da conocer a la *belle amie* de mi hijo.

—No exageremos con el francés —había dicho Lionel.

Lorna ni siquiera sabía muy bien qué significaba *belle amie*. ¿Bella amiga? ¿Amante?

Lionel la había mirado alzando las cejas por encima del hombro de su madre. Como avisando: «Nada de lo que diga es culpa mía».

En un tiempo, Lionel había sido alumno de Brendan en la universidad. Un diamante sin pulir de sólo dieciséis años. La mente matemática más brillante que Brendan había conocido. Después, Lorna se había preguntado si la insólita generosidad de Brendan con los estudiantes talentosos no lo habría llevado a dramatizar. También debido al giro que habían tomado los acontecimientos. Si bien Brendan se había desprendido del fardo irlandés —la familia, la iglesia, las canciones sentimentales— tenía debilidad por los cuentos trágicos. Y por cierto que, después del comienzo

deslumbrante, Lionel había sufrido una especie de colapso nervioso y tras una temporada en el hospital se había perdido de vista. Hasta que Brendan se lo había topado en el supermercado y había descubierto que vivía a dos kilómetros de su casa, allí en Vancouver norte. Había dejado del todo las matemáticas y trabajaba en la editorial de la Iglesia anglicana.

—Ven a vernos —había dicho Brendan. Notaba a Lionel algo desamparado y solitario—. Ven, así conocerás a mi mujer.

Estaba contento de tener un hogar, de poder invitar a gente.

—De modo que no me imaginaba cómo serías —dijo Lionel cuando le contó aquello a Lorna—. Pensé que a lo mejor eras espantosa.

—Caramba —exclamó Lorna—. ¿Por qué?

—Qué sé yo. Esposas.

Iba a verlos por las noches, cuando ya se habían acostado los niños. Cada leve intrusión de la vida doméstica —un llanto de bebé llegándoles por una ventana abierta, la reprimenda de Brendan a Lorna por dejar los juguetes en la hierba en vez de guardarlos en el arenero, o preguntando desde la cocina si había comprado limas para el gin-tonic—, parecía provocarle a Lionel un estremecimiento, una tensión en su cuerpo angosto y su cara alerta y desconfiada. Entonces tenía que haber una pausa, un retroceso apreciable en cuanto al contacto humano. Una vez, muy despacio, con la melodía de *O Tannenbaum*, se había puesto a cantar: *Vida de hogar, vida de hogar*. Sonreía levemente en la penumbra, o eso creyó Lorna. La sonrisa le había recordado a la de su hija de cuatro años, Elizabeth, cuando susurraba en público un comentario escandaloso al oído de mamá. Una sonrisita secreta, satisfecha, algo alarmada.

Lionel subía la colina en su alta bicicleta anticuada, en una época en que casi nadie usaba bicicleta salvo los niños. Nunca se cambiaba la ropa con la que iba a trabajar. Pantalones oscuros, una camisa blanca siempre sobada, raída en los puños y el cuello, y una corbata anodina. La noche de la *Comédie Française* había añadido al atuendo una chaqueta de *tweed* de hombros demasiado anchos y mangas demasiado cortas. Tal vez no tuviera más ropa.

«Trabajo para ganarme el pan —decía—. Y ni siquiera en la viña del Señor. En la diócesis del arzobispo».

Y: «A veces pienso que estoy en una novela de Dickens. Y lo raro es que Dickens no me gusta».

Por lo general hablaba con la cabeza ladeada, los ojos puestos un poco más allá de Lorna. Tenía una voz leve y rauda, a veces transida de una exaltación nerviosa. Todo lo refería con cierto azoramiento. Hablaba del despacho en donde trabajaba, en el edificio que estaba detrás de la catedral. De las pequeñas ventanas góticas y la madera barnizada (para imponer un aire eclesiástico), el portasombreros y el paraguero (que por alguna razón lo llenaba de una profunda melancolía), la mecanógrafa Janine y la editora de *Noticias de la Iglesia*, la señora Penfound. El esporádico visitante, espectral y desencajado arzobispo. Había una batalla inconclusa por los saquitos de té entre Janine, que los prefería, y la señora Penfound, que no los rechazaba.

Todo el mundo masticaba algo en secreto sin compartirlo jamás. Janine, caramelos; Lionel, garrapiñadas de almendra. Cuál sería el placer secreto de la señora Penfound era algo que ni él ni Janine habían logrado descubrir, porque la señora Penfound no tiraba los envoltorios a la papelera. No obstante siempre tenía las mandíbulas subrepticamente atareadas.

Mencionaba el hospital en donde lo habían internado un tiempo y explicaba cómo se parecía al

despacho en cuanto a lo de comer a escondidas. A los secretos en general. Pero había una diferencia y era que de vez en cuando en el hospital lo maniataban a uno para conectarlo, decía, al enchufe de la luz.

—Era muy interesante. En realidad era atroz. Pero no puedo describirlo. Eso es lo extraño. Lo recuerdo pero no puedo describirlo.

A causa de lo sucedido en el hospital, decía, andaba un tanto escaso de recuerdos. Escaso de detalles. Le gustaba incitar a Lorna a contarle los suyos.

Ella le contó cosas sobre su vida antes de casarse con Brendan. De las dos casas exactamente iguales que se alzaban una al lado de la otra en la ciudad de su infancia. Enfrente había un canal profundo llamado Arroyo Tinto porque solía arrastrar agua coloreada debido a los vertidos de la fábrica de tejidos. Detrás había un prado silvestre adonde supuestamente las niñas no debían ir. En una de las casas vivía ella con su padre; en la otra vivían la abuela, la tía Beatrice y la prima Polly.

Polly no tenía padre. Eso era lo que se decía y lo que entonces Lorna creía sinceramente. Polly no tenía padre, igual que un gato *Manx* no tiene cola.

En la sala de estar de la abuela había un mapa de Tierra Santa, tramado con lana de muchos colores, que mostraba los lugares bíblicos. En su testamento, la abuela lo legó a la Escuela Dominical de la Iglesia Unida. Desde los tiempos de su olvidada desgracia, la tía Beatrice no hacía vida social que incluyera hombre alguno, y era tan maniática al respecto que era fácil imaginar la inmaculada concepción de Polly. Las únicas dos enseñanzas que Lorna había recibido de tía Beatrice eran que había que pasar la plancha sobre las costuras al sesgo y no por encima, para que no dejara marcas, y que no se debían usar blusas transparentes sin algo debajo que escondiera el tirante del sujetador.

—Sí, claro. Sí —dijo Lionel. Estiró las piernas como si la consideración le llegara hasta la punta de los pies—. Y ahora vamos a por Polly. Fuera de esa familia bendita, ¿cómo es Polly?

Polly era magnífica, contestó Lorna. Rebotante de energía, sociable, bondadosa, segura.

—Vaya —dijo Lionel—. Háblame otra vez de la cocina.

—¿Qué cocina?

—La que no tenía canario.

—La nuestra.

Describió cómo frotaba la cocina económica con papel parafinado hasta dejarla brillante, los ennegrecidos estantes que albergaban las sartenes, el fregadero y el espejito que estaba arriba — en una de cuyas esquinas faltaba un triángulo de cristal— y el pequeño cuenco metálico —hecho por su padre— donde siempre había un peine, un asa de jarra vieja y un frasquito de carmín seco que seguramente había pertenecido a su madre.

Le contó el único recuerdo que tenía de su madre. Un día de invierno, estaba con ella en la ciudad. Entre la acera y la calzada había nieve. Ella, que acababa de aprender a leer la hora, había mirado el reloj de la oficina de correos y visto que ya era el momento de la radionovela que cada día escuchaban juntas. Se había preocupado mucho, no por perderse el capítulo, sino por no saber qué le pasaría a la gente de la historia si la radio estaba encendida sin que ella y su madre la escucharan. Era más que preocupación lo que sentía; era horror de pensar que, por una ausencia casual o azarosa, las cosas pudieran perderse, no suceder.

E incluso en aquel recuerdo la madre era sólo una cadera y un hombro bajo un abrigo grueso.

Lionel dijo que él no tenía una percepción mucho más cabal de su padre, y eso que su padre estaba vivo. ¿Una sobrepelliz o un frufú? Lionel y su madre solían apostar cuánto se pasaría el padre sin hablarles. Una vez le había preguntado a ella qué lo tenía tan furioso, y ella había contestado que realmente no lo sabía.

—Pienso que a lo mejor no le gusta su trabajo —había dicho.

—¿Por qué no se busca otro? —había preguntado Lionel.

—Quizá no se le ocurre ninguno que le guste.

Entonces Lionel recordó que en una visita con su madre al museo lo habían asustado las momias, y que ella le había dicho que no estaban muertas de verdad, que cuando todos se iban a casa las dejaban salir de los ataúdes. Entonces él había preguntado: «¿Y papá no será una momi?». Su madre creyó que había dicho mami en vez de momi<sup>[2]</sup> y más adelante contaría aquella anécdota como una broma, pero desalentado como estaba él no la había corregido. Un desaliento inmenso, a una edad tan temprana, frente al sustancial problema de la comunicación.

Era uno de los pocos recuerdos que conservaba.

Brendan se echó a reír; la historia le hacía más gracia que a Lorna y Lionel. Se sentaba un rato con ellos, decía «¿De qué estáis parlotando vosotros dos?» y con cierto alivio, como si de momento ya hubiera cumplido, se levantaba diciendo que tenía trabajo y entraba en la casa. Como si la amistad entre ellos lo hiciera feliz; como si en cierto modo la hubiera previsto y suscitado. Pero su conversación lo inquietaba.

—Le hace bien venir a pasar un rato normal en vez de quedarse sentado en su habitación —le decía a Lorna—. Por supuesto que te tiene ganas. Pobre cabrón.

Le gustaba decir que los hombres le tenían ganas a Lorna. Sobre todo cuando iban a una fiesta de profesores y ella era la esposa más joven. A ella la habría incomodado que alguien lo oyera, a menos que lo tomase como una exageración absurda y fantasiosa. Pero a veces, en especial si estaba algo borracha, pensar que acaso fuera tan universalmente atractiva la excitaba tanto como a Brendan. Estaba bastante segura, sin embargo, de que en el caso de Lionel no era cierto y esperaba que delante de él Brendan nunca insinuara algo así. Recordaba cómo la había mirado Lionel por encima del hombro de su madre. En el gesto había impugnación, cierta advertencia sutil.

No le contó a Brendan lo de los poemas. Cada semana, más o menos, le llegaba por correo un poema en un sobre rigurosamente sellado. No eran anónimos: los firmaba Lionel. La firma era apenas un garabato difícil de interpretar; pero lo mismo pasaba con las palabras. Por suerte nunca había muchas —a veces una o dos docenas en total— y, como inciertas huellas de pájaros, cruzaban la página en una curiosa trayectoria. A primera vista, Lorna nunca distinguía nada. Luego descubrió que, en vez de esforzarse, le valía más sostener la página ante los ojos y mirarla largo rato como si hubiera entrado en trance. Con el tiempo, las palabras solían aparecer. No todas: en cada poema le quedaban dos o tres por discernir; pero eso no importaba demasiado. No había otra puntuación que los guiones. La mayoría de las palabras eran sustantivos. Lorna no estaba acostumbrada a la poesía y no abandonaba fácilmente lo que no entendía enseguida. Pero con los poemas de Lionel le pasaba más o menos lo mismo que con el budismo: eran un recurso que quizá comprendiera y le sirviese en el futuro, pero que de momento se le escapaba.

Después de recibir el primero, se había torturado pensando qué iba a decir. Algo agradecido pero no estúpido. Pero sólo le había salido un «Gracias por el poema» en un momento en que

Brendan no podía oírla. Había tenido cuidado de no decir «Me gustó». Lionel había asentido bruscamente y sellado la conversación con un sonido. Los poemas siguieron llegando y nunca volvieron a mencionarse. Lorna empezó a pensar que quizá no debía considerarlos mensajes sino ofrendas. Pero no ofrendas de amor, como por ejemplo habría supuesto Brendan. No contenían ni una pizca de sentimientos de Lionel hacia ella, nada personal. Le recordaban a las tenues marcas que a veces se atisban en las aceras en la estación primaveral: sombras que dejaron hojas húmedas aplastadas el año anterior.

Había otra cosa, más urgente, que tampoco le había comentado a Brendan. Ni a Lionel. No había dicho que estaba a punto de visitarlos Polly. La prima Polly venía a casa.

Polly era cinco años mayor que Lorna y desde que había acabado el bachillerato trabajaba en el banco del pueblo. Ya en una ocasión había ahorrado casi el dinero suficiente para el viaje, pero había decidido invertirlo en una bomba para el pozo negro. Ahora no obstante estaba en camino en autocar. A ella le parecía naturalísimo y apropiado visitar a su prima y a su marido y a la familia de su prima. A Brendan se le iba a antojar casi una intrusión, algo que nadie tenía por qué hacer si no lo invitaban. No era hostil a las visitas —ahí estaba Lionel—, pero le gustaba decidir a él. Todos los días, Lorna pensaba cómo decírselo. Todos los días lo postergaba.

Y no era un asunto que pudiera tratar con Lionel. Con él no se podía hablar de nada que se considerase un problema serio. Hablar de problemas significaba buscar soluciones, esperar encontrarlas. Y eso no era interesante; no manifestaba una actitud interesante hacia la vida. Antes bien, una expectativa hueca y pesada. A Lionel no lo entretenía escuchar angustias corrientes ni emociones sencillas. Prefería que las cosas fueran pasmosas e insoportables y no obstante, irónica y aun alegremente, soportadas.

Lorna le había contado algo que quizá fuese aventurado. Le había contado que había llorado el día de su boda e incluso durante la ceremonia. No obstante se las había ingeniado para bromear, describiendo cómo le había sido imposible sacar un pañuelo, porque Brendan no quería soltarle la mano, y había tenido que seguir moqueando. Y de hecho no lloraba porque no quisiera casarse o no amase a Brendan. Lloraba porque de pronto todo en su hogar le parecía valioso —aunque siempre hubiera pensado en marcharse— y no concebía que pudiese estar nunca más unida a nadie que a esas personas, por mucho que constantemente les hubiera escondido su intimidad. Lloraba porque el día anterior, mientras limpiaban los estantes de la cocina y fregaban el suelo, Polly y ella habían reído juntas y ella, como en una obra dramática, había declamado adiós linóleo, adiós raja en la tetera, adiós chicle que pegué debajo de la mesa, adiós, adiós.

Por qué no le dices que lo olvide y listo, había dicho Polly. Pero desde luego no lo decía en serio, estaba orgullosa y también lo estaba Lorna, dieciocho años, sin haber tenido ningún novio de verdad, y allí estaba casándose con un treintañero guapo, un profesor.

De todos modos había llorado, y en los primeros tiempos del matrimonio había vuelto a llorar cada vez que recibía cartas de casa. Brendan la había pillado.

—Quieres mucho a tu familia, ¿no?

Como el tono le sonaba comprensivo, ella había dicho:

—Sí.

Él había suspirado.

—Me parece que los quieres más que a mí.

Ella había respondido que no era cierto, sólo que a veces su familia le daba pena. La vida era

dura para ellos, la abuela daba año tras año el cuarto curso y tenía los ojos tan mal que apenas podía escribir en la pizarra; tía Beatrice demasiado angustiada por no tener un empleo; el padre de Lorna trabajando siempre en una ferretería ajena.

—¿Vida dura? —había preguntado Brendan—. ¿Qué? ¿Los tienen en un campo de concentración?

Luego había agregado que en este mundo hacía falta sentido común. Y Lorna se había tumbado en la cama matrimonial y había dado rienda suelta a uno de esos ataques de llanto furioso que no la avergonzaba recordar. Al cabo de un rato, Brendan había ido a consolarla, aunque convencido aún de que las mujeres siempre lloraban cuando no podían ganar una discusión de otra forma.

Lorna había olvidado ciertos detalles del aspecto de Polly. Que era muy alta, por ejemplo, que tenía el cuello largo, la cintura estrecha y el pecho casi plano. Pequeña barbilla despareja y boca irónica. Piel pálida y pelo corto, castaño claro, fino como un plumaje. Una apariencia a un tiempo frágil y resistente, como una margarita de tallo largo. Llevaba una falda de mezclilla con volantes de encaje.

Brendan se había enterado de su llegada hacía cuarenta y ocho horas. Polly había telefoneado desde Calgary, a cobro revertido, y se había puesto él. Después había hecho tres preguntas, en tono distante pero sereno.

¿Cuánto tiempo se quedará?

¿Por qué no me lo habías dicho?

¿Por qué ha llamado a cobro revertido?

—No lo sé —dijo Lorna.

En ese momento, preparando la cena en la cocina, Lorna se esforzaba por oír de qué hablaban. Brendan acababa de entrar. No había alcanzado a oír su saludo, pero la voz de Polly era alta y de una jovialidad atrevida.

—El caso es que he empezado con mal pie, Brendan, escucha y verás. Vamos andando Lorna y yo calle abajo, desde la parada, y yo digo: «Ostras, vaya barrio más fino te has buscado, Lorna», y luego voy y digo: «Pero mira esa casa, ¿qué hace aquí? Si parece un establo».

No habría podido empezar peor. Brendan estaba sumamente orgulloso de su casa. Era contemporánea, construida en el estilo llamado poste y viga. Las casas poste y viga no se pintaban; la idea era que se integrasen en los bosques originarios. Desde el exterior, el efecto era el de una construcción sencilla, funcional, con techo plano y saledizo. Dentro las vigas estaban a la vista y la madera sin revestimiento. Había una chimenea de piedra que subía hasta el cielo raso y ventanas largas sin cortinas. Aquí la arquitectura ocupa un lugar preeminente, les había dicho el constructor y, cuando le mostraba la casa a alguien, Brendan repetía no sólo esa frase sino también la palabra «contemporánea».

No se molestó en repetírsela a Polly, ni en sacar la revista con el artículo sobre el estilo y con fotos de casas parecidas, aunque no de ésa en particular.



Polly había traído consigo la costumbre del pueblo de empezar cada frase por el nombre de la persona específica a la cual iba dirigida. «Lorna», decía, o bien «Brendan», y a Lorna, que la había olvidado, esa forma de hablar le parecía algo perentoria y grosera. Sabía que ser grosera no era la intención de Polly, que estaba haciendo un esfuerzo considerable y valiente por fingir comodidad. Y al comienzo había procurado incluir a Brendan. Las dos, en realidad, habían abundado en explicaciones sobre cualquiera que nombrasen; pero no había resultado. Brendan no hablaba sino para recordar a Lorna que faltaba algo en la mesa o señalar que a Daniel se le estaba cayendo la papilla al suelo.

Polly siguió hablando mientras ayudaba a Lorna a levantar la mesa y luego mientras fregaban. Por lo general, Lorna bañaba a los niños y los acostaba antes de lavar los platos, pero esa noche los nervios —veía a Polly al borde del llanto— le impedían hacer las cosas en orden. Dejó que Daniel gateara por el suelo mientras Elizabeth, siempre interesada en los acontecimientos sociales y los nuevos personajes, se quedaba a escuchar la conversación. La situación se alargó hasta que Daniel tiró al suelo su sillita alta —no encima de él, por suerte, aunque se puso a aullar de miedo— y Brendan llegó desde la sala.

—Parece que hemos pospuesto la hora de ir a la cama: —comentó retirando al niño de los brazos de Lorna—. Elizabeth, ve a prepararte para el baño.

Polly había pasado de hablar de la gente del pueblo a describir la situación en casa. Nada buena. El dueño de la ferretería —un hombre a quien el padre de Lorna siempre había mencionado más como amigo que como jefe—, había vendido el negocio sin decir palabra hasta consumarlo todo. El nuevo dueño estaba expandiendo la empresa, al tiempo que perdía mercado frente a Canadian Tire, y no había día que no tuviera una pelea con el padre de Lorna. El padre de Lorna volvía a casa tan desanimado que sólo quería echarse en el sofá. No le interesaban el periódico ni el informativo. Tomaba bicarbonato, pero se negaba a hablar de sus dolores de estómago.

Lorna explicó que en una carta el padre había minimizado esos problemas.

—Bueno, es lo que suele hacer, ¿verdad? —dijo Polly—. Contigo.

El mantenimiento de las dos casas era una pesadilla constante, contó Polly. Habrían debido trasladarse todos a una y vender la otra, pero ahora que la abuela se había jubilado no paraba de enzarzarse con la madre de Lorna, y el padre de Lorna no soportaba la perspectiva de vivir con las dos. Muchas veces a Polly le entraban ganas de largarse y no volver más, pero ¿cómo se las arreglarían sin ella?

—Tú tendrías que hacer tu vida —dijo Lorna. Se sentía rara dando consejos a Polly.

—Oh, claro, claro —replicó Polly—. Me tendría que haber ido mientras las cosas estaban bien, supongo que tendría que haber hecho eso. Pero ¿cuándo han estado bien? Que yo recuerde, nunca. Para empezar, ya me sorprendió que tú pudieras acabar el instituto.

Lorna había hablado con voz apenada y comprensiva, pero se negaba a dejar su tarea para responder a las noticias de Polly como cabía. Las aceptaba como si se refiriesen a gente que conocía y quería, pero de la cual ella no era responsable. Imaginó a su padre echado en el sofá al anochecer, dormitando con unos dolores que se negaba a admitir, y a tía Beatrice al lado, preocupada por lo que se decía de ella, temerosa de que se rieran a sus espaldas o escribieran cosas en los muros. Llorando porque había ido a la iglesia con los tirantes a la vista. A Lorna le

dolía pensar en su casa, pero no podía evitar la sensación de que Polly estaba machacándola, intentando que en cierto modo capitulara, envolviéndola en una desdicha íntima. Y estaba decidida a no ceder.

*Pero haz el favor de mirarte. Fíjate en tu vida. Tu fregadero de acero inoxidable. Tu casa donde lo que se destaca es el diseño.*

—Creo que si me fuese ahora me sentiría demasiado culpable —dijo Polly—. No lo podría aguantar. Me remordería la conciencia.

*Claro que a algunos no les remuerde nunca. Hay gente que nunca se siente culpable.*

—Menuda ristra de desgracias te has tragado —dijo Brendan cuando ya estaban acostados juntos en la oscuridad.

—Todo pasa en su cabeza —matizó Lorna.

—Sólo recuerda una cosa: no somos millonarios.

Lorna se sobresaltó.

—No quiere dinero.

—¿De veras?

—No es eso lo que me reclama.

—Yo no estaría tan seguro.

Ella se había puesto rígida. No contestó. Luego se le ocurrió algo que tal vez animara a Brendan.

—Sólo se quedará dos semanas.

Esta vez él no replicó.

—¿No te parece bonita?

—No.

Estuvo a punto de contarle que Polly le había hecho el vestido de novia. Ella tenía el plan de casarse con el traje azul marino, pero unos días antes de la boda Polly había dicho «Esto no sirve». De modo que cogió su propio vestido de noche del instituto (Polly siempre había sido más popular que Lorna, había ido a muchos bailes), le puso puntillas blancas y le cosió mangas de encaje. Porque, había dicho, una novia no puede presentarse sin mangas.

Pero ¿a él qué podía importarle?

Lionel se había ido fuera unos días. Su padre acababa de jubilarse y él lo estaba ayudando con el traslado desde el pueblo de las Rocosas hasta Vancouver Island. Un día después de la llegada de Polly, Lorna recibió una carta suya. No un poema sino una verdadera carta, si bien muy breve.

Soñé que te llevaba en mi bicicleta. Íbamos bastante rápido. No parecía que estuvieras asustada, aunque quizá deberías haberlo estado. No tenemos ninguna obligación de interpretarlo.

Brendan había salido temprano. Estaba enseñando en la escuela de verano y dijo que comería en la cafetería. En cuanto él se hubo ido, Polly salió de su habitación. En vez de la falda con volantes llevaba puestos pantalones y no dejaba de sonreír, como absorta en una idea graciosa.

Hacía leves fintas con la cabeza para eludir los ojos de Lorna.

—Será mejor que salga a ver un poco Vancouver —dijo—. Porque no parece que vaya a tener otra oportunidad.

Lorna marcó ciertos lugares en un mapa, le dio direcciones y se excusó por no acompañarla, pero con los niños sería más un fastidio que un placer.

—Oh, no. No. No esperaba que vinieras. No he venido para que te ocupes de mí todo el tiempo.

Elizabeth percibió la tensión que había en la atmósfera. Dijo:

—¿Por qué somos un fastidio?

Lorna hizo dormir a Daniel una siesta temprana y cuando el niño se despertó lo puso en el cochecito y le dijo a Elizabeth que irían a los columpios. Los columpios que había elegido no eran los del parque vecino; estaban colina abajo, cerca de la calle donde vivía Lionel. Lorna sabía su dirección, si bien nunca había visto su casa. Sabía que era una casa, no un edificio de apartamentos. Lionel vivía en una habitación del piso de arriba.

No tardó mucho en llegar, aunque, teniendo que empujar el cochecito colina arriba, sin duda a la vuelta tardaría más. Pero ya había entrado en la zona antigua de Vancouver, donde las casas eran más pequeñas y estaban como encajadas en terrenos angostos. Junto a uno de los timbres se leía el nombre de Lionel y junto al otro, «B. Hutchinson». Lorna sabía que la señora Hutchinson era la patrona. Apretó ese timbre.

—Sé que Lionel está de viaje y siento molestarla —dijo—. Pero le he prestado un libro que es de la biblioteca y el plazo de entrega ha vencido. Por eso se me ha ocurrido si no podría entrar en su apartamento a ver si lo encuentro.

La patrona dijo:

—Ya. —Era una anciana con un eterno pañuelo en la cabeza y grandes manchas oscuras en la cara.

—Mi marido y yo somos amigos de Lionel. Mi marido fue profesor suyo en la universidad.

La palabra «profesor» siempre daba resultado. Lorna obtuvo la llave. Aparcó el cochecito a la sombra de la casa y dejó a Elizabeth cuidando a Daniel.

—Aquí no hay columpios —se quejó Elizabeth.

—Tengo que subir sólo un momento. Vuelvo corriendo, ¿de acuerdo?

La habitación de Lionel tenía al fondo una alcoba con una cocina de dos hornillos y un armario. Ni nevera ni otro fregadero que el del cuarto de baño. Había una persiana americana trabada a mitad del cristal y un cuadrado de linóleo con el motivo tapado con pintura marrón. Olía ligeramente a gas mezclado con vahos de ropa gruesa sin ventilar, sudor y desodorante con fragancia de pino que Lorna aceptó, sin pensar mucho y sin ningún disgusto, como el olor íntimo de Lionel.

Aparte de eso, el lugar casi no ofrecía pistas. Lorna no había ido en busca de un libro, por supuesto, sino para estar un momento en el espacio en donde él vivía, respirar su aire, mirar por su ventana. Desde allí se veían otras casas, probablemente divididas como aquella en pequeños apartamentos, sobre la falda boscosa de Grouse Mountain. La desnudez, el carácter anónimo de la habitación eran de una severidad desafiante. Cama, escritorio, mesa, silla. Apenas lo indispensable para que el anuncio pudiera presentar un apartamento amueblado. Lionel debía de haber encontrado hasta la colcha de chenilla. Ningún cuadro —ni siquiera un almanaque— y, lo

más sorprendente, ningún libro.

En algún lugar tenía que haber cosas escondidas. ¿En los cajones del escritorio? No podía mirar. No sólo porque no tenía tiempo —ya oía a Elizabeth llamándola desde la acera—, sino porque al no haber nada personal se le hacía más intensa la percepción de Lionel. Y no únicamente de su austeridad y sus secretos, sino también de una vigilancia, casi como si hubiera tendido una trampa y estuviera observando qué hacía ella.

Lo que en realidad quería Lorna era dejarse de investigar y sentarse en el suelo en medio del cuadrado de linóleo. Pasarse horas sentada, no tanto mirando como sumergiéndose en la habitación. Quedarse en ese lugar donde no había nadie que la conociera ni necesitara nada de ella. Quedarse un tiempo largo, muy largo, volverse liviana, ligera como una aguja.

La mañana del sábado, Lorna, Brendan y los niños tenían que ir hasta Penticton. Un alumno los había invitado a su boda. Pasarían allí la noche del sábado y todo el domingo y volverían el lunes por la mañana.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Brendan.

—No hay problema. No espera que la llevemos.

—Pero *¿se lo has dicho?*

Lorna y Polly pasaron el martes en Ambleside Beach. Fueron con los niños en autobús, cambiando dos veces de línea, cargadas de toallas, juguetes de playa, pañales, comida y el delfín inflable de Elizabeth. Los aprietos físicos en que se vieron, y la irritada consternación que el grupo suscitaba en los demás pasajeros, les provocaron una reacción peculiarmente femenina: un estado de ánimo cercano a la hilaridad. También ayudaba alejarse de la casa donde Lorna era esposa por encima de todas las cosas. Llegaron a la playa con un aire triunfal de batiburrillo ambulante; plantaron el campamento y se turnaron para bañarse mientras vigilaban a los niños e iban a buscar bebidas, polos y patatas fritas.

Lorna estaba algo bronceada; Polly, en absoluto. Estiró una pierna al lado de Lorna y dijo:

—Fíjate. Masa sin cocer.

Con el trabajo que le daban las dos casas y el empleo en el banco, explicó, no tenía ni un cuarto de hora libre para echarse al sol. Pero ahora hablaba despreocupadamente, sin ese tono virtuoso y plañidero. Había caído esa atmósfera amarga que la había envuelto como un viejo paño de cocina. Se las había arreglado sola en Vancouver, y era la primera vez que lo hacía en una ciudad. Había hablado con extraños en la cola del autobús, había preguntado qué valía la pena ver y por consejo de alguien había cogido el teleférico a la cima de Grouse Mountain.

Tendida en la arena, Lorna le dio explicaciones.

—Para Brendan, esta época del año es mala. La escuela de verano destroza los nervios, hay que hacer un modelo en poquísimos tiempo.

—¿Ah, sí? —preguntó Polly—. ¿Entonces no es por mí?

—No digas estupideces. Claro que no es por ti.

—Vaya, qué alivio. Pensé que le revolvía las tripas.

Luego habló de un hombre del pueblo que quería salir con ella.

—Es demasiado serio. Busca mujer. Supongo que Brendan también la buscaba, pero supongo que tú estabas enamorada.

—Estaba y estoy —matizó Lorna.

—Pues yo creo que no. —Polly hablaba con la cara apoyada sobre el codo—. Me figuro que igual puede funcionar si alguien te gusta y sales con él y decides verle lo bueno.

—Bien, ¿y qué es lo bueno? —Lorna se había sentado para poder ver a Elizabeth subida a su delfín.

—Déjame pensar un momento —dijo Polly riendo—. No. Hay cantidad de cosas. Sólo me hago la mala.

Mientras recogían juguetes y toallas, admitió:

—La verdad, no me importaría que mañana hiciéramos esto otra vez.

—A mí tampoco —dijo Lorna—, pero tengo que prepararme para ir al Okanagan. Nos han invitado a una boda. —Procuró que sonara como una tarea doméstica, algo que no se había molestado en mencionar porque era desagradable y aburrido.

Polly dijo:

—Ah, caramba. Entonces puedo venir yo sola.

—Seguro. Deberías hacerlo.

—¿Dónde está el Okanagan?

La noche siguiente, después de acostar a los niños, Lorna fue a la habitación donde dormía Polly. Iba a sacar una maleta del armario suponiendo que Polly estaría aún en el cuarto de baño, aliviando la quemadura del sol con agua tibia y soda.

Pero Polly se encontraba en la cama, envuelta en la sábana como en una mortaja.

—Ya has salido del baño —dijo Lorna como si viese algo normal—. ¿Cómo estás de las quemaduras?

—Bien —contestó Polly con voz empañada.

Al instante, Lorna comprendió que había estado y probablemente estaba llorando. Se quedó a los pies de la cama, incapaz de irse. La había invadido una decepción como una enfermedad, una ola de disgusto. Polly no tenía intención de esconderse; se volvió en la cama para mirar hacia fuera, la cara arrugada e inerte, roja de sol, bañada en llanto. Nuevas lágrimas le brotaban de los ojos. Era un cúmulo de desdicha, una compacta acusación.

—¿Qué pasa? —preguntó Lorna. Fingía sorpresa y fingía compasión.

—Tú no quieres que esté aquí.

Ahora tenía los ojos clavados en Lorna, orlados no ya de lágrimas, amargura y denuncia, sino de la furiosa exigencia de que la abrazaran, la mecieran, la consolaran.

Lorna en cambio le habría pegado. ¿Quién te ha dado derecho?, quería decirle. ¿Por qué te pegas a mí de esta manera? ¿Quién te ha dado derecho?

La familia. La familia le da derecho. Polly ha ahorrado el dinero y planificado la huida con la idea de que Lorna debería acogerla. ¿Habría soñado con quedarse aquí y no volver nunca? ¿Con participar de la suerte de Lorna, de su mundo transformado?

—¿Y yo qué crees que puedo hacer? —preguntó Lorna, vilmente, para su propio asombro—. ¿Te crees que tengo algún poder? Si nunca me da más de veinte dólares cada vez.

Salió arrastrando la maleta.

Qué falso y repugnante era hablar de sus penas para hacer frente a las de Polly. ¿A qué venían

los veinte dólares por vez? Tenía una cuenta corriente y cuando pedía dinero él nunca se lo negaba.

No pudo dormir, mientras recriminaba a Polly mentalmente.

En el calor del Okanagan, el verano parecía más auténtico que en la costa. Las colinas de hierba pálida, la escasa sombra de los pinos de secano, daban al banquete de bodas una escenografía natural donde las reservas de champán, el baile, el coqueteo y un torrente de amistad instantánea y de buena disposición eran inagotables. Lorna no tardó en emborracharse y se sorprendió de cómo el alcohol facilitaba sacudirse las ataduras del ánimo. Se disipó la bruma del desamparo. Se fue a la cama borracha todavía, y lujuriosa, para provecho de Brendan. Hasta la resaca del día siguiente le pareció suave, más una limpieza que un castigo. Con sensación de fragilidad, pero sin ningún disgusto por sí misma, se echó a la orilla del lago a mirar cómo Brendan y Elizabeth hacían un castillo de arena.

—¿Sabías que papá y yo nos conocimos en una boda? —preguntó.

—No muy parecida a ésta, hay que aclarar —dijo Brendan.

Quería decir que aquella boda, de un amigo suyo con la hija de los McQuaig (los McQuaig eran una familia importante del pueblo de Lorna), había sido oficialmente sobria. La recepción era en el salón de la Iglesia Unida —Lorna estaba entre las chicas reclutadas para ofrecer bocadillos — y se había bebido de prisa, en el aparcamiento. Lorna no estaba acostumbrada a que los hombres olieran a whisky, y había pensado que Brendan llevaba un exceso de loción capilar. De todos modos había admirado los hombros anchos, el cuello de toro, la risa y esos autoritarios ojos castaño-dorados. Al enterarse de que era profesor de matemáticas también se había enamorado de lo que tenía en la cabeza. Todo conocimiento de un hombre que a ella le fuera extraño la entusiasmaba. Lo mismo habría dado un sabio en mecánica automotriz.

La atracción con que había respondido él parecía del orden del milagro. Más tarde ella se enteraría de que buscaba mujer; ya tenía cierta edad, era hora. Quería una muchacha joven. No colega, ni alumna, ni siquiera una de éstas que los padres enviaban a la universidad. No malcriada. Inteligente pero sin estropear. Una flor silvestre, decía en el arrebato de aquellos días, e incluso ahora de vez en cuando.

En el viaje de vuelta, en algún lugar entre Keremeos y Princeton, dejaron atrás la candente región dorada. Pero seguía brillando el sol y Lorna tenía apenas una leve molestia, como si se tratara de apartar un pelo de los ojos o de esperar a que se lo llevara una ráfaga.

Pero regresaba. Cada vez se hacía más ominoso y persistente, hasta que de pronto le provocó un respingo y Lorna acabó por reconocerlo.

Tenía miedo —y en parte la certeza— de que durante su viaje al Okanagan, Polly se hubiera suicidado en la cocina de la casa de Vancouver.

En la cocina. Lorna lo veía claramente. Veía exactamente la manera en que Polly podía haberlo hecho. Se habría ahorcado del lado de adentro de la puerta trasera. Cuando ellos volvieran, cuando entraran en la casa desde el garaje, encontrarían la puerta cerrada con llave. Usarían su llave e intentarían empujarla pero la masa del cadáver de Polly les impediría abrir.

Correrían a la puerta principal hasta la cocina, donde se encontrarían de bruces con la visión de Polly muerta. Llevaría la falda de mezclilla con volantes y la blusa blanca fruncida: el valeroso atuendo con que se había presentado a sondear su hospitalidad. Las largas piernas pálidas colgando, la cabeza fatalmente torcida sobre el cuello delicado. Delante la silla de cocina a la que se habría subido, y de la cual habría dado un paso al vacío, o un salto, para comprobar cómo la desgracia acababa consigo misma.

Sola en la casa de una gente que no la quería, donde hasta las paredes, las ventanas y la taza en que bebía el café habrían parecido despreciarla.

Lorna recordó el día en que la dejaron sola con Polly en la casa de la abuela, a cargo de Polly durante un día. Puede que su padre estuviera en la tienda. Pero creía recordar que el padre también se había marchado, que los tres adultos estaban fuera de la ciudad. Debía de haber sido una ocasión especial porque nunca se iban en viaje de compras, por no hablar de viaje de placer. Un funeral; casi seguro que un funeral. Era sábado, no había clases. De todos modos, Lorna era demasiado pequeña para ir a la escuela. No le había crecido tanto el pelo para llevar coletas. Le caía en mechones alrededor de la cabeza, igual que ahora a Polly.

Polly atravesaba una etapa de entusiasmo por hacer caramelo o cualquier plato sabroso del cuaderno de cocina de la abuela. Pastel de dátiles y chocolate, macarrones, tocino de cielo. Aquel día estaba mezclando algo cuando había notado que en la alacena faltaba un ingrediente. Había tenido que ir en bicicleta a encargarlo en la tienda del pueblo. El día estaba frío y ventoso; el suelo, desnudo: debía de ser a fines de verano o comienzos de primavera. Antes de salir, Polly había apretado el regulador de la cocina de leña. No obstante, no podía olvidar las historias de niños muertos en incendios caseros mientras las madres salían a por recados como aquél. Así pues, le había dicho a Lorna que se pusiera el abrigo y la llevó fuera, detrás del ángulo de la cocina con la parte principal de la casa, donde el viento no era tan fuerte. La otra casa debía de estar cerrada, pues de lo contrario no la hubiera dejado allí. Le había ordenado que esperase mientras ella iba a la tienda. Quédate aquí, no te muevas, descuida, había dicho. Luego le había dado un beso en la oreja. Lorna la obedecía al pie de la letra. En cuclillas detrás de la mata de lilas, se había pasado diez minutos, quizá quince, aprendiendo la forma de las piedras, las claras y las oscuras, de los cimientos de la casa. Hasta que Polly había irrumpido de vuelta y arrojado la bici en el patio mientras la llamaba a voces. Lorna, Lorna, y, al tiempo que dejaba caer la bolsa de azúcar moreno o de avellanas, la había besado en la cabeza. Pues se le había ocurrido que algún merodeador podía haber visto a Lorna e intentado secuestrarla; uno de esos hombres malos por culpa de los cuales se prohibía a las niñas salir al campo detrás de las casas. Todo el camino de vuelta había rezado para que no sucediera algo así. Y no había sucedido. Hizo entrar a Lorna rápidamente para calentarle las rodillas y las manos.

Ay, las pobres manecitas, decía. ¿Has tenido miedo? A Lorna le gustó aquella efusión y agachó la cabeza, para que la acariciase como a un poni.

Los pinos dieron paso a un bosque perenne más tupido; las bajas colinas pardas, al creciente verdeazul de las montañas. Daniel empezó a lloriquear y Lorna sacó el frasco de zumo. Más adelante le pidió a Brendan que parase para poder cambiarle los pañales al bebé en el asiento delantero. Mientras lo hacía, Brendan se alejó fumando un cigarrillo. La ceremonia de los pañales

siempre lo afrentaba un poco.

Lorna también aprovechó la oportunidad para sacar uno de los libros de cuentos de Elizabeth y en cuanto volvieron a instalarse se puso a leerlos a los niños. Era un libro del doctor Seuss. Elizabeth conocía todas las canciones y hasta Daniel tenía cierta idea de dónde encajar sus palabras inventadas.

Polly ya no era la persona que había frotado las manecitas de Lorna, la que sabía todo lo que Lorna ignoraba, esa persona en quien podía confiar que la cuidase. Todo estaba patas arriba y daba la impresión de que, en el tiempo transcurrido desde la boda de Lorna, Polly se había estancado. Lorna la había dejado atrás. Y ahora Lorna llevaba en el asiento trasero dos hijos que cuidar y querer, y era impropio de alguien de la edad de Polly ir a arañar lo que le tocaba.

Pensar estas cosas no le sirvió de nada. En cuanto hubo puesto el conflicto en su sitio, sintió el golpe del cadáver contra la puerta que intentaban empujar. El peso muerto, el cuerpo grisáceo. El cuerpo de Polly, a quien no le habían dado nada. Ni un lugar en la familia que había encontrado ni la esperanza del cambio que se avecinaba en sus sueños.

—Ahora lee *Madeline* —pidió Elizabeth.

—Me parece que no lo he traído —dijo Lorna—. No. No lo he traído. Pero qué importa, si te lo sabes de memoria.

Empezaron a recitarlo las dos juntas.

*En una casa de París cubierta de hiedra.  
Vivían doce niñas formando dos hileras.  
En dos filas perfectas comían sus patatas.  
Se lavaban los dientes y se iban a la cama.*

Es una estupidez, melodrama, culpa. No habrá sucedido.

Pero cosas así suceden. Hay gente que se derrumba; no reciben ayuda a tiempo. No reciben ninguna ayuda. Hay gente que se hunde en la oscuridad sin que nadie haga nada.

*Esa noche, a las doce menos diez  
Clavelina encendió el quinqué  
Y dijo: «Hay algo aquí que no va bien».*

—¿Por qué paras, mami? —preguntó Elizabeth.

Lorna dijo:

—Espera un minuto. Se me ha secado la boca.

En Hope comieron hamburguesas y batidos. Luego, cuando atravesaban Fraser Valley, los niños se durmieron. Todavía faltaba un rato. Hasta que llegaran a Chilliwack, hasta que llegaran a Abbotsford, hasta que vieran enfrente las colinas de New Westminster y las otras colinas coronadas de casas, las afueras de la ciudad. Quedaban todavía puentes que cruzar, curvas que tomar, calles que recorrer, esquinas que dejar atrás. Todo esto antes de. La próxima vez que Lorna viese cualquiera de esas cosas sería después de.

Cuando entraron en Stanley Park se le ocurrió rezar. Era una vergüenza: la plegaria oportunista



de una descreída. El incoherente que-no-pase, que-no-pase. *Que no haya pasado.*

El cielo seguía despejado. Desde el puente de Lion's Gate divisaron el estrecho de Georgia.

—¿Se ve Vancouver Island hoy? —preguntó Brendan—. Fíjate tú. Yo no puedo.

Lorna estiró el cuello para mirar por encima de él.

—Allá lejos —dijo—. Muy tenue, pero se ve.

Y con la visión de esas masas azules, cada vez más sutiles, por fin casi impalpables, que parecían flotar en el mar, pensó en la única salida que le quedaba. Hacer un trato. Creer que todavía era posible, que hasta el último minuto era posible hacer un trato.

Tenía que ser serio. Una promesa u ofrecimiento desgarrador y final. Toma esto. Te prometo esto. Si acaso no era cierto. Si acaso no había ocurrido.

Los niños no. Apartó aquel pensamiento de su mente, como si estuviera sacándolos de un incendio. Tampoco Brendan, por la razón contraria. No lo amaba lo suficiente. Solía decir que lo amaba, y en cierto modo lo decía en serio, y necesitaba que él la amase, pero junto al amor, casi todo el tiempo, se oía un leve zumbido de odio. Por eso ofrecerlo en trato a él habría sido repudiable; y además inútil.

¿Ella misma? ¿Su belleza? ¿Su salud?

Se le ocurrió que podía estar equivocada. En casos así tal vez no es una quien elige. No es una quien pone las condiciones. Sólo las descubre cuando se enfrenta con ellas. Una debe prometer que las cumplirá sin conocerlas. Prometer.

Pero de los niños ni hablar.

Subían por Capilano Road hacia su zona de la ciudad, el rincón del mundo donde sus vidas cobraban verdadero peso y sus acciones tenían consecuencias. Allí estaban, mostrándose entre los árboles, los inflexibles muros de madera de su casa.

—Por la puerta delantera será más fácil —dijo Lorna—. No habrá que subir escalones.

Brendan preguntó:

—¿Qué problema hay por un par de escalones?

—No he visto el puente —chilló Elizabeth, súbitamente despierta del todo y decepcionada—.

¿Por qué no me despertasteis para que viera el puente?

Nadie le respondió.

—A Daniel el sol le ha quemado todo el brazo —dijo con algo de satisfacción.

Lorna oyó voces y pensó que venían de la casa de al lado. Rodeó la casa detrás de Brendan. Daniel estaba apoyado en su hombro, profundamente dormido. Ella llevaba la bolsa de pañales y la de libros de cuentos y Brendan llevaba la maleta.

La gente cuyas voces había oído estaba en su jardín. Polly y Lionel. Habían arrastrado dos sillas para sentarse a la sombra. De espaldas a la vista.

Lionel. Lo había olvidado totalmente.

Levantándose de un salto corrió a abrirles la puerta trasera.

—La expedición ha regresado con todos los que partieron —comentó, con una voz que Lorna no creía haberle oído nunca.

Había en ella un entusiasmo natural, una confianza cómoda y apropiada. La voz de un amigo de la familia. Mientras mantenía la puerta abierta la miró a los ojos —algo que no había hecho casi

nunca— con una sonrisa despojada de cualquier perspicacia, voluntad de ocultamiento, complicidad irónica o devoción misteriosa. Habían desaparecido los enredos, los mensajes privados.

Ella procuró que todo eso resonara en su voz.

—Bien..., ¿y cuándo has vuelto?

—El sábado —respondió él—. Olvidé que ibais a estar fuera. Lo primero que hice fue venir a saludaros y no os encontré, pero estaba Polly. Ella me lo dijo y entonces me acordé, claro.

—¿Qué te dijo Polly? —preguntó Polly acercándose por detrás de él. En realidad no era una pregunta, sino la observación medio burlona de una mujer que sabe que casi todo lo que diga será bien recibido.

Las quemaduras del cuello y la frente se le habían transformado en bronceado, o al menos en un rubor nuevo.

—Dame —le dijo a Lorna, aliviándola de las bolsas y del frasco de zumo que llevaba en la mano—. Llevaré todo menos el niño.

El enmarañado pelo de Lionel era ahora más castaño oscuro que negro —cierto que por primera vez lo veía a la luz del sol— y su piel también estaba bronceada, lo suficiente para que la frente ya no tuviera ese brillo pálido. Los pantalones oscuros eran los de siempre, pero Lorna no reconoció la camisa. Una camisa amarilla de manga corta, de una tela barata, brillante de tanto plancharla, demasiado ancha de hombros, comprada quizás en la tienda de caridad de la parroquia.

Lorna llevó a Daniel a su habitación. Lo puso en la cuna y se quedó susurrándole, acariciándole la espalda.

Pensó que Lionel la debía de estar castigando por el error de haber ido a su apartamento. Seguro que la patrona se lo había dicho. Con sólo pensar un poco, habría debido esperárselo. No lo había pensado, probablemente, porque creía que no importaría. Incluso podía haber pensado que se lo contaría ella misma.

*Pasaba por allí para llevar a los niños a los columpios y se me ocurrió entrar, sencillamente, y sentarme en medio de tu habitación. No sabría explicarlo. Me pareció que sentarme allí en el suelo me daría un momento de paz.*

Había pensado —¿después de la carta?— que entre los dos existía un vínculo, no necesariamente explícito pero fiable. Y había cometido un error; lo había asustado. Una suposición excesiva. El había dado media vuelta y allí estaba Polly. A causa de la ofensa de Lorna se había entendido con Polly.

Tal vez no, sin embargo. Tal vez simplemente había cambiado. Recordó la desnudez extraordinaria de la habitación, la luz en las paredes. De aquel lugar podían surgir versiones muy diversas de Lionel, creadas sin esfuerzo en un abrir y cerrar de ojos. Tal vez su actitud fuera una respuesta a un pequeño trastorno, o al descubrimiento de que no podía llevar algo adelante. O a nada tan terminante; apenas a un parpadeo.

Cuando Daniel se durmió del todo, Lorna bajó las escaleras. En el cuarto de baño descubrió que Polly había lavado los pañales perfectamente y los había dejado en el cubo, cubiertos con la solución azul desinfectante. Recogió la maleta que había quedado en medio de la cocina, la llevó

arriba y la abrió sobre la cama grande para separar la ropa limpia de la que habría que lavar.

La ventana de su habitación daba al jardín de atrás. Oyó voces: la de Elizabeth aguda, casi un chillido de excitación por la vuelta a casa, y acaso el esfuerzo de atraer a un público más amplio; la de Brendan autoritaria pero agradable, haciendo un recuento del viaje.

Se acercó a la ventana y miró abajo. Vio a Brendan ir hasta el cobertizo, abrir el candado y sacar la piscina inflable de los niños. Cuando se le iba a cerrar la puerta, Polly corrió a sostenerla.

Lionel se levantó a desenrollar la manguera. Lorna jamás habría pensado que sabía dónde estaba.

Brendan le dijo algo a Polly. ¿Gracias? Parecían estar en términos inmejorables.

¿Y eso cómo había ocurrido?

Tal vez, siendo una elección de Lionel, ahora habría que tener en cuenta a Polly. Una elección de Lionel, no una imposición de Lorna.

O tal vez Brendan estuviera contento, simplemente, porque habían estado fuera. Quizá se hubiera aliviado un tiempo de la carga de mantener la casa en orden. Quizás hubiera advertido, muy atinadamente, que esa Polly transformada no era ninguna amenaza.

Como por arte de magia, una escena corriente y asombrosa. Todo el mundo feliz.

Brendan había empezado a inflar la piscina de plástico. Elizabeth se había quedado en bragas y bailoteaba con impaciencia. Brendan ni se había molestado en decirle que corriera a ponerse el bañador, que no podía bañarse con bragas. Lionel había abierto el grifo y, hasta que se necesitara el agua para la piscina, estaba regando las capuchinas como cualquier dueño de casa. Polly le dijo algo a Brendan y él puso el tapón en el agujero y le pasó la piscina medio inflada a ella.

Lorna recordó que en la playa Polly había inflado el delfín. Como decía ella misma, tenía buenos pulmones. Soplaba con ritmo y al parecer sin esfuerzo. Allí estaba en pantalón corto, las piernas desnudas bien separadas, la piel reluciente como corteza de abedul. Y Lionel la miraba. Justo lo que necesito, debía de estar pensando. Una mujer así de competente y sensible, maleable pero sólida. Ni vana, ni soñadora, ni insatisfecha. Bien podía ser ésa la clase de persona con que se casara un día. Una esposa que se hiciera cargo. Entonces él cambiaría y volvería a cambiar, quizás a su modo se enamorara de alguna otra, pero su esposa estaría demasiado ocupada para darse cuenta.

Podía ocurrir. Polly y Lionel. O no. Quizá Polly volviera a su casa como estaba previsto, y no por volver se le partiría el corazón. O eso era lo que pensaba Lorna. Se casara Polly o no, lo que le partiría el corazón no serían las historias con hombres.

Poco después el borde de la piscina estuvo hinchado y liso. Colocaron la piscina en la hierba, con la manguera dentro, y Elizabeth se puso a chapotear. Alzó la mirada hacia Lorna como si todo el tiempo hubiera sabido que estaba en la ventana.

—Está fría —gritó extasiada—. Mami... Está fría.

Entonces Brendan también miró hacia arriba.

—¿Qué haces ahí?

—Deshago la maleta.

—Eso puede esperar. Ven con nosotros.

—Ya voy. En un minuto.

Desde el momento en que entró en casa —desde que había comprendido, de hecho, que las voces que estaba oyendo eran las de Polly y Lionel—, Lorna no había vuelto a pensar en la visión que, kilómetro tras kilómetro, había tenido del cuerpo de Polly arrojado contra la puerta trasera. Ahora la visión la asombraba como a veces, al despertarse, asombra el recuerdo de un sueño. Tenía la potencia y el aire vergonzoso de un sueño. También su inutilidad.

No exactamente al mismo tiempo, sino con cierta demora, le llegó el recuerdo del trato. De su débil, neuróticamente primitiva noción de trato.

Pero ¿qué había prometido?

Nada que ver con los niños.

¿Algo que ver con ella?

Había prometido que haría lo que tuviera que hacer no bien comprendiese de qué se trataba.

Eso eran evasivas, un trato que no era un trato, una promesa sin el menor sentido.

Pero probó varias posibilidades. Casi como si diese forma a aquella historia para contársela a alguien —no a Lionel, ahora, pero a alguien— para entretenerlo.

No leer más libros.

Adoptar niños de malos hogares y países pobres. Trabajar para curarlos del maltrato y el abandono.

Ir a la iglesia. Aceptar creer en Dios.

Cortarse el pelo muy corto, dejar de maquillarse, no alzarse nunca más los pechos con sujetadores con aros.

Se sentó en la cama cansada del juego, de su irrelevancia.

Más sentido tenía el hecho de que el trato al que estaba atada seguiría vivo como seguía viva ella. El trato ya estaba en marcha. Aceptar lo que había pasado y no engañarse respecto a qué iba a pasar. Días, años y sentimientos siempre muy semejantes, salvo que los niños crecerían, y que habría uno o dos más que crecerían también, y que ella y Brendan se harían mayores y después viejos.

No era sino ahora, en aquel momento, cuando veía con verdadera claridad que había contado con que pasaría algo, algo que le cambiaría la vida. Había aceptado su matrimonio como un cambio mayor, pero no el último.

Así pues, ya no quedaba nada que ella o cualquier persona razonable no pudiera prever. Eso sería su felicidad; eso había ofrecido en el trato. Nada secreto ni insólito.

Presta atención, pensó. Sintió un impulso dramático de arrodillarse. Esto va en serio.

Elizabeth volvió a llamarla.

—Ven aquí, mami. Baja.

Y luego los demás: Brendan, Polly y Lionel, uno tras otro, la llamaban, se reían.

*Mami.*

*Mami.*

*Ven aquí.*

Hace mucho tiempo que sucedió esto. En Vancouver norte, cuando vivían en la casa poste y viga. Cuando ella tenía veinticuatro años y ninguna experiencia en tratos.

## Lo que se recuerda

En una habitación de hotel de Vancouver, la joven Meriel se está poniendo los cortos guantes blancos de verano. Lleva un vestido de lino beige y un fino pañuelo blanco en el pelo. Pelo oscuro, en aquel entonces. Sonríe porque acaba de recordar algo que ha dicho la reina Sirikit de Tailandia, o que en una revista se dice que ha dicho. Es una cita dentro de otra: algo que, según la reina Sirikit, Balmain había dicho.

«Balmain me lo enseñó todo. “Ponte siempre guantes blancos”, decía. “Es lo mejor”».

«Es lo mejor». ¿Por qué sonrío al recordarlo? Qué consejo tan suavemente susurrado; qué sabiduría absurda y categórica. Enguantadas, sus manos tienen un aire formal, pero tierno como las patas de un gatito.

Pierre le pregunta por qué sonrío y ella contesta:

—Por nada.

Luego le cuenta. El dice:

—¿Quién es Balmain?

Se estaban preparando para ir a un funeral. Para asegurarse de estar a tiempo en la ceremonia, habían llegado de su casa de Vancouver Island la noche anterior. Era la primera vez que dormían en un hotel desde la noche de bodas. Ahora cuando salían de vacaciones siempre lo hacían con los dos niños, y buscaban moteles baratos con comodidades para familias.

Era el segundo funeral al que iban como matrimonio. El padre de Pierre había muerto y había muerto la madre de Meriel, pero ambos antes de que Pierre y Meriel se conocieran. El año anterior había muerto de repente un profesor del instituto de Pierre, y el servicio había sido magnífico, con el coro de muchachos y un texto del siglo XVI, *El entierro de los muertos*. El hombre tenía más de sesenta años y para Pierre y Meriel la muerte sólo había sido un poco sorpresiva y apenas triste. En su opinión no era muy diferente morir a los sesenta y cinco que a los setenta y cinco o los ochenta.

El funeral de hoy era otro asunto. Iban a enterrar a Jonas. El mejor amigo de Pierre desde hacía años, y de la misma edad: veintinueve. Pierre y Jonas se habían criado juntos en Vancouver occidental: tenían recuerdos de antes de la construcción del puente de Lion's Gate, cuando la ciudad parecía un pueblo. Sus padres eran amigos. A los once o doce años habían hecho un bote de remos y lo habían botado en el muelle de Dundarave. En la universidad se habían separado por un tiempo: mientras que Jonas estudiaba ingeniería, Pierre se había inscrito en clásicas, y era

tradicón que los estudiantes de ingeniería y de artes se despreciaran mutuamente. Pero en años siguientes la amistad se había reavivado hasta cierto punto. Jonas, que no estaba casado, iba a visitar a Pierre y a Meriel y a veces se quedaba con ellos una semana entera.

A los dos jóvenes los sorprendía el curso de sus vidas; solían bromear sobre la cuestión. Si bien la carrera elegida por Jonas, tan tranquilizadora para sus padres, había provocado una envidia muda en los padres de Pierre, era Pierre quien se había casado y conseguido un puesto de profesor y quien había asumido responsabilidades corrientes, mientras que después de la universidad Jonas no se había asentado en un empleo ni con una muchacha. Pasaba la vida en una especie de período de prueba que no desembocaba nunca en un vínculo firme con una empresa, y todas las chicas —al menos por lo que decía— tomaban como un período de prueba su relación con él. Su último empleo como ingeniero había sido en el norte de la provincia, y había acabado en abandono o despido. «Fin de empleo por consentimiento mutuo», le había escrito a Pierre, y había añadido que vivía en el hotel, donde vivían todos los de clase alta, y que tal vez consiguiera trabajo en un equipo de tala. También había aprendido a conducir aviones y pensaba en la posibilidad de hacerse piloto de montaña. Prometía ir a visitarlos cuando solucionara los problemas financieros.

Meriel había esperado que no ocurriera. Jonas dormía en el sofá de la sala y al levantarse dejaba las mantas en el suelo para que las recogiera ella. Mantenía a Pierre despierto hasta la madrugada contando historias de la adolescencia y de épocas anteriores. Llamaba a Pierre «Pipier», un apodo de aquellos años, y a los viejos amigos los llamaba el Pestes, el Tronco o el Gallo, nunca por los nombres que Meriel había oído siempre: Stan, Don o Rick. Recordaba con una brusca pedantería detalles de incidentes que Meriel no encontraba tan notables ni graciosos (la bolsa con mierda de perro quemada en el umbral del maestro, el pitorreo del viejo que ofrecía una moneda a los niños por bajarles los pantalones), y en cuanto la conversación volvía al presente empezaba a irritarse.

Cuando tuvo que decirle a Pierre que Jonas había muerto, Meriel se había sentido culpable y conmovida. Culpable porque Jonas no le gustaba y conmovida porque era la primera persona de su grupo de amigos que moría. Pero Pierre no pareció sorprenderse ni conmovirse de forma especial.

—Se suicidó —había dicho.

Ella había respondido que no, que había sido un accidente. Iba en moto, ya de noche, circulando sobre grava, y se había salido del camino. Lo había encontrado alguien o había alguien con él, no había recibido auxilio pero una hora después estaba muerto. Eran heridas mortales.

Eso había dicho su madre por teléfono. *Eran heridas mortales*. Qué rápidamente resignada había sonado, qué poco perpleja. Como Pierre al decir «Se suicidó».

Después Pierre y Meriel apenas habían hablado de la muerte en sí; hablaron del funeral, del hotel, de la necesidad de encontrar una canguro para toda la noche. De enviar el traje de él a la tintorería, de conseguir una camisa blanca. Meriel se encargaba de todo y Pierre la controlaba en su papel de marido. Pierre deseaba, entendía Meriel, que ella actuase con dominio y sentido práctico, como él, sin aducir una pena que —estaría seguro— no podía sentir en realidad. Meriel le preguntó por qué había dicho «Se suicidó» y él le había contestado: «Es lo que me vino a la cabeza». Ella había sentido que la evasión era una especie de advertencia y hasta una réplica. Como si le preocupase que esa muerte —o la proximidad de los dos a esa muerte— fuera a

provocar en ella un sentimiento oprobioso y egocéntrico. Un entusiasmo mórbido, jactancioso.

En aquellos tiempos, los maridos jóvenes eran rígidos. Poco antes habían sido pretendientes, figuras casi cómicas, patizambos y sumidos en un tormento sexual desesperante. Luego, tras haber pasado por la cama, se volvían decididos y censuradores. Cada mañana al trabajo, perfectamente afeitados, la corbata anudada al cuello joven, para pasar el día en actividades ignotas; a la hora de la cena, de nuevo en casa para examinar críticamente la comida o desplegar el periódico, alzarlo entre ellos y el fango de la cocina, las enfermedades, las emociones y los bebés. Cuánto tenían que aprender tan deprisa. A doblegarse ante el jefe y a lidiar con la esposa. A manejarse con autoridad en hipotecas, muros medianeros, hierba del jardín, desagües y política, y al mismo tiempo en el empleo que por un cuarto de siglo debía mantener a sus familias. Entonces eran las mujeres las que podían regresar —durante el día, y sin descuidar la turbadora responsabilidad que se descargaba en ellas respecto a los niños— a una suerte de segunda adolescencia. Mejorar el ánimo cuando se iba el marido. Ensueño rebelde, charlas subversivas, ataques de risa y otros vestigios de la universidad crecían como hongos, entre los muros pagados por el marido, durante las horas en que éste no estaba.

Después del funeral, algunos asistentes fueron invitados a la casa de los padres de Jonas en Dunderave. Los rododendros del seto estaban cuajados de flores rosas, rojas y púrpura. El padre de Jonas recibió felicitaciones por el jardín.

—No sé —dijo él—. Tuvimos que adecentarlo un poco de golpe.

La madre de Jonas se disculpó:

—Me temo que no sea una comida en toda regla. Algo para picar, nada más.

La mayoría bebía jerez, aunque algunos hombres prefirieron whisky. Para disponer las fuentes habían extendido la mesa del comedor: mousse de salmón con tostadas, tarta de champiñones, rollos de salchicha, un suave pastel de limón, rodajas de fruta y galletas de almendra, además de bocadillos de gambas, de jamón y de pepino con aguacate. Pierre amontonaba de todo en su platito de porcelana y Meriel oyó que la madre le decía:

—Puedes volver a servirte, tranquilo.

La madre de Pierre ya no vivía en Vancouver occidental pero había ido de White Rock para el entierro. Y ahora que Pierre era profesor y un hombre casado no se atrevía a reñirlo directamente.

—¿O te piensas que no quedará nada? —preguntó.

—Quizá no de lo que yo quiera —dijo Pierre, despreocupado.

La madre le habló a Meriel:

—Qué bonito vestido.

—Sí, pero mira —matizó Meriel alisando unas arrugas que se le habían hecho durante el oficio.

—Ese es el problema —dijo la madre de Pierre.

—¿Qué problema? —preguntó animadamente la madre de Jonas, deslizando unas tartaletas en el calentador.

—El problema del lino —respondió la madre de Pierre—. Meriel me contaba que se le ha arrugado el vestido —no dijo «durante el oficio»— y yo le decía que ése es el inconveniente de la ropa de lino.

Es posible que la madre de Jonas no le prestara atención. Mirando al otro lado de la sala, dijo:

—Ése es el médico que lo atendió. Vino desde Smithers en su propia avioneta. Nos pareció muy generoso de su parte, realmente.

La madre de Pierre exclamó:

—Menuda aventura.

—Sí. Bueno, me figuro que como visita a gente del monte suele viajar así.

El hombre al cual aludían estaba hablando con Pierre. No llevaba traje, aunque sí una chaqueta decente sobre un jersey de cuello cisne.

—Supongo que sí —dijo la madre de Pierre, y la madre de Jonas dijo «Sí», y Meriel sintió como si entre ellas hubiera quedado explicado y zanjado algo... ¿sobre cómo estaba vestido el médico?

Bajó la vista a las servilletas, que estaban dobladas en cuartos. No eran tan grandes como las servilletas de cena ni tan pequeñas como las de cóctel. Estaban superpuestas en hilera, de modo que una esquina de cada servilleta (la esquina bordada con una florecilla azul, rosa o amarilla) tapaba el ángulo doblado de la vecina. No había dos servilletas del mismo color o la misma flor que se tocaran. Nadie había desordenado el arreglo, y, si alguien lo había hecho (pues en efecto había en la sala algunas personas con servilletas), había tomado la suya del fin de la hilera, cuidándose de conservar el orden.

En el oficio funerario, el sacerdote había comparado la vida de Jonas en la tierra con la de un bebé en el útero. El niño, había dicho, sin saber nada de la otra existencia, habita esa cavidad cálida, oscura y acuosa sin presentir siquiera el mundo inmenso y brillante adonde pronto será impulsado. Y, si bien nosotros en la tierra tenemos un presentimiento, somos incapaces de imaginar realmente la luz en donde entraremos tras haber sobrevivido a la labor de la muerte. Si de alguna manera pudiéramos contar al niño qué le ocurrirá en el futuro inmediato, ¿no reaccionaría él con incredulidad, y por añadidura con miedo? Así reaccionamos nosotros la mayor parte del tiempo; pero no deberíamos, pues se nos ha dado seguridad. Aun así, nuestros ciegos cerebros no pueden imaginar ni concebir el lugar adonde iremos. El niño está envuelto en la ignorancia, la fe de su ser sordo e inerte. Nosotros, no del todo ignorantes ni del todo sabios, hemos de arrojarnos en nuestra fe, en la palabra de nuestro Señor.

Meriel miró al sacerdote, que estaba en el umbral del vestíbulo con una copa de jerez en la mano escuchando a una bulliciosa mujer de pelo rubio. No le dio la impresión de que estuvieran hablando de las punzadas de la muerte ni de la luz del más allá. ¿Qué haría el sacerdote si ella se acercaba a interrogarlo sobre el tema?

Nadie habría tenido el coraje. Ni la descortesía.

En vez de hacer eso miró a Pierre y al médico rural. Pierre conversaba con una vivacidad infantil no muy frecuente en él por entonces. No frecuente al menos para Meriel. Se entretuvo fingiendo que lo veía por primera vez. El pelo corto, crespo y muy oscuro que escaseaba en las sienes descubriendo la piel suave, marfileña, apenas bronceada. Los hombros anchos y agudos, los brazos hermosos y el cráneo bien formado y algo pequeño. Tenía una sonrisa encantadora pero nunca calculada; desde que era profesor de muchachos parecía desconfiar por completo de las sonrisas. Tenues líneas de inquietud constante surcaban su frente.

Se acordó de una fiesta de profesores —hacía más de un año— en que los dos, en lados



opuestos de la sala, se habían visto excluidos de las conversaciones cercanas. Dando un rodeo, ella se le había acercado sin que él lo notara y se había puesto a hablarle como si fuese una desconocida discretamente coqueta. El sonrió como lo hacía en aquel momento —pero de otro modo, como era natural frente a una mujer provocativa—, y entró en el juego. Habían intercambiado miradas intensas y frases insulsas hasta acabar rompiendo en risas. Alguien se les había acercado a decirles que estaban prohibidos los chistes conyugales.

—¿Qué te hace pensar que estamos casados de verdad? —había dicho Pierre, que en esas reuniones solía ser circunspecto.

Ahora Meriel cruzó la sala hasta él sin ninguna picardía en mente. Quería recordarle que debían marcharse temprano a sus respectivos destinos. El iría en coche a coger el ferry de Horseshoe Bay y ella por la orilla norte, en autobús, hasta Lynn Valley. Meriel había resuelto aprovechar la oportunidad para visitar a una mujer que su difunta madre había querido y admirado, cuyo nombre le había puesto a su hija y a quien Meriel siempre había llamado tía, si bien no tenían vínculo de sangre. La tía Muriel. (Sólo al entrar en la universidad Meriel se había cambiado la *u* por una *e*). La anciana vivía en una residencia de Lynn Valley y hacía más de un año que Meriel no iba a visitarla. Los viajes familiares a Vancouver no eran frecuentes, el trayecto hasta allí era largo y a los niños les perturbaban la atmósfera de la residencia y el aspecto de los viejos. A Pierre también; cierto que no le gustaba decirlo, y en su lugar preguntaba qué parentesco tenía con Meriel aquella persona.

*En realidad no es tu tía.*

De modo que ahora Meriel iría a verla sola. Había dicho que si no aprovechaba la ocasión le remordería la conciencia. Además, aunque no lo dijera, esperaba el momento para alejarse de su familia.

—A lo mejor puedo llevarte —dijo Pierre—. Sabe Dios cuánto tendrás que esperar el autobús.

—No puedes —repuso ella—. Perderías el ferry. —Le recordó que había quedado en verse con su hermana.

—Tienes razón —concedió Pierre.

El hombre con el que había estado hablando —el médico— no había tenido más remedio que oír la conversación. De pronto dijo:

—Permítame que la lleve yo.

—Me pareció entender que había venido en avioneta —comentó Meriel, al tiempo que Pierre se excusaba:

—Perdóneme, le presento a mi mujer. Meriel.

El médico dijo un nombre que Meriel apenas oyó.

—No es tan fácil aterrizar en avioneta en el cerro Hollyburn —explicó él—. Por eso la dejé en el aeropuerto y alquilé un coche.

Cierto esfuerzo en la cortesía de él hizo pensar a Meriel que había estado odiosa. Siempre era demasiado atrevida o demasiado tímida; siempre se pasaba.

—¿De verdad podría? —dijo Pierre—. ¿Tiene tiempo?

El médico miró fijamente a Meriel. No fue una mirada desagradable, ni audaz, ni ladina ni lisonjera. Pero tampoco socialmente obsequiosa.

Dijo:

—Desde luego.

Quedó entendido pues que sería así. Empezarían a despedirse los tres en ese mismo momento; a continuación, Pierre partiría hacia el ferry y Asher —porque así se llamaba: doctor Asher— llevaría a Meriel a Lynn Valley.

Lo que Meriel tenía planeado era visitar a la tía Muriel —posiblemente incluso cenar con ella—, tomar el autobús de Lynn Valley hasta la terminal de la ciudad (había bastantes autobuses «a la ciudad») y alcanzar el autocar de la noche que la llevaría al ferry y a su casa.

El hogar de ancianos se llamaba Heredad de la Princesa. Era un edificio de una planta con pabellones añadidos y estucado de color castaño rosado. La calle era concurrida y no había un parque que pudiera tener en cuenta, cerca ni seto que amortiguaran el ruido ni protegieran la franja de hierba. A un lado había un Templo de los Evangelios con una caricatura de campanario y al otro una gasolinera.

—La palabra «heredad» ya no significa nada, ¿no? —le preguntó Meriel—. Ni siquiera que la casa tiene dos plantas. Sólo significa que el sitio es algo que ni siquiera pretende ser.

El médico no dijo nada; quizá no había entendido el razonamiento de Meriel. O bien no valía la pena comentarlo aunque fuese cierto. Todo el camino desde Dundarave, ella se había escuchado hablar y estaba consternada. No era tanto que estuviese parlotando —soltando lo primero que le venía a la cabeza— como que procuraba expresar cosas que le parecían interesantes o habrían podido serlo si ella hubiera logrado darles forma. Así disparadas, sin embargo, probablemente sonaran pretenciosas cuando no demenciales. Debía de haber sonado como esas mujeres decididas a mantener, no una charla corriente, sino una *auténtica conversación*. Y aun ahora, convencida de que no resultaba, de que debía de estar abrumándolo, era incapaz de detenerse.

No entendía por qué. Inquietud, simplemente porque en esta época de su vida rara vez hablaba con extraños. Desconcierto de viajar en coche con un hombre que no era su marido.

Si hasta le había preguntado, groseramente, qué pensaba de la opinión de Pierre respecto a que el accidente de moto había sido un suicidio.

—Lo mismo se podría suponer de un buen número de accidentes violentos —había contestado él.

—No se preocupe por entrar al sendero —dijo ahora ella—. Puedo bajarme aquí.

Tan incómoda, tan ansiosa estaba de alejarse de él y su indiferencia apenas educada, que había aferrado la manija de la puerta mientras todavía avanzaban por la calle.

—Había pensado aparcar —explicó él doblando de todos modos—. No iba a dejarla tirada.

—Tal vez me lleve un buen rato —dijo ella.

—Da lo mismo. Puedo esperar. O puedo entrar y echar un vistazo. Si no le molesta.

Estuvo a punto de responderle que a veces los geriátricos eran sórdidos e inquietantes, pero recordó que él era médico: no vería nada que no hubiera visto ya. Y algo en la manera de decir «Si no le molesta» —una formalidad, pero también un titubeo en la voz— la había sorprendido. Era como si le estuviese ofreciendo tiempo y su presencia con la mente puesta no en la cortesía sino en ella. Era un ofrecimiento con un toque de humildad sincera, aunque no un ruego. Si Meriel contestaba que realmente no quería hacerle perder más tiempo, él ya no habría intentado persuadirla; se habría despedido con la misma gentileza y se habría marchado.

Pero el caso fue que bajaron los dos del coche y cruzaron juntos el aparcamiento rumbo a la entrada principal.

Sentados en un cuadrado de cemento con arbustos de aspecto afelpado y tiestos de petunias que simulaban un jardín, había varios ancianos y lisiados. La tía Muriel no estaba allí pero Meriel fue objeto de saludos alegres. Entonces le ocurrió algo. La invadió una súbita, misteriosa sensación de poder y regocijo, como si con cada paso le subiera desde los talones hasta la coronilla un mensaje brillante.

Cuando más tarde le preguntara a él por qué la había acompañado dentro, él diría:

—Porque no quería perderte de vista.

La tía Muriel estaba sola, en una silla de ruedas, en la penumbra del pasillo adonde daba su habitación. Se la veía fantástica, resplandeciente, pero era porque le habían puesto un delantal de amianto para que pudiera fumar un cigarrillo. A Meriel le dio la impresión de que la última vez, hacía meses, estaciones enteras, la había visto sentada en la misma silla y el mismo lugar, aunque sin el delantal de amianto, que debía de responder a una norma nueva o reflejar cierta decadencia. Muy probablemente se sentara cada día allí, junto al cenicero fijo lleno de arena, a mirar la biliosa pared —la pintura era rosa o malva pero parecía biliosa, tan oscuro estaba el pasillo— con el estante fijado con escuadras que sostenía un pequeño brote de hiedra artificial.

—¿Meriel? Ya sabía que eras tú —dijo—. Te reconocí por los pasos. Por la respiración. Estas cataratas son un infierno, maldita sea. No veo más que bultos.

—Sí, claro, soy yo. ¿Cómo estás? —Meriel le dio un beso en la sien—. ¿Por qué no te has sentado al sol?

—El sol no me gusta —dijo la anciana—. Tengo que cuidar mi cutis.

Podía estar bromeando, pero tal vez fuera cierto. Su cara pálida y sus manos estaban cubiertas de grandes manchas; manchas de un blanco cadavérico que a la escasa luz del lugar se veían plateadas. Había sido una rubia natural de cara rosada, delgada, con un pelo lacio que ya a los treinta años había encanecido. Ahora el pelo estaba mustio y desordenado de tanto apoyarse en cojines y los lóbulos de las orejas colgaban como tetillas fofas. En un tiempo le había gustado llevar pendientes de diamante; ¿adonde habían ido a parar? Diamantes en las orejas, cadenillas de oro puro, perlas auténticas, faldas de seda de colores insólitos —ámbar, berenjena— y hermosos zapatos estrechos.

Olía a talco de hospital y las gotas de licor que sorbía todo el día entre los cigarrillos racionados.

—Nos harán falta unas sillas —advirtió. Inclinandose hacia delante, agitó la mano con el cigarrillo e intentó silbar—. Camarera, por favor. Sillas.

El médico dijo:

—Voy yo a buscarlas.

La Muriel vieja y la joven se quedaron solas.

—¿Cómo se llama tu marido?

—Pierre.

—Y tienes dos hijos, ¿verdad? Jane y David.

—Exacto. Pero el hombre que me acompaña...

—Ah, no —dijo la vieja Muriel—. Ése no es tu marido.

Más que a la generación de la madre de Meriel, la tía Muriel pertenecía a la de la abuela. En

la escuela había sido profesora de arte de la madre de Meriel. Primero inspiradora, luego aliada, por fin amiga. Pintaba grandes cuadros abstractos, uno de los cuales —regalado a la madre de Meriel— colgaba en el vestíbulo posterior de la casa en donde Meriel había crecido y era trasladado al comedor cada vez que la artista iba de visita. Los colores del cuadro eran turbios —rojos oscuros y marrones (el padre de Meriel lo llamaba *Montón de estiércol en llamas*)—, pero el ánimo de Muriel era invariablemente encendido e intrépido.

De joven había vivido en Vancouver, antes de ir a enseñar a aquella ciudad de provincias. Había sido amiga de artistas que ahora salían en los periódicos. Añoraba volver y al cabo lo consiguió: se fue a vivir con un matrimonio mayor, amigos y mecenas de artistas, para los que hacía de secretaria. Mientras vivió en esa casa parecía sobrarle el dinero, pero tras la muerte de ellos se había quedado a la intemperie. Vivía de su pensión, pintaba acuarelas pues no podía costearse los óleos y se moría de hambre (sospechaba la madre de Meriel) con tal de convidar a Meriel, que por entonces estudiaba en la universidad. En esas ocasiones, su charla era un torrente de chistes y juicios, la mayoría destinados a señalar que las obras y las ideas que chiflaban a la gente eran basura, pero que de vez en cuando —en la producción de un contemporáneo oscuro o una figura semiolvidada de otro siglo— se encontraba algo extraordinario. Su palabra incondicional de elogio era ésta: extraordinario. Una sordina en la voz, como si en aquel mismo instante y para su sorpresa, hubiera encontrado en el mundo una cualidad que aún se debía honrar sin vacilaciones.

El médico regresó con dos sillas y se presentó, con toda naturalidad, como si hasta entonces no hubiera tenido la ocasión.

—Eric Asher.

—Es médico —dijo Meriel. Iba a empezar a explicar lo del funeral, el accidente, el apresurado viaje desde Smithers, pero la conversación se desvió.

—Pero no vengo en visita oficial, descuide —aclaró.

—Pues claro que no —dijo la tía Muriel—. Ha venido con ella.

—Sí —confirmó él.

En ese momento alargó el brazo entre las dos sillas, tomó una mano de Meriel y por unos segundos la apretó fuerte. Luego la soltó. Y le preguntó a tía Muriel:

—¿Y eso cómo lo sabe? ¿Por mi respiración?

—Lo sé —dijo ella, un poco impaciente—. Yo también era un demonio.

La voz —el temblor, el trino que la agitaba— no se asemejaba a ninguna que Meriel le hubiera oído. Le pareció que en esa anciana de pronto extraña se removía una traición. Una traición del pasado, acaso de la madre de Meriel y de la amistad con una persona superior que tanto valoraba. O de aquellas comidas con la misma Meriel, de las conversaciones enrarecidas. Había una degradación en perspectiva. Meriel se sintió contrariada, remotamente excitada.

—Oh, yo tenía amigos —dijo la tía Muriel, y Meriel precisó:

—Tenías montones de amigos. —Nombró un par de ellos.

—Ese ha muerto —indicó la tía Muriel.

Meriel dijo que no, que hacía muy poco había leído algo sobre él en el periódico, un premio o una muestra retrospectiva.

—¿Ah, sí? Creí que estaba muerto. A lo mejor lo confundo con otro... ¿Conoce a los Delaney?

—Ya no le hablaba a Meriel sino directamente al hombre.

—Creo que no —dijo él—. No.

—Eran unos que tenían una casa en Bowen Island adonde solíamos ir todos. Los Delaney. Pensé que a lo mejor había oído hablar de ellos. Había varias intrigas. A eso me refería al decir que yo era un demonio. Aventuras. Bueno..., parecían aventuras, pero todo obedecía a un guión, no sé si me comprende. Así que en realidad no era tanta aventura. Nos emborrachábamos como cubas, desde luego. Pero siempre tenían que tener un círculo de velas encendidas, claro, y la música puesta... Más bien como un ritual. Pero no del todo. No quería decir que una no pudiera conocer a alguien y enviar el ritual al diablo. Sólo conocerse y empezar a besarse como locos y escapar al bosque. A oscuras. No se podía llegar muy lejos. Fulminados.

Se había echado a toser. Intentó hablar mientras tosía, se dio por vencida y le dieron sacudidas violentas. El médico se levantó y le dio un par de golpes expertos en la espalda doblada. La tos acabó con un gemido.

—Mejor —dijo—. Bueno, una sabía qué estaba haciendo pero fingía no saberlo. Una vez a mí me habían vendado. No en el bosque, esto era dentro. Nada de qué quejarse, yo había aceptado. Pero no resultó tan bien... Quiero decir que veía. De todos modos no debía de haber nadie que yo no hubiera reconocido.

Empezó a toser de nuevo, aunque no de forma tan angustiada. Por fin levantó la cabeza y respiró profunda y ruidosamente unos minutos, alzando las manos para mantener la conversación en suspenso, como si enseguida fuese a decir algo más, algo importante. Pero lo único que hizo fue reírse y confesar:

—Ahora llevo una venda permanente. Cataratas. Aunque no es que alguien se aproveche de mí; no en orgías, que yo sepa.

—¿Cuánto hace que empezaron? —preguntó el médico con un interés respetuoso, y para gran alivio de Meriel se inició una conversación absorbente, una discusión informada sobre el desarrollo de las cataratas, las ventajas y los inconvenientes de operarse y la desconfianza de la tía Muriel por el oftalmólogo relegado —según dijo— a cuidar a los internos de ese lugar.

Sin la menor dificultad, la fantasía lasciva —Meriel decidió que de eso se había tratado— se convirtió en una charla médica, agradablemente pesimista por el lado de la tía Muriel y cuidadosamente tranquilizadora por parte del médico. El tipo de conversación que periódicamente debía de tener lugar dentro de aquellos muros.

Poco después, mediante un intercambio de miradas, el médico y Meriel se preguntaron si la visita ya había durado lo suficiente. Una mirada furtiva, deferente, casi matrimonial; una mascarada de insulsa intimidad excitante para quienes a fin de cuentas no estaban casados.

Pronto.

La propia tía Muriel tomó la iniciativa.

—Lamento ser desatenta —dijo—, pero tengo que decirles que me canso.

No quedaba en sus maneras ni un rastro de la persona que había propiciado la primera parte de la conversación. Trastornada, actuando y con una vaga vergüenza, Meriel se inclinó a darle un beso de despedida. Tenía la sensación de que no volvería a ver a la tía Muriel, y no lo hizo más.

A la vuelta de un recodo, entre puertas abiertas a habitaciones donde algunos pacientes dormían o miraban desde la cama, el médico le puso la mano entre los omóplatos y la deslizó hasta la cintura. Ella se dio cuenta de que estaba tirando de la tela del vestido, que se le había pegado a la piel húmeda mientras la tenía apretada contra el respaldo de la silla. También bajo los

brazos se le había mojado el vestido.

Y tenía que ir al lavabo. Empezó a buscar el de visitantes, que le parecía haber visto cuando entraron.

Allí estaba. No se había equivocado. Un alivio, pero también una dificultad, porque de golpe tuvo que alejarse del alcance de él y decir «Permítame un momento» con una voz que a ella misma le sonó distante e irritada. El dijo «Claro», se fue bruscamente hacia el servicio de hombres y la delicadeza del momento se perdió.

Cuando Meriel salió a la ardiente luz del sol lo vio paseándose junto al coche, fumando. No había fumado antes, ni en la casa de los padres de Jonas, ni en el camino ni en la residencia. El acto parecía aislarlo o mostrar cierta impaciencia, quizás una impaciencia nacida de haber hecho una cosa y pasar a la siguiente. Ahora Meriel no estaba segura de que ella fuera la cosa siguiente o la que había que acabar.

—¿Adonde vamos? —preguntó él, ya conduciendo. Y enseguida, como si hubiese hablado con demasiada brusquedad—: ¿Adonde le gustaría ir?

Era casi como si le hablara a una niña o a la tía Muriel: como si le hubiesen encargado entretenerla. Y Meriel respondió:

—No lo sé. —Como si no le quedara más alternativa que convertirse en una niña pesada.

Estaba conteniendo un alarido de decepción, un clamor de deseo. Aunque el deseo hubiese parecido tímido y esporádico pero inevitable, de pronto se declaraba inapropiado, unilateral. Las manos que aferraban el volante eran sólo de él, como si nunca la hubieran tocado.

—¿Qué le parece Stanley Park? —preguntó—. ¿Le gustaría dar un paseo?

Ella dijo:

—Stanley Park, sí. Hace tiempo que no voy. —Como si la idea la reanimara y no pudiera concebir nada mejor. Y para empeorar las cosas añadió—: Es un día maravilloso.

—Sí. Vaya si lo es.

Hablaban como caricaturas. Era insoportable.

—A estos coches de alquiler no les ponen radio. Bueno, a veces les ponen y a veces no.

Cuando cruzaban el puente de Lion's Gate, ella bajó la ventanilla. Le preguntó si le molestaba.

—No. No, en absoluto.

—Para mí es señal de verano. La ventanilla bajada y la brisa entrando. No creo que logre acostumbrarme al aire acondicionado.

—Con ciertas temperaturas podría.

Ella se llamó a silencio hasta que los recibiera el bosque del parque y los árboles altos, frondosos, se tragaran quizá la torpeza y la vergüenza. Pero luego lo estropeó todo con un suspiro demasiado elogioso.

—Punto Panorámico. —El leyó el cartel en voz alta.

Aunque era una tarde laborable de mayo y no habían empezado las vacaciones, había mucha gente. Un momento más y ellos lo comentarían. A lo largo de toda la avenida que llevaba al restaurante había coches aparcados, y en la plataforma colas frente a los binoculares de monedas.

—Ajá.

El acababa de ver un coche que se iba. La necesidad de hablar quedó suspendida un momento mientras paraba, retrocedía para dejar espacio al otro y luego aparcaba en el hueco harto estrecho. Se bajaron al mismo tiempo y se encontraron en la acera. El se volvía a un lado y otro intentando

decidir por dónde enfilarse. Todos los senderos a la vista estaban llenos de caminantes. A ella le temblaban las piernas. No podía sostener aquello ni un minuto más.

—Llévame a otro sitio —ordenó.

El la miró a la cara.

—Sí —dijo.

En la acera, a la vista del mundo. Besándose como locos.

*Llévame*, había dicho. *Llévame a otro lugar*, y no *Vamos a otro lugar*. Para ella eso era importante. El riesgo, la transferencia de poder. Riesgo y transferencia completos. *Vamos* habría entrañado riesgo, pero no abdicación, que para ella es el comienzo —cada vez que revive aquel momento— del viraje erótico. Pero ¿y si él a su vez hubiera abdicado? ¿*A qué lugar?* Tampoco eso habría servido. Él tenía que decir lo que dijo. Tenía que decir *Sí*.

La llevó al piso en donde se alojaba, en Kitsilano. Era de un amigo que había ido a pescar a la costa oeste de Vancouver Island. Estaba en un edificio pequeño y digno de tres o cuatro plantas. Ella no recordaría más que los ladrillos de cristal de la entrada y el equipo de alta fidelidad, complejo para aquellos tiempos, que parecía el único mobiliario de la sala.

Habría preferido otro escenario, y ese otro era el que intercalaba en el recuerdo. Un angosto hotel de seis o siete plantas, en un tiempo residencia elegante, del West End de Vancouver. Cortinas de encaje amarillento, techos altos, acaso una reja de hierro hasta la mitad de la ventana, un falso balcón. Un lugar no deshonoroso, en realidad; sólo con una atmósfera de haber cobijado largamente desventuras y faltas privadas. Allí ella tendría que cruzar el breve vestíbulo con la cabeza gacha y los brazos rígidos a los lados, el cuerpo embebido de una vergüenza exquisita. Y él hablaría con el conserje en una voz susurrante que, sin anunciar su propósito, tampoco lo escondía o se excusaba.

Luego el viaje en la anticuada jaula del ascensor, conducida por un anciano, quizás una anciana o un tullido, un taimado servidor del vicio.

¿Por qué conjuraba?, ¿por qué añadía aquel escenario? Era por el momento de exposición, la penetrante sensación de infamia y orgullo que se apoderaba de su cuerpo al atravesar el (supuesto) vestíbulo; y por el sonido de la voz de él, la discreción y la autoridad de las palabras dirigidas al conserje que ella no oía claramente.

Quizás había hablado en ese tono en la farmacia, unas manzanas antes de llegar al piso, después de aparcar el coche y decirle «Espera aquí un momento». En circunstancias diferentes, los arreglos prácticos que en la vida conyugal se hacían tan pesados y descorazonadores podían provocarle un ardor sutil, una letargia y una sumisión nuevas.

Después del anochecer la llevó de regreso a través del parque, del puente y del oeste de Vancouver, y pasó muy cerca de la casa de los padres de Jonas. Ella llegó a Horseshoe Bay casi en el último minuto y caminó hasta el ferry. Los días finales de mayo eran los más largos del año y pese a las luces del muelle y los faros de los coches, que entraban en la bodega del barco, distinguió un resplandor en el poniente y contra él la silueta negra de una isla —no Bowen sino otra cuyo nombre ignoraba— neta como un budín en la boca de la bahía.

Tuvo que sumarse a la multitud de cuerpos bamboleantes que subían las escaleras y al llegar al salón de pasajeros se sentó en la primera butaca que encontró. No se esforzó ni siquiera, como de

costumbre, en buscar un asiento junto a la ventana. Le quedaba una hora y media hasta que el barco atracara en la otra orilla, y en ese tiempo tenía mucho que hacer.

En cuanto el barco hubo zarpado, la gente que estaba a su lado se puso a hablar. No eran conversadores ocasionales sino amigos o miembros de una familia; se conocían bien y no les faltaría qué decirse durante todo el viaje. De modo que se levantó, subió a la cubierta superior, donde siempre había menos viajeros, y se sentó en uno de los cubos llenos de salvavidas. Le dolían zonas previsibles e imprevisibles del cuerpo.

Lo que tenía que hacer, según lo veía, era recordar todo —y por «recordar» entendía experimentarlo mentalmente una vez más— y luego guardarlo para siempre. Y una vez puesta en orden la experiencia del día —sin nada perdido ni traspapelado—, una vez reunida como un tesoro y cerrada, hacerla a un lado.

Se atuvo a dos predicciones, la primera cómoda, la segunda lo bastante fácil para aceptarla de momento aunque sin duda se haría más ardua con el tiempo.

El matrimonio con Pierre iba a continuar. Duraría.

Ella nunca volvería a ver a Asher.

Las dos se probaron acertadas.

Su matrimonio duró: más de treinta años después de aquello, hasta que murió Pierre. En la primera y liviana etapa de la enfermedad, ella le leía pasajes de unos cuantos libros que los dos habían leído años antes y querían releer. Uno era *Padres e hijos*. Después de que le leyera la escena en que Bazarov declara su violento amor a Anna Sergeievna, y Anna se horroriza, se enzarzaron en una discusión. (No una pelea: había ya demasiada ternura entre ellos).

Meriel quería otro desenlace. Estaba convencida de que Anna no podía reaccionar de aquella forma.

—Es el escritor —dijo—. Por lo general no me pasa con Turgueniev, pero aquí lo veo metiéndose para separarlos a empujones. Y lo hace con algún propósito.

Pierre sonrió débilmente. Todas sus expresiones eran ahora esbozos.

—¿Tú crees que tendría que sucumbir?

—No. Sucumbir no. Pero no le creo. Me parece que está tan atraída como él. Que lo conseguirían.

—Eso es romanticismo. Fuerzas las cosas para que tengan un final feliz.

—No he dicho nada del final.

—Escucha —dijo Pierre, paciente. Disfrutaba con esas conversaciones pero se le hacían difíciles; tenía que descansar un poco para recobrar fuerzas—. Anna sólo cedería porque lo quiere. Una vez consumado el asunto lo querría aún más. ¿No es así como son las mujeres? Cuando están enamoradas, digo. ¿Y qué haría él? A la mañana siguiente se largaría, quizás incluso sin decirle una palabra. Es su carácter. Amarla *le repugna*. ¿Qué habrían ganado, entonces?

—Tendrían algo. La experiencia.

—Lo más probable es que él la olvidara y ella se moriría de vergüenza y rechazo. Anna es inteligente. Lo sabe.

—Bien —dijo Meriel, haciendo una pausa porque se sentía acorralada—. Bien, eso no es lo que dice Turgueniev. Dice que está totalmente desconcertada. Dice que es fría.



- La inteligencia la hace fría. En las mujeres, significa frialdad.
- No.
- Digo en el siglo XIX. En el siglo XIX, sí.

Aquella noche en el ferry, durante el lapso en que pensaba ordenarlo todo, Meriel no hizo nada por el estilo. Si por algo tuvo que pasar fue por una oleada tras otra de recuerdos intensos. Y por eso seguiría pasando —a intervalos paulatinamente mayores— en los años por venir. No dejaría de recoger detalles que había perdido, y esos detalles la seguirían sobresaltando. Una vez más oiría o vería algo: un ruido que habían hecho juntos, una de esas miradas de reconocimiento y ánimo. Una mirada fría a su modo pero profundamente respetuosa y más íntima que las que había entre marido y mujer, o entre personas que se debían algo.

Recordaba sus ojos gris avellana, el primer plano de su piel áspera, un círculo como una vieja marca junto a la nariz, su pecho liso al separarse de ella. Pero no habría podido dar una descripción precisa de cómo era. Creía haber sentido su presencia con tal fuerza, desde el principio, que no había podido observarlo de forma corriente. Hasta los recuerdos súbitos de los primeros movimientos de los dos, inseguros, prudentes, la hacían encogerse como para proteger la sorpresa viva de su propio cuerpo, el estrépito del deseo. *Amor-mío-amor-mío*, murmuraba, cruda, mecánicamente, y las palabras eran como un emplasto secreto.

Cuando vio su foto en el periódico no sintió punzadas enseguida. El recorte se lo había enviado la madre de Jonas, que mientras viviese insistiría en que se mantuvieran en contacto y les recordaría a Jonas cada vez que pudiera. «¿Os acordáis del doctor que vino al funeral de Jonas?», había escrito bajo el pequeño titular. «Un médico muere en accidente de aviación». Era una foto vieja, sin duda, borrosa en la reproducción de prensa. Una cara más bien maciza, sonriente, que Meriel nunca habría esperado de él frente a la cámara. No había muerto en su avioneta sino al estrellarse un helicóptero durante un vuelo de emergencia. Le mostró el recorte a Pierre. Le preguntó:

- ¿Tienes alguna idea de por qué fue al funeral?
- Debían de ser más o menos compinches. Dos de esas almas perdidas allá en el norte.
- ¿De qué hablasteis?
- Me contó que una vez había llevado a Jonas a enseñarle a volar. «Nunca más», dijo.

Entonces Pierre preguntó:

- ¿A ti no te llevó a alguna parte? ¿Adónde fue?
- A Lynn Valley. A ver a tía Muriel.
- ¿Y de qué hablasteis?
- Me resultó difícil hablar con él.

El hecho de que hubiera muerto no tuvo mucho efecto aparente en los ensueños de Meriel, si cabía llamarlos así. Aquellos en que imaginaba encuentros fortuitos o aun reuniones desesperadamente acordadas nunca habían tenido asidero en la realidad, de todos modos, y no fueron revisados porque él estuviera muerto. Tendrían que consumirse de una manera que ella no controlaba y nunca entendería.

Aquella noche, cuando volvía en el ferry, había empezado a llover un poco. Ella se había quedado en la cubierta. Se había levantado, había caminado por ahí, y no había podido volver a sentarse sobre el cubo de los salvavidas sin mojarse el vestido. De modo que se había quedado mirando la espuma de la estela del barco, y se le había ocurrido que en cierto tipo de relatos — esos que ahora ya nadie escribía— lo que le habría tocado hacer a ella era arrojarle al agua. Tal como estaba, repleta de felicidad, recompensada como seguramente no volvería a estar nunca, con cada célula del cuerpo henchida de autoestima. Un acto romántico que —desde un punto de vista prohibido— habría podido considerarse soberanamente racional.

¿Estaba tentada? Probablemente sólo se permitía imaginar que lo estaba. Y probablemente estaba muy lejos de ceder, aunque ceder hubiera sido lo que tocaba aquel día.

Después de la muerte de Pierre recordó un detalle más.

Asher la había llevado hasta el ferry de Horseshoe Bay. Había bajado del coche y lo había rodeado hasta llegar a su lado. Ella, de pie, lo esperaba para despedirse. Había dado un paso hacia él, para besarlo —algo tan natural después de las últimas horas—, pero él había dicho «No».

—No. Nunca lo hago.

Desde luego no era verdad que no lo hiciera nunca. Que nunca diera un beso a la vista de cualquiera. Esa misma tarde lo había hecho en el Punto Panorámico.

No.

Eso era sencillo. Una advertencia. Una negativa. La protegería, se podría decir, y se protegería a sí mismo. Aunque horas antes no le hubiera importado.

*Nunca lo hago* era algo muy diferente. Otra clase de advertencia. Una información que podía no hacerla feliz, aunque quizás estuviese destinada a evitarle una seria equivocación. A salvarla de las falsas esperanzas y la humillación de cierto tipo de errores.

¿Cómo se habían despedido, entonces? ¿Se habían dado la mano? No se acordaba.

Pero oía la voz de él, la ligereza y a la vez la gravedad del tono, veía la cara decidida, meramente agradable, y sentía la tenue retirada fuera de su alcance. No dudaba de que el recuerdo era cierto. No entendía cómo durante todo ese tiempo lo había reprimido con tanta eficacia.

Se le ocurrió que de no haber podido hacerlo, su vida entera habría sido diferente.

¿En qué?

Tal vez no se hubiera quedado junto a Pierre. Tal vez no hubiera podido mantener el equilibrio. El esfuerzo por conciliar lo que se había dicho en el ferry con lo que se había dicho antes la habría vuelto más alerta y más curiosa. El orgullo o la obstinación habrían desempeñado un papel —la necesidad de hacer que algún hombre se comiera esas palabras, un rechazo a aprender la lección—, pero eso no habría sido todo. Había otra clase de vida que podría haber hecho, lo cual no quería decir que la prefiriese. Tal vez debido a su edad (algo que siempre olvidaba tener en cuenta), o al tenue aire fresco que respiraba desde la muerte de Pierre, podía pensar en esa otra clase de vida como una suerte de investigación, con sus reveses y sus logros.

Claro que, a fin de cuentas, quizá los descubrimientos no fueran tantos. Acaso una y otra vez lo mismo, algo evidente pero perturbador sobre una misma. En su caso, el hecho de que toda la vida se había dejado guiar por la prudencia, o al menos por una suerte de gestión económica y

emocional.

Ese mínimo gesto defensivo que había hecho él, la advertencia cortés y letal, la actitud inflexible ya un poco anquilosada, como una fanfarronería pasada de moda. Ahora lo percibía con una perplejidad cotidiana, como si fuese un marido.

Se preguntó si seguiría siéndolo, o si ella tendría un papel nuevo que la aguardase, un nuevo papel en su mente en el futuro.

## Queenie

—Quizá sea mejor que dejes de llamarme así —dijo Queenie cuando me recibió en Union Station.

Yo pregunté:

—¿Cómo? ¿Queenie?

—A Stan no le gusta —explicó ella—. Dice que le recuerda a un nombre de caballo.

Me sorprendió más oírle decir «Stan» que la noticia de que ya no era Queenie sino Lena. Pero no podía suponer que después de un año y medio de casada siguiera llamando a su esposo señor Vórguilla. Durante aquel lapso no había vuelto a verla y un momento antes, al avistarla entre la gente que esperaba en el andén, por poco no la había reconocido.

El pelo, teñido de negro, se le arqueaba a los lados de la cara en ese estilo que no sé cómo llamaban pero entonces hacía furor. Tanto el hermoso color de jarabe de maíz —dorado en la superficie y oscuro debajo— como la sedosa cascada se habían perdido para siempre. Llevaba un vestido amarillo estampado que le ceñía el cuerpo y acababa unos centímetros por encima de las rodillas. Gruesos trazos a lo Cleopatra y una sombra púrpura le hacían los ojos más pequeños, en vez de agrandárselos, como si se estuvieran escondiendo adrede. Se había perforado las orejas; de los lóbulos colgaban aros de oro.

Vi que ella también me miraba con cierta sorpresa. Intenté ser atrevida y campechana. Dije:

—¿Eso es un vestido o una cortinilla para el trasero? —Se echó a reír y agregué—: Menudo calor hacía en el tren. He sudado como una marrana.

Oía el sonido de mi voz, vibrante y pletórica como la de mi madrastra Bet.

*Sudado como una marrana.*

Y luego, ya en el tranvía que llevaba a casa de Queenie, seguí sonando como una estúpida.

—¿Todavía estamos en el centro? —pregunté.

Los bloques altos habían quedado atrás muy pronto, pero no se habría dicho que aquél fuera un barrio residencial. Unos tras otros se sucedían los mismos edificios y comercios: una tintorería, una floristería, un colmado, un restaurante. Cajas de frutas y verduras en la acera, letreros de dentistas, costureras y fontaneros en ventanas de segundos pisos. Rara vez una construcción más alta. Rara vez un árbol.

—Esto no es el centro mismo —dijo Queenie—. ¿Recuerdas dónde te enseñé que estaba Simpson's, donde cogimos el tranvía? Pues allí.

—O sea, ¿que ya casi estamos?

—Aún falta un buen trecho —le respondió ella. Luego agregó—: *Un* trecho. A Stan tampoco le gusta que diga sólo «trecho».

Con las repeticiones, o acaso con el calor, me estaba entrando ansiedad y un poco de náuseas. Entre las dos llevábamos mi maleta sobre las rodillas y a unos centímetros de los dedos yo tenía el cuello gordo y la calva de un hombre. Unos pocos pelos negros y sudorosos se le pegaban a la coronilla. No sé por qué tuve que pensar en los dientes del señor Vörguilla guardados en el botiquín; Queenie me los había enseñado cuando éramos vecinos de los Vörguilla y ella trabajaba en su casa. Eso había sido mucho antes de que el señor Vörguilla fuese ni remotamente Stan.

Dos dientes unidos, junto a la navaja, la brocha y el cuenco de madera con el asqueroso jabón lleno de pelos.

—Es su puente —había dicho Queenie.

¿Puente?

—Puente de dientes.

—Uf —había exclamado yo.

—Este es de recambio —había dicho ella—. Ahora lleva puesto el otro.

—Uf. ¿No están un poco amarillos?

Queenie me había tapado la boca. No quería que la señora Vörguilla nos oyese. La señora Vörguilla estaba abajo, echada en el sofá del comedor. Casi todo el tiempo tenía los ojos cerrados, pero podía no estar durmiendo.

Cuando al fin bajamos del tranvía tuvimos que subir una cuesta empinada, tratando torpemente de repartirnos el peso de la maleta. Aunque al principio lo parecieran, las casas no eran todas iguales. A veces, los tejados ceñían los muros como gorras; a veces, toda la planta alta era un tejado cubierto de tejas. Las tejas eran de color verde oscuro, castaño o pardo. Los porches llegaban casi hasta la acera y había tan poco espacio entre las casas que se podía dar la mano al vecino a través de la ventana. Había niños jugando en la calle, pero Queenie les hacía el mismo caso que les haría a pájaros que picotearan entre las grietas. Sentado en un escalón, un hombre gordísimo, desnudo de cintura para arriba, nos lanzó una mirada tan fija y sombría que no tuve duda de que quería decirnos algo. Queenie pasó de largo.

A mitad de la cuesta dobló por un sendero de gravilla que discurría entre cubos de basura. De una ventana de la segunda planta asomó una mujer y dijo algo que no conseguí entender. Queenie le respondió.

—Es mi hermana —explicó—. Ha venido de visita. —Y a mí me aclaró—: Es nuestra patrona. Vive arriba con su familia, en la parte de delante. Son griegos. Casi no habla inglés.

Resultó que Queenie y el señor Vörguilla compartían el cuarto de baño con los griegos. Había que llevar el rollo de papel higiénico, porque si se te olvidaba, allí no había. Yo tuve que entrar enseguida porque tenía una regla muy fuerte y debía cambiarme la compresa. Después de aquel día, durante años me bastaría ver una calle de ciudad en un día caluroso, los tranvías traqueteando o ciertos guijarros pintados, para recordar los retortijones en el vientre, las oleadas de flujo, las filtraciones del cuerpo, el aturdimiento bochornoso.

Había una habitación donde dormían Queenie y el señor Vörguilla, otra convertida en sala de estar, una cocina estrecha y una galería acristalada. Yo iba a dormir en el catre de la galería. Al otro lado de las ventanas, muy cerca, el patrón y otro hombre reparaban una moto. El olor a aceite, metal y maquinaria se mezclaba con un perfume de tomates maduros bajo el sol. Desde una

ventana de la planta baja llegaba la música estridente de una radio.

—Ahí tienes algo que Stan no soporta —dijo Queenie—. Esa radio. —No por correr las cortinas floreadas logró que el ruido y el sol dejaran de entrar—. Me habría gustado poder ponerte sábanas —dijo.

Yo tenía en la mano la compresa ensangrentada envuelta en papel higiénico. Me dio una bolsa de papel y me guió hasta el cubo de basura.

—Las tiras todas aquí —dijo—. En el acto. No lo olvidarás, ¿no? Y no dejes tu caja a la vista de él; detesta que se lo recuerden.

Yo me seguía esforzando por parecer despreocupada, por comportarme como en mi casa.

—Necesito comprar un vestido tan mono como el tuyo —declaré.

—A lo mejor te lo hago yo —dijo Queenie metiendo la cabeza en la nevera—. Me apetece una coca; ¿y a ti? Es que voy a un lugar donde venden retales. Este vestido me salió por unos tres dólares. Por cierto, ¿qué talla usas ahora?

Me encogí de hombros. Dije que estaba tratando de adelgazar.

—Vale. Puede que encontremos algo.

—Voy a casarme con una señora que tiene una hijita más o menos de tu edad —había dicho mi padre—. Y el padre de esa niña ha dejado de verla. Por eso has de prometerme una cosa, y es que no le harás bromas ni le dirás maldades sobre eso. Seguro que a veces tendréis desacuerdos o pelearéis como pasa entre hermanas, pero de eso nunca debes decirle nada.

Y si lo dicen otros niños, tú te pones de parte de ella.

Para discutir un poco argumenté que yo no tenía madre y sin embargo nadie me decía maldades.

—Es diferente —dijo mi padre.

Se equivocaba en todo. No éramos en absoluto de la misma edad porque, cuando mi padre se casó con Bet, Queenie tenía nueve años y yo seis. Aunque en la escuela acabamos acercándonos cuando yo me salté un curso y Queenie repitió. Y nunca supe de nadie que intentara molestarla. Queenie era de esas de quienes todos quieren ser amigos. Para los equipos de béisbol la elegían la primera, aunque el juego le importaba poco, y primera para el equipo de ortografía aunque deletreaba fatal. Además no nos peleábamos. Ni una vez. Ella era conmigo la mar de bondadosa y yo le tenía una admiración inmensa. Sólo por ese pelo de oro bruñido y los oscuros ojos soñadores la habría idolatrado; por lo guapa que era. La risa de Queenie era dulce y tosca como azúcar moreno. Sorprendía que con tantos privilegios fuese tierna y amable.

La mañana de la desaparición de Queenie, una mañana de comienzos de invierno, tuve al despertarme la sensación de que se había ido.

Eran menos de las siete y todavía estaba oscuro. En la casa hacía frío. Cogí el albornoz lanudo que compartía con Queenie. Lo llamábamos Buffalo Bill y siempre se lo ponía la primera en levantarse. De dónde había salido era un misterio.

—Tal vez era de un amigo de Bet, de antes de que se casara con tu padre —dijo Queenie—. Pero no vayas a decirlo, que me mata.

No estaba en su cama ni en el lavabo. Bajé la escalera, sin encender la luz para no despertar a Bet. Miré por la ventanita de la puerta delantera. El pavimento duro, las baldosas de la acera y la hierba rala de la entrada relucían de escarcha. La nieve se había retrasado. Subí el termostato del vestíbulo y la caldera se despertó en la oscuridad con un gruñido fiable. Acabábamos de poner una caldera de aceite pero mi padre aún se despertaba a las cinco, decía, pensando que era hora de bajar al sótano a encender el fuego.

Mi padre dormía en lo que había sido una despensa, al lado de la cocina. Tenía una cama de hierro y una silla de respaldo roto, y sobre la silla la pila de revistas de *National Geographic* que leía cuando no podía dormir. Encendía y apagaba la luz del techo mediante una cuerda atada a la cabecera. A mí el arreglo me parecía totalmente natural y apropiado para el hombre de la casa, el padre. Dormía como un centinela, con una frazada basta por todo abrigo, rodeado de un indómito olor a motores y tabaco. Leía y velaba hasta altas horas y hasta dormido seguía vigilante.

Sin embargo no había oído a Queenie. Dijo que debía de estar en algún rincón de la casa.

—¿Has mirado en el cuarto?

—Allí no está —respondí.

—Puede que esté con su madre. La miedica...

Mi padre llamaba «mieditis» al trance en que Bet despertaba —o no despertaba del todo— de una pesadilla. Salía tambaleándose de su habitación, incapaz de explicar qué la había asustado, y la que la guiaba de vuelta a la cama era Queenie. Ella la abrazaba por la espalda, calmándola como un cachorro que lame leche, y a la mañana siguiente Bet no recordaba nada.

Yo había encendido la luz de la cocina.

—No quería despertarla —dije—. Miré la oxidada panera de lata en la que siempre golpeteaba el trapo, los cacharros lavados pero aún sobre la cocina y el lema provisto por la Granja Fairholme: *El Señor es el corazón de la casa*. Esperando estúpidamente que empezara el día, sin saber que la catástrofe lo había vaciado.

Alguien había quitado el cerrojo a la puerta que daba a la galería lateral.

—Ha entrado alguien —dije—. Ha entrado alguien y se ha llevado a Queenie.

Mi padre salió con los pantalones encima de los calzoncillos largos. Bet bajaba en pantuflas y bata de felpilla, encendiendo luces por el camino.

—¿Queenie está contigo? —le preguntó mi padre. Y a mí me dijo—: Esa puerta la han abierto desde dentro.

Bet preguntó:

—¿Qué pasa con Queenie?

—A lo mejor le apeteció dar un paseo —dijo mi padre.

Bet no le hizo caso. Llevaba en la cara una mascarilla seca de un potingue rosa. Era representante de productos de belleza y nunca vendía un cosmético que no hubiera probado.

—Ve a donde los Vorganilla —me ordenó—. A lo mejor recordó algo que debía hacer.

Había pasado una semana desde el funeral de la señora Vorganilla, pero Queenie había seguido trabajando en la casa; ayudando a embalar la vajilla y la ropa de cama para que el señor Vorganilla pudiera trasladarse a un piso. Como debía preparar los conciertos de Navidad del colegio, él no podía hacerlo todo solo. Bet quería que Queenie lo dejase para que la cogieran en alguna tienda para Navidad.

En vez de subir a por mis zapatos me puse las botas de goma de mi padre, que estaban junto a

la puerta. Crucé el jardín dando tropezones y en el porche de los Vorguilla toqué el timbre. Era una campanilla que parecía proclamar la musicalidad de la familia. Arrebujada en Buffalo Bill, me puse a rezar. Queenie, Queenie, enciende las luces, por favor. Olvidaba que si Queenie estuviera trabajando habría encendido las luces.

No hubo ninguna respuesta. Aporreé la madera. Cuando acabara de despertarlo, el señor Vorguilla estaría de un humor de perros. Apreté la oreja contra la puerta, atenta a los ruidos.

—Señor Vorguilla, señor Vorguilla. Siento despertarlo. Señor Vorguilla. ¿Hay alguien ahí?

En la casa de enfrente abrieron una ventana. Allí vivían el señor Hovey, un solterón, y su hermana.

—¿Para qué tienes los ojos? —gritó el señor Hovey—. Mira el patio.

El coche del señor Vorguilla no estaba.

El señor Hovey cerró de un golpe.

Cuando abrí la puerta de nuestra cocina vi a mi padre y a Bet sentados a la mesa con sendas tazas de té. Por un instante pensé que se había restablecido el orden. Tal vez había llamado alguien con noticias tranquilizadoras.

—El señor Vorguilla no está —anuncié—. El coche tampoco.

—Oh, lo sabemos —asintió Bet—. Lo sabemos todo.

Mi padre dijo:

—Lee esto. —Y me acercó un papel que había encima de la mesa.

*Me caso con el señor Vorguilla, decía. Sinceramente vuestra, Queenie.*

—Debajo de la azucarera —añadió mi padre.

Bet dejó caer la cuchara.

—Quiero que lo juzguen —gritó—. Y a ella la quiero en el reformatorio. Quiero que venga la policía.

—Tiene dieciocho años y si quiere puede casarse. La policía no va a bloquear las carreteras.

—¿Y quién dice que están en la carretera? Seguro que se han escondido en un motel. Esa tonta y el tonto del culo de Vorguilla, con esos ojos de huevo.

—Hablar así no va a hacer que vuelva.

—No quiero que vuelva. No si viene arrastrándose. Ha hecho su cama y puede acostarse en ella con ese cabrón cara de huevo. Por mí se la puede follar por la oreja.

Mi padre dijo:

—Basta ya.

Para acompañar la coca, Queenie me dio un par de galletas 222.

—Es increíble cómo después de casarte se te van los retortijones. Bien, o sea, ¿que tu padre te contó lo nuestro?

Cuando yo le había dicho a mi padre que antes de empezar magisterio quería trabajar todo el verano, me había sugerido que fuese a Toronto a ver a Queenie. Me contó que ella había escrito a la empresa de transportes preguntándole si podía prestarles un dinero para pasar el invierno.

—Nunca le habría escrito —me dijo Queenie— de no ser porque el invierno pasado Stan tuvo neumonía.

—Fue la primera noticia que tuve de dónde estabas —expliqué. No sabía por qué, se me



llenaron los ojos de lágrimas. Por la alegría que me había dado enterarme, por lo sola que me había sentido antes, porque deseaba oír la decir «Claro que *contigo* siempre pensé ponerme en contacto», y ella no lo decía—. Bet no sabe nada —añadí—. Cree que he venido por mi cuenta.

—Espero que no —dijo Queenie con calma—. O sea, espero que no lo sepa.

Yo tenía un montón de cosas que contarle. Le conté que la empresa de transportes se había ampliado de tres camiones a doce, que Bet se había comprado un abrigo de chinchilla, había expandido su negocio y ahora manejaba *Beauty Clinics* desde casa. Con aquel fin había arreglado la habitación donde solía dormir mi padre, y él había mudado el catre y las *National Geographic* a su despacho, una casilla de las Fuerzas Aéreas que había remolcado hasta el garaje de los camiones. Cuando estudiaba en la mesa de la cocina para mis exámenes de tercero de bachillerato, yo había escuchado a Bet decir «A una piel delicada como ésta no hay que tocarla ni con una esponja», antes de untar con cremas y lociones la basta cara de una cliente. Y a veces, en un tono no menos intenso, pero no tan optimista:

—Le aseguro que he vivido junto al mal. Tenía el mal en la casa de al lado y ni lo sospechaba, porque el caso es que una no sospecha, ¿no? Una siempre piensa lo mejor de la gente. Hasta que le parten los dientes.

—En eso tiene razón —decía la denta—. A mí me pasa igual.

O bien:

—Cuando una cree que lo ha sufrido todo, resulta que acaba de empezar.

Luego, cuando ya había despedido a la mujer, Bet rezongaba:

—Como le toques la cara a oscuras la tomas por papel de lija.

No parecía que esas cosas interesaran a Queenie. Y además no hubo mucho tiempo. No habíamos acabado las cocas cuando oímos unos pasos rápidos en la gravilla y entró en la cocina el señor Vorguilla.

—Mira a quién tenemos aquí —exclamó Queenie. Hizo ademán de levantarse, como para tocarlo, pero él se desvió hacia el fregadero.

Ella había hablado en un tono tan risueño y sorprendido que me pregunté si le habría dicho algo sobre mi carta.

—Es Chrissy —explicó.

—Ya veo —dijo el señor Vorguilla—. Tiene que gustarte el calor, Chrissy, para haber venido a Toronto en verano.

—Va a buscar un trabajo —contó Queenie.

—¿Y tienes títulos? —preguntó el señor Vorguilla—. ¿Estás calificada para encontrar empleo en Toronto?

Queenie informó:

—Ha acabado el bachillerato.

—Vaya. Ojalá que con eso baste —comentó el señor Vorguilla.

Llenó un vaso de agua y se lo bebió de pie, dándonos la espalda. Exactamente como hacía en la cocina de la otra casa, la vecina casa de los Vorguilla, cuando la señora Vorguilla, Queenie y yo estábamos sentadas a la mesa. El señor Vorguilla entraba de vuelta de algún ensayo, o para hacer una pausa después de una de las lecciones de piano que daba en la sala. Ya al oír sus pasos la señora Vorguilla nos había prevenido con una sonrisa. Y todas mirábamos las letras del Scrabble, dándole la opción de fijarse en nosotras o no. A veces no lo hacía. La puerta del armario

abriéndose, el chorro del grifo, el ruido del vaso en la encimera eran una serie de explosiones menores. Como si el señor Vörguilla retara a quien fuese a respirar mientras él estaba allí.

Se comportaba igual que cuando nos enseñaba música. Entraba en el aula con el paso de quien no tiene un minuto que perder, daba un golpecito con el puntero y había que empezar. Se paseaba entre los pupitres aguzando los oídos, los azules ojos saltones bien alerta y una expresión tensa y belicosa. En el momento menos pensado podía pararse junto a una para oírla cantar, para ver si falseaba o desafinaba. Luego bajaba lentamente la cabeza, clavándole a una los ojos saltones, acallando las otras voces con una mano, dispuesto a avergonzarla. Y corría la voz de que igualmente despótico era con sus diversos grupos y corales. Sin embargo era un favorito de los cantantes, sobre todo de las damas. Para Navidad le tejían prendas. Calcetines, bufandas y guantes para que se abrigara en los viajes entre colegio y colegio, entre un coro y otro.

Una vez, mientras Queenie estaba a cargo de la casa, pues la enfermedad de la señora Vörguilla le impedía ya llevarla, Queenie había pescado en un cajón un objeto de punto y me lo había agitado ante la cara. Había llegado sin el nombre de la donante.

Yo no sabía qué era.

—Es un calentaputero —había explicado Queenie—. La señora Vörguilla dice que no se lo enseñe, que se pondría furioso. ¿No sabes qué es un calentaputero?

—Hum... —había dicho yo.

—Es sólo una broma.

Tanto Queenie como el señor Vörguilla se iban a trabajar por las noches. El señor Vörguilla tocaba el piano en un restaurante. Se ponía un frac. Y Queenie vendía billetes en un cine. Como el cine estaba a sólo unas manzanas, yo la acompañé. Y cuando la vi sentada en la taquilla comprendí que al fin y al cabo el pelo teñido y los aretes no eran tan raros. Queenie tenía el mismo aspecto que algunas de las chicas que pasaban por la calle o iban al cine con sus novios. Y se parecía mucho a algunas chicas retratadas en los carteles que la rodeaban. Daba la impresión de tener algo en común con el mundo de los dramas, de los amores fogosos y los peligros que se describía en la pantalla.

Daba la impresión, habría dicho mi padre, de no ser ninguna segundona.

—¿Por qué no vas a dar una vuelta? —me había preguntado.

Pero yo temía llamar la atención. No me imaginaba sentada en un bar, tomando café y pregonando al mundo que no tenía nada que hacer ni lugar adonde ir. Ni entrando en una tienda a probarme ropa que no tenía esperanzas de comprar. Volví a subir la cuesta, contesté al saludo de la mujer griega, que estaba en la ventana, y entré usando la llave de Queenie.

Me senté en el catre de la galería. No tenía dónde colgar la ropa, y de todos modos pensé que quizá no fuese buena idea abrir la maleta. Tal vez al señor Vörguilla no le gustase ver indicios de que iba a quedarme.

Pensé que el señor Vörguilla estaba tan cambiado como Queenie. Pero él no había cambiado como ella, ahora de una elegancia y una sofisticación para mí severas y extrañas. Tenía el pelo, antes rojo grisáceo, totalmente canoso y en la cara —siempre presta a relampaguear de rabia ante una posible falta de respeto, una ejecución defectuosa o algo fuera de lugar en la casa— una expresión de daño más permanente, como si todo el tiempo se cometiera ante sus ojos una ofensa o se dejara de castigar una mala conducta.

Me levanté a dar vueltas por el piso. Cuando en un lugar están quienes lo habitan, es imposible

echarle un buen vistazo.

Lo más bonito me pareció la cocina, aunque era demasiado oscura. En la ventana que había sobre el fregadero, Queenie había plantado hiedra y, como le gustaba a la señora Vorguilla, había cucharas de madera asomando de un lindo jarro sin asa. En la sala estaba el piano, el mismo piano de la otra casa. Había un sillón, una biblioteca hecha con tablas y ladrillos, un tocadiscos y muchos discos en el suelo. No había televisión. Tampoco mecedoras de avellano ni cortinas estampadas. Ni siquiera la lámpara de pie con escenas japonesas en la pantalla. Sin embargo, un día de nieve, todas esas cosas se habían despachado a Toronto. Yo estuve en casa a la hora de comer y había visto el camión de mudanzas. Bet no podía apartarse de la ventana delantera. Al cabo, olvidando la dignidad que le gustaba exhibir ante los extraños, había gritado a los peones:

—Cuando llegéis a Toronto decidle a ése que si llega a enseñar la jeta por aquí se arrepentirá para siempre.

Los peones la saludaron alegremente, como si estuvieran acostumbrados a escenas de ese tipo; y tal vez lo estaban. Trasladar muebles debe exponerlo a uno a cabreos y ataques de rabia.

Pero ¿adonde habían ido a parar las cosas? Las vendieron, pensé. Tienen que haberlas vendido. Mi padre había dicho que en Toronto, daba la impresión, al señor Vorguilla le estaba costando encontrar trabajo en lo suyo. Y Queenie había dicho algo así como que estaban «atrasándose». Si no se hubieran estado atrasando nunca le habría escrito a mi padre.

Debían de haber vendido los muebles antes de que ella escribiera.

En la biblioteca vi *La enciclopedia de la música*, un *Diccionario mundial de la ópera* y *Las vidas de los grandes compositores*. También ese libro grande y delgado, de hermosa cubierta, que la señora Vorguilla solía tener junto al sofá: las *Rubaiyatas* de Omar Jayam.

Había otro libro de cubierta decorada cuyo título exacto no recuerdo. Algo en el título me sugirió que podía gustarme. Tal vez la palabra «florecido», o «perfumado». Lo abrí, y recuerdo perfectamente la primera frase que leí.

«A las odaliscas jóvenes del harim se las instruía además en el uso exquisito de sus uñas».

Yo no sabía bien qué era una odalisca pero la palabra «harim» (¿por qué no «harem»?) me dio una pista. Y para descubrir qué se les enseñaba a hacer con las uñas tuve que seguir leyendo. Leí y leí durante acaso una hora y luego dejé caer el libro.

Sentía excitación, repugnancia e incredulidad. ¿Eran ésas las cosas en que se interesaban los verdaderos adultos? Hasta el dibujo de la cubierta, las preciosas viñas curvas y retorcidas, parecía levemente hostil y corrupto. Recogí el libro para devolverlo a su sitio y se abrió para mostrar los nombres escritos en la guarda. Stan y Marigold Vorguilla. Con letra de mujer. Stan y Marigold.

Pensé en la pálida, ancha frente de la señora Vorguilla, en sus rígidos rizos de un color grisáceo. Los pendientes de perlas y las blusas con un lazo en el cuello. Era un poquito más alta que el señor Vorguilla y a eso atribuía la gente que no salieran juntos. Pero la verdadera razón era que ella se agitaba. La agitaba subir escaleras o tender la ropa. Y al final la agitaba incluso sentarse a la mesa a jugar al Scrabble.

Al principio mi padre nos prohibía aceptar dinero por hacerle la compra o tenderle la colada; explicaba que eran favores de buen vecino.

Bet decía que ella probaría a quedarse tumbada, a ver si la gente iba a cuidarla gratis.

Hasta que un día el señor Vorguilla fue a casa a acordar que Queenie trabajase para ellos.

Queenie estaba dispuesta porque no había aprobado el curso y no quería repetir. Al fin Bet aceptó, pero le dijo que no debía cuidar a la mujer.

—A ti no te concierne que la muy rúcana no contrate a una enfermera.

Queenie reveló que todas las mañanas el señor Vorguilla sacaba las pastillas y todas las noches lavaba a la señora Vorguilla con una esponja. Hasta intentaba fregar las sábanas en la bañera, como si en la casa no existiese una lavadora.

Recordé las veces en que estábamos jugando al Scrabble en la cocina y el señor Vorguilla, después de beber su vaso de agua, le ponía a la señora Vorguilla una mano en el hombro. Suspiraba como si hubiera vuelto de un viaje largo y agotador.

—Hola, cielo —decía.

La señora Vorguilla estiraba el cuello para besarle la mano reseca.

—Hola, cielo —decía.

Luego él nos miraba a nosotras como si nuestra presencia no lo molestara en absoluto.

—Hola, chicas.

Más tarde, a oscuras en la cama, Queenie y yo nos reíamos.

—Buenas noches, cielo.

—Buenas noches, cielo.

Cómo me habría gustado volver a esos tiempos.

Por la mañana, aparte de ir al lavabo y salir a echar la compresa en el cubo, estuve sentada en mi catre de la galería hasta que se marchó el señor Vorguilla. Yo temía que no tuviera adonde ir, pero al parecer no era así. En cuanto hubo salido, Queenie me llamó. En la mesa había una naranja pelada, copos de maíz y café.

—Y aquí tienes el periódico —dijo—. Estuve mirando las ofertas de empleo. Pero antes quiero hacerte algo en el pelo. Te lo cortaré un poco detrás y te lo armaré con los rulos. ¿Te parece?

Acedí. No había acabado de comer cuando Queenie ya me rondaba perfeccionando su idea. Luego me sentó en un taburete —yo seguía bebiendo el café— y se puso a manejar peine y tijeras.

—¿Qué tipo de empleo buscamos? —preguntó—. He visto uno en una lavandería. En el mostrador. ¿Qué te parece?

—Estaría muy bien —dije yo.

—¿Sigues con el plan de ser maestra?

Le respondí que no sabía. Comprendí que podía parecerle una ocupación algo insulsa.

—Yo creo que te conviene. Inteligencia te sobra. Los maestros ganan más. Ganan más que la gente como yo. Y tienes más independencia.

Pero trabajar en el cine estaba bien, dijo. Había conseguido el puesto un mes antes de Navidad y se había alegrado de veras porque al fin había podido comprar los ingredientes para una tarta con su propio dinero. Y se había hecho amiga de un hombre que vendía árboles de Navidad en la caja de un camión. El hombre le había vendido uno por cincuenta céntimos y ella misma lo había arrastrado cuesta arriba. Le había colgado banderines rojos y verdes de papel crepé, que era barato. Unos adornos los había hecho con papel metálico sobre cartón y otros los había comprado en las rebajas de última hora del *drugstore*. De una revista había sacado la idea de colgar del

árbol galletas caseras. Era una costumbre europea.

Le apetecía organizar una fiesta, pero no sabía a quién invitar. Sólo estaban los griegos, Stan y un par de amigos. Entonces se le había ocurrido invitar a los alumnos de él.

Yo no lograba acostumbrarme a que dijera «Stan». Y no sólo porque me recordaba su intimidad con el señor Vörguilla. Eso tenía su importancia, claro. Pero también estaba la sensación de que ella lo había hecho desde cero. Una persona nueva. Stan. Como si el señor Vörguilla que las dos habíamos conocido —y no digamos ya la señora Vörguilla— no hubiese existido nunca.

Entonces Stan sólo enseñaba a adultos —realmente los prefería a los escolares—, así que no tuvieron que preocuparse por preparar juegos y entretenimientos para niños. Habían hecho la fiesta un domingo por la noche porque tanto Stan como ella trabajaban en el restaurante y en el cine el resto de noches.

Los griegos llevaron vino hecho por ellos y unos alumnos, licor de huevo, ron y jerez. Otros aparecieron con discos para bailar, pensando que Stan no tendría música de ésa; y no se equivocaban.

Queenie había hecho rollos de salchicha y pan de jengibre y la mujer griega unas galletas especiales. Estaba todo muy bueno. La fiesta era un éxito. Queenie bailaba con un chico chino llamado Andrew, que había llevado un disco que ella adoraba.

—Gira, gira —dijo, y yo moví la cabeza como me indicaba. Riendo, ella aclaró—: No, no. No te decía a ti. Así es la canción. Es de los Byrds.

«Gira, gira, gira», cantó. «Hay días para sembrar y tiempo de recoger».

Andrew estudiaba para dentista. Pero quería aprender a tocar la sonata *Claro de luna*. Stan le había dicho que le llevaría mucho tiempo. Andrew era paciente. Le contó a Queenie que no podía costearse el viaje a casa para Navidad. Su familia vivía en el norte de Ontario.

—Pensé que eran chinos.

—No, chinos chinos no. Son de aquí.

Sí que hubo un juego de niños. Jugaron a las sillas. A esas alturas todo el mundo chillaba. Hasta Stan. Había cogido a Queenie al vuelo, la había sentado en sus rodillas y no la soltaba. Y cuando todos se fueron no había querido que limpiase. Quería que fuera a la cama.

—Ya sabes cómo son los hombres —dijo Queenie—. ¿Tienes novio o algo por el estilo?

Respondí que no. El último chófer que había contratado mi padre venía todo el tiempo a casa con mensajes sin importancia y mi padre había dicho: «Lo que busca es una oportunidad de hablar con Chrissy». Pero yo lo trataba con frialdad y de momento no se había atrevido a invitarme a salir.

—O sea, que aún no sabes nada de esas cosas —dijo Queenie.

Yo repliqué:

—Pues claro que sé.

—Hum... —dijo ella.

Los invitados a la fiesta se comieron casi todo menos la tarta. Del pastel no habían comido gran cosa, pero Queenie no se molestó. Era algo pesado y a esas alturas ya estaban repletos de rollos de salchicha y demás. Por otra parte, como no había terminado de asentarse según recomendaba el libro, le había alegrado que sobrara una parte. Había pensado, antes de que Stan la arrastrara, que cubriría la tarta con un baño borracho, y la dejaría en un sitio fresco. O lo había pensado o lo había hecho realmente y, como a la mañana siguiente la tarta no estaba sobre la mesa,

pensó que lo había hecho. Bien, había pensado, la tarta está guardada.

Uno o dos días después Stan dijo: «Comamos un trozo de esa tarta». Ella propuso dejarla asentarse un poco más, pero él insistió. Ella no la encontró ni en el aparador ni en la nevera. Buscara donde buscara no lograba encontrarla. Y en eso, recordó cómo había cogido un paño limpio, empapado en vino, y envuelto las sobras con mucho cuidado. Y luego recordó cómo había cubierto el paño con papel de cera. Pero ¿cuándo? ¿Lo había hecho o era todo un sueño? ¿Dónde había puesto la tarta después de envolverla? Intentaba verse guardándola pero tenía la mente en blanco.

Había revisado el fondo del aparador, pero sabía que era una tarta demasiado grande para estar allí. Luego había buscado en el horno y hasta en lugares absurdos como los cajones del dormitorio, debajo de la cama o los estantes del vestidor. No estaba en ningún lado.

—Si la guardaste en alguna parte, en alguna parte ha de estar —dijo Stan.

—La guardé. En alguna parte la guardé —dijo Queenie.

—A lo mejor estabas borracha y la tiraste.

—No estaba borracha. Y no la tiré.

Pero buscó en la basura. Tampoco.

Sentado a la mesa, él la observaba. Si la guardaste en alguna parte, en alguna parte ha de estar. Ella empezaba a ponerse frenética.

—¿Estás segura? —preguntó Stan—. ¿Estás segura de que no se la diste a alguien?

Estaba segura de no haberla regalado. La había envuelto para guardarla. Estaba segura, estaba casi segura de haberla envuelto. Estaba segura de no habérsela dado a nadie.

—Bueno, no sé —dijo Stan—. Creo que tal vez se la diste a alguien. Y creo que sé a quién.

Queenie se quedó de piedra. ¿A quién?

—Creo que se la diste a Andrew.

¿A Andrew?

Sí, sí. Al pobre Andrew, que le había contado que no podía ir a su casa por Navidad. Andrew le había dado pena.

—Así que le diste la tarta.

No, había dicho Queenie. ¿Por qué iba a hacer eso? Ella no hacía esas cosas. Ni se le había pasado por la cabeza darle la tarta a Andrew.

Stan dijo:

—Lena. No mientas.

Y así había empezado la larga y miserable batalla de Queenie. No lograba decir más que no. No, no, no le di la tarta a nadie. No le di la tarta a Andrew. No estoy mintiendo. No, no.

—Probablemente estabas borracha —dijo Stan—. Estabas borracha y no te acuerdas bien.

Queenie contestó que no estaba borracha.

—El que estaba borracho eras tú —añadió.

El se levantó y, acercándose con la mano levantada, le dijo que no le dijera que estaba borracho, que nunca le dijera eso.

Queenie gritó:

—No lo haré. No lo haré. Lo siento.

Y él no le pegó. Pero ella se puso a llorar. Siguió llorando mientras trataba de persuadirlo. ¿Por qué iba a regalar la tarta, con el trabajo que le había dado hacerla? ¿Por qué no quería

creerle? ¿Qué razón tenía ella para mentirle?

—Todo el mundo miente —decía Stan.

Y cuanto más lloraba y le rogaba que le creyera, más frío y sarcástico se volvía él.

—Aplica cierta lógica. Si está aquí, ve y encuéntrala. Si no está, es que la regalaste.

Queenie dijo que eso no era lógico. No porque no la encontrara tenía que haberla regalado. Entonces él se acercó de nuevo a ella, sonriendo a medias con tal calma que por un momento Queenie pensó que iba a besarla. En cambio, él le cerró las manos alrededor del cuello y por un segundo le cortó el aliento. Ni siquiera le había dejado marcas.

—Vamos —dijo—. Vamos... ¿Resulta que ahora tú me vas a enseñar lógica?

Después fue a vestirse para ir a tocar al restaurante.

Él le retiró la palabra. Por una nota le comunicó que volvería a hablarle cuando ella le dijera la verdad. Queenie se pasó las fiestas llorando. Estaba previsto que el día de Navidad fueran los dos a visitar a la familia griega, pero ella no podía ir con aquella cara. Tuvo que ir Stan solo y decir que estaba enferma. De todos modos, los griegos debían de saber la verdad. Probablemente habían oído la batahola.

Queenie se puso una tonelada de maquillaje para ir a trabajar, y el gerente le había dicho:

—¿Qué quieres? ¿Que la gente piense que es una historia de llorar?

Ella había contado que tenía sinusitis y el hombre la había dejado marchar.

Cuando Stan llegó a casa esa noche fingiendo que ella no existía, Queenie se volvió a mirarlo. Sabía que él iba a acostarse junto a ella como un poste y que si se le acercaba seguiría como un poste hasta que se apartase. Se daba cuenta de que él podía seguir viviendo así y ella no. Pensó que de seguir así se moriría. Como si realmente él la hubiera estrangulado, se moriría.

Así que dijo: Perdóname.

Perdóname. Hice lo que tú dices. Lo siento.

Él se sentó en la cama. Sin hablar.

Ella dijo que de verdad había olvidado que había regalado la tarta, pero que ahora lo recordaba y le pedía disculpas.

—No te he mentado —le explicó—. Lo olvidé.

—¿Olvidaste que le diste la tarta a Andrew? —preguntó él.

—Debí olvidarlo. Lo olvidé.

—A Andrew. Se la diste a Andrew.

Sí, dijo Queenie. Sí, sí, eso había hecho. Y se puso a aullar y a colgarse de él y rogarle que la perdonara.

Está bien, acaba con esa histeria, dijo él. No dijo que la perdonaba, pero le limpió la cara con un paño tibio y se echó junto a ella, abrazándola, y muy pronto quiso hacer todo lo demás.

—Se acabaron las lecciones del señor Claro de Luna.

Y para rematarlo, más tarde Queenie encontró la tarta.

La encontró envuelta en un trapo de cocina y en papel de cera, tal como recordaba. Y dentro de una bolsa de compra colgada de un gancho de la galería trasera. Por supuesto. La galería acristalada era ideal porque en invierno hacía demasiado frío para usarla, pero no un frío glacial. Seguramente eso había pensado al colgar la tarta. Que era el lugar ideal.

Y después se había olvidado. Puede que estuviera un poco borracha; sin duda lo estaba. Se había olvidado por completo. Y estaba allí.

La encontró y la tiró. No le había contado nada a Stan.

—La tiré —dijo—. Estaba buenísima todavía, y llena de esos ingredientes y frutos caros, pero ni en sueños quería tocar de nuevo el asunto. Así que la tiré.

La voz, tan doliente en los pasajes malos de la historia, era ahora astuta y risueña, como si todo el tiempo me hubiera estado contando un chiste y tirar la tarta fuera el desenlace ridículo. Tuve que soltar la cabeza de sus manos y volverme a mirarla.

Dije:

—Pero él no tenía razón.

—Pues claro que no tenía razón. Los hombres no son *normales*, Chrissy. Es una de las cosas que aprenderás si alguna vez te casas.

—Entonces no lo haré. No me casaré nunca.

—Sólo estaba celoso. No veas lo celoso que estaba.

—Nunca.

—Mira, tú y yo somos muy diferentes, Chrissy. Muy diferentes. —Suspiró. Dijo—: Yo soy una criatura del amor.

Pensé que esas palabras podrían aparecer en el cartel de una película: *Una criatura del amor*. Tal vez en una de las películas que pasaban en el cine de Queenie.

—Verás qué guapa vas a estar cuando te quite los rulos —dijo ella—. No te durará mucho lo de no tener novio. Pero hoy ya es tarde para salir a buscar trabajo. Mejor mañana madrugas. Si Stan te pregunta algo, le dices que fuiste a un par de sitios y apuntaron tu número de teléfono. Dile que a un restaurante, una tienda o lo que sea. Como para que crea que estás buscando.

Al día siguiente me cogieron en el primer lugar donde probé, aunque no había conseguido madregar después de todo. Queenie había decidido peinarme de otra manera y maquillarme los ojos, pero el resultado no había sido el que esperaba. «Al fin y al cabo eres más bien del tipo natural», había dicho, y lo había quitado todo y usado mi propia barra de labios, que no era de color rosa pálido y brillante como la suya, sino de un rojo vulgar.

A esas alturas ya era tarde para que Queenie saliera conmigo a revisar su casilla de correos. Tenía que prepararse para ir al cine. Como era sábado, trabajaba también por la tarde. Sacó la llave y me pidió que fuera yo a mirar la casilla. Me explicó dónde era.

—Tuve que alquilar mi propia casilla cuando escribí a tu padre —me dijo.

Conseguí trabajo en un *drugstore* que estaba en el sótano de un edificio de apartamentos. En el momento de entrar casi no tenía esperanzas. El calor me había aplastado el pelo y tenía un bigote de sudor sobre el labio superior. Al menos los retortijones en el estómago se habían calmado.

Una mujer de uniforme blanco bebía café detrás del mostrador.

—¿Vienes por lo del empleo? —preguntó.

Contesté que sí. Era una mujer de cara cuadrada y rígida, pestañas repasadas con lápiz y un panal de pelo púrpura.



—Hablas inglés, ¿no?

—Sí.

—Quiero decir si no lo habrás aprendido. ¿No serás extranjera?

Respondí que no lo era.

—En estos dos días he probado a dos chicas que tuve que despedir. Una dio a entender que hablaba inglés pero no era cierto y a la otra había que repetirle todo diez veces. Lávate bien las manos en el fregadero, que te traeré un delantal. Mi marido es el farmacéutico y yo llevo la caja. —Sólo entonces reparé en un hombre canoso que desde el mostrador alto de un rincón me miraba con disimulo—. Ahora está vacío, pero dentro de un rato habrá movimiento. En este edificio son todos viejos y después de la siesta empiezan a bajar a tomar café.

Me anudé el delantal y ocupé mi puesto detrás del mostrador. Un empleo en Toronto. Traté de descubrir dónde estaban las cosas sin preguntar y sólo tuve que hacerlo dos veces: cómo funcionaba la cafetera y qué hacer con el dinero.

—Tú haces la cuenta y me la traen a mí. ¿Qué te pensabas?

Estaba bien. La gente entraba sola o de dos en dos, la mayoría a pedir café o una coca. Yo lavaba y secaba las tazas, limpiaba el mostrador y al parecer hacía bien las cuentas porque nadie se quejaba. Como había dicho la mujer, la mayoría de los clientes eran ancianos. Algunos, muy amables conmigo, comentaban que era nueva y hasta me preguntaban de dónde había llegado. Otros parecían sumidos en una especie de trance. Una mujer pidió tostadas y me las arreglé para hacérselas. Luego hice un bocadillo de jamón. Se montó un pequeño alboroto cuando entraron cuatro personas a la vez. Un hombre quería pastel con helado, y el helado estaba duro de rascar como el cemento. Pero lo conseguí. Iba ganando confianza. «Servido», les decía al ponerles el pedido, y «Aquí viene el golpe» al presentarles la cuenta.

En un momento de poco trabajo se me acercó la mujer de la caja.

—He visto que hacías unas tostadas —dijo—. ¿No sabes leer?

Señaló un cartel pegado al espejo, detrás del mostrador.

NO SE SIRVEN DESAYUNOS DESPUÉS DE LAS 11.

Contesté que, como se podían hacer bocadillos calientes, no me había parecido mal hacer tostadas.

—Bien, pues te equivocaste. Bocadillos calientes sí, con diez centavos de recargo. Tostadas no. ¿Has entendido?

Dije que sí. No me sentía tan abatida como me habría sentido al principio. Pensaba constantemente en el alivio que sería volver y contestarle al señor Vorguilla que sí, que tenía trabajo. Ahora podría buscarme una habitación propia. Tal vez al día siguiente, o el domingo, si el *drugstore* cerraba. Aunque sólo alquilara una habitación, pensaba, Queenie tendría adonde huir si el señor Vorguilla se enfurecía de nuevo.

Y si alguna vez Queenie decidía dejar al señor Vorguilla (insistía en considerar la posibilidad pese al final que Queenie había dado a su historia), con los sueldos de las dos podríamos alquilar un pisito. O al menos una habitación con cocina americana y cuarto de baño para nosotras solas. Sería como cuando vivíamos en casa con nuestros padres, salvo que nuestros padres no estarían.

Guarnecía cada bocadillo con una hoja de lechuga y un pepinillo encurtido. Eso era lo que prometía otro cartel pegado al espejo. Pero, como al sacar el primer pepinillo del tarro me había parecido demasiado grande, había decidido cortarlos por la mitad. Así acababa de presentarle el

bocadillo a un hombre cuando la mujer de la caja vino a servirse una taza de café. Se llevó el café a la caja y lo bebió de pie. Esperó a que el hombre comiera el bocadillo, lo pagara y se fuese para acercarse a mí otra vez.

—A ese hombre le has dado medio pepinillo. ¿Con todos los bocadillos haces lo mismo?

Le dije que sí.

—¿No te han enseñado a cortar un pepinillo en rodajas? Cada uno tiene que alcanzar para diez bocadillos por lo menos.

Miré el cartel.

—No dice una rodaja. Dice un pepinillo.

—Ya está bien —dijo la mujer—. Quitate ese delantal. Si algo no voy a tolerar es que mis empleados me contesten. Puedes coger tu cartera y largarte. Y no se te ocurra preguntarme por la paga porque no has servido de nada, y de todos modos te tomé como aprendiz.

El hombre canoso atisbaba con una sonrisa nerviosa.

Así que me encontré de nuevo en la calle, andando hacia la parada del tranvía. Pero ahora ya sabía la dirección de ciertas calles y también cómo hacer transbordos. Hasta tenía experiencia laboral. Podía decir que había trabajado detrás de un mostrador. Si me pedían referencias me vería en apuros, pero podía agregar que la cafetería estaba en mi pueblo. Mientras esperaba el tranvía saqué la lista de lugares en donde pensaba solicitar empleo y el mapa que me había dado Queenie. Pero se había hecho tarde y la mayoría de los locales estaban lejos. Me daba miedo tener que hablar con el señor Vorguilla. Decidí volver a pie, con la esperanza de llegar cuando ya hubiera salido.

Había empezado a subir la cuesta cuando me acordé del correo. Regresé hasta la estafeta, saqué una carta de la casilla y retomé el camino a casa. Seguro que el señor Vorguilla ya se había ido.

Pero no era así. La ventana de la sala que daba al sendero estaba abierta y al pasar frente a ella oí música. No era de la que escuchaba Queenie. Era esa música complicada que a veces salía por las ventanas de la casa de los Vorguilla; una música que reclamaba la atención y luego no iba a ninguna parte, o al menos no lo bastante pronto. Música clásica.

Queenie estaba en la cocina, llevaba puesto otro de sus vestidos sucintos y todo el maquillaje posible. Llevaba brazaletes en los brazos. Estaba poniendo tazas en una bandeja. Al dejar la luz del sol atrás sentí un mareo fugaz y cada centímetro de mi piel se cubrió de sudor.

—Chist —dijo Queenie, y es que yo había cerrado de un portazo—. Están dentro escuchando música. El y su amigo Leslie.

Acababa de decirlo cuando la música se interrumpió abruptamente y hubo un estallido de charla excitada.

—Uno pone un disco y el otro tiene que adivinar qué es después de escuchar sólo un trocito —explicó Queenie—. Ponen un trocito, paran y luego empiezan otra vez y otra. Te saca de quicio. —Comenzó a cortar rodajas de pollo y a colocarlas sobre rebanadas de pan con mantequilla—. ¿Has encontrado trabajo? —preguntó.

—Sí, pero no era permanente.

—Vaya. —No parecía muy interesada. Pero al escuchar de nuevo la música alzó los ojos, sonrió y dijo—. ¿Has ido al...? —Entonces vio la carta que yo tenía en la mano.

Soltó el cuchillo y corrió hacia mí susurrando:

—Has entrado con la carta en la mano. Tendría que haberte prevenido. Ponla en mi cartera. Es una carta privada. —Me la arrebató justo en el momento en que la tetera empezaba a silbar sobre el hornillo—. Ay, coge la tetera. Rápido, Chrissy, ¡rápido! Coge la tetera o entrará en un segundo. No soporta ese ruido.

Me volvió la espalda y comenzó a rasgar el sobre.

Retiré la tetera del hornillo.

—Haz el té, por favor... —pidió Queenie, en voz baja y en el tono preocupado de quien ha recibido un mensaje urgente—. Sólo tienes que echarle el agua. Está puesto. —Reía como si estuviera leyendo un chiste privado. Vertí el agua sobre las hojas de té y ella dijo—: Gracias. Oh, Chrissy, gracias. Gracias. —Se volvió hacia mí. Se había ruborizado y todos los brazaletes le tintineaban con una agitación delicada. Dobló la carta, se levantó la falda y se metió el papel bajo el elástico de las bragas—. A veces me revisa la cartera —reveló.

Yo dije:

—¿El té es para ellos?

—Sí. Y tengo que irme a trabajar. Caray, ¿qué hago? Tengo que cortar los sándwiches. ¿Dónde está el cuchillo?

Cogí el cuchillo, corté los sándwiches y los puse en una fuente.

—¿No quieres saber de quién es mi carta? —preguntó ella.

No tenía ni idea.

—¿De Bet? —dije.

Pues tenía la esperanza de que fuese un perdón privado de Bet lo que había hecho florecer a Queenie de esa manera.

Ni siquiera había mirado la letra del sobre.

A Queenie le cambió la cara. Por un momento dio la impresión de no saber de quién le hablaba. Luego recobró la alegría. Me rodeó con los brazos y, con una voz trémula, turbada y triunfal, me susurró al oído:

—Es de Andrew. ¿Puedes llevarles tú la bandeja? Yo no puedo. Ahora mismo no puedo. Oh, gracias.

Antes de marcharse al trabajo, Queenie entró en la sala y besó al señor Vörguilla y a su amigo. Los besó a los dos en la frente. De mí se despidió con un mariposeo de la mano:

—*Chao*.

En el momento de llevar la bandeja noté el fastidio del señor Vörguilla al ver que no era Queenie. Sin embargo me habló en un tono asombrosamente tolerante y me presentó a Leslie. Leslie era un calvo fornido que a primera vista me pareció casi tan viejo como el señor Vörguilla. Cuando una se acostumbraba a la calva y la tenía en cuenta, se volvía mucho más joven. No era el tipo de amigo que yo hubiera esperado del señor Vörguilla. No era brusco ni sabelotodo sino hospitalario y alentador. Cuando le hablé de mi empleo en la cafetería del *drugstore*, por ejemplo, me dijo:

—Pues no es poco, ¿sabes?, que te cojan en el primer lugar donde lo intentas. Es una prueba de que causas buena impresión.

Descubrí que no me costaba hablar de la experiencia. La presencia de Leslie lo facilitaba todo

y parecía suavizar la actitud del señor Vorguilla, como si ante su amigo tuviera que tratarme con una cortesía decente. También podía ser que percibiese en mí un cambio. Cuando una deja de tenerle miedo, una persona nota la diferencia. Quizás el señor Vorguilla no supiera bien en qué estribaba ni de dónde surgía aquella diferencia, pero lo desconcertaba y lo volvió más cuidadoso. Acordó con Leslie que era una suerte haberme librado de ese empleo, y hasta dijo que aquella mujer debía de ser una de esas timadoras despiadadas que se encontraban en algunos antros de Toronto.

—Y no tenía ningún derecho a no pagarte —añadió.

—Yo pienso que el marido tenía que haber dado la cara —dijo Leslie—. Si es el farmacéutico, el jefe es él.

El señor Vorguilla aventuró:

—Quién sabe si un día no prepara un brebaje especial. Para su mujer.

No era tan difícil servir el té, ofrecer leche y azúcar y sándwiches, e incluso charlar cuando una sabe algo que esa persona no sabe sobre un peligro que ignora. Precisamente porque él no sabe que yo no puedo sentir por él otra cosa que odio. No era que él hubiese cambiado; o, si había cambiado, era probablemente porque yo había cambiado.

Pronto dijo que se le había hecho la hora de ir a trabajar. Fue a vestirse. Entonces Leslie me preguntó si me gustaría cenar con él.

—A la vuelta de la esquina hay un lugar adonde suelo ir —explicó—. Nada elegante. No es un lugar para Stan.

A mí me alegró saber que no era un lugar elegante.

—Claro —dije.

Y después de dejar al señor Vorguilla en el restaurante fuimos a un local de pescado frito. Leslie pidió la cena Súper —aunque acababa de consumir varios sándwiches de pollo— y yo, la Normal. El bebió cerveza y yo Coca-Cola.

El habló de sí mismo. Dijo que se arrepentía de no haber estudiado magisterio como iba a hacer yo en lugar de música, que no facilitaba una vida estable.

Yo estaba tan enfrascada en mi situación que ni le pregunté qué clase de músico era. Mi padre me había comprado un billete de vuelta. «Nunca se sabe cómo te entenderás con ellos», había dicho. Había pensado en el billete al ver a Queenie metiéndose la carta de Andrew bajo el elástico de las bragas. Aunque en aquel momento no supiese aún que era una carta de Andrew.

No había ido a Toronto porque sí, ni para encontrar un trabajo de verano. Había ido a ser parte de la vida de Queenie. O, si no había más remedio, parte de la vida de Queenie y el señor Vorguilla. Y hasta la fantasía de que Queenie viviera conmigo tenía relación con el señor Vorguilla y con que ella le diese su merecido. Y al pensar en el billete de regreso estaba dando algo por supuesto: Que podía volver a vivir con Bet y mi padre y ser parte de la vida de ellos.

Mi padre y Bet. El señor y la señora Vorguilla. Queenie y el señor Vorguilla. Hasta Queenie y Andrew. Eran parejas y cada una de ellas, por dislocada que estuviese, tenía en el presente o en el recuerdo una guarida íntima, con su arrebató y su confusión, de la cual yo estaba aislada. Y yo debía estar aislada, lo deseaba, porque no veía en sus vidas nada que me instruyera ni me diese aliento.

Leslie también estaba aislado. Sin embargo me habló de varias personas a quienes lo unían lazos de sangre o de amistad. Su hermana y el marido de ella. Sus sobrinos y sobrinas, las parejas

casadas que visitaba y con quienes pasaba las vacaciones. Todas tenían problemas, pero todas tenían su valor. Habló de los trabajos que hacían, de la falta de trabajo de algunas, de sus talentos, de sus golpes de suerte, de sus errores de juicio, con gran interés pero sin pasión. Estaba aislado, parecía, del amor y el rencor.

Más adelante en mi vida, yo habría advertido los fallos de aquella actitud. Habría sentido la impaciencia, incluso la desconfianza, que suele sentir una mujer por un hombre falto de motivaciones. Un hombre que sólo tiene para ofrecer amistad y la ofrece con tal soltura que, aun si es rechazado, puede seguir adelante sin perder el buen humor. Lo que yo tenía enfrente no era un solitario con esperanzas de enganchar una muchacha. Ni a mí se me escapaba eso. Era alguien que se solazaba en el momento y en una especie de fachada razonable de la vida.

Aunque no era del todo consciente, era exactamente la compañía que me hacía falta. Es muy probable que fuera deliberadamente amable conmigo. Tal como un rato antes, de forma inesperada, yo me había propuesto ser amable con el señor Vorguilla o al menos protegerlo.

Estaba estudiando magisterio cuando Queenie se fugó otra vez. Recibí la noticia por una carta de mi padre. Mi padre no sabía cómo había ocurrido ni cuándo. Por un tiempo, el señor Vorguilla se lo había ocultado, pero al fin se lo había contado por si Queenie había vuelto a casa. Mi padre le había contestado que eso no le parecía probable. A mí me escribió que al menos ahora no podríamos decir que Queenie nunca habría hecho algo así.

Durante muchos años, aun después de casada, me llegó por Navidad una postal del señor Vorguilla. Trineos cargados de paquetes brillantes; una familia recibiendo amigos en un umbral decorado. Tal vez pensara que en mi nueva forma de vida esas escenas me atraerían. Tal vez las cogía del exhibidor sin fijarse. Siempre incluía la dirección del remitente, como para recordarme su existencia e informarme de dónde estaba en caso de que hubiera noticias.

Por mi parte, yo ya no esperaba ese tipo de noticias. Nunca descubrí siquiera si fue con Andrew o con otro con quien se escapó Queenie. Ni si en caso de ser Andrew siguieron juntos. Cuando mi padre murió y dejó algún dinero se hizo un intento serio por seguir el rastro de Queenie, pero no dio resultado.

Sin embargo ahora ha pasado algo. Ahora que mis hijos son adultos, que mi esposo se ha jubilado y los dos viajamos mucho, tengo la sensación de que a veces veo a Queenie. No es que la vea por la fuerza de un deseo o un empeño particular; tampoco que me convenza de que realmente es ella.

Una vez fue en un aeropuerto atestado y ella llevaba un *sarong* y un sombrero de paja con guirnalda de flores. Bronceada y entusiasta, con aspecto de rica, rodeada de amigos. Otra vez estaba entre unas mujeres, a la puerta de una iglesia, espionando una boda. Llevaba una manchada chaqueta de ante y no parecía próspera ni contenta. Una vez más, en una bocacalle, esperaba la luz verde para cruzar una fila de parvulario camino del parque o la piscina.

La última ocasión y la más rara fue en un supermercado de Twin Falls (Idaho). Al doblar una esquina, llevando las pocas cosas que había comprado para un picnic, me topé con una anciana apoyada en su carrito como si me estuviera esperando. Una viejecita llena de arrugas, de boca

torcida y piel amarronada e insalubre. El pelo hirsuto y amarillento, los pantalones violeta subidos hasta el bulto de la panza: una de esas mujeres que de todos modos, con la edad, han perdido la cintura. Los pantalones bien podían ser de una tienda de segunda mano, y lo mismo el jersey de colores alegres, pero apelmazado y encogido, abotonado sobre un pecho de niña de diez años.

El carrito estaba vacío. La mujer ni llevaba bolso.

Y al contrario que las anteriores, ésta parecía saber que era Queenie. Me sonrió con tal alegría de reconocer, y tal ansia de ser reconocida, que se habría dicho que era un acontecimiento, el momento que le concedían un día entre mil, cuando la dejaban salir de las sombras.

Lo único que hice yo fue estirar la boca con una cordialidad impersonal, como ante una solitaria desconocida, y seguir mi camino a la caja.

Luego, en el aparcamiento, le dije a mi marido que había olvidado algo y volví corriendo. Busqué en todos los pasillos. Pero en ese lapso ínfimo la viejecita se había desvanecido. Tal vez hubiera salido justo después de mí; tal vez ya andaba por las calles de Twin Falls, a pie, o en un coche conducido por un pariente o un vecino. Podía incluso conducir ella misma. Existía la posibilidad, sin embargo, de que siguiera en el supermercado y entre pasillo y pasillo nos desencontráramos. Me encontré yendo de un lado a otro, temblando en la atmósfera glacial del aire refrigerado, escrutando las caras, asustando quizás a la gente con el ruego silencioso de que me dijeran dónde estaba Queenie.

Hasta que entré en razón y me convencí de que no era posible, de que, fuera quien fuese, Queenie me había dejado atrás.

## Ver las orejas al lobo

Fiona vivía con sus padres en la ciudad en donde ella y Grant iban a la universidad. A Grant la enorme casa con miradores, con sus alfombras llenas de arrugas y sus marcas de taza en el barniz de la mesa, le parecía al mismo tiempo lujosa y desordenada. La madre de Fiona era islandesa; una enérgica mujer de espumoso pelo blanco e indignadas opiniones de extrema izquierda. Su padre era un cardiólogo importante, reverenciado en el hospital pero felizmente sumiso en casa, donde escuchaba extrañas monsergas con una sonrisa ausente. Monsergas impartidas por toda clase de individuos, ricos o astrosos, que incesantemente iban y venían, debatían y consultaban, a menudo con acentos extranjeros. Fiona tenía su propio coche y una pila de jerséis de cachemira; pero no estaba en ninguna hermandad de estudiantes, probablemente por lo que ocurría en su casa.

No es que le importase. Se tomaba las hermandades en broma y también la política, si bien le gustaba escuchar en el fonógrafo *Los cuatro generales insurgentes* y a veces ponía incluso *La Internacional*, a todo volumen, si con eso podía exasperar a alguna visita. Un extranjero de pelo crespo y aire lúgubre le hacía la corte —según ella, el hombre era visigodo—, además de dos o tres jóvenes internos sumamente respetables y torpes. Fiona se burlaba de ellos y de Grant, a quien repetía burlonamente sus frases pueblerinas. El luminoso día de invierno en que ella se le declaró en la playa de Port Stanley, él había pensado que se trataba de una broma. La arena escocía en sus caras y las olas depositaban cargamentos de gravilla a sus pies.

—¿No crees que sería fantástico...? —gritó Fiona—. ¿No crees que sería fantástico que nos casáramos?

Él había aceptado. Había gritado que sí. Quería no estar nunca lejos de ella. Era la chispa de la vida.

Ya iban a salir de casa cuando Fiona vio una marca en el suelo de la cocina. Era de los zapatos negros baratos que había calzado unas horas antes.

—Pensé que no lo harían más —dijo en un tono vulgar de fastidio y perplejidad, frotando la mancha gris, que parecía de lápiz graso. Añadió que ya no tendría que tomarse ese trabajo porque no se llevaría los zapatos—. Supongo que tendré que estar siempre arreglada —continuó—. O semiarreglada. Será como en un hotel.

Enjuagó el trapo que había usado y lo colgó de un gancho del armario debajo del fregadero. Luego, sobre el jersey blanco de cuello cisne y los pantalones beige, se puso una chaqueta de esquí tostada con cuello de piel. Era una mujer alta, de hombros estrechos, erguida y esbelta aún a

los setenta años; tenía piernas y pies largos, muñecas y tobillos delicados y unas orejas muy pequeñas, casi cómicas. El pelo, suave como el algodoncillo, había pasado del rubio claro al blanco sin que Grant advirtiera cuándo exactamente; como en otro tiempo su madre, lo seguía llevando hasta los hombros. (Era eso lo que había alarmado a la madre de Grant, una viuda de pueblo que trabajaba como recepcionista para un médico. Más aún que el estado de la casa, el largo pelo blanco de la madre de Fiona le había revelado todo lo que precisaba saber sobre sus actitudes y opiniones políticas).

Por lo demás, los huesos finos y los ojitos de zafiro de Fiona no se parecían en nada a los de su madre. Tenía una boca levemente sinuosa que ahora había realzado con carmín rojo, lo último que solía hacer antes de salir. Esa mañana parecía la viva imagen de sí misma: directa y vaga como de hecho era, dulce e irónica.

Alrededor de un año antes, Grant había empezado a notar que había muchas notitas amarillas pegadas por toda la casa. No era del todo una novedad. Fiona siempre había apuntado cosas: el título de un libro comentado en la radio, una lista de tareas del día. Escribía hasta el programa matinal, y a él esa precisión lo desconcertaba y lo conmovía.

7:00 Yoga. 7:30-7:45 Dientes Cara Pelo. 7:45-8:15 Caminata. 8:15 Desayuno y Grant.

Pero estas notas eran diferentes. Las pegaba a los cajones de la cocina: Cubiertos, Trapos, Cuchillos. ¿No podía abrir los cajones y fijarse sencillamente qué había dentro? Grant recordó la anécdota de unos soldados alemanes que patrullaban la frontera checoslovaca durante la Segunda Guerra Mundial. Según le había contado un checo, cada perro de la patrulla llevaba un cartelito que decía *Hund*. ¿Por qué?, preguntaban los checos, y los alemanes contestaban: Porque es un *hund*.

Pensó que iba a contárselo a Fiona pero después cambió de idea. Siempre les hacían gracia las mismas cosas. Pero ¿y si esta vez ella no se reía?

Se avecinaban cosas peores. Fiona iba a la ciudad y le telefoneaba desde una cabina para preguntarle cómo volver a casa. Salía a pasear campo a través hasta el bosque y regresaba por el cercado, un rodeo larguísimo. Había contado, decía luego, con que las cercas siempre llevaban a alguna parte.

Era difícil deducir de qué se trataba. Ella explicaba lo de las cercas como si fuese un chiste y recordaba un número de teléfono sin problemas.

—No creo que sea para preocuparse —decía—. Calculo que estoy perdiendo la cabeza.

El le preguntó si tomaba pastillas para dormir.

—Si las he tomado no lo recuerdo —contestó ella. Luego pidió disculpas por parecer tan displicente—. Estoy segura de que no he tomado nada. Quizá debería. Vitaminas, a lo mejor.

Las vitaminas no ayudaron. Se paraba en los umbrales intentando adivinar adonde iba. Se olvidaba de apagar el gas cuando hervía verduras o de poner agua en la cafetera. Le preguntaba a Grant cuándo se habían mudado a esa casa.

—¿El año pasado o el anterior?

Él le contestaba que hacía doce años.

Ella dijo:

—Qué espanto.



—Siempre ha sido un poco así —le explicó Grant al médico—. Una vez llevó a limpiar el abrigo de piel y lo olvidó. Fue cuando en invierno siempre íbamos a algún lugar cálido. Después dijo que lo había hecho adrede; dijo que había sido como dejar atrás un pecado. Por lo que cierta gente la hacía pensar de los abrigos de piel.

Trató infructuosamente de explicarle algo más: que en cierto modo la sorpresa y las disculpas de Fiona por esos incidentes parecían gestos de cortesía rutinaria que no ocultaban una diversión privada. Como si hubiera tropezado con una aventura imprevista. O como si jugase a algo con la esperanza de que él se sumara. Ellos siempre habían tenido sus juegos: dialectos absurdos, personajes inventados. Algunas de las voces que fraguaba Fiona, gorjeos o ululatos (eso Grant no supo especificarlo), imitaban de forma inquietante las voces de mujeres que él había tenido que ella no había conocido ni oído mencionar.

—Bien, sí —dijo el médico—. Al principio puede ser selectivo. No lo sabemos, ¿no? Hasta que no veamos la pauta de deterioro no se puede afirmar nada.

En poco tiempo casi dejó de importar qué etiqueta se le ponía. Fiona, que ya no iba sola de compras, desapareció del supermercado en un momento en que Grant estaba de espaldas. Un policía la encontró a varias manzanas de distancia, caminando en medio de la calle. Le preguntó cómo se llamaba y ella le respondió enseguida. Luego le preguntó como se llamaba el primer ministro del país.

—La verdad, joven, si usted no lo sabe, no debería tener un trabajo de tanta responsabilidad.

El policía se echó a reír. Pero entonces ella cometió el error de preguntarle si no había visto a *Boris y Natasha*.

Eran dos galgos rusos que ella había adoptado unos años antes, como favor a una amiga, y a los que había consagrado el resto de las vidas de ambos. La decisión de aceptarlos había coincidido con el descubrimiento de que probablemente no tendría hijos. Un bloqueo de las trompas, o una torcedura; Grant ya no se acordaba. El siempre había evitado pensar en el complicado aparato femenino. O tal vez fue tras la muerte de su madre. Las largas patas de los perros y su pelo sedoso, sus caras angostas, suaves e intransigentes, armonizaban hermosamente con Fiona cuando ella los sacaba a pasear. Y algunos habrían dicho que el mismo Grant, que en aquel entonces conseguía su primer puesto en la universidad (recibiendo de buen grado el dinero de su suegro, pese al tinte político que tenía), había sido escogido por otro capricho excéntrico de Fiona, y luego acicalado, mimado y favorecido. Claro que esto, por suerte, él no lo había entendido hasta mucho después.

El día de la desaparición en el supermercado, durante la cena, ella le preguntó:

—Tú sabes lo que tendrás que hacer conmigo, ¿no? Tendrás que meterme en ese lugar. Lago del Llano.

Grant dijo:

—Lago del Prado. Todavía no hemos llegado a esa etapa.

—Lago del Llano, Lagolelo —continuó ella, como jugando a competir—. Lagolelo. Es Lagolelo.

El apoyó los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Dijo que, en el caso de que pensarán en ello, no tenía por qué ser una medida permanente. Podía ser un tratamiento

experimental. Una cura de reposo.

Regía la norma de no admitir a nadie el mes de diciembre. En las vacaciones siempre había caídas emocionales. De modo que hicieron el viaje de veinte minutos en enero. Antes de desembocar en la autopista, el camino vecinal cruzaba una hondonada pantanosa totalmente helada. Las sombras de los arces y los robles parecían barrotes sobre la nieve fulgurante.

Fiona dijo:

—Ah, recuerda.

Grant dijo:

—Sí. Estaba pensando lo mismo.

—Sólo que era de noche —matizó ella.

Hablaba de cuando habían salido a esquiar bajo la luna llena y sobre la nieve cuajada de franjas negras, por aquel lugar sólo accesible en pleno invierno. El frío hacía crujir las ramas.

Pero si aquello lo recordaba con tanta intensidad y precisión, ¿podía ser tan grave el problema?

Era lo único que se le ocurría para no dar la vuelta y regresar a casa.

El supervisor les explicó que había otra norma. Los residentes nuevos tenían prohibidas las visitas durante treinta días. La mayoría necesitaba ese plazo para asentarse. Antes de que se estableciera la norma había reproches, lágrimas y rabietas, incluso de los que habían ingresado por voluntad propia. Al tercer o cuarto día empezaban a quejarse y a rogar que los llevaran a casa. Y como algunos parientes eran sensibles a eso, había gente que volvía a su hogar en la misma condición en que había llegado. Seis meses después, y a veces sólo unas semanas, había que pasar de nuevo por esa conmoción fastidiosa.

—Mientras que nosotros hemos comprobado —dijo el supervisor—, hemos comprobado que si los dejamos a su aire suelen acabar contentos como almejas. Para que vayan de excursión a la ciudad prácticamente hay que engañarlos. Lo mismo con las visitas a casa. Entonces está muy bien llevarlos a casa de visita una hora o dos; éstos son los que insisten en volver para la cena. Para ellos, Lago del Prado es su hogar. Desde luego que eso no vale para los de la segunda planta, a quienes no podemos dejar salir. Es demasiado difícil y de todos modos no tienen conciencia de dónde están.

—Mi mujer no estará en la segunda planta —dijo Grant.

—No —respondió el supervisor, pensativo—. Mi única intención era dejarlo todo claro.

Años atrás habían ido unas cuantas veces a Lago del Prado a visitar al señor Farquar, el viejo granjero solterón que en otros tiempos fuera su vecino. Vivía solo en una casa de ladrillos, cruzada de corrientes de aire e inmutable desde comienzos de siglo, salvo por los añadidos de una nevera y un televisor. El había hecho a Fiona y Grant visitas imprevistas y muy esporádicas y, además de cuestiones locales, solía hablar de lo que leía: libros sobre la guerra de Crimea, exploraciones al Polo o historia de las armas de fuego. Pero después de marcharse a Lago del

Prado sólo hablaba de las rutinas del lugar, y ellos habían empezado a pensar que, si bien reconfortantes, sus visitas eran para él una carga social.

Y sobre todo a Fiona le repugnaban el olor a orina que saturaba el aire y los ramos de flores de plástico metidas en nichos en los corredores de techo bajo y sombríos.

Ahora, aunque sólo era de los años cincuenta, la construcción había desaparecido. Como había desaparecido la casa del señor Farquar, reemplazada por una baratija de castillo donde una gente de Toronto pasaba los fines de semana. El nuevo Lago del Prado era un edificio amplio y abovedado cuya agradable atmósfera olía a pino. De gigantescas vasijas brotaba una vegetación auténtica y tupida.

Sin embargo era en el viejo edificio donde Grant empezó a imaginarse a Fiona encerrada durante el largo mes que debió pasar sin verla. Fue el mes más largo de su vida; más largo que el que había pasado con su madre visitando a unos parientes del condado de Lanark, a los trece años, y más largo que el de las vacaciones de Jacqui Adams con sus padres al comienzo de la aventura de Grant con ella. Telefoneaba a Lago del Prado todos los días esperando dar con la enfermera llamada Kristy. A ella parecía hacerle gracia esa constancia y le daba un informe más completo que cualquier otra enfermera.

Fiona se había constipado, cosa nada inusual entre los recién llegados.

—Es como cuando los niños empiezan la escuela —dijo Kristy—. Como están expuestos a una gran cantidad de gérmenes nuevos, durante un tiempo lo pillan todo.

Después el constipado remitió. Le habían quitado los antibióticos y no parecía tan desorientada como al llegar. (Era la primera noticia que tenía Grant sobre antibióticos y desorientación). Tenía mucho apetito y le gustaba estar sentada en el solárium. Al parecer disfrutaba viendo la televisión.

Uno de los aspectos intolerables del viejo Lago del Prado era una presencia ubicua de la televisión; dondequiera que uno eligiese sentarse, abrumaba la conversación y el pensamiento. Ciertos internos (así los llamaban Fiona y él, no residentes) alzaban los ojos a la pantalla, otros hablaban dándole la espalda, pero la mayor parte soportaba mansamente el asedio. En el nuevo edificio, por lo que él recordaba, el televisor estaba en una sala especial o en las habitaciones. Cada cual decidía si lo miraba o no.

O sea, que Fiona debía de haber decidido. ¿Mirar qué?

Durante los años que habían vivido en esa casa, él y Fiona habían visto mucha televisión juntos. Habían espiado la vida de cuanta bestia, reptil o criatura marina lograra capturar una cámara y habían seguido las tramas de docenas de novelas del siglo XIX, todas magníficas y parecidas. Se habían enamorado de una serie inglesa que transcurría en un gran almacén y habían visto las repeticiones tantas veces que se sabían los diálogos de memoria. Habían llorado la desaparición de actores que morían en la vida real o cambiaban de trabajo, y los habían recibido alborozados cuando renacían los personajes. Habían visto el pelo del jefe de personal cambiar del negro al gris y luego al negro otra vez sobre el mismo escenario barato. Pero también el escenario declinaba; con el tiempo, los decorados y el pelo más negro se habían marchitado, como si por las rendijas de los ascensores entrara el polvo de las calles de Londres, y, como si por algún motivo esa tristeza afectara a Grant y Fiona más que las tragedias de *Obras maestras del teatro*, habían acabado abandonando la serie antes de que acabase del todo.

Fiona había hecho algunas amistades, dijo Kristy. Sin duda estaba saliendo del caparazón.

¿De qué caparazón hablaba?, quiso preguntar Grant, pero se contuvo para no perder la bendición de Kristy.

Si llamaba alguien, Grant dejaba que el mensaje se grabara en el contestador. Los conocidos que veían de vez en cuando no eran vecinos; vivían en el campo, retirados como ellos, y a menudo se marchaban sin avisar. Los primeros años de vida allí, Grant y Fiona se habían quedado todo el invierno. El invierno en el campo era una experiencia nueva y reparar la casa ya era actividad de sobra. Más adelante se les había ocurrido que ellos también deberían viajar mientras pudieran, y habían ido a Grecia, a Australia, a Costa Rica. Ahora la gente también pensaría que estaban de viaje.

Grant esquiaba para hacer ejercicio, pero nunca se alejaba hasta el pantano. Daba vueltas y vueltas al terreno de atrás de la casa, mientras el sol caía dejando el cielo rosa sobre un campo sujeto por olas de hielo azulado. Contaba las vueltas que daba y después volvía a la casa en penumbra y encendía la televisión para ver las noticias mientras cenaba. Por lo general habían preparado la cena juntos. Uno de los dos preparaba las copas y el otro encendía el fuego, y charlaban sobre el trabajo de Grant (estaba escribiendo un estudio sobre los lobos de las leyendas nórdicas, en particular sobre el gran lobo Fenris, que se traga a Odín en el fin del mundo), sobre lo que Fiona estuviera leyendo y lo que habían pensado cada uno por su lado aquel día cercano pero diverso. Era el momento de intimidad más viva, aunque también estaban, claro, los cinco o diez minutos de ternura física antes de meterse en la cama, algo que pocas veces terminaba en sexo, pero que les confirmaba que el sexo no se había terminado todavía.

En un sueño, Grant le enseñaba una carta a un colega que había creído un amigo. La carta era de la compañera de habitación de una chica en quien Grant no pensaba desde hacía tiempo. Estaba escrita en tono moralista y hostil, quejumbrosamente amenazador, y él catalogaba a la escritora como lesbiana latente. Por su parte se había alejado de la chica en cuestión en términos decentes; parecía improbable que ella fuese a montar un escándalo y mucho menos a suicidarse, que era lo que, aparente, complejamente, intentaba decirle la carta.

El colega era uno de esos esposos y padres que habían sido de los primeros en arrojar la corbata, e irse de casa para pasar todas las noches en un colchón en el suelo, con una joven y cautivadora amante, y llegar al despacho o a la clase desaliñados y oliendo a porros y a incienso. Pero ahora reprobaba esas travesuras y Grant recordaba que de hecho se había casado con una de esas chicas y que ella se dedicaba a organizar cenas y tener hijos, como solía gustarles a las esposas.

—Yo no me reíría —le decía a Grant, que no tenía la impresión de haberse reído—. Y si estuviera en tu lugar, iría preparando a Fiona.

Así que Grant iba a Lago del Prado a ver a Fiona —al Lago del Prado antiguo—, pero en vez de eso se metía en el aula magna. Estaban todos esperando que diera clase. Y sentado en la última y más alta fila había un rebaño de jovencitas de ojos fríos y túnica negra, todas de duelo, que no le quitaban de encima la mirada rencorosa y hacían gala de no apuntar nada ni de interesarse por lo que decía.

Fiona estaba en la primera fila, imperturbable. Había transformado el aula en un rincón de esos que siempre encontraba en las fiestas, una plaza fuerte donde bebía vino con agua mineral, fumaba cigarrillos baratos y contaba historias graciosas sobre sus perros. Resistiendo allí la marea con algunos como ella, como si los dramas que se representaban en otros rincones, en dormitorios o en la terraza en sombras, no fueran sino comedias infantiles. Como si la castidad fuera elegante y la reticencia una gracia.

—Bah, cuentos chinos —decía—. A esa edad todas las chicas van pregonando que se matarán.

Pero no bastaba que dijera eso; de hecho a Grant le daba escalofríos. Temía que se estuviera equivocando, que hubiera sucedido algo terrible, y veía lo que no veía ella: que el anillo se hacía más denso, se cerraba, le apretaba la tráquea y ceñía el aula entera.

Se desprendió del sueño y se puso a separar lo real de lo ficticio.

Había habido una carta, y en la puerta de su despacho había aparecido la palabra «*RATA*» pintada en negro, y Fiona, al enterarse de que una chica estaba loca por él, había dicho algo muy parecido a lo que decía en el sueño. El colega no había entrado en el asunto, en el aula no habían aparecido mujeres de negro y nadie se había suicidado. Grant no había caído en desgracia; en realidad no le había salido caro si pensaba en lo que podía haber sucedido sólo dos años después. Pero había corrido el rumor. Se había vuelto evidente un vacío. En Navidad casi no habían recibido invitaciones y habían pasado Año Nuevo solos. Grant se emborrachó y, sin que se le reclamase —aunque también, gracias a Dios, sin cometer el error de confesar—, le prometió a Fiona que empezarían de nuevo.

La vergüenza que había sentido luego era la del engatusado, la de no haber advertido que algo estaba cambiando.

Y ninguna mujer le había hecho tomar conciencia. Había habido un cambio antes, cuando de pronto se habían puesto a su alcance tantas mujeres —o eso le había parecido—, y ahora ocurría este otro: todas decían que lo que había ocurrido no era lo que tenían en mente. Habían colaborado por impotencia y azoramiento y, más que deleitarlas, el asunto las había lastimado. Y aun si habían tomado la iniciativa, lo habían hecho porque tenían todas las cartas en contra.

Nadie reconocía en absoluto que la vida de un mujeriego (así se calificaba Grant; él, que no había sumado ni la mitad de conquistas y líos que el hombre que lo censuraba en el sueño) conllevaba actos de bondad, de generosidad y hasta de sacrificio. Quizá no al comienzo, pero sí al menos cuando las cosas echaban a andar. Cuántas veces no había él alimentado el orgullo de una mujer, paliado su fragilidad, ofreciéndole más afecto —o una pasión más cruda— que el que sentía realmente. Todo para verse ahora acusado de herir, socavar y destrozar autoestimas. Y de engañar a Fiona. Cierto que la había engañado, pero ¿habría sido mejor que la dejara, como otros a sus esposas?

A él nunca se le había pasado por la cabeza. Nunca había dejado de hacerle el amor a Fiona, por mucho que lo perturbasen otras exigencias. No había dejado de dormir con ella ni una sola noche. No había urdido cuentos enrevesados para pasar un fin de semana en San Francisco o en una tienda en la isla de Manitoulin. Había sido prudente con las drogas y la bebida y había seguido publicando trabajos, formando parte de comités, progresando en su carrera. Nunca había tenido la menor intención de echar por la borda empleo y matrimonio para irse al campo a hacer

de carpintero o criador de abejas.

Pero al fin y al cabo había pasado algo por el estilo. Se había jubilado antes de tiempo con una pensión reducida. El cardiólogo había muerto, tras una solitaria temporada de perplejidad y estoicismo en la casa enorme, y Fiona había heredado tanto esa propiedad como la granja donde su padre había crecido, en el campo, cerca de Georgian Bay. Había dejado su empleo de coordinadora de voluntarios en un hospital (en ese mundo corriente, decía, donde las personas tenían problemas no relacionados con las drogas o el sexo o las riñas intelectuales). Empezar de nuevo era empezar de nuevo.

Por entonces habían muerto *Boris y Natasha*. Primero había enfermado y se había muerto uno de los dos —Grant no recordaba cuál— y luego, más o menos por empatía, había muerto el otro.

El y Fiona reparaban la casa. Se habían comprado esquís de fondo. Aunque no eran muy sociables, poco a poco habían hecho algunos amigos. Ya no había coqueteos febriles. Nada de pies de mujer rozando piernas de hombre en cenas de amigos. Nada de esposas abandonadas.

Justo a tiempo, pensó Grant, cuando se hubo consumido el sentimiento de injusticia. Las feministas, y tal vez la necedad de la triste muchacha y la cobardía de sus propios presuntos amigos, lo habían apartado justo a tiempo de una vida que, de hecho, empezaba a dar más problemas que satisfacciones. Y que habría podido llevarlo a perder a Fiona.

El día de su primera visita a Lago del Prado, Grant se levantó temprano. Sentía el mismo cosquilleo solemne que cuando, en los viejos tiempos, se levantaba con la perspectiva de la primera cita con una mujer. No era un sentimiento sexual, precisamente. (Más tarde, cuando las citas se volvían rutinarias, sólo se trataba de eso). Era una expectativa de descubrimiento, casi una expansión espiritual. También timidez, humildad, inquietud.

Salió de casa demasiado temprano. No se permitían visitas antes de las dos. Como no quería tener que esperar en el aparcamiento, se las arregló para equivocarse el camino.

Había habido un deshielo. Aunque quedaba nieve en abundancia, se había desmoronado el paisaje duro y deslumbrante del invierno joven. Los montículos purulentos parecían desechos de los campos.

En la ciudad cercana a Lago del Prado encontró una floristería y compró un gran ramo. Nunca antes le había regalado flores a Fiona. Ni a nadie. Entró en el edificio sintiéndose como un amante sin esperanzas o la caricatura de un marido culpable.

—¡Vaya! Narcisos en esta estación —dijo Kristy—. Se habrá gastado usted una fortuna. — Enfiló el vestíbulo delante de él y encendió la luz de un cuartito, una especie de cocina, donde buscó un jarrón. Era una joven corpulenta con pinta de haberse abandonado en todo salvo el pelo, que era rubio y voluminoso. El peinado abultado y lujoso de una camarera de cóctel, o una bailarina de *striptease*, coronando un cuerpo y un rostro de trabajadora—. Bien, tenga —dijo, y con un cabezazo le indicó el final del pasillo—. El nombre está en la puerta.

Y allí estaba, en una plaquita decorada con azulejos. Grant titubeó durante un momento, golpeó, abrió la puerta y la llamó.

No había nadie. El armario estaba cerrado, la cama estirada. Sobre la mesita de noche sólo había una caja de *kleenex* y un vaso de agua. Ni una foto, ni un retrato ni un libro o revista. A lo mejor la regla era tenerlos guardados.

Volvió a la guardia de enfermeras, la recepción o lo que fuese.

—¿De veras? —preguntó Kristy con una sorpresa que a él le pareció superficial.

Vaciló, con las flores en la mano.

Kristy dijo:

—Vale, vale... Vamos a dejar el ramo aquí.

Suspirando, como si Grant fuera un chico lerdo en su primer día de clase, lo condujo por un pasillo hasta la luz de un amplio espacio central con grandes ventanas y techo catedralicio. Había algunos residentes sentados a lo largo de la pared, en tumbonas, y otros alrededor de mesas en medio de la sala enmoquetada. Ninguno tenía muy mal aspecto. Viejos —algunos inválidos en sillas de ruedas— pero dignos. Cuando él y Fiona iban a visitar al señor Farquar siempre veían algo descorazonador. Ancianas con pelos en la barbilla, alguien con un ojo inflamado como una ciruela podrida. Babas, cabezas que temblaban, parlanchines locos. Ahora parecía que hubieran despachado los peores casos. Tal vez habían empezado a usar drogas o aplicar cirugía; a lo mejor había tratamientos para el deterioro y para la incontinencia física o verbal, métodos que hasta hacía poco no existían.

No obstante, sentada al piano, había una mujer muy afligida que recorría las teclas con un dedo sin obtener una melodía. Otra mujer, que atisbaba desde detrás de una máquina de café y una pila de tazas de plástico, parecía petrificada de aburrimiento. Pero ésa debía de ser una empleada: llevaba un uniforme verde claro como el de Kristy.

—¿La ve? —dijo Kristy en voz más baja—. Acérquese y saludela procurando no sobresaltarla. Recuerde que quizá... Bueno. Usted vaya.

Vio a Fiona de perfil, sentada cerca de una de las mesas de juego, pero sin participar. Tenía la cara un poco flácida; uno de los mofletes le escondía la comisura de la boca y eso era nuevo. Observaba las cartas del hombre que tenía más próximo. El las inclinaba para permitirle ver mejor. Cuando Grant se acercó a la mesa, ella alzó la vista. Todos —todos los jugadores de la mesa— alzaron la vista con disgusto. Enseguida volvieron a mirar las cartas, como para protegerse de alguna intromisión.

Pero Fiona le sonrió con esa sonrisa sesgada, avergonzada, astuta, encantadora; empujó la silla hacia atrás y se volvió hacia él llevándose los dedos a la boca.

—Bridge —susurró—. Terriblemente serio. Se ponen muy virulentos. —Sin dejar de conversar lo llevó hacia la mesa de café—. Recuerdo que en la universidad a mí me dio por lo mismo una temporada. Faltaba a clase con mis amigas y nos metíamos en la sala de estudiantes a fumar y a jugar como posesas. Una se llamaba Phoebe. Las otras no recuerdo.

—Phoebe Hart —dijo Grant. Se imaginó a la chica menuda, de ojos negros y pecho hundido, que probablemente había muerto ya. Circundadas de humo, Fiona, Phoebe y las demás, en trance como brujas.

—¿Tú también la conociste? —preguntó Fiona volviendo la sonrisa hacia la mujer petrificada—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Una taza de té? Me temo que el café de aquí no es gran cosa.

Grant nunca bebía té.

No podía abrazarla. Por familiares que fuesen, había algo en la voz y la sonrisa, algo en la manera de proteger a los jugadores y aun a la mujer del café —y de protegerlo a él del disgusto—, que se lo impedía.

—Te he traído flores —dijo—. Se me ocurrió que te alegrarían la habitación. Te busqué allí

pero no estabas.

—No —asintió ella—. Estoy aquí.

Grant dijo:

—Tienes un amigo nuevo.

Señaló con la cabeza al hombre que le había mostrado las cartas. En ese momento, el hombre la miró y ella se dio la vuelta, bien a causa de lo que había dicho Grant, bien porque había sentido la mirada en la espalda.

—Es sólo Aubrey —dijo ella—. Lo curioso es que lo conocí hace años y años. Trabajaba en la ferretería adonde iba a comprar mi abuelo. Solíamos bromear y él no se atrevía a invitarme a salir. Hasta que justo el último fin de semana me llevó a un baile. Pero cuando iba a acabar apareció mi abuelo y me llevó a casa en coche. Yo estaba allí de vacaciones. Con mis abuelos... Vivían en una granja.

—Fiona. Yo sé dónde vivían tus abuelos. Allí vivimos nosotros. Vivíamos.

—¿De verdad? —preguntó ella. No le prestaba atención del todo porque el jugador seguía mirándola, y la mirada no era suplicante sino perentoria. El espeso, basto pelo blanco le caía sobre la frente y la piel pálida, amarillenta, parecía un guante infantil viejo y arrugado. Una melancolía le dignificaba el rostro; tenía algo de la belleza de un caballo poderoso, desalentado y viejo. En lo que hacía a Fiona, sin embargo, no parecía muy desalentado—. Será mejor que vuelva —dijo Fiona, con un leve y reciente rubor en los mofletes—. Dice que no puede jugar sin mí sentada al lado. Es una tontería; casi ni me acuerdo de cómo se juega. Me temo que tendrás que disculparme.

—¿Acabarás pronto?

—Deberíamos. Pero depende. Si se lo pides con simpatía, esa señora lúgubre te servirá un té.

—Estoy bien —dijo Grant.

—Bien, pues yo te dejo. ¿Puedes entretenerte solo? Seguro que te resulta extraño, pero te asombraría ver lo rápido que te acostumbras. Con el tiempo llegas a conocer a todo el mundo. Claro que algunos están en las nubes, ¿sabes? No puedes esperar que todos te conozcan a ti.

Se acomodó de nuevo en la silla y dijo algo al oído de Aubrey. Le golpeteó el dorso de la mano con los dedos.

Grant fue a buscar a Kristy y la encontró en el pasillo. Iba empujando un carrito con jarras de zumo de manzana y de naranja.

—Un segundo —dijo la enfermera, y metió la cabeza en una habitación—. ¿Alguien quiere zumo de manzana? ¿De naranja? ¿Unas galletas?

Llenó dos vasos de plástico y entró en una habitación. Al salir puso dos galletas de arruruz en sendos platos de cartón.

—Bueno, ¿qué? —preguntó—. ¿No está contento de verla participar?

Grant dijo:

—Pero ¿sabe siquiera quién soy?

No lograba decidirlo. Tal vez Fiona le estuviera gastando una broma. Sería propio de ella. Pero con el numerito del final se había descubierto, eso de hablarle como si fuera un residente nuevo.



Si es que había fingido eso. Si es que había sido un número. Porque, una vez terminada la broma, ¿no habría corrido detrás de él riéndose? Seguramente no habría vuelto a la partida ni habría fingido olvidarse de él. Habría sido una crueldad.

Kristy dijo:

—La ha pillado en un mal momento, nada más. Está enfrascada en la partida.

—Ni siquiera está jugando —se lamentó él.

—Pero juega su amigo. Aubrey.

—Bueno, ¿y quién es Aubrey?

—Pues eso. Aubrey. Su amigo. ¿Le apetece un zumo?

Grant sacudió la cabeza.

—Escuche, caramba —dijo Kristy—. Durante un tiempo les da por esos cariños. Estilo mejor amigo, y así. Es como una etapa.

—¿Me está diciendo que puede no saber quién soy?

—Puede que no. Hoy no. Pero mañana... Nunca se sabe, ¿verdad? En esto hay avances y retrocesos constantes y no hay forma de remediarlo. Cuando haya venido varias veces entenderá cómo es. Aprenderá a no tomárselo tan a pecho. Aprenderá a aceptarlo día a día.

Día a día. Pero no era cierto que hubiese avances y retrocesos, y Grant no se acostumbraba. En cambio, Fiona parecía acostumbrarse a él, aunque sólo como a una visita persistente con un interés especial por ella. O quizá como a un pesado a quien, según sus viejas reglas de cortesía, había que evitar que se supiese pesado. Lo trataba con una benevolencia distraída y educada que a Grant le impedía hacer la pregunta más evidente, la más necesaria. No podía preguntarle si recordaba o no que hacía casi cincuenta años que era su marido. Tenía la impresión de que se sentiría incómoda; no por ella, sino por él. Se echaría a reír, nerviosa, lo mortificaría a fuerza de cortesía y perplejidad y se las arreglaría para no decir ni sí ni no. O bien lo diría de la manera más rotundamente insatisfactoria.

Kristy era la única enfermera con quien Grant podía hablar. Algunas de las otras se tomaron la cuestión en broma. Una vieja vara seca se rió en su cara:

—¿Aubrey y Fiona, esos dos? Vaya si les ha dado fuerte.

Kristy le contó que Aubrey había sido representante local de una empresa de pesticidas —«y esos productos»— para granjeros.

—Era una persona excelente —dijo, y Grant no supo si se refería a que Aubrey era honesto, desprendido y bondadoso o a que se vestía bien y conducía un buen coche. Probablemente a las dos cosas.

Y no era muy viejo, ni siquiera estaba jubilado —añadió luego—; había tenido un accidente raro.

—Por lo general lo cuida su mujer. Lo cuida cuando está en casa. Ahora lo ha internado un tiempo aquí para tomarse un respiro. La hermana de ella quería que se fuese a Florida. Fíjese que lo ha pasado muy mal; una nunca espera que un hombre así... Estaban de vacaciones no sé dónde y a él le picó algo, una especie de insecto, que le dio una fiebre terrible... Y entró en coma y desde entonces está así.

Grant preguntó por esos afectos entre residentes. ¿Llegaban muy lejos? Esperaba que el tono

indulgente que había logrado adoptar ahora le ahorrara lecciones.

—Depende de qué entienda usted por lejos —dijo Kristy. Mientras decidía cómo responderle siguió escribiendo en una libreta. Cuando hubo acabado las notas le dirigió una sonrisa franca—. Es curioso, pero a veces el problema es con los que ni siquiera eran amigos. Puede que ni siquiera se conozcan, incluso que estén más allá de reconocer qué es cada uno, digo, si es hombre o mujer. Una pensaría que son los hombres los que intentan meterse en la cama de las viejecitas, pero la verdad es que la mitad de las veces es al revés. Ellas persiguen a los viejos. Supongo que están menos gastadas.

De pronto dejó de sonreír, como si temiera haber sido cruel o hablado de más.

—No me malinterprete —dijo—. No me refiero a Fiona. Fiona es una dama.

Vaya, ¿y Aubrey qué?, tuvo ganas de preguntar Grant. Pero se acordó de que Aubrey estaba en silla de ruedas.

—Una auténtica dama —puntualizó Kristy, en un tono tan categórico y tranquilizador que Grant no se quedó tranquilo. Tenía en la cabeza una imagen de Fiona, con su largo camisón azul de ojales y lazos, alzando provocativamente las cobijas de la cama de un anciano.

—Es que a veces me pregunto... —dijo.

Kristy lo cortó:

—¿Qué se pregunta?

—Me pregunto si no está montando una farsa.

—¿Una qué? —dijo Kristy.

La mayoría de las tardes se los veía juntos en la mesa de juego. Aubrey tenía grandes manos de dedos gruesos. Le costaba manipular las cartas. Fiona mezclaba y repartía por él y a veces se apresuraba a enderezarle un naipe a punto de resbalar entre los dedos. Desde el otro lado del salón, Grant observaba el movimiento de flecha y la disculpa breve y risueña. Veía el fruncido ceño marital de Aubrey cuando un mechón de ella le rozaba la mejilla. Mientras estaba cerca, Aubrey tendía a ningunearla.

Pero bastaba que ella saludase a Grant con una sonrisa, que echara la silla hacia atrás y le ofreciera un té —en reconocimiento de su derecho a estar allí, acaso responsabilizándose un poco de él—, para que la mirada de Aubrey se tiñera de una consternación sombría. Se le empezaban a caer las cartas al suelo; podía estropear la partida.

De modo que Fiona corría a enmendar la situación.

Cuando no estaban en la mesa de bridge, a veces paseaban por los salones, Aubrey aferrando la barandilla con una mano y con la otra el brazo o el hombro de Fiona. A las enfermeras les parecía un prodigio que ella lo hubiera levantado de la silla de ruedas. Claro que para excursiones más largas —al invernadero o al otro extremo, a la sala de televisión— la volvía a necesitar.

La televisión estaba eternamente sintonizada en el canal deportivo, se habría dicho, y Aubrey miraba cualquier deporte aunque parecía preferir el golf. A Grant no le molestaba verlo con ellos. Se sentaba a unas sillas de distancia. En la vasta pantalla, un grupito de espectadores y comentaristas seguía a los jugadores por la hierba apacible y en los momentos adecuados rompía en aplausos formales. Pero cuando el jugador se balanceaba y la pelota emprendía su viaje

solitario y prefijado por el cielo, reinaba un silencio absoluto. Aubrey, Fiona y en ocasiones algunos más contenían el aliento; luego Aubrey lanzaba la primera exhalación satisfecha o decepcionada. Un instante después Fiona daba la misma nota.

En el invernadero no había el mismo silencio. La pareja había encontrado un sitio propio entre las plantas tropicales más lujuriosas y espesas —un cenador, podía decirse—; Grant debía hacer esfuerzos para no entrar. Mezclados con el rumor de las hojas y un chapoteo de agua, se oían las risas y los murmullos de Fiona.

Luego una especie de carcajada. ¿Cuál de los dos sería?

Tal vez ninguno de los dos. Tal vez fuese alguno de los impúdicos, relampagueantes pájaros que habitaban las jaulas que había en un rincón.

Aubrey podía hablar, aunque probablemente la voz no sonara como de costumbre. Ahora parecía decir algo; un par de sílabas espesas. Cuidado. Está aquí cerca. Mi amor.

En el fondo azul de la fuente había unas monedas. Grant nunca había visto a nadie arrojar dinero pidiendo un deseo. Contempló esos céntimos y cuartos preguntándose si no estarían pegados a las baldosas; si no serían otro rasgo del alentador decorado del edificio.

Dos adolescentes en un partido de béisbol, sentados en lo alto de las tribunas del lado de los amigos del chico. Unos centímetros de distancia entre los dos, las sombras cayendo, el fresco fugaz de un anochecer de fines de verano. Manos que se rozan, caderas que se mueven, ojos que no se despegan del campo de juego. Él se quitará la chaqueta, si es que la lleva, para cubrir los estrechos hombros de ella. Por debajo de la chaqueta puede atraerla hacia sí, oprimir el brazo suave con los dedos abiertos.

No como hoy, cuando seguro que cualquier chico le quita las bragas en la primera cita.

El brazo suave y flaco de Fiona. El asombro del deseo adolescente recorriéndole como un rayo el tierno cuerpo joven, mientras la noche se adensa más allá de la alumbrada polvareda del partido.

Como en Lago del Prado escaseaban los espejos, Grant no tenía que verse rastrear y merodear. Pero de vez en cuando se le ocurría qué imagen estúpida, patética y acaso desquiciada debía de dar siguiendo de aquella forma las huellas de Fiona y Aubrey. Sin lograr nunca enfrentarse con ella, ni con él. Cada vez menos seguro de su derecho a estar en escena pero incapaz de retirarse. Hasta cuando estaba en casa, trabajando en el escritorio, o limpiando o apartando la nieve si hacía falta, un incesante metrónomo de su mente seguía fijo en Lago del Prado, en la siguiente visita. A veces se veía como un niño terco empeñado en una conquista imposible; a veces, como esos desgraciados que siguen a mujeres famosas por la calle, convencidos de que un día ellas se volverán y les concederán su amor.

Con un gran esfuerzo restringió las visitas a los miércoles y los sábados. También se impuso observar otros aspectos del lugar como si fuera un visitante cualquiera, un encargado de una inspección o un estudio social.

Los sábados había bullicio y una tensión de día festivo. Llegaban familias en piña. Por lo general mandaban las madres; eran como perros pastores alegres pero insistentes con el rebaño de

hombres y niños. Los únicos que no sentían aprensión eran los muy pequeños. Descubrían enseguida el ajedrezado verdiblanco del suelo y sólo pisaban las baldosas del color que elegían. Los más atrevidos intentaban paseos en el estribo trasero de una silla de ruedas. Algunos persistían en las travesuras pese a las reprimendas, y entonces había que llevarlos al coche. Y con qué alegría, con cuánta disposición un hermano mayor o un padre se ofrecían entonces a sacarlos de allí y librarse de la visita.

Eran las mujeres las que mantenían la conversación a flote. A los hombres la situación los acobardaba; a los adolescentes, los ofendía. Aquellos a quienes iban a ver rodaban en sillas o cojeaban apoyados en bastones; alguno, rígido y sin ayuda, marchaba a la cabeza de la procesión, orgulloso del logro pero con los ojos casi en blanco o babeándose irremisiblemente por el esfuerzo. Y al fin y al cabo, rodeados por esa variedad de forasteros, los internos no parecían gente normal. Por mucho que se afeitaran las barbillas femeninas, se escondieran bajo gafas oscuras los ojos desviados y se controlaran con pastillas las exclamaciones intempestivas, subsistía una pátina, una rigidez ominosa, como si esos seres se contentaran con ser recuerdos de sí mismos, fotografías finales.

Por entonces Grant entendía mejor cómo debía de sentirse el señor Farquar. En ese lugar, la gente —aun los que no participaban en ninguna actividad, los que pasaban el tiempo sentados, mirando una puerta o una ventana— vivía una vida mental muy atareada (por no hablar de la vida del cuerpo, los portentosos caprichos de las tripas, los hormigueos y cuchilladas en la columna), y la mayoría no podía describir ni mencionar esa vida frente a los visitantes. Sólo podían rodar o propulsarse de un modo u otro con la esperanza de dar con algo que pudiera mostrarse o sobre lo que se pudiera hablar.

Para mostrar estaban el invernadero y la gran pantalla de televisión. A los padres la pantalla les parecía fenomenal. Las madres decían que los helechos eran maravillosos. Al cabo de un rato, todos se sentaban a las mesas a comer helado, que los adolescentes rechazaban porque se morían de asco. Las mujeres limpiaban temblorosas barbillas llenas de saliva y los hombres desviaban la mirada.

Alguna satisfacción debía de haber en el rito; tal vez un día los adolescentes se alegraran de haber ido. Grant no era experto en familias.

Aparentemente a Aubrey no lo visitaban hijos ni nietos y, como esos días no podían jugar al bridge —pues las meriendas con helados acaparaban las mesas—, él y Fiona se mantenían aparte del desfile de los sábados. El invernadero estaba demasiado solicitado para que pudieran tener en él sus charlas íntimas.

Las conversaciones debían tener lugar, por supuesto, tras la puerta cerrada de la habitación de Fiona. Grant no lograba decidirse a llamar, aunque se quedaba un tiempo allí, mirando los pájaros Disney con un disgusto intenso, sinceramente maligno.

O también podían estar en la habitación de Aubrey. Pero Grant no sabía dónde estaba. Cuanto más exploraba el edificio, más pasillos, bancos y rampas descubría, y durante los vagabundeos tendía a perderse. Cada vez que tomaba como referencia un cuadro o una silla, a la semana siguiente tenía la impresión de que lo habían cambiado de lugar. Prefería no mencionarle aquello a Kristy: temía que pensara que él también sufría problemas mentales. Se figuraba que esos cambios y redistribuciones constantes se hacían en bien de los residentes; para volverles más interesante el ejercicio diario.

Tampoco mencionó que más de una vez había visto de lejos a una mujer que le parecía Fiona, pero que en su opinión no podía ser ella considerando la ropa que llevaba. ¿Cuándo había usado Fiona blusas floreadas chillonas y pantalones azul eléctrico? Un sábado miró por una ventana y vio a Fiona —tenía que ser ella— empujando la silla de Aubrey por los senderos de asfalto entonces limpios de nieve y hielo; llevaba un ridículo sombrero de lana y una chaqueta con espirales azules y púrpura, una de esas prendas que se ponían las mujeres del pueblo para ir al supermercado.

El caso debía de ser que no se preocupaban por separar los guardarrobas de las mujeres de igual talla. Y contaban con que, de todos modos, ellas no reconocían las ropas propias.

También le habían cortado el pelo. Le habían cortado el halo angelical. Un miércoles en que el ambiente era más normal y otra vez se jugaba a las cartas, mientras en el taller de artesanía algunas mujeres hacían flores de seda o muñecas típicas sin que nadie las fastidiara ni admirase, y con Fiona y Aubrey tan a la vista que para Grant era imposible no trabar con su esposa una de sus breves, locas conversaciones amistosas, le preguntó:

—¿Por qué te han cortado el pelo?

Fiona se llevó las manos a la cabeza para confirmarlo.

—Vaya... No me había dado cuenta —dijo.

Pensó que debía descubrir qué sucedía en el segundo piso, donde tenían a los que, como decía Kristy, se les había ido del todo la cabeza. Por lo visto, los que deambulaban por los corredores, hablando solos o haciendo preguntas a cualquiera («¿No me he dejado el jersey en la iglesia?»), sólo habían perdido una parte.

No lo suficiente para clasificarse.

Había escaleras, pero las puertas más altas estaban cerradas con llaves que sólo tenía el personal. En el ascensor no se podía entrar a menos que alguien lo abriese desde la recepción.

¿Para qué hacerles eso si habían perdido la cabeza?

—Algunos se pasan las horas sentados —dijo Kristy—. Están sentados y lloran. Hay quien quiere derribar la casa a gritos. Más vale no verlo.

A veces se recuperan.

—Durante un año entra usted a verlos y lo toman por Adán. Y luego un día lo saludan como si tal cosa y preguntan cuándo se van a casa. De repente se han vuelto totalmente normales.

Pero no por mucho tiempo.

—¡Vaya, piensa una, ya están bien! Y entonces empiezan de nuevo. —Kristy hizo chasquear los dedos—. Así.

En la ciudad donde Grant solía trabajar había una librería adonde él y Fiona iban una o dos veces al año. Grant volvió a la tienda solo. Aunque no tenía ganas de comprar nada, había hecho una lista; eligió de ella un par de libros y compró otro que descubrió en el momento. Era sobre Islandia. Un libro de acuarelas hechas por una viajera del siglo XIX.

Fiona nunca había aprendido la lengua de su madre ni mostrado gran respeto por las historias que transmitía, esas historias que Grant había enseñado, sobre las cuales había escrito y aún

seguía escribiendo. Fiona se refería a los héroes como «el viejo Njal» o «el buen Snorri». Pero en los últimos años se había interesado por el país y había hojeado guías. Había leído sobre los viajes de William Morris y de Auden. No es que planease ir. Decía que el clima era demasiado horrible. Y además, agregaba, tenía que haber un lugar que una llevara en la cabeza, conociera bien e incluso añorara pero que no llegara a ver nunca.

Cuando Grant comenzó a enseñar literatura nórdica y anglosajona solía tener en clase el tipo de alumnos típicos. Al cabo de unos años, sin embargo, había habido un cambio. Ciertas mujeres casadas empezaban a volver a la universidad. No con la idea de titularse para obtener un empleo mejor, sino meramente para pensar en algo más interesante que el trabajo de la casa y sus hobbies. Querían enriquecer su vida. Y acaso dedujeran naturalmente que los hombres que enseñaban esas cosas podían ser parte del enriquecimiento; que serían más misteriosos y deseables que los que comían su comida y dormían con ellas.

Las carreras favorecidas solían ser psicología, historia del arte o literatura inglesa. Alguna que otra elegía arqueología o lingüística pero la abandonaba en cuanto se le hacía ardua. Por lo general, las que se inscribían en sus cursos eran de ascendencia islandesa, como Fiona, o habían descubierto la mitología nórdica a través de Wagner o en novelas históricas. Unas pocas, por fin, creían que Grant enseñaba celta y buscaban el nimbo místico de la lengua.

El cortaba a ese tipo de aspirantes sin moverse del escritorio.

—Si quiere aprender una lengua bonita, estudie español. Luego puede practicarlo en México.

Algunas aceptaban la advertencia y desaparecían. A otras el tono exigente les tocaba algo personal. Trabajaban con tesón y llevaban al despacho de Grant, a su vida organizada y satisfactoria, el asombroso despertar de una madura docilidad femenina, una trémula esperanza de aprobación.

El eligió a una llamada Jacqui Adams. Era lo opuesto a Fiona: bajita, rechoncha, de ojos oscuros, efusiva. Ajena a la ironía. La aventura duró un año, hasta el traslado del marido. El día en que se estaban despidiendo, en el coche de Jacqui, ella se había puesto a temblar sin control. En opinión de Jacqui, era hipotermia. Le había escrito unas pocas veces, pero Grant consideraba el tono de las cartas recargado y no lograba decidirse a contestar. Había dejado pasar el tiempo mientras, mágica e inesperadamente, se enredaba con una muchacha lo bastante joven para ser su hija.

Porque mientras él estaba ocupado con Jacqui se había abierto una perspectiva más vertiginosa. Muchachitas de pelo largo y sandalias llegaban a su despacho declarándose sin más dispuestas al sexo. Los acercamientos cautelosos, los tiernos atisbos de sentimientos necesarios con Jacqui habían salido volando por la ventana. A Grant lo había chupado un remolino, como a tantos otros, y el deseo se hacía acción hasta un punto que lo llevaba a preguntarse si no había perdido algo. Pero ¿quién tenía tiempo para el remordimiento? Oía historias de relaciones simultáneas, de encuentros salvajes y peligrosos. Habían estallado escándalos, rodeados de dramas penosos, pero también de la sensación de que en cierto modo era mejor así. Había habido represalias, expulsiones. Pero los expulsados se iban a trabajar a universidades menores, más tolerantes, o a centros de enseñanza abiertos, y muchas esposas abandonadas adoptaban la vestimenta y el desenfado sexual de las muchachas que habían tentado a sus hombres. Las fiestas

académicas, en otro tiempo tan previsibles, se habían vuelto campos minados. Se había declarado una epidemia y estaba propagándose como la gripe.

Sólo que medio mundo se desvivía por contagiarse y pocos entre los dieciséis y los sesenta querían mantenerse a salvo.

Una de esos pocos era Fiona. Su madre se estaba muriendo, y su experiencia en el hospital la había llevado de un trabajo rutinario en el registro de admisiones a su nuevo puesto. El mismo Grant no se había subido al tren, al menos si se lo comparaba con sus conocidos. No había permitido que ninguna mujer se le acercara tanto como Jacqui. Si algo sentía sobre todo era un gigantesco aumento de bienestar. Había desaparecido la tendencia a la flaccidez que había tenido desde los doce años. Subía los escalones de dos en dos. Apreciaba como nunca el drama de las nubes rasgadas sobre un ocaso de invierno visto desde la ventana de su despacho, el fulgurante hechizo de las lámparas antiguas tras las cortinas de los vecinos, las protestas de los niños que en el atardecer del parque se negaban a abandonar los toboganes. Al llegar el verano aprendía los nombres de las flores. En las clases, tras haberse entrenado con su suegra (casi sin voz, tenía cáncer de garganta), se aventuraba a recitar y traducir la oda majestuosa y sangrienta, el resarcimiento, el *Hofuolausn* compuesto en honor del rey Eric Hacha. Sangrienta por el escaldo a quien el monarca condenara a muerte. (Y que el mismo rey —y el poder de la poesía— había dejado luego en libertad). Todos aplaudían, hasta los pacifistas de la clase, a quienes él, alegremente provocador, había preguntado antes si preferían esperar en el pasillo. Y cuando aquella tarde u otra conducía de vuelta a casa, una cita absurda y blasfema le resonaba en la cabeza.

Y así creció en sabiduría y estatura...

Y en el favor de Dios y de los hombres.

Por entonces el embarazo que le causaban esas frases le desataba un escalofrío supersticioso. Aún le seguía pasando. Pero mientras no lo supiera, nadie parecía antinatural.

En la siguiente visita a Lago del Prado llevó el libro. Era miércoles. Buscó a Fiona en las mesas de juego y no la encontró.

Una mujer le hizo una señal.

—No está aquí. Está enferma. —Hablabla en un tono ufano y entusiasta, orgullosa de haberlo reconocido cuando él no sabía nada de ella. Quizá también orgullosa de todo lo que sabía de Fiona, de la vida de Fiona allí; convencida quizá de saber más que Grant—. Él tampoco está —añadió.

Grant fue a buscar a Kristy.

—En realidad nada —dijo ella cuando le preguntó qué tenía Fiona—. Hoy ha decidido no levantarse. Un pequeño disgusto.

Fiona estaba sentada en la cama. En otras visitas a la habitación, él no había notado que se trataba de una cama de hospital que podía levantarse mucho. Llevaba un camisón virginal de cuello alto y la palidez del rostro no era de flor de cerezo sino de harina cruda.

Aubrey, en la silla de ruedas, se había acercado a ella todo lo que podía. En vez de las indescriptibles camisas abiertas de costumbre, se había puesto chaqueta y corbata. El elegante sombrero de tweed descansaba en la cama. Tenía aspecto de haber atendido un asunto importante.

¿Un encuentro con el abogado? ¿Con el director de su banco? ¿Con el director de servicios funerarios?

Sea lo que fuera, lo que había estado haciendo lo había agotado. También él tenía el rostro gris.

Se volvieron los dos hacia Grant con una aprensión pétrea y dolida que se convirtió en alivio, si no en bienvenida, en cuanto vieron quién era.

No quien pensaban que sería.

Estaban cogidos de la mano y no se soltaron.

El sombrero sobre la cama. La chaqueta y la corbata.

No era que Aubrey hubiese salido. No se trataba de dónde había estado o a quién había visto. Se trataba de adonde iba.

Grant dejó el libro en la cama junto a la mano libre de Fiona.

—Es sobre Islandia —dijo—. Pensé que tal vez te gustaría mirarlo.

—Vaya, gracias —repuso Fiona. No miró el libro. Puso la mano encima.

—Islandia —repitió él.

Ella dijo:

—Islandia. —La primera sílaba logró sonar con un tintineo de interés, pero las otras se aplanaron. De todos modos le era preciso devolver la atención a Aubrey, que ya estaba retirando su mano gruesa de la de ella—. ¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué pasa, mi corazón?

Grant jamás le había oído esa expresión florida.

—Bueno, ya pasará —dijo—. Ten, toma. —Y sacó un puñado de pañuelos de la caja que tenía junto a la cama.

El problema de Aubrey era que se había puesto a llorar. Le chorreaba la nariz y lo angustiaba dar un espectáculo lamentable, sobre todo delante de Grant.

—Ten. Ten —dijo Fiona. Le habría sonado la nariz y secado las lágrimas ella misma; y, de haber estado solos, quizás él se lo habría permitido. Pero con Grant allí no. Aubrey cogió los *kleenex* lo mejor que pudo y con torpeza y fortuna se los pasó varias veces por la cara. Entretanto Fiona se volvió hacia Grant—. ¿Por casualidad tú tienes alguna influencia aquí? —susurró—. Te he visto hablar con ellos...

Aubrey dejó escapar un ruido de protesta, reticencia o disgusto. Luego inclinó el tronco adelante como si quisiera lanzarse contra ella. Ella se incorporó a medias en la cama, lo cogió y lo abrazó. A Grant le pareció inadecuado ayudarla, aunque por supuesto lo habría hecho de haber pensado que Aubrey iba a desplomarse.

—Ya —decía Fiona—. Ya, cariño, ya. Algo haremos para vernos. Tendremos que vernos. Iré a verte yo. Vendrás tú.

La cara contra el pecho, Aubrey dejó escapar el mismo ruido y no hubo nada decoroso que Grant pudiera hacer salvo salir de la habitación.

—Me gustaría que su esposa se diera prisa y viniera aquí de una vez —dijo Kristy—. Ojalá lo dejara salir y acabara con ese tormento. Dentro de un rato hay que servir la cena y no veo cómo va a tragar algo con él colgado de ella.

Grant preguntó:

—¿Le parece que me quede?

—¿Para qué? No está enferma, ya sabe.

—Para hacerle compañía.

Kristy meneó la cabeza.



—Estas cosas tienen que superarlas solos. En general tienen la memoria corta. Eso no siempre es malo.

Kristy no era dura de corazón. Desde que la conocía, Grant había descubierto algunas cosas de su vida. Tenía cuatro hijos. No sabía el paradero de su marido pero creía que podía estar en Alberta. El hijo menor tenía tales ataques de asma que una noche de enero habría muerto si ella no lo hubiera llevado al hospital a tiempo. El muchacho no tomaba drogas, pero de su hermano Kristy no estaba segura.

A ojos de ella, Grant, Fiona y Aubrey eran afortunados. Habían pasado por la vida sin demasiados trastornos. Lo que tenían que sufrir ahora que eran viejos apenas contaba.

Grant se marchó sin volver a la habitación de Fiona. Notó que soplaban vientos realmente cálidos y que los cuervos estaban alborotados. En el aparcamiento, una mujer con traje sastre de tartán sacaba del maletero del coche una silla de ruedas plegada.

La calle por donde bajaba ahora se llamaba Black Hawks Lane. En ese barrio, todas las calles tenían nombres de equipos de la liga de hockey. Era una zona periférica de la ciudad cercana a Lago del Prado. Él y Fiona habían ido a menudo de compras allí, pero sólo conocían bien la calle principal.

Todas las casas parecían de la misma época, de hacía unos treinta o cuarenta años. Las calles eran anchas y sinuosas y no había aceras, recuerdo de un tiempo en que se había creído improbable que alguien recobraría el hábito de andar. Con la llegada de los hijos, varios amigos de Grant y Fiona se habían ido a vivir a barrios como aquél. Al principio se excusaban por la decisión. «Aquí estamos en Barbacoalandia», decían.

Aún seguían viviendo familias jóvenes. Había aros de baloncesto en puertas de garaje y triciclos en senderos de entrada. Pero algunas casas ya no albergaban a la clase para la que habían sido pensadas. En los patios de entrada se veían marcas de neumático y ventanas con parches de papel de aluminio o adornadas con banderines mustios.

Casas de alquiler. Inquilinos jóvenes: hombres aún solteros, o solteros de nuevo.

Algunos, al parecer, habían vivido en esas propiedades desde el principio y las mantenían en un estado aceptable; gente que no había tenido dinero para irse o no había sentido la necesidad de mudarse a un lugar mejor. Los arbustos habían crecido y alcanzado la madurez, paneles vinílicos de colores pastel habían resuelto el problema de la pintura. Vallas y setos arreglados indicaban que los hijos de algunas familias habían crecido, o se habían marchado, y que los padres ya no veían el sentido de un espacio común del vecindario para que los niños nuevos que fueran corrieran por allí.

En una de estas casas, según el listín, vivían Aubrey y su mujer. El sendero de entrada era de losas; estaba flanqueado de rígidos jacintos como de porcelana, alternativamente rosas y azules.

Fiona no había superado la pena. No comía a horarios regulares, aunque fingía hacerlo; escondía la comida en la servilleta. Una o dos veces al día le daban una bebida suplementaria y alguien vigilaba que la tragase. Se levantaba de la cama, se vestía, pero no hacía otra cosa que sentarse en la habitación. No habría hecho nada de ejercicio si Kristy y las demás enfermeras, o

Grant cuando iba a visitarla, no la hubieran paseado por los corredores o por el jardín.

Al sol de la primavera lloraba débilmente sentada en un banco junto al muro. Seguía siendo amable; se disculpaba por las lágrimas y nunca discutía una sugerencia ni se negaba a contestar preguntas. Pero lloraba. El llanto le había mellado y deslucido los ojos. Llevaba su chaqueta de punto —si es que era suya— mal abotonada. No había llegado al extremo de no cepillarse el pelo o no limpiarse las uñas, pero quizá no tardara en llegar.

Kristy dijo que se le habían deteriorado los músculos y que si no se recuperaba pronto tendría que usar un andador.

—Pero ya sabe que el andador crea dependencia y luego prácticamente dejan de caminar; sólo se mueven para ir a donde los obligan. Tendrá usted que trabajar más con ella. Tratar de animarla.

Pero Grant no tuvo suerte. Aunque intentaba disimularlo, Fiona le había tomado una especie de aversión. Tal vez al verlo recordaba los últimos minutos con Aubrey, cuando le había pedido ayuda y él no se la había dado.

El ya no veía el sentido de mencionarle su matrimonio.

Ella se negaba a recorrer el pasillo hasta la sala, donde seguían jugando a las cartas. Y no iba a la sala de televisión ni al invernadero.

Decía que la pantalla grande dañaba sus ojos. Y el ruido de los pájaros la irritaba y habría querido que de vez en cuando cortasen el agua de la fuente.

Hasta donde sabía Grant, no miraba nunca el libro sobre Islandia ni ninguno de los otros —sorprendentemente pocos— que se había llevado de casa. Había una sala de lectura donde se sentaba a descansar, probablemente porque allí rara vez había alguien, y si él cogía un libro de los estantes le permitía leerle. Se lo permitía, sospechaba Grant, porque así soportaba mejor su presencia; podía cerrar los ojos y sumirse en la pena. Porque si dejaba escapar la pena un solo minuto, cuando se encontrara otra vez de bruces con ella sufriría mucho más. Y a veces, creía Grant, cerraba los ojos para ocultar una desesperación justificada que era mejor que él no viese.

De modo que él le leía viejas novelas de amores castos y fortunas recuperadas, rezagos tal vez de una biblioteca pública o una parroquia de pueblo. Por lo visto, no se había hecho ningún intento por mantener el contenido de la sala de lectura tan al día como el resto del edificio.

Como los libros eran de cubierta blanda, casi aterciopelada, con viñetas de hojas y flores, parecían joyeros o cajas de bombones. Que las mujeres —para Grant habían sido mujeres— pudieran llevarse a casa como tesoros.

La supervisora lo llamó a su despacho. Le informó que Fiona no mejoraba como habían esperado.

—Incluso con el complemento está perdiendo peso. Hacemos todo lo que podemos.

Grant dijo que no lo dudaba.

—La cuestión, estoy segura de que lo sabe, es que en la primera planta no atendemos a los postrados. Cuando alguno no se encuentra bien lo hacemos por un tiempo, pero si se ponen demasiado débiles para andar o cuidarse solos hay que pensar en trasladarlos arriba.

Él dijo que a su parecer Fiona no pasaba tanto tiempo en cama.

—No. Pero si no se fortalece sucederá. Ahora mismo está en el límite.

Él manifestó que creía que la segunda planta era para los mentalmente afectados.

—También —dijo ella.

De la mujer de Aubrey no recordaba nada salvo el traje de tartán que llevaba puesto cuando la vio en el aparcamiento. Al inclinarse sobre el maletero se le habían abierto los faldones de la chaqueta.

Hoy no llevaba ese traje. Vestía pantalones marrones con cinturón y un jersey rosa. Respecto a la cintura, Grant no se había equivocado: el cinturón ceñido era la prueba de que le preocupaba mucho. Le habría valido más no preocuparse, porque por arriba y por abajo el cuerpo le abultaba considerablemente.

Sería diez o doce años menor que su marido. Llevaba el pelo corto, rizado y artificialmente enrojecido. Tenía ojos azules —de un azul más claro que el de Fiona, color turquesa o zarco— sesgados por una leve hinchazón. Y una buena provisión de arrugas que el maquillaje avellana ayudaba a destacar. Aunque tal vez fuese el bronceado de Florida.

Grant reconoció que no sabía bien cómo presentarse.

—Solía ver a su marido en Lago del Prado. Yo voy de visita a menudo.

—Sí —dijo la mujer de Aubrey, con un movimiento agresivo de la barbilla.

—¿Y su marido cómo evoluciona?

El «evoluciona» era un hallazgo de último momento. Normalmente él habría dicho «¿Y su marido cómo está?».

—Bien —respondió ella.

—Mi esposa y él trabaron una amistad muy estrecha.

—Lo he oído.

—Bien. Quisiera hablar con usted de algo si tiene un minuto.

—Mi marido no intentó empezar nada con su mujer, si a eso se refiere —dijo ella—. No la molestó en lo más mínimo. Es incapaz de hacer algo así y no lo haría de ningún modo. Por lo que he oído fue exactamente al revés.

Grant se excusó:

—No. No lo tome a mal. No he venido a presentar ninguna queja.

—Ah —dijo ella—. Caramba, lo siento. Pensé que venía a eso.

Era todo cuanto iba a conceder a modo de excusa. Y no parecía sentirlo. Parecía decepcionada y confundida.

—Entonces será mejor que pase —comentó—. Está entrando frío en casa. Todavía no hace tanto calor como parece.

El mero hecho de entrar fue una especie de triunfo. No había sido consciente de que podía ser tan difícil. Había esperado encontrarse con otro tipo de esposa. Un ama de casa agitada, contenta de recibir una visita imprevista y halagada por el tono confidencial. Lo condujo hacia la sala, mientras decía:

—Tendremos que sentarnos en la cocina, así puedo oír a Aubrey.

Grant alcanzó a ver una ventana con cortina doble —ambas piezas azules, una gruesa y la otra sedosa—, un sofá tapizado en el mismo tono, una desalentadora alfombra clara y varios espejos y adornos.

Fiona tenía una palabra para esas cortinas de caída pesada; solía decirla en broma, aunque las

mujeres de las cuales la había tomado la usaban en serio. Toda habitación decorada por Fiona era diáfana y austera: le habría asombrado ver tal cantidad de detalles en un espacio tan reducido. No logró recordar qué palabra era.

De una habitación contigua a la cocina —una especie de galería acristalada, aunque los visillos detenían el sol de la tarde— llegaban sonidos de televisor.

Aubrey. La respuesta a las plegarias de Fiona estaba a unos metros, mirando algo que sonaba como un partido de béisbol. La mujer se asomó a mirarlo.

—¿Está bien? —preguntó, y entornó la puerta—. Tal vez quiera usted una taza de café.

—Sí, gracias —dijo él.

—Hace un año, para Navidad, mi hijo lo abonó al canal deportivo. No sé qué haríamos sin eso.

Sobre las encimeras había toda clase de dispositivos y artefactos: cafetera, trituradora, afiladora y otros objetos cuyo nombre y utilidad Grant desconocía. Todos parecían nuevos y caros, como recién salidos del embalaje o lustrados todos los días.

Se le ocurrió que tal vez estuviese bien elogiar las cosas. Elogió la cafetera que la mujer había encendido y dijo que Fiona siempre había querido una así. Era absolutamente falso: Fiona había idolatrado un artilugio europeo que sólo hacía dos tazas.

—Nos la regalaron —explicó ella—. Mi hijo y su mujer. Viven en Kamloops, en la Columbia Británica. Nos mandan tantas cosas que no llegamos a usarlas. A nadie le haría daño que emplearan el dinero en venir a vernos.

Filosóficamente, Grant dijo:

—Supongo que estarán muy ocupados.

—No lo estaban tanto para irse a Hawái el invierno pasado. Una lo entendería si hubiera más familia cerca. Pero él es el único.

Una vez estuvo listo el café, lo sirvió en dos jarras de cerámica marrón y verde que descolgó de los muñones de un tronco de cerámica que había encima de la mesa.

—La gente se va quedando sola —dijo Grant. Creía haber vislumbrado una oportunidad—. Cuando alguien no puede ver a los que quiere se pone triste en serio. Fiona, por ejemplo. Mi mujer.

—Pensé que había dicho que iba a visitarla.

—Voy —asintió—. Pero no es eso.

Entonces se lanzó de cabeza; decidió hacer la petición por la que estaba allí. ¿Consideraría ella la posibilidad de llevar otra vez a Aubrey a Lago del Prado? Una vez a la semana, no más, de visita. Eran apenas unos kilómetros; seguro que no le resultaría difícil. Y si prefería tomarse el tiempo libre —eso a Grant no se le había ocurrido antes y lo horrorizó un tanto oír que lo sugería—, él mismo podía llevar a Aubrey; no le costaría nada. No tenía dudas de que iba a arreglárselas. Y ella podría aprovechar esas horas.

Mientras Grant hablaba, ella había estado moviendo los labios cerrados y la lengua oculta como quien trata de identificar un sabor dudoso. Puso en la mesa una jarrita de leche y un plato con galletas de jengibre.

—Son caseras —explicó. El tono era más desafiante que hospitalario. Sin decir nada se sentó, echó leche en su café y lo removió.

Luego dijo que no.

—No. No puedo. Y la razón es que no quiero disgustarlo.

—¿Le disgustaría? —preguntó Grant con sinceridad.

—Sí, claro que sí. Le disgustaría. Eso no se hace. Traerlo a casa y llevarlo de nuevo allí. Traerlo a casa y llevarlo de nuevo. Eso es confundirlo.

—Pero ¿no entendería que es sólo una visita? ¿No se haría una idea de la intención?

—Él lo entiende todo perfectamente. —La mujer dijo eso como si Grant hubiera propuesto humillar a Aubrey—. Pero no deja de ser una interrupción. Y luego habría que prepararlo y subirlo al coche, y es un hombre grande, no es tan fácil de mover como usted cree. Tengo que maniobrar para meterlo en el coche y después cargar la silla, y tanto esfuerzo ¿para qué? Para tomarme ese trabajo prefiero llevarlo a un lugar más divertido.

—Pero ¿y si aceptara hacerlo yo? —preguntó Grant manteniendo el tono esperanzado y razonable—. Lo digo en serio; usted no tendría que molestarse.

—No podría —lo cortó ella—. No sabe cómo es. No podría manejarlo. Aubrey no soportaría que hiciese algo por él. Y a fin de cuentas ¿qué sacaría de tanto ajetreo?

Grant no creyó oportuno mencionar a Fiona otra vez.

—Sería mucho más lógico llevarlo al centro comercial —dijo—. Un lugar donde viese niños y demás. Si es que no le duele pensar en esos dos nietos que no ve nunca. O, ahora que en el lago vuelve a haber botes, quizá mirarlos un rato le cargue las baterías.

Se levantó a coger el tabaco y un encendedor que había en el antepecho de la ventana, encima del fregadero.

—¿Fuma? —preguntó.

Él dijo que no, gracias, aunque no sabía si le estaban ofreciendo un cigarrillo.

—¿No ha fumado nunca? ¿O lo dejó?

—Lo dejé —respondió él.

—¿Hace cuánto?

El hizo cálculos.

—Treinta años. No... Más.

Había decidido dejar el tabaco más o menos al comienzo de la aventura con Jacqui. Pero no recordaba si primero lo había dejado, y creído que lo esperaba una gran recompensa, o había pensado que había llegado el momento de dejarlo ya que tenía una distracción tan poderosa.

—Yo he dejado de dejarlo —dijo ella, y encendió el cigarrillo—. Así de sencillo: tomé la decisión de no dejarlo más.

Tal vez ésa fuera la causa de las arrugas. Alguien —una mujer— le había dicho que las fumadoras desarrollaban una red fina y peculiar de arrugas faciales. Claro que las de ella podían deberse al sol o simplemente a su tipo de piel: también tenía visiblemente arrugado el cuello. Cuello arrugado, pechos juveniles y erguidos. En las mujeres de su edad, esas contradicciones eran corrientes. Se mezclaban las virtudes y los defectos, la suerte o la fatalidad genética. Muy pocas conservaban la belleza intacta aunque difuminada como Fiona.

Y acaso tampoco ella. Tal vez él la veía así porque la había conocido de joven. Tal vez para tener esa impresión era preciso haber visto a una mujer en su juventud.

Y cuando Aubrey miraba a su mujer, ¿veía entonces a una estudiante altiva y descarada, con un sesgo intrigante en los ojos zarcos, frunciendo los labios en torno a un cigarrillo prohibido?

—O sea, ¿que su esposa está deprimida? —dijo la mujer de Aubrey—. ¿Cómo se llama su

esposa? Lo he olvidado.

—Fiona.

—Fiona. ¿Y usted? Creo que no me lo ha dicho.

—Grant —respondió Grant.

Inesperadamente ella alargó la mano por encima de la mesa.

—Hola, Grant. Yo soy Marian —dijo—. Bien, pues ahora que nos conocemos no tiene sentido que le oculte lo que pienso. No sé si él sigue tan empeñado en ver a su..., en ver a Fiona. No sé. A lo mejor fue un capricho pasajero. Pero no me apetece llevarlo allí a ver si es algo más. No puedo correr el riesgo. No quiero que se vuelva difícil de manejar. No quiero verlo irritado, peleón. Ya como está no me da un respiro. No tengo nadie que me ayude. Estoy sola. La ayuda soy yo.

—¿Alguna vez ha pensado...? Es muy duro para usted... —dijo Grant—. ¿Alguna vez ha pensado en que se quede a vivir allí?

Había bajado la voz casi hasta el susurro. No parecía sin embargo que ella necesitara bajar la suya.

—No —respondió—. Seguiré teniéndolo en casa.

Grant dijo:

—Vaya. Es una actitud muy bondadosa. Muy noble.

Deseó que la palabra «noble» no hubiera sonado sarcástica. No había sido su intención.

—¿Le parece? —preguntó ella—. Yo no pienso precisamente en la nobleza.

—De todos modos, no es fácil.

—No. No lo es. Pero en mi situación no quedan muchas opciones. Si lo meto allí, acabaré no pudiendo pagar a menos que venda la casa. La casa es lo único que tenemos. De otra forma, yo no tengo ningún otro tipo de recurso. El año que viene me darán la pensión. Pero ni siquiera cobrando mi pensión y la de él podría costear la residencia y conservar la casa. Y esta casa significa mucho para mí, mucho.

—Es muy bonita —dijo Grant.

—Está bien. Y le he dedicado mucho tiempo. Para repararla, para mantenerla.

—Estoy seguro de que lo ha hecho. Y de que aún lo hace.

—No la quiero perder.

—No.

—No la voy a perder.

—La entiendo.

—La empresa nos dejó en la estacada —explicó ella—. Yo no conozco los pormenores, pero básicamente lo pusieron en la calle. La cosa acabó con ellos diciendo que les debía dinero y cuando intenté que me aclarase algo me dijo que no era asunto mío. Mi opinión es que hizo alguna estupidez. Pero como se supone que no debo hablar, pues me callo. Usted ha estado casado. Está casado. Ya sabe de qué va. Y justo cuando descubro el lío tenemos programado un viaje con una gente y no hay modo de librarse. Y en el viaje él enferma de un virus del que nadie ha oído nunca hablar y entra en coma. Y así es como logra librarse.

Grant dijo:

—Mala suerte.

—No estoy diciendo que haya enfermado aposta. Ocurrió. Ya no estoy furiosa ni él está furioso conmigo. La vida es así.

—Muy cierto.

—A la vida nadie le gana.

Con un eficaz lengüetazo de gata se limpió las migas del labio superior.

—Se diría que la filósofa soy yo, ¿verdad? Por ahí me han dicho que usted enseñaba en la universidad.

—Hace mucho tiempo.

—Yo no soy muy intelectual —dijo ella.

—Yo tampoco sé si lo soy.

—Pero sé cuándo estoy decidida. Y estoy decidida. No voy a dejar la casa. Lo cual quiere decir que a él lo mantendré aquí; y que no se le ocurra querer marcharse a otro sitio. La idea era ingresarlo para estar más libre; probablemente fue un error, pero como no iba a tener otra oportunidad en su momento la aproveché. Pues bien. Ahora sé cómo son las cosas.

Agitó el paquete para sacar otro cigarrillo.

—Apuesto a que sé lo que piensa —dijo—. Piensa que soy una mercenaria.

—No la estoy juzgando. Es su vida.

—Vaya si lo es.

A Grant le pareció que debían concluir en un tono más neutro. De modo que le preguntó si en los veranos de la época de estudiante su marido no había trabajado en una ferretería.

—Nunca oí nada de eso —respondió ella—. Es que no me crié aquí.

De vuelta a casa notó que el pantano vacío, antes cubierto de nieve y de graves sombras de troncos, estaba ahora encendido de nenúfares. Las hojas frescas, de aspecto comestible, eran grandes como bandejas. Las flores se alzaban como llamas de vela y había tantas, y de un amarillo tan puro, que irradiaban luz a aquel día nublado. Fiona le había dicho que también generaban un calor propio. Hurgando en una de sus bolsas de información oculta, había agregado que, supuestamente, si uno metía la mano en la corola podía sentir el calor. Ella había hecho la prueba, pero no estaba segura de si había sentido el calor o lo había imaginado. El calor atraía a los insectos.

—La naturaleza no pierde el tiempo en puros adornos.

El intento con la mujer de Aubrey había sido un fracaso. Marian. Había previsto que podía fallar, pero no había previsto por qué. Pensaba que sólo tendría que enfrentarse con los comprensibles celos sexuales de una mujer; o con el resentimiento, el terco vestigio de celos sexuales.

No había tenido ni idea de cómo vería ella las cosas. Y sin embargo, de forma algo deprimente, la conversación no le había resultado extraña. Le había recordado conversaciones parecidas con personas de su familia. Sus tíos, sus parientes y hasta quizá su madre habían pensado como Marian. Creían que si alguien pensaba de otro modo era porque se engañaba; porque la educación o una vida fácil y protegida lo había hecho fantasioso o estúpido. Porque había perdido el contacto con la realidad. La gente educada, los literatos, ciertos ricos socialistas como los parientes políticos de Grant: todos ellos habían perdido el contacto con la realidad. A causa de una buena suerte inmerecida o una imbecilidad innata. En el caso de Grant, sospechaba él, a causa de ambas cosas.

Y sin duda así lo veía Marian. Un necio, repleto de conocimientos aburridos, que se había salvado de chiripa de conocer la verdad de la vida. Una persona que no debía preocuparse por conservar su casa y podía dedicarse a sus fárragos mentales. Libre para idear planes fantásticos y generosos que en su opinión harían felices a otros.

Menudo capullo, estaría pensando ahora.

Enfrentarse con personas así le daba una sensación de impotencia, de exasperación, casi de desconsuelo. ¿Por qué? ¿Por qué dudaba de poder seguir aferrado a sí mismo? ¿Por qué temía que al cabo tuvieran razón? Fiona no habría tenido esos escrúpulos. De joven, nadie había podido derribarla; nadie la había constreñido. La educación que había recibido la divertía; era capaz de tomar su dureza como algo pintoresco.

De la misma forma, esa gente tenía también sus argumentos. (Ahora se oía discutir con alguien. ¿Con Fiona?). Reducir el foco no carecía de ventajas. Probablemente Marian fuese buena en las crisis. Buena para sobrevivir, capaz de pedir comida y de quitarle los zapatos a un cadáver tirado en la calle.

No había sido capaz de adivinar el pensamiento de Fiona nunca. Era como seguir un espejismo. No... Como vivir en un espejismo. Acercarse a Marian presentaría problemas de otro orden. Sería como morder un lichi. La pulpa con su fragancia extrañamente artificial, su sabor químico, somera sobre la extensa semilla, el hueso duro como una piedra.

Podría haberse casado con ella. Pensarlo. Podría haberse casado con una muchacha así. Si se hubiera quedado en su pueblo. Ella habría sido harto apetitosa, con esos pechos exquisitos. Probablemente una aventura. Esa manera quisquillosa de mover el trasero en la silla de la cocina, la boca fruncida, un aire de amenaza levemente deliberado: eso era lo que quedaba de la vulgaridad más o menos inocente de una novia de pueblo.

En el momento de elegir a Aubrey, ella habría tenido ciertas esperanzas. Su buena planta, su empleo de vendedor, sus expectativas de ascenso. Ella debía de haber creído que le iría mejor de lo que le fue. Y así solía ocurrir con las personas prácticas. Pese a los cálculos, pese al instinto de supervivencia, podían no llegar tan alto como habían esperado no sin razón. Claro que era injusto.

Lo primero que vio en la cocina fue el parpadeo de la luz del contestador automático. Pensó lo mismo que entonces pensaba siempre. Fiona.

Apretó el botón antes de quitarse el abrigo.

—Hola, Grant. Espero no haberme equivocado de número. Se me ha ocurrido algo. El sábado por la noche hay un baile en la Legión. Se supone que es para solteros y como yo estoy en la organización de la cena puedo llevar a un invitado gratis. Así que me pregunté si te interesaría. Cuando tengas un momento llámame.

Una voz de mujer dio un número local. Luego hubo un *bip* y empezó a hablar la misma voz.

—Acabo de caer en que no te dije quién era. Bueno, puede que hayas reconocido la voz. Soy Marian. Todavía no me he acostumbrado a estos aparatos. Quería decirte que ya sé que no estás soltero y no se trata de eso. Yo tampoco, pero a nadie le hace daño salir de vez en cuando. Bien, pues ya que lo he dicho ojalá esté hablándote a ti. La voz parecía la tuya. Si te interesa llámame y si no, no te preocupes. Sólo pensé que a lo mejor te apetecía salir. Soy Marian. Creo que ya lo he dicho. Vale, entonces. Adiós.



En el aparato, la voz sonaba distinta de la que había oído un rato antes en su casa. Apenas distinta en el primer mensaje, más en el segundo. Había un temblor nervioso, una indiferencia forzada, prisa por terminar y reticencia a ceder.

Algo le había pasado. Pero ¿cuándo? Si había sido inmediato, se las había arreglado muy bien para disimularlo mientras estaban juntos. Más probable era que hubiese ocurrido poco a poco, después de marcharse él. No necesariamente como una atracción repentina. Sólo la conciencia de que él era una posibilidad, un hombre disponible. Más o menos disponible. Una posibilidad a la que ella bien podía atender.

Pero dar el primer paso la había puesto nerviosa. Se había expuesto. Cuánto de ella había expuesto era difícil de saber todavía. Por lo general, la vulnerabilidad de las mujeres crecía con el tiempo, a medida que las cosas avanzaban. Al comienzo sólo podía decirse que, si ahora atisbaba, después se haría mayor.

¿Por qué negar que lo satisfacía haber provocado eso? Haberle despertado una especie de cabrilleo, un reverbero en la superficie de su personalidad. Oírle ese tenue reclamo en las vocales amplias, irritadas.

Sacó huevos y champiñones para hacerse una tortilla. Luego pensó que bien podía prepararse una copa.

Todo era posible. ¿Sería verdad? ¿Era todo posible? Si quería, por ejemplo, ¿sería capaz de doblarla, persuadirla para que aceptase llevar a Aubrey a Fiona? Y no de visita, sino por lo que a Aubrey le quedara de vida. ¿Hasta dónde podía conducirlos ese temblor? ¿Hasta un vuelco, hasta la caída de las defensas de ella? ¿Hasta la felicidad de Fiona?

Sería un reto. Un reto y una proeza encomiable. También un chiste que nunca podría revelar a nadie: que portándose mal le estaría haciendo un bien a Fiona.

Pero en realidad no podía ni pensarlo. Si lo pensaba, tendría que imaginar qué sería de Marian y él una vez que hubieran dejado a Aubrey con Fiona. No daría resultado... A menos que encontrar en la robusta carne de ella el hueso del interés inocente lo satisficiera más de lo que preveía.

En esos asuntos nunca se sabía. Se podía imaginar, pero no estar seguro.

Ahora ella estaría en su casa, sentada, esperando a que la llamara. O bien no sentada. Ocupada para distraerse. Parecía de esas mujeres que siempre están ocupadas. Sin duda, la casa mostraba los beneficios de la atención incesante. Y estaba Aubrey: había que cuidarlo como siempre. Le habría dado la cena temprano; seguro que le ajustaba las comidas al horario de Lago del Prado para acostarlo y librarse pronto de la rutina cotidiana. (¿Qué haría con él la noche del baile? ¿Lo dejaría solo o llamaría a una enfermera? ¿Le diría adonde iba? ¿Le presentaría a su acompañante? ¿Pagaría el acompañante la enfermera?).

Debía de haberle dado la cena mientras él compraba los champiñones y volvía a casa. Ahora lo estaría preparando para la cama. Pero en ningún momento dejaría de estar atenta al teléfono, al silencio del teléfono. Tal vez hubiera calculado cuánto le llevaría a Grant volver a su casa. El listín le habría dado una idea de dónde vivía. Habría calculado la distancia y añadido el tiempo de una posible compra para la cena (figurándose que un hombre solo debía de comprar cada día). Luego un rato más hasta que recogiera los mensajes. Y como el silencio se alargaba, ahora pensaría en otras cosas. Diversos recados. Tal vez una cena fuera, un encuentro que le impediría llegar hasta más tarde.

Se quedaría en pie, limpiando los armarios de la cocina, mirando la tele, debatiendo consigo misma si aún había una posibilidad.

Qué presunción la suya. Por encima de todo era una mujer sensata. Se iría a la cama a la hora de siempre pensando que a fin de cuentas él no tenía aspecto de gran bailarín. Demasiado rígido, demasiado profesional.

Grant permaneció junto al teléfono, hojeando revistas, pero cuando volvió a sonar no lo cogió.

—Grant. Soy Marian. Estaba en el sótano metiendo ropa en la lavadora y oí el teléfono, y cuando llegué arriba habían colgado. Entonces pensé que debía aclararte que estoy aquí. Si no eras tú y si estás en casa. Porque, como evidentemente no tengo contestador, no podías dejar un mensaje. Bien, eso quería. Que lo supieras. Adiós.

Eran las diez y veinticinco.

*Adiós.*

Le diría que acababa de llegar. No tenía sentido que se lo pintara allí sentado, sopesando los pros y los contras.

Colgaduras. Esa palabra usaría ella para las cortinas azules: colgaduras. ¿Y por qué no? Recordó las galletas de jengibre, tan perfectamente redondas que había que aclarar que eran caseras, las jarras de café en el árbol de cerámica. Una alfombrilla de plástico, estaba seguro, para proteger la moqueta del vestíbulo. Una exactitud reluciente y un sentido práctico que la madre de él no había alcanzado nunca pero habría admirado... ¿Por eso se permitía sentir esa puntada de afecto extraño y dudoso? ¿O porque había bebido dos copas más?

Muy probablemente el bronceado avellana de la cara y el cuello —ahora se inclinaba a creer que era un bronceado— continuaría en la hendidura del busto, que debía de ser profunda, como de crepé, aromática y caliente. En eso podía pensar mientras marcaba el número que ya había apuntado. En eso y en la sensualidad práctica de su lengua de gata. En sus ojos de gema.

Fiona estaba en su habitación pero no en la cama. Se había sentado frente a la ventana abierta con un vestido apropiado a la estación, aunque extrañamente corto y colorido. Por la ventana entraba un perfume tibio y narcótico a lilas en flor y abono de primavera.

Tenía un libro abierto en el regazo.

Dijo:

—Mira qué libro tan precioso he encontrado. Es sobre Islandia. Quién diría que la gente se deja libros tan valiosos en las habitaciones. No todos los que se alojan aquí son honrados. Y me parece que mezclan la ropa. Yo nunca me visto de amarillo.

—Fiona... —dijo él.

—Hace mucho tiempo que no vienes. ¿Ya hemos pagado la cuenta?

—Fiona, te he traído una sorpresa. ¿Te acuerdas de Aubrey?

Ella lo miró fijamente, como si ráfagas de viento le azotasen el rostro. El rostro y la cabeza, desgarrándolo todo.

—Los nombres se me escapan —admitió con aspereza.

Luego esa expresión se desvaneció con el laborioso retorno de cierta gracia humorística. Con mucho cuidado, ella dejó el libro, se puso de pie y alzó los brazos para estrecharlo. Su piel o su aliento despedían un tenue olor nuevo, un olor, le pareció a él, de tallos cortados que han estado

demasiado tiempo en agua.

—Qué alegría verte —exclamó ella, y le tiró de las orejas—. Podrías haberte marchado. Haberte marchado sin el menor reparo en abandonarme. Abandonarme. Abandonada.

Él mantuvo la cara apretada contra el pelo blanco, la coronilla rosa, la dulce curva del cráneo. Ni en sueños, dijo.



ALICE ANN MUNRO, de nacimiento Alice Ann Laidlaw (Wingham, Ontario, 10 de julio de 1931) es una narradora canadiense, sobre todo de relatos.

Está considerada como una de las escritoras actuales más destacadas en lengua inglesa. En 2013, le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura. Vivió primero en una granja al oeste de esa zona canadiense, en una época de depresión económica; esta vida tan elemental fue decisiva como trasfondo en una parte de sus relatos.

Conoció muy joven a Michael Munro, en la Universidad de Western Ontario. Para pagarse los estudios, trabajó como camarera, recolectora de tabaco y en una biblioteca. Se casó en 1951, y se instalaron en Vancouver. Tuvo su primera hija a los 21 años. Luego, ya con sus tres hijas, en 1963 se trasladó a Victoria, donde llevó con su marido una librería.

Se divorció en 1972, y al regresar a su estado natal se convirtió en una fructífera escritora-residente en su antigua universidad. Volvió a casarse en 1976, con Gerald Fremlin. A partir de entonces, consolidó su carrera de escritora, ya bien orientada.

Munro, que no se ha prodigado en la prensa, ha reconocido el influjo inicial de grandes escritoras —Katherine Anne Porter, Flannery O'Connor, Carson McCullers o Eudora Welty—, así como de dos narradores: James Agee y especialmente William Maxwell. Sus relatos breves se centran en las relaciones humanas analizadas a través de la lente de la vida cotidiana. Por esto, y por su alta calidad, ha sido llamada «la Chéjov canadiense».

Ha ganado tres veces el premio canadiense a la creación literaria, Premio Literario Governor General's. En 1998, ganó el National Book Critics Circle estadounidense por *El amor de una mujer generosa*. En España fue premiada con el Premio Reino de Redonda en 2005.

# Notas

[1] LakeShore quiere decir «costa (u orilla) del lago». (N. del T.) <<

[2] La confusión de la madre se debe a la semejanza fonética entre mummy «momia» y mommy «mami». (N. del T.) <<